

Boy Erased (Identidad borrada)

Garrard Conley

Traducción de Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent



BOY ERASED

(IDENTIDAD BORRADA)

GARRARD CONLEY

Traducción de Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent



Primera edición: marzo de 2019

Boy Erased: a memoir © 2016 by Garrard Conley

© de la traducción: Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent

© de esta edición: Dos Bigotes, a.c.

Publicado por Dos Bigotes, a.c.

www.dosbigotes.es

info@dosbigotes.es

isbn: 978-84-949674-0-5

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE traductores.

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

NOTA DEL AUTOR

Durante el tiempo que pasé en Love in Action (LIA), estaban prohibidos los diarios, las fotografías y cualquier otro método de grabación en el interior de las instalaciones. Por tanto, he intentado reconstruir lo mejor que he podido todos los sucesos, las descripciones físicas y las conversaciones. Mis recuerdos y los de mi madre, el manual exgay de LIA, los artículos de periódicos y de blogs y las entrevistas personales han rellenado los huecos donde el trauma ha oscurecido lo que, en el pasado, veía con una claridad dolorosa. Al igual que en la mayoría de las biografías, la cronología es precisa; solo ha sido alterada en momentos en los que la trama lo requería. He excluido detalles que me parecían irrelevantes para la naturaleza de la historia. Los nombres y algunas de las características que permiten identificar a algunas figuras clave de mi vida, entre ellas Chloe, Brandon, David, Brad, el hermano Stevens y el hermano Nielson, han sido modificados.

Ojalá nada de esto hubiera ocurrido. A veces le doy las gracias a Dios por que ocurriera.

Sin embargo, podía advertir en sus rostros atónitos y su expresión descompuesta que incluso sus virtudes estaban siendo consumidas por el fuego.

Flannery O'Connor, *Revelación*
(Trad. Marcelo Covián, Celia Filipetto y Vida Ozores)

Es como si de repente miro a esa pared y digo: «Es azul», y viene alguien y dice: «No, no, es dorada». Pero yo quiero creer que esa pared es azul. Es azul, es azul, es azul. Pero luego viene Dios y me dice: «Tienes razón, John, sí que es azul». Esa es la ayuda que necesito. Dios puede ayudarme a hacer que la pared sea azul.

John Smid, líder del movimiento exgay,
en una entrevista con el *Memphis Flyer*

CRONOLOGÍA DEL MOVIMIENTO EXGAY

1973

La Asociación Estadounidense de Psicología (APA, por sus siglas en inglés) deja de considerar la homosexualidad como una enfermedad mental.

Love in Action (LIA), una organización fundamentalista cristiana no denominacional, rechaza las decisiones de la APA y abre sus puertas en San Rafael, California, con la promesa de curar a los congregantes LGTB de sus «adicciones sexuales».

1976

La primera conferencia exgay tiene lugar en Anaheim, California, donde más de sesenta y dos asistentes forman lo que se convierte en Exodus International, la mayor organización exgay del mundo. LIA es su programa insignia.

1977

Jack McIntyre se suicida tras cuatro años como miembro de LIA, lo que lleva a uno de los miembros fundadores del grupo, John Evans, a oponerse al programa. En su carta de despedida, McIntyre escribe: «Acudir a Dios continuamente para pedir su perdón y hacer promesas que sabes que no puedes cumplir es más de lo que puedo soportar».

1982

Exodus Europe, una organización independiente que coopera con Exodus International, celebra su primera conferencia exgay en Holanda. Aparecen ministerios en Australia, Brasil y Portugal.

1989

Exodus expande su misión, incluyendo Filipinas y Singapur. La organización, que en su momento álgido contaba con más de doscientos ministerios a lo largo de los Estados Unidos, alcanza la atención popular, con anuncios en la televisión y radio nacionales.

1990

John Smid asume el puesto de director de LIA.

1993

John Evans, cofundador de LIA, escribe un artículo para el *Wall Street Journal* en el que denuncia la terapia exgay: «Están destruyendo vidas. Si no les haces caso, no eres de Dios, irás al infierno. Viven en un mundo de fantasía».

1994

Bajo la dirección de John Smid, la sede de LIA se traslada a Memphis, Tennessee, donde han adquirido dos hectáreas de terreno para albergar su nuevo programa con régimen de internado.

1998

El líder exgay John Paulk, que poco después aparecería en la portada de *Newsweek* con su esposa exlesbiana, funda Love Won Out, una serie de conferencias exgay anuales.

2000

La primera conferencia de Exodus Latinoamérica se celebra en Quito, Ecuador. Ya existen ministerios en China, India, Indonesia, Malasia, México, Sri Lanka y Taiwán.

2003

LIA inicia su polémico programa Refugio, que reúne a adolescentes y adultos que padecen diversas «adicciones» sexuales.

2004

Comienza mi historia exgay.

I

LUNES, 7 DE JUNIO DE 2004

John Smid estaba de pie, firme, con los hombros rectos y una sonrisa tras sus gafas de montura metálica fina. Vestía unos pantalones caquis y una camisa a rayas, indumentaria que se había convertido en el uniforme estándar de los evangelistas del país entero. Bajo la camisa se le marcaba el contorno de la camiseta interior estirada. El peine número cinco de la maquinilla de afeitarse, el más común de las barberías Sport Clip de todo el sur, se encargaba de domarle el pelo rubio, algo canoso ya. Los demás estábamos sentados formando un semicírculo alrededor de él, todos vestidos según el código de vestimenta del programa que venía descrito en nuestros manuales de 274 páginas.

Hombres: siempre deben llevar camisa, incluso durante las horas de sueño. Las camisetas sin mangas no están permitidas, ya sea como prenda exterior o interior; se incluyen también las camisetas que marquen músculo o de tirantes. El vello facial debe afeitarse los siete días de la semana. Las patillas no deben sobrepasar la parte superior de las orejas.

Mujeres: siempre deben llevar sujetador, salvo durante las horas de sueño. Las faldas deben cubrir las rodillas. Solo se permiten las camisetas sin mangas si se llevan bajo una blusa. Las piernas y las axilas deben afeitarse al menos dos veces por semana.

—Lo primero que debéis hacer es reconocer que os habéis vuelto dependientes del sexo, de cosas que no son de Dios —dijo Smid. Estábamos aprendiendo el Paso Uno del programa de Doce Pasos de Love in Action, una

serie de principios que equiparaban los pecados del adulterio, el bestialismo, la pedofilia y la homosexualidad a conductas adictivas tales como el alcoholismo o el juego: una especie de Alcohólicos Anónimos para aquello que nuestros orientadores llamaban nuestra «desviación sexual».

Unas horas antes, sentado con él en su oficina, había visto a un hombre distinto: el típico payaso de la clase —solo que de mediana edad—, más amable, más bromista, dispuesto a recurrir a cualquier tontería con tal de hacerme reír. Me había tratado como a un niño, y yo, con diecinueve años, me había dejado llevar por el papel. Me dijo que había ido al sitio indicado, que Love in Action me curaría, que me haría dejar atrás mis pecados para llevarme hacia la luz de la gloria de Dios. Su oficina era lo bastante luminosa como para hacer que sus afirmaciones pareciesen reales, con las paredes desnudas excepto por algún que otro recorte de periódico enmarcado o bordados con citas bíblicas. Desde su ventana se veía un terreno vacío, algo poco común en aquella urbanización de las afueras; un césped sin cuidar, salpicado de dientes de león fluorescentes y sus miles de semillas que se esparcirían por la autovía al final de la semana.

—Intentamos combinar varios modelos de tratamiento —me había asegurado Smid, mientras giraba la silla para ponerse de cara a la ventana. Un sol naranja ascendía entre la bruma por las blancas fachadas traseras de los edificios en la distancia. Yo esperaba a que la luz del sol lo inundara todo, pero cuanto más tiempo esperaba, más me parecía que tardaba. Me preguntaba si así era como iba a funcionar el tiempo en este lugar: los minutos como si fueran horas, las horas como días, los días como semanas.

—Una vez te unas al grupo, irás por buen camino hacia tu recuperación —dijo Smid—. Sobre todo, debes acordarte de mantener la mente abierta.

Estaba allí por decisión propia, a pesar de que mi escepticismo fuera cada vez mayor, a pesar de que en secreto deseara escaparme por la vergüenza que sentía desde que mis padres habían descubierto que era gay. Había invertido demasiado en mi vida actual como para dejarla atrás; tanto en mi familia como en el Dios que había conocido desde que era pequeño y que cada vez veía más borroso.

«Dios —recé, saliendo de la oficina y recorriendo el estrecho pasillo hacia la sala principal, con los chasquidos de los fluorescentes en sus rejillas de metal—, ya no sé quién eres, pero por favor dame la sabiduría necesaria

para sobrevivir a esto».

Unas horas después, sentado en el centro del semicírculo que rodeaba a Smid, esperaba a que Dios viniera a mí.

—No sois ni mejor ni peor que cualquier otro pecador de este mundo —dijo Smid, con los brazos cruzados detrás de la espalda y el cuerpo tenso, como si estuviera atado a una viga invisible—. Todos los pecados son iguales a los ojos de Dios.

Asentí con la cabeza junto a los demás. Para entonces ya me había familiarizado con la jerga exgay, pese a que me había impresionado bastante la primera vez que la vi en la página web del centro, cuando descubrí que era muy probable que la homosexualidad que había estado intentando ignorar durante la mayor parte de mi vida estuviera «fuera de control» y que podía acabar liándome con el perro de alguien si no me curaba. Por absurda que parezca la idea en retrospectiva, por aquel entonces no tenía mucho más en lo que basarme. Era tan joven que no había tenido más que algunas experiencias fugaces con otros hombres. Antes de ir la universidad, solo había conocido a un hombre abiertamente gay, el peluquero de mi madre, uno de esos «osos» que reunía —lo que a mí me parecía que eran— todos los estereotipos: me hacía cumplidos por mi aspecto, chismorreaba sobre sus compañeros de trabajo, nos contaba los planes de su próxima fiesta fabulosa de Navidad, con una barba blanca inmaculada, perfecta para el papel de Dirty Santa... El resto de mi intolerancia la había ido adquiriendo por imitación: gestos de muñeca y pavoneos exagerados de las burlas de los miembros de la iglesia, frases con dejes que parecían salidas de musicales («Oh, no tenías que molestarte») y peticiones de la iglesia que había que firmar para proteger a nuestro país de los «pervertidos». Los destellos de la licra fluorescente, las boas de plumas, los meneos de culos prietos para la cámara... Lo poco que conseguía ver en la televisión parecía confirmar una vez más que ser gay era algo estrambótico, antinatural.

—Tenéis que entender algo muy importante —dijo Smid, tan cerca de mí que podía sentir su voz en el pecho—. Habéis caído en el pecado sexual para llenar un hueco de vuestra vida que tiene la forma de Dios.

Estaba ahí. Nadie podía decir que no lo estuviera intentando.

La sala principal era pequeña y estaba iluminada por lámparas halógenas, con una puerta corredera que daba a un porche de hormigón sombrío. Nuestro grupo estaba sentado en sillas plegables acolchadas en la parte de delante. En las paredes, a nuestra espalda, estaban colgados y plastificados los Doce Pasos que prometían una cura lenta pero segura. Exceptuando esos carteles, las paredes estaban prácticamente vacías. Allí no había crucifijos ni imágenes del viacrucis. Allí, ese tipo de iconografía se consideraba idolatría, al igual que la astrología, *Dragones y Mazmorras*, las religiones orientales, los tableros de *ouija*, el satanismo y el yoga.

LIA había adoptado una postura contra el mundo secular más extrema que cualquiera de las iglesias en las que yo había crecido, aunque la manera de pensar de sus terapeutas no me resultaba desconocida. Dentro de la rama fundamentalista del cristianismo que se conoce como bautista, la extensión a la que pertenecía mi familia, los misioneros bautistas, prohibía todo lo que pudiera distraer al alma de la comunicación directa con Dios y con la Biblia. Muchas de las otras numerosas confesiones que conformaban el espectro de la Iglesia bautista solían discutir sobre qué se permitía y qué no en su parroquia, y algunas se tomaban estos asuntos más en serio que otras. Temas como la ética del baile y los peligros de las lecturas no bíblicas eran aún objeto de debate. «Harry Potter no hace más que seducir las almas de los niños», aseguró una vez un predicador bautista en la iglesia de nuestra familia. No tenía ninguna duda de que mis terapeutas de LIA también evitarían cualquier mención de Harry Potter, dirían que el tiempo que había pasado en Hogwarts habría de seguir siendo un placer privado y que había hecho un pacto más serio aún con Dios al ir allí, uno que me obligaría a suprimir casi todo lo anterior a mi estancia en LIA. Antes de entrar en aquella habitación, me habían hecho deshacerme de todo, a excepción de mi Biblia y mi manual.

Dado que la mayoría de los clientes de LIA habían crecido en ese protestantismo de mentalidad cerrada y, por tanto, deseaban curarse desesperadamente, recibían las estrictas normas de los terapeutas con un aplauso moderado. Las austeras paredes blancas del centro creaban un ambiente apropiado para una sala de espera en la que aguardábamos el perdón de Dios. Ni siquiera la música clásica estaba permitida —«Beethoven, Bach... a ninguno de ellos se le considera cristiano»—, por lo que un silencio pesado inundaba la habitación durante la Hora de Tranquilidad de la mañana,

un silencio que nos acompañaba en nuestras actividades diarias y que propiciaba una atmósfera que parecía, si no divina, al menos no secular.

La zona de estudio, en la parte de atrás de la habitación, albergaba en una estantería montones de libros de «literatura inspiracional» —ficción con valores religiosos— y una cantidad considerable de Biblias, además de cientos de testimonios de exgais que habían conseguido su propósito.

«Poco a poco comencé a recuperarme —había leído esa mañana, mientras pasaba los dedos por el papel brillante—. Comencé a recuperarme de no tener amigos varones a no ser que conllevara tener relaciones sexuales. Empecé a descubrir quién era en realidad, en lugar de esa personalidad falsa que había creado para poder ser alguien aceptable».

Me había pasado los últimos meses intentando suprimir mi «personalidad falsa». Un día de invierno, salí de la residencia universitaria y salté al lago medio congelado del campus. Volví a la residencia temblando, con los zapatos encharcados y sintiéndome rebautizado. Más tarde, al darme una ducha caliente, me quedé mirando, aturdido por el impacto del calor helado en la piel entumecida, cómo una gota de agua recorría el borde del cabezal de la ducha. Recé, «Señor, hazme así de puro».

Durante mi estancia en Love in Action, repetí tanto esa oración que se convirtió en una especie de mantra. «Señor, hazme así de puro».

Recuerdo muy poco del viaje en coche con mi madre hasta el centro. Había intentado mirar a la nada para que no se me quedara grabado en la mente lo que se veía desde la ventana del copiloto, pero sí que me quedé con algunos detalles: el Mississippi, fangoso, de color acaramelado, que fluía tras las vigas de acero del puente que conecta Memphis con Arkansas, nuestro Nilo estadounidense, cuya magnitud era el estimulante perfecto para mi mente descafeinada; y la pirámide de cristal resplandeciente en los límites de la ciudad, irradiando su cálida luz a través de nuestro parabrisas. Era principios de junio, y a media mañana casi todas las superficies de la ciudad estaban ya demasiado calientes como para poder tocarlas durante más de unos segundos; al medio día, el calor era ya sofocante. El único respiro llegaba por las mañanas, cuando el sol descansaba sobre el filo del horizonte, mostrando solo un vestigio de luz.

—Estoy segura de que podrían permitirse algo mejor —dijo mi madre, maniobrando para entrar en el aparcamiento que había en la parte delantera del edificio rectangular de un parque comercial. Era una zona mucho más lujosa que el resto de la ciudad, parte de un barrio residencial de adinerados; sin embargo, podría decirse que ese parque comercial era el lugar menos atractivo que había en kilómetros a la redonda, un sitio con tiendas de ropa poco conocidas y pequeñas consultas provisionales. Fachadas de ladrillo blanqueado y cristal. Puertas dobles que abrían paso a un vestíbulo blanco con plantas de plástico. Un logo sobre la entrada que consistía en un triángulo rojo invertido con un agujero en forma de corazón en el centro y unas finas líneas blancas atravesando el agujero. Salimos del coche y nos dirigimos hacia la entrada, con mi madre siempre unos pasos por delante.

Al entrar en el vestíbulo, un recepcionista sonriente me pidió que firmara en el registro. El hombre parecía tener unos veintitantos. Llevaba un polo con el cuello abierto y tenía unos ojos brillantes de color azul cobalto con una mirada honesta. Me había esperado a un espectro paliducho que ya hubiera suprimido todo lo que tenía de interesante. En cambio, ahí estaba él, un chico que parecía que podría estar dispuesto a jugar unas cuantas partidas de *Halo* conmigo y después usar analogías de videojuegos para contarme un poco sobre lo que Dios había hecho por él. «Tienes que luchar contra los enemigos, los alienígenas que te intentan invadir el alma». Había conocido a un montón de pastores de jóvenes modernos, de aspecto y actitud similares.

Ya no recuerdo su nombre. Ya no recuerdo si había alguna señal en aquel vestíbulo de lo que estaba por venir, algún cuadro o normas colgadas en la pared. Solo recuerdo ese vestíbulo como una sala de espera de un blanco cegador, como se suele representar el cielo en las películas de Hollywood: un espacio en blanco.

—¿Puedo ver el lugar? —preguntó mi madre. La manera en que agudizó el tono de voz a modo de pregunta educada me hizo sentir incómodo; parecía como si estuviera pidiendo ver una propiedad.

—Lo siento, señora —respondió el recepcionista—. Solo los clientes pueden pasar a la parte de atrás. Por razones de seguridad.

—¿De seguridad?

—Sí, señora. Muchos de nuestros clientes sufren de problemas familiares reprimidos. Ver a parientes, aunque no sean los suyos y aunque se trate de

alguien tan simpática como usted —dijo, acompañando el comentario con una sonrisa encantadora que le formaba hoyuelos en las mejillas—, puede ser un poco desagradable. Por eso le llamamos a esto una zona segura —aseguró mientras estiraba los brazos hacia los lados, extendiéndolos lentamente y con movimientos algo rígidos, pensé yo, como si sus gestos hubieran sido más exagerados en el pasado, pero hubiera tenido que aprender a controlarlos—. Puesto que el programa en el que está su hijo solo dura dos semanas, podrá estar con él a todas horas, salvo durante el horario del programa.

El horario del programa sería de nueve a cinco. Las tardes, las noches y las primeras horas del día las pasaría con mi madre en un hotel de la cadena Hampton Inn & Suites que había cerca de allí, y solo podría abandonar la habitación para satisfacer las necesidades básicas. Se suponía que debía pasar la mayor parte de mi tiempo libre en la habitación, haciendo deberes para la sesión del día siguiente. La hoja con el horario que me había dado el recepcionista era muy clara, cada hora estaba representada en un recuadro negro con palabras como «hora de tranquilidad», «hora de actividades» y «terapia» escritas en mayúscula.

El recepcionista también me dio un manual enorme y una carpeta de LIA. Abrí el manual, haciendo crujir el lomo de plástico, y me encontré con una nota de bienvenida en blanco y negro con mi nombre impreso en letra grande. Bajo mi nombre había algunos versículos de la Biblia, Salmos 32:5-6, escritos en un lenguaje más moderno que la versión del rey Jacobo con la que yo había crecido:

Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije, voy a confesar mis transgresiones al Señor, y tú perdonaste mi maldad y mi pecado.

Pasé las páginas al azar mientras mi madre se asomaba por encima de mi hombro para ojear. Me entraron ganas de cerrar el libro en cuanto me percaté de las faltas de ortografía, que saltaban a la vista, y las imágenes prediseñadas. Quería que mi madre se llevara una buena impresión del lugar antes de irse, no porque quisiera defender el manual, que estaba bastante mal diseñado, sino porque quería que el momento pasara lo más rápido posible, sin tener que oír ni una más de sus preguntas excesivamente educadas. Si empezaba a hacer preguntas sobre el diseño y el lenguaje informal de la

Biblia, quizás empezaría también a hacer preguntas sobre títulos y cualificaciones, sobre por qué estábamos siquiera ahí; y yo sabía que eso tan solo empeoraría las cosas. Las preguntas únicamente prolongaban el dolor de esos momentos, y casi nunca se obtenía respuesta alguna. Estaba harto de hacer preguntas sobre cómo había acabado en aquella situación, de buscar otras respuestas, otras realidades, otras familias o cuerpos en los que podría haber nacido. Cada vez que me daba cuenta de que no había otras alternativas, me sentía peor por haber preguntado. Ahora ya estaba listo para aceptar las cosas tal y como eran.

—Llámame si necesitas cualquier cosa —dijo mi madre, apretándome el hombro. Con su pelo rubio, el rímel azul intenso, los ojos azules y una blusa de flores, era el único toque de color en este sitio tan apagado.

—Lo siento, señora —volvió a objetar el recepcionista—, pero debemos requisarle el teléfono a su hijo durante su estancia. Le avisaremos si surge algo importante.

«Por razones de seguridad».

—¿Cree que es eso necesario? —preguntó mi madre.

—Son las normas, señora. Es por su propio bien —contestó el recepcionista, dando por terminada la conversación.

Después, mi madre se despidió, me dijo que iba a registrarnos en el hotel y que volvería para recogerme a las cinco en punto. Me abrazó y vi cómo se iba con la cabeza alta y la espalda recta, dejando que las puertas dobles de cristal se cerraran tras ella con el chirrido de las bisagras. Solo la había visto así una vez, durante el año en que mis abuelos murieron. Fue ella quien me ayudó a sobrellevar aquel año, haciéndome un hueco junto a ella en el sofá del salón mientras las visitas iban y venían, trayendo guisos y cestas llenas de dulces. Me susurró, acariciándome el pelo, que la muerte era un proceso, que mis abuelos habían llevado vidas felices. Me preguntaba si era así como se sentía ahora, si pensaba que LIA era parte de un proceso necesario; difícil, sí, pero más fácil de aceptar una vez que sabías que era parte del plan divino.

—Vamos a inscribirte —me dijo el recepcionista.

Le seguí a otra habitación, también vacía y pintada de blanco, donde un chico rubio me pidió, desde detrás de una mesa, que sacara todo lo que tenía en los bolsillos. El chico debía ser solo unos años mayor que yo, quizás tendría unos veinte, y desprendía un aire de autoridad que me hizo pensar que

llevaba ya bastante tiempo allí. Era guapo, esbelto y con aspecto de jovencito, alto y delgado; pero no era mi tipo. Aunque claro, ni siquiera sabía cuál era mi tipo en realidad.

En las noches en que me había permitido buscar fotos de hombres en ropa interior en internet, solo había conseguido bajar hasta la mitad de la página, viendo cómo los píxeles iban conformando las imágenes poco a poco a modo de *striptease* a cámara lenta, hasta que sentía la necesidad de cerrar el buscador e intentar olvidar lo que había visto, mientras el portátil se recalentaba en mi regazo. Había atisbos, claro está, indicios de atracción que aparecían en mis fantasías esporádicas: un bíceps tonificado por aquí, una V marcada en el abdomen por allá, un *collage* de hoyuelos bajo unas narices aguileñas... Pero nunca un retrato completo.

El chico rubio esperaba, dando golpecitos con el dedo índice en la mesa plegable que nos separaba. Me metí las manos en los bolsillos y saqué el móvil, un Motorola RAZR negro cuya pequeña pantalla se encendió de repente con una imagen del lago, el pedacito indispensable de naturaleza de mi campus universitario: unos cuantos arces apiñados alrededor de una superficie cristalina. El chico rubio arrugó la nariz al ver la imagen, como si hubiera algo perverso acechando en esa pacífica escena.

—Voy a tener que revisar todas tus fotos —dijo—. Y tus mensajes.

—Es el procedimiento habitual —explicó el recepcionista—. Todas tus fotos serán confiscadas con el propósito de invitarte a reflexionar—. Estaba citando la sección de Imágenes Falsas (IF) del manual, una sección que más adelante tendría que memorizar.

Queremos apoyar a cada cliente, hombres y mujeres, mediante la reafirmación de su identidad de género. También queremos que cada cliente busque la integridad en todas sus acciones e intervenciones. Por lo tanto, todas las pertenencias, las actuaciones, la vestimenta, las acciones o el humor que puedan conectarle con un pasado inapropiado serán excluidos del programa. Estos obstáculos se denominan *Imágenes Falsas (IF)*. El comportamiento relativo a las IF puede incluir la exaltación de la masculinidad, la vestimenta seductora, la indumentaria varonil (en mujeres), el uso excesivo de joyas (por parte de hombres), el comportamiento gay o lésbico y el habla amanerada.

Bajé la mirada hacia mi camisa blanca y los pantalones caquis que mi madre me había planchado esa mañana, con los pliegues bien marcados en medio de cada pierna. Nada que hubiera en mi armario o mi teléfono podía considerarse una IF. Me había asegurado de ello antes de venir, comprobando en el espejo que no hubiera ni una arruga en la ropa, borrando conversaciones de mensajes de texto entre amigos, esperando a que la barra gris de borrado terminara de tragarse toda la esperanza, la ansiedad y el miedo que había compartido con las personas en quien confiaba. Sentía como si hubiera renacido, como si hubiese salido de mi antigua piel esa mañana, dejando mi «pasado inapropiado» arrugado en el suelo del baño junto a mi ropa sucia.

—Tu cartera, por favor.

Le hice caso. Mi cartera parecía minúscula ahí puesta; un cuadradito tan diminuto de cuero que contenía una parte tan grande de mi identidad: el carné de conducir, la tarjeta de la Seguridad Social, la tarjeta del banco... El chico de la foto del carné ni siquiera parecía yo, parecía alguien libre de problemas: una cara sonriente en el vacío. No me acordaba ni de cómo consiguió el fotógrafo que pusiera esa sonrisa bobalicona.

—Por favor, vacía el contenido de tu cartera y colócalo sobre la mesa.

La cara me empezó a arder. Saqué cada tarjeta. Saqué un montoncito de monedas de veinte centavos, seguido de un trozo de papel con renglones en el que había anotado hacía tiempo el número de teléfono de la Oficina de Acceso a la Universidad, cuando me preocupaban mis posibilidades de entrar en la universidad.

—¿De qué es el teléfono? —preguntó el chico.

—De la Oficina de Acceso a la Universidad —contesté.

—Si llamo a este número, ¿podré comprobar que estás diciendo la verdad?

—Sí.

—¿No tienes ningún número o fotos de exnovios por ningún lado?

Odiaba que hablara tan abiertamente de antiguos «novios», una palabra que yo había evitado a toda costa, preocupado por si el simple hecho de decirla pudiera revelar mi vergonzoso deseo de tener uno.

—No, no tengo nada inapropiado.

Conté hasta diez, espirando por la nariz, y volví a levantar la mirada hacia el chico. No iba a dejar que me afectara; no tan temprano, no en mi primer día.

—¿Tienes algo más en los bolsillos?

Sus preguntas me estaban volviendo paranoico. ¿Y si había traído inconscientemente algún objeto inapropiado? En esos momentos, parecía como si todo lo relacionado conmigo fuera inapropiado, como si me fueran a expulsar del edificio por ser ya demasiado indecente. El tono en el que hablaba parecía insinuar que yo estaba intentando esconder con desesperación un pasado lleno de pecado, cuando lo cierto era que, aunque sí que sentía el peso de dicho pecado, tenía muy pocas pruebas físicas, y menos aún experiencias físicas, que dieran cuenta de ello.

—¿Seguro que no tienes nada más?

Sí que tenía una cosa más, pero tenía la esperanza de poder quedármela: un cuaderno Moleskine en el que escribía todos mis relatos. Aunque sabía que eran relatos de aficionado y que no era algo profesional, estaba deseando volver a sumergirme en ellos en cuanto acabaran las actividades diarias. Supuse que los largos párrafos que describían la naturaleza, por muy inocuos que me parecieran cuando los escribí, podían resultar demasiado floridos, demasiado femeninos; otra señal de mi debilidad moral. Incluso había un relato, uno de los últimos, con una joven narradora femenina, una elección que hacía poco por afirmar mi género.

—Tengo esto —dije, sujetando el cuaderno delante de mí; no estaba dispuesto a dejarlo en la mesa con mis otras pertenencias—. Es solo una libreta.

—Los diarios no están permitidos —contestó el recepcionista, citando el manual—. Todo lo demás son distracciones.

Observé al chico rubio mientras me quitaba el cuaderno, lo colocaba sobre la mesa y empezaba a pasar las páginas hacia delante y hacia atrás con desinterés, con el ceño fruncido. Ya no me acuerdo de qué historia encontré, pero me acuerdo de cómo arrancó las páginas de la libreta, hizo una bola con ellas y dijo, con una voz que no transmitía emoción alguna:

—Imagen falsa.

Como si mis relatos no fueran más que eso.

—Bueno, creo que ya está todo —dijo el recepcionista—. Solo queda un cacheo rápido y ya estarás listo.

Me cacheó las piernas, pasó los dedos por los bajos de mis pantalones, fue subiendo hasta los brazos, las mangas de la camisa, y luego, como para

consolarme, me dio, no una, sino tres palmaditas en los hombros, mirándome a los ojos todo el rato.

—Todo irá bien —me aseguró, aún mirándome fijamente con esos ojos tan azules y reposando las manos sobre mis hombros—. Todos tenemos que pasar por esto. Es un poco raro al principio, pero al final te acabará encantando este sitio. Somos una gran familia.

Vi cómo el chico rubio tiraba mi relato a la basura. «Señor, hazme puro». Dios no iba a responder a mis plegarias a no ser que me convirtiera en algo tan transparente como una gota de agua. La primera parte de mi historia, arrugada en la papelera. Todo lo demás son distracciones.

—Porque la paga del pecado es muerte —prosiguió Smid. Los rayos de luz de la tarde entraban por la puerta corredera que se encontraba tras él. Cada vez que caminaba por delante de nosotros, la sombra del eje central de la puerta pasaba sobre él como el péndulo aletargado de un metrónomo, marcando el ritmo pausado de sus pasos. Todos los del grupo estábamos sentados, quietos y en silencio, con la respiración ajustada al compás del movimiento lento de sus pies y sintiendo la pesadez de los guisos del almuerzo en el estómago. Éramos diecisiete o dieciocho. Algunos llevaban allí el tiempo suficiente como para saber que era mejor abstenerse con educación de comer carne o queso procesado, mientras que otros se traían la comida de casa y abrían las tapaderas de color neón de los táperes que desprendían un tufillo a atún y mayonesa. Al observar a los miembros antiguos comerse sus almuerzos, aquellos que llevaban en LIA dos o tres años, había visto que el recepcionista tenía parte de razón; eran una familia, por muy disfuncional que fuera. Pan de molde y gelatina del súper; se trataba un grupo que sabía tolerar las idiosincrasias de los hábitos alimentarios del resto. La gente seguía sus rutinas sin hacer caso de sus inseguridades, sin las miradas furtivas que acompañan con frecuencia a los grupos grandes que se ven, de repente, inmersos en unas circunstancias más íntimas. Yo era el único que parecía no integrarse en el grupo. Movía la comida precocinada de un lado a otro con el tenedor, como si hubiera olvidado cómo alimentarme, casi sin levantar la vista del plato.

A mi izquierda se sentaba S, una adolescente que parecía incómoda con la falda reglamentaria y que más adelante confesaría que la habían pillado

untándose mantequilla de cacahuete en la vagina para premiar a su perro.

—Encantada de conocerte —me había dicho aquella mañana antes de que pudiera presentarme. Parecía estar siempre preparada para hacer una reverencia. Movía con nerviosismo los dedos pulgar e índice junto a los pliegues de su falda de algodón. Bajó la vista hasta mis pies después de presentarse, con la mirada clavada en la baldosa que había detrás de mis mocasines, y, durante un instante, me sentí como si me hubiera traído alguna clase de residuo pecaminoso del exterior—. Te gustará estar aquí.

A mi derecha se sentaba un chico que tendría unos diecisiete o dieciocho años, J. Llevaba puestos unos pantalones Wrangler, una sonrisa de vaquero y un pelo repeinado con un flequillo peligrosamente largo que le caía sobre unos cálidos ojos castaños. J alardeaba de haberse memorizado los ocho pasajes «fulminantes», llamados así por su poder para condenar de forma doctrinaria la homosexualidad y defender las relaciones heterosexuales tradicionales.

—Los leo todas las noches —había dicho J, con una voz seria pero también un poco juguetona. Me dio un fuerte apretón de manos que se notaba ensayado. Daba la impresión de que había mil apretones de manos detrás de ese, y que cada uno de ellos había fortalecido de forma gradual el agarre de J hasta ser lo bastante fuerte como para superar ese examen básico de masculinidad—. También he memorizado capítulos enteros.

Cuando nuestras manos se separaron, sentí que su sudor me enfriaba la palma al bajarla. «No se permiten abrazos o contacto físico entre los clientes», recordé que ponía en el manual. Tan solo se permiten breves apretones de manos.

—¿Que cuál es mi favorito? —me preguntó sonriente—. «No te acostarás con un hombre como quien se acuesta con una mujer. Eso es una abominación».

Después pasó a contarme más sobre su interpretación de ese versículo «fulminante».

—Abominación —me dijo, apartándose el flequillo con un movimiento lento de los dedos en forma de arco. Las cutículas le brillaban como unas medias lunas grandes y radiantes—. Es una locura de palabra. En hebreo se dice *to'e'va*. Puede referirse tanto a una gamba como al sexo gay. A los israelitas les ponían los pelos de punta todas esas patitas nadando en el agua salada, ¿sabes? Creían que era antinatural.

Entre los otros miembros del grupo había hombres y mujeres casados que habían sido infieles, antiguos profesores de instituto o educadores de algún tipo avergonzados por los rumores que corrían en torno a su sexualidad y adolescentes que estaban allí en contra de su voluntad y que formaban parte del programa Refugio, una sección polémica dirigida a padres que creían que la única opción que les quedaba era mandar a sus hijos al centro.

La mayoría proveníamos del sur, la mayoría, de algún punto del cinturón bíblico. La mayoría de nuestras historias sonaban sorprendentemente familiares. Todos nos habíamos topado con ultimátums que no existían para otras personas, condiciones que no suelen imponerse en el amor entre padres e hijos. En un momento dado, nos habíamos tenido que enfrentar a un «o cambias esto o si no...»: si no, nos quedaríamos sin hogar, sin dinero, excomulgados, exiliados. Todos habíamos tenido miedo de caer en el olvido; a todos nos habían contado historias para advertirnos de los adictos a las drogas o al sexo, de personas que terminaban muriendo sumidas en la agonía del sida en los bajos fondos de alguna ciudad de la Costa Oeste. La historia siempre era la misma, y nosotros nos la creíamos. En gran parte, los medios de comunicación y la cultura que consumíamos lo corroboraban. Era casi imposible encontrar una película que hablara abiertamente de la homosexualidad en los cines de una pequeña ciudad, y cuando lo conseguías, casi siempre terminaba con alguien muriéndose de sida.

Yo formaba parte de Origen, un programa de prueba de dos semanas diseñado para determinar la duración de la terapia que necesitaría. Casi todos los pacientes necesitaban quedarse al menos tres meses internados, a menudo más. En muchos casos, los universitarios como yo dejaban las clases durante al menos un año para distanciarse de las influencias dañinas. Muchos se quedaban incluso durante más tiempo. De hecho, la mayoría de los empleados eran antiguos pacientes que habían estado en LIA durante al menos dos años y que habían decidido permanecer en el centro en vez de reintegrarse en sus antiguas vidas. Para poder trabajar en las instalaciones, los antiguos pacientes debían encontrar un empleo que hubiera sido aprobado previamente, ser independientes económicamente, hablar tan solo con aquellos cuya reputación y posición social hubiese obtenido el visto bueno del personal y mantenerse alejado de internet o de cualquier otro «lugar secular»: entre los que se incluían «cualquier clase de centro comercial» o cualquier «librería no

cristiana». Debido a que no estaba permitido que los pacientes se alejaran demasiado de las oficinas de LIA, el grupo de apoyo se convertía en el núcleo central de las vidas de los pacientes, en el camino, la verdad y la luz que nombraba Jesús en el Nuevo Testamento, en el único camino verdadero hacia el amor de Dios.

Durante las dos semanas siguientes, el personal de LIA, junto con mis padres, determinaría qué clase de paréntesis sería necesario en mi caso. Tal y como su nombre sugería, Origen era el manantial de un viaje largo y difícil.

—Cuéntales lo que hiciste, T —dijo Smid. Nos encontrábamos en la hora de la tarde en que compartíamos nuestras experiencias—. Necesitas admitir lo que hiciste para que no vuelva a ocurrir.

T, un hombre obeso de mediana edad que llevaba varias chaquetas negras, estaba de pie frente al grupo para confesar, con expresión pétrea, que había tratado de suicidarse de nuevo. Era su séptimo intento de suicidio desde que había llegado al programa. Lo había intentado con pastillas, cuchillos... cualquier cosa a la que pudiera echarle el guante.

—Típico —susurró J, inclinándose hacia mí. Su cálido aliento de vaquero me hacía cosquillas en el cuello—. A este tío le encanta ser el centro de atención. Tiene más traumas por la relación con su padre de los que puedo contar con los dedos de una mano.

T pareció encogerse dentro de sus chaquetas. Su pálido rostro contrastaba con su mitad oculta en un negro austero. Hacía mucho que le había abandonado lo que fuera que le había destrozado en un principio, pero LIA seguía intentando desenterrarlo.

—¿Quién de nosotros lanzará la primera piedra? —preguntó Smid, girándose de nuevo hacia el grupo—. Todos hemos pecado y todos nos hemos quedado cortos a la hora de alcanzar la gloria de Dios.

Por lo visto, con la honestidad ya tenías ganada más de la mitad de la batalla en la lucha por alcanzar un estilo de vida exgay. Debías *querer* cambiar, y hasta que no lo quisieras con tantas ganas que prefirieras morirte antes que no hacerlo, nunca superarías el Paso Uno: admitir que estabas equivocado. Smid decía que la razón por la que algunos futuros exgais como T se sentían incapaces de cambiar era por problemas familiares tan profundamente arraigados que los mantenían apartados de Dios.

—El suicidio no es la respuesta —afirmó Smid—. Dios es la respuesta. Así de simple.

—Lo que hice estuvo mal —dijo T, escondiendo unas manos enrojecidas y cubiertas de cicatrices en su chaqueta superior. Sus palabras parecían sacadas de un guion—. Sé que con la ayuda de Dios puedo aprender a apreciar el valor de mi vida.

J fingió toser, llevándose el puño a la boca para ocultar la risa.

«No cuentes con ello».

Cuando T se sentó, todos le dijimos:

—Te quiero, T.

Era un requisito del programa, la regla número nueve de la sección de Normas de Grupo: «Cuando alguien de tu grupo deje de hablar, dile “Te quiero, ”».

Todos los hijos de Dios éramos iguales, por lo que nuestros nombres eran intercambiables.

—Te quiero, T —dijo Smid.

Aunque entonces yo no lo sabía, los antiguos consejos de Smid eran distintos. Todavía lidiaba con un escándalo que llevaba persiguiéndole desde hacía diez años y que había surgido por un presunto consejo que le había dado a uno de los primeros jóvenes que participaron en su programa. Según *Family & Friends*, un periódico de Memphis, Smid le había dicho al hombre que sería mejor que se suicidara a que viviera siendo homosexual.

Varios blogueros habían estimado que el número de suicidios provocados por el tratamiento de LIA era de entre veinte y treinta, a pesar de que es imposible calcular de forma exacta esta clase de cifras.

La polémica no había terminado ahí. Según afirmó Peterson Toscano, un antiguo paciente de Smid que había acudido a las reuniones de LIA a finales de los años noventa, en una entrevista que concedió para el *Daily Beast*, LIA también era responsable de montar un funeral falso para un «desertor en potencia»: un joven de diecinueve o veinte años que creía que podría llevar un estilo de vida abiertamente gay fuera de las instalaciones. Los miembros de LIA permanecieron de pie frente al cuerpo recostado del joven e hicieron toda clase de comentarios: «Es terrible que no siguiera el camino de Dios, y mira dónde está ahora, muerto por haberse marchado». Leyeron esquelas falsas que

describían su rápida caída en el VIH y, más tarde, al sida, y lloraron por él. La cosa siguió hasta que el joven se convenció por completo de que su comportamiento inmoral le conduciría a una muerte de la que no tenía esperanza de ser resucitado. A pesar de que el chico terminó marchándose, lo hizo varios años después y, según la conversación que mantuve con Toscano, tras muchos años sufriendo daños psicológicos.

El miedo a la vergüenza, seguido del miedo al infierno, era lo que realmente impedía que nos suicidáramos.

Smid concluyó su discurso y esperó en silencio a que nuestras caras mostraran que habíamos asimilado la importancia del Paso Uno. Tras varios segundos que se hicieron eternos, nos concedió un descanso, dando una única palmada. Fue un sonido estremecedor. Me levanté y me estiré, después crucé la puerta corredera de cristal y anduve por el porche con la sensación de que podría caminar durante horas, días, semanas. Los demás salieron detrás de mí; sus zapatos rozaban el suelo de hormigón.

Quería hablar más con J. Parecía un chico bastante majo, alguien que no llevaba allí el tiempo suficiente como para olvidar cómo era el primer día. Pero J se quedó sentado dentro y yo terminé quedándome de pie, solo, en el extremo más alejado del porche. Veía a S de pie al otro lado del cristal, alisándose la falda e intentado lanzarme una pequeña sonrisa tímida. T todavía seguía sentado en el extremo del semicírculo, con la mirada fija en un pedazo de hormigón cerca de mis pies, donde unos pocos pájaros leonados picoteaban las migas de pan que uno de los miembros del grupo había dejado. Estiró los brazos y ahuecó las manos como si estuvieran llenas de alpiste, como si fuera a esparcir un rastro de comida desde la puerta hasta su silla.

—Bueno —dijo Smid, caminando hacia una pizarra que se encontraba en la pared de enfrente—, ¿alguien puede decirme qué es un genograma? —Juntó las manos—. ¿Alguien? —Cogió un rotulador negro de la bandeja plateada de la parte inferior de la pizarra.

S puso los hombros rectos y alzó una mano; con la otra se estiraba la falda por debajo de sus rodillas hinchadas y enrojecidas: yo descubriría poco después que esas eran las reglas dos, cuatro y seis de la sección de Normas de Grupo de los manuales: «(2) No se permite sentarse encorvado, apoyarse solo

en las patas traseras de la silla, sentarse con los brazos cruzados, poner los ojos en blanco o caras de asco; (4) Levanta la mano para hablar; (6) Los clientes deben sentarse de forma que no hagan que otros se tropiecen». Era evidente que ella llevaba allí el tiempo suficiente como para tener domesticadas la mayoría de sus Imágenes Falsas.

—¿Sí? —preguntó Smid.

—Un genograma es un árbol familiar —respondió—, solo que es uno que también muestra los patrones de la historia de la familia. Es algo así como una genealogía ilustrada.

«O una lista de personajes», pensé, recordando todas las horas que había pasado en mi habitación de la residencia intentando trazar la historia familiar de *Cumbres borrascosas* en mi Moleskine, con comentarios del tipo «Cathy la mala» junto al nombre de los personajes. Me preguntaba si me devolverían la libreta.

—Muy bien —dijo Smid, escribiendo las palabras «Árbol familiar: Genealogía» con una gran letra cursiva en la parte superior de la pizarra. Se volvió de nuevo hacia nosotros—. ¿Algo más que podamos añadir?

Me moví en la silla acolchada. Siempre había sentido esa misma inquietud en las clases, esa necesidad de acabar con el silencio que seguía a una pregunta, sin importar lo inadecuada que fuera mi respuesta. También quería impresionar a los compañeros del grupo. Quería mostrarles todo lo que sabía, que vieran que era mucho más inteligente que ellos, que no cometía faltas de ortografía tontas, que ese no era mi lugar, de verdad, que yo solo estaba de paso, que encontraría la forma de salir de allí enseguida.

—Buena respuesta, S —dijo Smid, recogiendo una pila de cartulinas de las manos del chico rubio. Se la dio a T, que cogió una y le pasó el resto a los demás—. Un genograma muestra los patrones hereditarios y los comportamientos pecaminosos de nuestras familias. Más que seguir nuestra genealogía, se centra en la historia que se encuentra detrás del comportamiento pecaminoso del presente.

Smid volvió de nuevo a la pizarra. Le quitó el tapón al rotulador con una floritura. En primer lugar, escribió una «A» para el alcoholismo. Después escribió una «P» de promiscuidad. Llenó la pizarra con las letras gruesas y negras que emplearíamos como símbolos para la leyenda de nuestros genogramas. «H» para la homosexualidad, «D» para las drogas, «\$» para las

apuestas, «EM» para las enfermedades mentales, «Ab» para el aborto, «B» por haber estado en bandas criminales, «Po» para pornografía. Intenté ignorar la falta de paralelismo en la lista de Smid, una norma de estilo básica que había aprendido en las clases de lengua de secundaria. No era necesario que la forma fuese siempre perfecta, me dije a mí mismo. J cogió una de las cartulinas y me pasó la pila. Sentí que su mano temblaba cuando se acercó a mí. Coloqué la hoja en la alfombra bereber que tenía debajo de los pies.

Smid se giró de cara a nosotros, cerrando el rotulador con un clic.

—Los traumas a menudo están relacionados con el pecado que pasa de generación en generación —explicó—. Debemos comprender cuál es el origen del pecado. Cómo pasó, gota a gota, de padre a hijo, de madre a hija.

Reconocí aquel juicio de un versículo de la Biblia muy popular en la iglesia de nuestra familia: Éxodo 20:5.

Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso. Cuando los padres son malvados y me odian, yo castigo a sus hijos hasta la tercera y cuarta generación.

El chico rubio nos tendió un montón de lápices de colores atados con una goma elástica. Los más veteranos del grupo se dejaron caer de las sillas con sus cartulinas para empezar con el proyecto grupal del día. Les seguí con rapidez, mis rodillas ya estaban acostumbradas a arrodillarse durante horas ante el altar barnizado con aceite de tung de la iglesia de nuestra familia, pidiéndole a Dios que me hiciera cambiar. Me había pasado dieciocho años de mi vida yendo a la iglesia tres veces por semana, prestando atención al llamado al altar junto a mi padre y el resto de hombres, intentando creer en una interpretación literal de la Biblia.

—Los patrones compulsivos de los padres influyen en los hijos —continuó Smid—. Esa es la raíz más frecuente de los pecados sexuales.

Nuestros genogramas, marcados con colores, nos dirían en qué momento todo había empezado a ir mal. Si rastreábamos nuestra genealogía hasta llegar lo bastante lejos encontraríamos la respuesta a nuestros pecados sexuales, y si no, como mínimo, la sensación de saber qué rama, muerta y degenerada, de nuestro árbol familiar, era la responsable.

Moví la cartulina sobre la alfombra de forma que pudiera estar más cerca de J. S me recorrió con la mirada cuando pasé junto a ella, pero fingí no darme

cuenta.

J me dio un golpecito en las costillas con un lápiz rojo y dejó una pequeña marca en mi camisa blanca. El peso de mi mirada descendió por su brazo, largo y fibroso, hasta donde su muñeca, cubierta de venas púrpuras, dibujaba una flecha roja y ondulada para marcar los maltratos que había sufrido su madre a manos de su padre.

—Estoy seguro de que es esto —me dijo. Su voz era tan monótona que no sabía si me lo decía en serio o si tan solo estaba regurgitando la jerga de LIA. Me pregunté si la ironía había ocupado una gran parte de su personalidad antes de entrar en LIA. Me pregunté si me habría gustado más fuera de ese lugar—. Estoy seguro de que parte de esos abusos me volvieron gay. O a lo mejor fueron las «D» de papá. O puede que mi madre tuviera un «Ab» antes de que yo naciera.

Me pregunté cómo era posible que alguien supiera tanto sobre su familia. Mi clan era de pocas palabras. Cuando el pasado salía a la superficie, siempre era por accidente o en clave.

—No sé ni por dónde empezar —confesé, mirando la cartulina blanca. Se trataba de un problema al que me enfrentaba cada vez que me sentaba a escribir, pero, poco a poco, se me había empezado a dar mejor. Al relajar mis pensamientos, pude entrar en mi mente a través de una puerta lateral, sentarme con las piernas cruzadas y examinar los jeroglíficos.

—Empieza con lo peor —dijo J sonriendo—, a menos que *tú* seas lo peor.

Era difícil conjurar un árbol familiar a partir de los primeros recuerdos de mi infancia. Desde el momento en que sintió la llamada para convertirse en predicador, la vida de mi padre llenó un vacío dentro de la mitología familiar. Su importancia en la ciudad y en la comunidad pareció anular todo lo que sabíamos sobre nosotros. Yo era Su Hijo. Mi madre era Su Esposa.

La gente siempre había visto a mi padre como un creyente devoto, pero al cumplir los cincuenta fue un paso más allá, tambaleándose por los pasillos de la iglesia, temblando y llorando, arrodillándose junto a toda la congregación hasta que nuestro predicador declaró que Dios había llamado a mi padre a su servicio.

«Caminaba sin rumbo hasta que recibí su llamada —repetía mi padre todas las semanas desde los púlpitos de todo el estado de Arkansas, hasta que mi

madre y yo empezamos a creerle, a aplaudir junto a su público—. Yo no era nada. Pero Dios me sanó. Me completó. Me dio un propósito».

En menos de una semana, en mitad del programa Origen, mi madre y yo planeábamos ir en coche desde el centro de LIA hasta la ordenación de mi padre como predicador misionero bautista, donde se nos pediría que estuviéramos a su lado en un brillante escenario iluminado frente a un público de más de doscientas personas. Los miembros del personal de LIA ya habían autorizado el viaje y lo consideraban una pieza fundamental de mi desarrollo, una oportunidad real para poner a prueba mi devoción hacia la causa. En la iglesia se esperaba que mi madre y yo nos cogiéramos de la mano, que sonriéramos, que rompiéramos a llorar en el momento apropiado. Miembros importantes de la Asociación Bautista Misionera de América viajarían desde todos los rincones de Arkansas para entrevistar de forma pública al hombre que muchos insinuaban que podía ser el próximo Pedro, el próximo Pablo, el hombre cuya brújula moral podía arreglar las cosas para los bautistas, abrir paso a una creencia aún más férrea en la infalibilidad de la Biblia, esclarecer todas las cuestiones complejas que habían empezado a atormentar a la asociación. Asuntos como el divorcio, el concubinato y, lo más apremiante, la homosexualidad.

—Piensa en quién eres —dijo J, ultimando los detalles de su cartulina. Estaba tan acostumbrado a esa clase de ejercicios que podría haber dibujado los símbolos con los ojos cerrados—. Y después sigue el rastro para remontarte al origen en tu historia familiar.

Empecé escribiendo los nombres de mis bisabuelos en la parte superior de la cartulina, seguí con mis abuelos y después con mis padres. Junto a mis padres añadí a mis tías y tíos y a todos mis primos. Abajo del todo, en una letra ligeramente más pequeña, escribí mi propio nombre. Seguí la leyenda del genograma lo mejor que pude, anotando tan solo uno o dos símbolos de pecado junto a los nombres de mis familiares. El abuelo con los problemas con el alcohol: A. La abuela que se divorció de él por los problemas con el alcohol: una línea con dos rayas en diagonal. Los otros abuelos que se murieron casi al mismo tiempo: unas X gemelas. La tía cuyos primer y segundo marido murieron en accidentes aéreos de camino a Saigón, que más tarde volvió a casarse y se divorció: una línea con dos rayas en diagonal. El tío con los problemas con la droga, el alcohol y el juego: D, A y \$ respectivamente.

Mientras completaba el diagrama de mi árbol familiar y coloreaba las cajas, las flechas y los símbolos textuales, el genograma empezó a cobrar sentido. Culpar a los demás antes que a mí y asignarle a cada uno su propio símbolo, eliminando el resto de sus características, me proporcionaba una sensación de seguridad. Podía poner una H al lado de mi nombre y cualquier otra cosa sobre mí dejaría de importar. Si me preguntaba por qué me encontraba sentado en el suelo, sobre la alfombra, junto a un grupo de desconocidos, podía contar la lista de pecados familiares, encogerme de hombros y pasar a la siguiente actividad sin hacerme más preguntas. Toda esa confusión sobre quién era yo y sobre por qué mi vida me había conducido hasta ese momento podía plegarse con el genograma, meterse en una carpeta e introducirse en uno de los muchos archivadores que había en LIA.

—Parece que tienes un montón de A en ambos lados de la familia —comentó J, admirando mi cartulina con su voz seria y monótona—. Le ha debido de pasar factura a tus padres. Ya sabes, dicen que a veces los pecados más gordos se saltan una generación. Debes de ser muy, muy gay.

—Vaya asco —le respondí, echando un vistazo para asegurarme de que nadie me había escuchado. Incluso las blasfemias más suaves estaban estrictamente prohibidas—. Supongo que tardaré en curarme.

Smid se interpuso entre nosotros y observó nuestras cartulinas.

—Buen trabajo —dijo, dándome una palmadita en la espalda. Suave y ligera, apenas sentí las yemas de sus dedos. Más tarde volví a sentir su tacto, en el codo, corrigiéndome la postura para que dejara de apoyar las manos sobre las caderas de una forma tan llamativa y adquiriera una postura heterosexual más apropiada, la pose cansada de cromañón que era tan popular en las pequeñas ciudades del sur como en la que yo me había criado.

—No quiero volver a escucharte emplear esa clase de lenguaje —añadió en voz baja, un barítono desgastado por la tensión—. Aquí solo toleramos el lenguaje de Dios.

Escuché a S reírse con discreción detrás de mí.

—Novato —susurró.

—No me jodas —contesté. La palabrota fue como una bofetada, pero ella se recompuso en seguida y se rio de nuevo, lo bastante alto como para atraer el interés de Smid hacia nosotros otra vez.

Pensándolo ahora, creo que debió de alegrarse de, por una vez, no ser el

objeto de burla de la habitación, de deshacerse de la atención de las personas que se sentían afortunadas de conocer a alguien como ella, alguien con un secreto aún más vergonzoso. Debía de alegrarse de que, por un segundo, la gente dejara de imaginársela tumbada en el salón estrecho de su caravana, con un bote medio vacío de mantequilla de cacahuete como una mancha oscura sobre la encimera de la cocina mientras sus padres cruzaban la puerta principal y descubrían que su hija había cambiado hasta tal punto que ya no eran capaces de reconocerla.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Smid dando vueltas a mi alrededor—. Seguro que quieres hacerlo bien.

Me coloqué el lápiz detrás de la oreja y estudié el genograma a medio terminar, intentando recordar los pecados de mis padres. Me quedé sentado y quieto hasta que terminó el tiempo de la actividad, por miedo a escribir algo que no pudiera borrar.

LOS HOMBRES FRANCOS

Los hombres se reunieron en el concesionario. Las suelas de sus zapatos de montar de cuero chirriaban contra las losetas. La lluvia de la noche anterior había dejado litros y litros de agua, que para entonces ya habían ido a parar a los recovecos de las entradas de los garajes de las casas, se habían adentrado por las juntas de goma de las puertas de sus coches y habían salido por el sistema de suspensión que se esconde bajo estos. Era como si el hombre del tiempo, con ese acento del Medio Oeste ensayado, se hubiese equivocado y no hubiera llovido nada. Las carreteras estaban secas, como de costumbre, y, con dos o tres cafés en el cuerpo, era probable que los hombres no hubieran notado nada diferente de no ser por el chirrido de las suelas de sus zapatos, un sonido que significaba que las actividades nocturnas habían seguido sin ellos.

—Os digo que es el Fin de los Tiempos —comentaba el hermano Nielson, mientras se dirigía cojeando y con ayuda de dos hombres hacia el sofá de la esquina de la sala de exposición. Cuando pasó por delante del Mustang rojo aparcado en el centro de la sala, vio su reflejo deformado en el coche y sonrió durante unos instantes, antes de mirar hacia otro lado—. Guerra en Oriente Medio. ¿Por qué razón? ¿Por qué no les bombardeamos a todos y ya está?

El hermano Nielson se había ganado el respeto de todos gracias a veinte años de trabajo duro como diácono en la iglesia bautista misionera del vecindario. Cuando su salud comenzó a empeorar y sus huesos se fueron anquilosando, su estatus como pilar de la iglesia y de nuestro pequeño pueblo de Arkansas no hizo más que crecer. Pero a la larga, el camino hacia el respeto le había costado la vanidad. Era conocido por decir cosas como: «Yo solía tener a todas las chicas con las que un hombre pudiera soñar. Cientos de ellas. Haciendo cola. De todos los tipos posibles».

Ahora iba arrastrando el dobladillo de los pantalones y fregando con él el

rastros de agua que los otros hombres iban dejando.

—No sé por qué la gente siempre lo complica todo. La CNN quiere hacernos creer que ni siquiera deberíamos haber ido allí. ¿No saben que Jesús va a volver en cualquier momento? —Se hundió en el sofá con el chirrido del cuero—. Lo noto en los huesos.

Mi padre y los otros hombres siempre decían lo mismo sobre el Evangelio: Dios no tiene tiempo para nadie que no sea franco. Di lo que piensas, y dilo claro. «No hay punto medio —solía decir mi padre—. No hay terreno neutral. No hay ambigüedades».

Yo les observaba desde la puerta de la oficina de mi padre, con una Biblia del Rey Jacobo en una mano y agarrando el marco de madera de la puerta con la otra. En menos de cinco minutos me uniría a ellos, arrodillado frente al sofá; iba a ser la primera vez que yo liderara la sesión matinal del estudio de la Biblia, con mi padre y sus empleados. Desde que mi padre se mudó a ese pueblo, años atrás, para hacerse cargo de un concesionario Ford, no había pasado ni una sola mañana —de los días laborables— en la que no reuniera al grupo para estudiar la Biblia. Al igual que a la mayoría de los miembros de la iglesia que conocíamos, a mi padre le preocupaba que no se rezara en las escuelas ni en las empresas, y creía que el país, aun teniendo un presidente evangélico, estaba constantemente intentando eliminar la gloria original de Cristo de la vida cotidiana de sus ciudadanos, sobre todo en lo relacionado con temas como el juramento a la bandera y las fiestas de Navidad, sobre los que siempre se rumoreaba que estaban en peligro. Al igual que mi madre, él había crecido en la iglesia y, puesto que solo había una iglesia en donde mis padres habían vivido durante casi toda su vida, nuestra familia siempre había sido bautista misionera, comprometida con conducir a los demás hacia el Señor. «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Mi padre se tomó el versículo de manera literal y, al igual que todos los bautistas misioneros y todos los evangélicos, creía que, cuantas más almas pudieras reunir en nombre de Cristo, más almas salvarías del fuego eterno. Lo mínimo era dos almas; con tres era suficiente, pero lo mejor era nueve, diez o más. «Quiero guiar al menos a mil almas hacia el Señor antes de morir», solía repetirme casi todos los días.

Trabajar para él limpiando coches cada verano me había permitido mantenerme a una distancia prudente de su negocio de salvar almas. A los

dieciocho, aún no había realizado ninguna función pastoral de verdad. Aunque nunca lo dijera de forma explícita, cada verano me pedía que realizara trabajos manuales con la esperanza de que me ayudaran a convertirme en un chico sureño viril normal, para compensar mis cualidades más femeninas y mi afición por los libros. Mis acompañantes durante los días de trabajo eran botellas de espray llenas de líquido sellador, abrillantador, reparador y acondicionador de neumáticos. Líquidos rosas, morados y amarillos que apenas conocía más allá de por su olor, por la sensación de ardor que me provocaban al entrar en contacto con mi piel quemada por el sol y por los montones de espuma que formaban y que desaparecían por el desagüe de la ducha al terminar el día. Cuando mi padre me preguntaba con cuántos clientes me había encontrado en el concesionario, podía sonreír y decirle:

—No creo que la máquina de lavado tenga alma, aunque dé esos zumbidos tan fuertes.

Y mi padre podía contestar, antes de girarse hacia otro lado:

—Tenemos que arreglar ese cacharro.

Pero cuando se trataba del estudio de la Biblia matinal, no había broma que pudiera rescatarme. Tenía que cumplir o decepcionaría a mi padre frente a los demás hombres. Dado que se me consideraba una extensión de él —«Vas a salir igualito a tu padre; qué ganas de ver el don que el Señor te ha concedido»—, se esperaba que salieran grandes cosas por mi boca. Vino de las tinajas de Caná: lo que estaba vacío, restablecido; el festín de la boda continúa; los discípulos creen en los milagros.

Cuando mi madre nos acompañaba durante la pausa para almorzar en el Timberline, uno de los pocos restaurantes que había en el pueblo, en una sala inmensa con paneles de madera cuyas paredes estaban repletas de serruchos y sierras oxidadas tres veces más grandes que mi cabeza, mi padre solía mirar a la gente que comía a su alrededor y suspirar; un sonido de lástima que hacía que su voz sonara hueca. «¿Cuántas almas de las que hay aquí creéis que irán directas al infierno?», solía preguntar.

Y antes de que pudiéramos irnos del restaurante, montaba un espectáculo al pagar el almuerzo de todo el mundo. Se levantaba de la mesa, hacía que alguna camarera se desviara de su trayectoria en piloto automático a través de un mar de caras manchadas de grasa y le comunicaba sus intenciones al oído. Cuando los clientes se cruzaban con nosotros al salir, mi madre y yo nos

quedábamos cerca de la entrada, esperando a que mi padre terminara de pagar. De vez en cuando, algún cliente se acercaba a mi padre para quejarse por su caridad, y mi padre solía contestar algo como: «El Señor me ha bendecido. También puede bendecirte a ti, si le dejas entrar en tu corazón».

La mayoría de las veces, los clientes se sentaban en sus mesas, mientras sus pantalones, camisetas y folículos absorbían el olor a hígado de pollo frito, sin enterarse de nada hasta que llegaba la hora de pagar; entonces, se quedaban mirando con los ojos entrecerrados a la camarera que pasara por allí, como si de alguna manera su bochorno fuera culpa de ella. En ese pequeño pueblo sureño, a nadie le gustaba sentir que estaba en deuda, y nadie era más consciente de ello que mi padre.

Estaba escuchando al hermano Nielson y los demás hablar a un ritmo constante, mientras sacudía el marco de la puerta de la oficina de mi padre tan encarecidamente que estuve a punto de arrancarlo. Muchos de los trabajadores del concesionario solían asistir a nuestra iglesia con regularidad, algunos más devotos que otros y algunos quizás exagerando su devoción por el bien de mi padre; pero todos eran mis hermanos, nombre con el que los bautistas misioneros se referían a todos los seguidores de Cristo. Hermanos y hermanas, todos sirviendo al mismo Padre en nombre del Hijo. No conseguía oír lo que decían, pero sentía tanto el entusiasmo de su discurso que casi dolía; cada sílaba, un zumbido sonoro, un aleteo apresurado.

—Otro terremoto esta mañana —dijo mi padre—. ¿Estás listo para el Rapto?

Le oía escribir en el ordenador detrás de mí, tecla a tecla, añadiendo su propio repiqueteo metronómico a la contra del tictac del reloj de cromo pulido que había sobre su escritorio. Acababa de cambiar la línea telefónica de 56K del concesionario por una conexión DSL de alta velocidad, y cada mañana ojeaba todos los titulares de Yahoo! en busca de temas relacionados con el Armagedón. Un terremoto que había matado a cientos de personas en algún lugar del Hindú Kush. Un asedio en la Basílica de la Natividad. Estados Unidos invade Afganistán. Todo estaba relacionado con las predicciones que habían indicado los sueños de San Juan en el Libro de las Revelaciones. Todas esas pesquisas se regían por una lógica simple: si había que tomarse la Biblia al pie de la letra, las plagas y los fuegos del testimonio de San Juan

eran, sin duda, las plagas y los fuegos de las noticias de la actualidad. La única esperanza que nos quedaba en el Fin de los Tiempos que íbamos a vivir era que el país anunciara su lealtad a Jesús antes de que comenzara el Rapto, que corrigiera sus errores y que siguiera votando a firmes presidentes republicanos convertidos al cristianismo.

—Estoy listo —dije, girándome hacia él.

Me imaginé el terremoto que estaba por venir, la hilera de coches de carreras en miniatura que había sobre las estanterías de su oficina estrellándose contra el suelo y el estrépito de sus diminutas puertas y bisagras al romperse. Por más que fuera alguien que había construido catorce coches hot-rod de la nada, un hombre que podía presumir de haber ganado una competición nacional de ese tipo de bólidos en Evansville, Indiana, con su Ford 1934 de color agua marina, mi padre estaba preparado —incluso impaciente— para ver como todo su trabajo se reducía a cenizas en cuanto sonaran las trompetas. No podía dejar nada a medias. Cuando decidía construir coches, no construía uno, sino catorce; cuando decidía trabajar a tiempo completo para Dios, lo hacía del único modo que conocía que no comprometiese el bienestar material de la familia: haciendo de su negocio el negocio de Dios. Su ídolo era Billy Graham, un evangelizador que poseía tal dominio de la esfera pública que había sido capaz de influir en el clima político del país a base de comerle la cabeza a nada más y nada menos que once presidentes. Antes de que mi padre se convirtiese en pastor de su propia iglesia, en su influencia a pequeña escala se veía reflejada la de Graham, en cuanto a intensidad se refiere. Los miembros del cuerpo de policía de nuestro pueblo, que compraban sus Ford Crown Victoria blancos en el concesionario de mi padre, nunca se iban de allí sin llevarse antes una reprimenda para que fueran a poner orden en nuestro pueblo y, lo que es más importante, que ayudaran a difundir el Evangelio entre los no creyentes.

—Tenemos que estar alertas —dijo mi padre desde detrás del monitor del ordenador—. Ya que pueden llegar falsos Cristos y falsos profetas, con señales y milagros grandiosos.

Pulsó el botón del ratón varias veces con su inmensa mano, una mano con la que podía dejar un carburador hecho pedazos, pero con la que le resultaba difícil manejar un ordenador, a causa de las asperezas y la piel quemada.

Un día, varios años antes de que yo naciera, mi padre se detuvo a un lado de la autovía que atravesaba nuestro pueblo para ayudar a un hombre al que se le había estropeado el coche. Mientras mi padre se arrastraba bajo el motor para comprobar si había alguna anomalía, el desconocido arrancó el coche, lo que produjo la combustión del gas que se había estado escapando del carburador, una combustión que le provocó a mi padre quemaduras de tercer grado por toda la cara y las manos. Las quemaduras le achicharraron y le mataron las células nerviosas, por lo que ahora podía acercar las manos a la llama de una vela durante treinta segundos o incluso más, hasta que mi madre y yo le gritábamos que parara. Cuando me daban cólicos de bebé, solía consolarme sentándose en una mecedora de mimbre conmigo y acercándome una vela a la cara. Presionaba la palma de su mano sobre el agujero del portavelas hasta que el fuego casi se extinguía y repetía el numerito hasta que me cansaba; entonces dejaba caer la cabeza contra su pecho mientras él me cantaba en voz baja alguna de sus nanas inventadas hasta que me quedaba dormido.

*Es un viejo amigo mío,
Así de sencillo,
Es un viejo amiguito,
Es un viejo amigo,
Es un viejo amiguito mío*

En ocasiones, mi padre debe de haberse preguntado por qué arrancaría aquel desconocido el coche. Debe de haberse preguntado qué podría llevar a alguien a arrancarlo.

—Hagas lo que hagas —le había dicho mi padre, rodeando el coche del desconocido para examinar el motor—, no arranques el coche.

Debió de haber algún fallo de comunicación, algo en la cabeza del desconocido que le decía que no pasaba nada por encender el motor en el momento exacto en el que ese buen samaritano se estaba arrastrando por debajo del parachoques de su coche. Fuera cual fuera su motivo, el desconocido no dudó.

Mi madre me contó más adelante que cuando mi padre apareció por la puerta de entrada, con la ropa cubierta de ceniza, media cara quemada y el

cuerpo entero temblando, su primera reacción fue pedirle que se quedara fuera. Estaba pasando la aspiradora por la alfombra. Dio por hecho que estaba tan solo cubierto de mugre.

—Sal de aquí —le dijo—. Espera a que termine de pasar la aspiradora.

Horas más tarde, esperando junto a la cama del hospital de mi padre a que se le curara la mano para poder agarrar al menos una parte de él, lo que sintió en lugar de amor fue pena y miedo. Pena por un hombre al que le daba igual arriesgar su vida por un desconocido sin pensárselo dos veces y miedo por haberse pasado la vida junto a un hombre que había sido guapo; un antiguo *quarterback* de veintipico con unos hoyuelos en las mejillas y en la barbilla que recordaban a los de John Travolta en *Fiebre del sábado noche* y que ahora se había convertido en... ¿en qué? No era posible saberlo. Le quitarían las vendas semanas después, y solo entonces descubrirían los médicos si su nueva cara, con los injertos de piel, se parecería en algo a la antigua.

—Es imposible llevar la cuenta de tantos terremotos —dijo mi padre, lanzando el ratón hacia un montón de papeles que tenía al lado y crujiéndose todos y cada uno de los nudillos—. Pero no necesitas refugio si llevas la armadura de Dios. —Se-ñaló hacia la Biblia que llevaba yo en la mano.

—Desde luego —contesté, imaginándome langostas con armadura cayendo en espiral desde las nubes. Una veintena de ateos con los cuerpos atravesados por vainas plateadas. Y en algún lugar de mi conciencia, el germen de una idea que me había empezado a atormentar recientemente: la posibilidad de que yo fuera uno de ellos.

A los dieciocho seguía metido en el fondo del armario y en una relación a la que no le ponía demasiado empeño con Chloe, mi novia, cuya predilección por los besos con lengua me sentaba como una puñalada en el estómago. Una semana antes, sentados en mi coche, enfrente de su casa, Chloe había intentado agarrarme la pierna. Yo me alejé de ella y le dije:

—Qué frío hace aquí.

Giré la manivela de la calefacción, hundiéndome en el asiento del copiloto, deseando que hubiera un botón para activar un asiento eyectable. En ese momento me imaginé mi propio Armagedón: un botón pulsado de un mando de control remoto, un insurgente encapuchado alejándose con calma de

nuestros restos voladores, los pedazos de mi camisa de franela en llamas que la explosión había lanzado por los aires, un policía de cuello ancho hurgando entre los escombros chamuscados de la explosión en busca de la gomilla de pelo morada de Chloe...

—Además —añadí, temiéndome que ese momento pudiera conducir a relaciones más íntimas de las que nos habíamos permitido hasta ahora—, deberíamos esperar al matrimonio.

—Claro... —dijo ella, apartando la mano. Puesto que llevábamos juntos un año y medio, la congregación de nuestra iglesia esperaba que nos casásemos antes de que los años que pasáramos en la universidad pudieran cambiarnos. A principios de verano habíamos viajado a Florida con mi madre y mi tía. Cuando estábamos a punto de irnos, la madre de Chloe se acercó a mi madre por la ventanilla del conductor e hizo como que susurraba:

—¿Sabes que todo cambiará después de esto, no? Juntos en la misma habitación de hotel. To-do.

Pero nada cambió. Chloe y yo nos escabullíamos por las noches con los botellines de vino mezclado con refresco de mi tía y nos sentábamos en la piscina, iluminada con luces de neón, a ver cómo se expandían las ondas por la cubierta de plástico, formadas por una corriente enfurecida que salía de algún lugar que no llegábamos a ver por la oscuridad. Yo había empezado a pensar que no necesitábamos nada más que una amistad. Chloe me hacía sentir más pleno que nadie. Hacía que andar por los pasillos del instituto fuera divertido, al ver las miradas de aprobación de los demás. Sus ojos reflejaban un amor real, un amor que quizás algún día yo podría devolverle. Cuando nos conocimos en la iglesia, su sonrisa fue tan sincera que decidí pedirle salir justo después del servicio, y rápidamente establecimos una rutina feliz. Veíamos películas, escuchábamos música pop, jugábamos a videojuegos, nos ayudábamos con los deberes... Parecía que no tuviésemos ningún secreto hasta que llegó el momento íntimo del coche, cuando de repente una nueva presión se interpuso entre nosotros.

Mi padre y yo salimos de su oficina para acompañar a los otros hombres a los pies del sofá, todos de rodillas sobre las losetas frías. Encima de nosotros había un cartel colgado que decía: «El lenguaje soez no está permitido, este negocio es de Dios».

El hombre que estaba a mi izquierda, el hermano Hank, cerró los ojos con fuerza hasta que le aparecieron unas tenues ondas blanquecinas en las mejillas rosadas. El hermano Hank era el vendedor de coches número uno de mi padre y podía adaptar su discurso a cualquier ocasión.

—Señor —comenzó—, dale a este chico la fuerza necesaria para transmitir su mensaje esta mañana.

Me rodeó con sus brazos grandes y me apretó con fuerza contra sus costillas. Podía oler el fuerte aroma a mentol que desprendía y, tras él, el olor a tierra de su granja, un sitio que yo solo había visto de pasada, durante uno de mis largos paseos por los senderos del bosque que rodeaba nuestra casa.

El hermano Hank prosiguió:

—Concédele tu misericordia y tu gracia divina.

Hizo una pausa, dejando que el tictac del reloj de mi padre que sonaba a lo lejos serenara el ambiente. Algunos de los hombres murmuraban palabras de ánimo:

—Oh, sí, Señor.

—Sí, oh, sí, oh, sí, oh, sí, oh, sí, Señor —decían.

El hermano Hank levantó la mano de mi espalda y la dejó suspendida sobre mi cabeza, del mismo modo que solía hacer mi padre antes de romperme un huevo imaginario contra el cráneo y simular que la yema me chorreaba por las mejillas.

—Deja que sea portador de la verdad. No permitas que se vierta ninguna mentira de tu fuente bendita. Amén —dijo el hermano Hank.

—¡Amén! —gritaron los hombres, poniéndose en pie con el crujir de sus rodillas.

Formamos un círculo con las sillas alrededor del sofá. El hermano Nielson y mi padre se pusieron en el centro. El hermano Hank sacó un montón de Biblias del cajón de un escritorio cercano y las desplegó como un abanico de cartas, dejando que cada hombre eligiera una con detenimiento, examinándola antes de abrir la cubierta.

—Dime una cosa antes de empezar —dijo el hermano Nielson, retirando su propia Biblia de detrás de un cojín del sofá. Su nombre, en letras doradas, brillaba en la parte de abajo de la cubierta de cuero agrietado. Las grietas de su Biblia nos sugerían: «Este es un hombre cuyos dedos han hecho y deshecho pliegues en cada página durante los últimos veinte años. Este es un hombre

que ha llorado en silencio con la cara pegada al libro abierto, que ha dejado que sus lágrimas humedecieran y arrugaran las letras rojas de nuestro Salvador»—. He estado hablando con estos hombres —prosiguió el hermano Nielson—, y hay una cosa que me gustaría saber, muchacho. ¿Qué opinas sobre el problema de Oriente Medio? ¿Qué piensas sobre la decisión que ha tomado nuestro presidente?

Me quedé paralizado. La existencia de Chloe me había servido de escudo para que la gente no cuestionara mi sexualidad demasiado, pero había ciertas opiniones que me convertirían en sospechoso sí o sí. Siempre me ponía nervioso cuando tenía que opinar sobre cualquier tema que pudiera ponerme en tela de juicio. Una cosa era ser considerado una nenaza y otra ser considerado una nenaza y encima un defensor de los árabes. Ser considerado una nenaza y un defensor de los árabes allanaría el terreno para que los demás acabaran descubriendo mi atracción por los hombres. Y una vez ese secreto saliera a la luz, no habría nada que les impidiera rechazar cada detalle de mi personalidad, cada opinión, por ser un mero síntoma de mi homosexualidad. Podía presumir de haber limpiado y renovado más coches que cualquiera de los otros trabajadores de mi padre, podía señalar a algún chico en el instituto y reírme de sus pantalones ajustados y su pelo repeinado, pero en cuanto los demás hombres comenzaran a sospechar que tenía ciertos deseos o ciertos pensamientos, dejaría de ser un hombre para ellos, para mi padre.

—¿Y bien, muchacho? —insistió el hermano Nielson. Se inclinó hacia delante y sonrió ligeramente. Parecía que necesitaba todas sus fuerzas para levantar la espalda del sofá de cuero—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

Me había preparado una lección sobre Job, el más desafortunado de todo el reparto de desafortunados del Antiguo Testamento. Pensé que si me ceñía al guion evitaría el escrutinio, evitaría sentirme como si los reflejos amarillos de las paredes de cristal del concesionario dejaran ver cómo se debilitaba mi fe y sacaran a la luz mi sospechoso amaneramiento. Ahora no sabía qué decir ni qué hacer.

Me llevé el puño a la boca y tosí, bajando la vista hacia mi Biblia. Ignoré la mirada fija del hermano Nielson.

—La lección de Job nos muestra que nunca podemos saber las intenciones de Dios con respecto al mundo —respondí—. ¿Por qué ocurren cosas malas? ¿Por qué le ocurren cosas malas a gente buena?

Centré la mirada en el pasaje, intentando mantener el pulso firme. Sentía la presión de las miradas idénticas del hermano Nielson y de mi padre, pero no levanté la cabeza. Pasé las páginas hacia adelante y hacia atrás, esperando poder retomar el hilo.

—Continúa, muchacho —dijo el hermano Nielson—. Deja que el Espíritu Santo obre a través de ti.

Dejé la mirada fija en las palabras hasta que se convirtieron en jeroglíficos sin sentido, hasta que empezaron a deslizarse por las páginas. Las oraciones enunciativas simples que había preparado la noche anterior se negaban a encajar con los argumentos desgastados que la iglesia me había estado inculcando tres veces a la semana desde mi primer cumpleaños.

—Job era un buen hombre —conseguí decir—. No se merecía lo que le sucedió. Pero sus amigos no le escucharon. No...

Me resultaba imposible transmitir lo que quería decir. Era demasiado complicado para expresarlo con palabras. Cuando a Job comenzó a salirle todo mal, cuando perdió a su mujer, a sus dos hijas y todo su ganado por una apuesta entre Dios y Satanás, a sus amigos solo se les ocurrió preguntarle qué era lo que había hecho mal, por qué se merecía el castigo de Dios. Para ellos, esa era la única explicación posible: a las malas personas les ocurren cosas malas. Pero ¿qué pasaba cuando les ocurrían cosas buenas a las malas personas o viceversa?

Levanté la mirada hacia la entrada del concesionario justo a tiempo para ver a Chloe llegar en coche. Llevaba una coleta y estaba sonriendo, dejando a la vista una ortodoncia que yo había usado de excusa montones de veces para ponerle freno a nuestros besos con lengua. Aunque normalmente las mujeres no solían asistir a las sesiones de estudio de la Biblia de los hombres, Chloe era un tanto rebelde en cuanto a la separación de roles de mujeres y hombres que establecía la Iglesia. Estaba convencida de que las mujeres debían tener el mismo derecho que los hombres a ser líderes religiosas, aunque me lo había confesado en secreto. La mayoría de las mujeres de mi iglesia, incluyendo a mi madre, creían que la Biblia había establecido que los líderes religiosos debían ser hombres, aunque había unos cuantos miembros que estaban empezando a cuestionarse esa suposición. Sin embargo, ese día Chloe se quedó en el coche, observándome para ver si poseía lo que mi padre y los demás hombres deseaban que tuviera: una confianza en mí mismo digna de un

futuro líder religioso. La sucesión patriarcal iría directamente del hermano Nielson a mi padre y finalmente a mí.

Sentí cómo se me encendía la cara. Cerré el libro de un golpe y bajé la mirada.

—Yo no...

La loseta estaba ya seca y se habían quedado restos de polen ultravioleta en las huellas que habían dejado las suelas de goma de los zapatos de los hombres. Había suelos que barrer. Fuera, hileras de coches que había que limpiar con la máquina de lavado a presión, para eliminar las manchas de agua seca que había dejado la lluvia de la noche anterior en el inventario de mi padre.

—No pasa nada, hijo —dijo mi padre, sin levantar la cabeza de la Biblia—. Podemos hacerlo otro día.

Tenía la boca seca; sentía como si la lengua fuera un pisapapeles sobre las sílabas que pronunciaba.

—He perdido el hilo —dije, mientras apartaba la mirada y veía el reflejo del grupo en el cristal trasero del Mustang. Las siluetas estaban estiradas por el cristal convexo y parecíamos un anillo de oro, partido solo por el hueco entre mi pierna derecha y el brazo del sofá.

El hermano Nielson abrió su Biblia por otro pasaje y carraspeó.

—No pasa nada, algunos de nosotros no estamos hechos para la lectura de la Sagrada Escritura.

Tras eso, pasó a hablar sobre las glorias del cielo y de la vida eterna.

Horas más tarde, sentado en el Timberline con mi madre, mi padre y Chloe, seguía enfurecido por las palabras del hermano Nielson. Me quedé mirando fijamente a una radial inmensa que había enfrente de nuestra mesa y me la imaginé levantándose de la alcajara de la que colgaba. Me la imaginé partiendo el pueblo por la mitad. Esa noche, soñé con el hermano Nielson, de pie al borde de una de las mitades de un salón que se había dividido en dos, alejándose poco a poco del resto del pueblo, con los calzoncillos caídos agitándose al viento, sin poder saltar al otro lado del hueco que se iba ensanchando, por culpa de su cuerpo cansado y destrozado, perdido en la deriva continental.

Lo cierto era que los amigos de Job no habían entendido nada. Ni Elifaz, ni

Bildad, ni Zofar. Job había perdido su ganado, a su mujer y a sus dos hermosas hijas; todo. Todo perdido por culpa del azar. Únicamente un mediador como Elihú, el amigo más joven de Job, podía llegar a comprender la complejidad de la pérdida de Job.

Una buena familia, una buena casa, un buen coche. Para esos hombres, y a veces para mí, estos eran elementos necesarios para garantizar décadas de buena suerte. Daba igual que ahora negociáramos con coches en lugar de ganado, daba igual que la maquinaria de guerra y los vehículos militares que cortaban el paso por las rutas del desierto fueran algo que nunca fuésemos a ver ni a entender. Al final de la historia, Dios le daría a Job una nueva mujer, hijos nuevos y un ganado nuevo. Pasara lo que pasara, sin importar lo mucho que sufriésemos, si teníamos fe, Dios nos lo devolvería todo, nos devolvería la piel con trasplantes y nos moldearía nuevos cuerpos a partir de los nuestros, agotados hasta los huesos.

Al igual que la noche anterior, se avecinaba una tormenta en los montes Ozark.

—Un frente frío que cesará por la mañana —dijo el hombre del tiempo, acortando las palabras con su acento del Medio Oeste antes de llegar a alargarlas con el acento sureño—. Casi ni lo notarán —concluyó, sonriendo, con los ojos marrones brillando por la luz del estudio.

Me quedé tumbado en la cama, despierto, releyendo el Libro de Job, con la esperanza de encontrarle una explicación simple. Intenté calmar la parte crítica de mi cerebro, la que me había hecho tartamudear y titubear durante el estudio de la Biblia de esa mañana.

A veces, el simple hecho de mirar a la Biblia abierta me transmitía un sentimiento de pertenencia. A veces, abrir la Biblia y alisar las páginas con la palma de la mano, haciendo que el lomo se quebrara un poco más, me hacía sentir más cerca de mi padre. Recorría con el dedo gordo las muescas de los laterales del libro hasta que las palabras adquirían un peso que me permitiera llevarlas conmigo y alzarlas como prueba de mi devoción. Cerré la Biblia y la dejé sobre la mesilla de noche.

Chloe me envió un mensaje unos minutos después. La vibración del móvil me sacó de mi estado de semiconsciencia: «¿Qué te cuentas?».

«Nada», respondí, enterrando el móvil de concha bajo la almohada.

Quería ahogar las vibraciones hasta que parasen. Desde el momento en que llegó al concesionario, Chloe no había parado de preguntarme cómo había ido el estudio de la Biblia. Había intentado evadir las preguntas refunfuñando y respondiendo de vez en cuando con un simple «bien».

Me di cuenta de que mi padre también estaba despierto porque no roncaba como de costumbre. Me temía que no fuera la tormenta lo que le mantenía en vela. El estruendo de los truenos de esa noche, que había despertado a tantas familias y había llevado a tantos ciervos a salir corriendo por las calles y a chocarse con los laterales de los coches, debía de ser menos intenso que el que acompañaba a mi padre y a sus temores por su hijo. Le oí rezar durante varios minutos, preguntándome si estaría viviendo otro de esos momentos en los que Jesucristo se le aparecía sobre la cama y se desangraba sobre las sábanas. Mi padre aseguraba tener esas visiones tan angustiosas a menudo.

Cuando al fin se durmió, empezó a roncar tan fuerte que hasta los marcos de fotos dorados que colgaban en el pasillo al que daba mi habitación empezaron a temblar. Mi madre se había pasado a la habitación de invitados de al lado años antes, explicando que necesitaba un tiempo lejos del terremoto que mi padre formaba al dormir y de los quejidos del somier que acompañaban a cada una de sus inhalaciones. Cuando yo era pequeño, con siete u ocho años, solía despertarme con pesadillas inspiradas por las Escrituras —llamaradas azules que me rozaban los pies, abismos que se abrían en una oscuridad que, más que verla, la sentía— y recorría el pasillo hasta la habitación de mi padre, donde me quedaba al borde de su cama, deseando que se despertase. Pensaba que me entendería sin necesidad de palabras, que nuestra conexión era tan fluida y profunda que no tendría más remedio que despertarse al instante. Solía quedarme junto al armario con puertas de espejo, viendo la silueta de la habitación en el reflejo, gracias a la luz azul de la televisión que se dejaba encendida toda la noche, agitado y enfurecido, aterrorizado por tener que volver a mis pesadillas. Después de unas horas, cruzaba el pasillo hasta la habitación de mi madre y volvía a llevar a cabo el mismo ritual absurdo. Pero cuando pasaban solo unos minutos, mi madre me sentía ahí de pie y me subía a la cama, a su lado, apartándose para dejarme a mí el lado calentito.

—Te quiero —decía ella.

—Te quiero —murmuraba yo, poniéndome de lado y deslizando la mano

por la sábana caliente hasta que el olor a lavanda de su crema corporal me cubría la piel.

El teléfono volvió a vibrar bajo la almohada. Cada vez lo hacía más fuerte, más alto, hasta que mi visión borrosa pasó a ser completamente nítida. Me quedé mirando los listones de la litera de arriba. Me había quedado con ella incluso durante los años de instituto porque a veces mi madre se subía a la cama de arriba en mitad de la noche y se quedaba dormida, dejando caer su delgado brazo por uno de los laterales. Ahora me imaginaba la madera rompiéndose, las tablas cayendo con fuerza. Al fin, tras varias rondas de zumbidos, metí la mano bajo la almohada y abrí el teléfono de golpe.

—¿Por qué me ignoras? —preguntó Chloe.

—Es solo que estoy cansado —mentí. Sabía que ella era la persona que podría consolarme mejor, pero me daba miedo que, al contarle mi fracaso del concesionario, tuviera que revelar una verdad que no me veía preparado para confesarle a nadie. No era solo que quizás no estuviera hecho para la profesión de mi padre, sino que quizás no estaba hecho para ningún trabajo del Señor, que solo por tener ciertos deseos y ciertos pensamientos ya había acabado en el bando equivocado.

—La tormenta. —Cuando se preocupaba, le salía la voz casi una octava más aguda. Quería ser ese tipo de novio que es protector por naturaleza, el tipo de novio que la defendería, incluso aunque ahora pareciese que yo la necesitaba a ella mucho más que ella a mí.

—Todo irá bien —respondí. ¿Cuándo iba a ser un buen momento para contarle lo que estaba pasando? Ni siquiera sabría qué decirle. Y si se lo contaba, si se lo contaba todo, ¿quién me decía a mí que no iba a dejarme por alguien más prometedor, con menos carga? Sabía que no estaba bien suponer que iba a abandonarme, así como así. Chloe no era de la clase de persona que abandona a los demás; era una de las personas más optimistas que conocía. Pero no podía imaginarme ninguna situación hipotética en la que se quedara conmigo, en la que ambosuviésemos que vivir sabiendo que yo estaba roto. Contarle la verdad acabaría con cualquier posibilidad que tenía de llevar una vida normal, por leve que fuera. Mientras que, si conseguía arreglármelas por mí mismo, si tenía el tiempo suficiente, quizás fuera capaz de preservar nuestra inocencia. Si al final todo salía bien, quizás sería capaz de vivir con mi engaño, y mis deseos pasados no me parecerían más que mentiras que

Satanás me había intentado hacer creer. Tendría la satisfacción de saber que nunca había escuchado esas mentiras, que nunca las había puesto en práctica, que había elegido la versión verdadera de nuestra vida juntos. Nada de eso me parecía egoísta entonces.

Llegamos a un punto de la conversación en el que nos quedamos en silencio; un punto en el que empecé a sentir rabia y culpa, hasta que el aburrimiento lo conquistó todo. Pero bajo ese aburrimiento estaba la sensación de que Dios quería que estuviésemos juntos. ¿Cómo podía ser de otra manera? ¿Cómo iba a estar equivocada nuestra iglesia? Lo que no conseguía sentir por ella debía de ser consecuencia de nuestra inmadurez. Podríamos acostumbrarnos a ello, a nosotros, a Dios. Nos pasábamos cada tarde así, esperando, con Chloe al otro lado de la línea, leyendo un libro o viendo la tele mientras yo jugaba a videojuegos. Ambos en silencio y esperando a que llegara el siguiente rato de conversación incómoda.

Me incorporé, aparté las sábanas y me senté con las piernas cruzadas en el centro de la habitación. Las rodillas, quemadas por el sol, me ardían de dolor. Sujetaba el teléfono con el cuello. Todavía olía el falso aroma a limón de los productos químicos del concesionario sobre mi piel. Encendí la televisión que tenía enfrente, cogí el mando de la PlayStation que había dejado en la alfombra y le di al botón de *start*. El menú de pausa se dividió en tres secciones y desapareció, revelando la imagen de un personaje masculino, alto y con el pelo negro de punta, que se encontraba en medio de un frondoso bosque. Llevaba puesta una chaqueta de cuero forrada de piel y una cadena larga que pendía de su grueso cinturón negro; también portaba una espada que me encantaba, no porque fuera en parte sable y en parte pistola, sino por lo llamativa que era la ornamentación de plata que recorría la empuñadura. Los detalles me recordaban a la colección de pulseras de Brighton de mi madre por la forma en que rutilaban bajo cualquier luz y descansaban con gran belleza en sus muñecas delgadas.

El objetivo del juego era viajar de ciudad en ciudad, en busca de objetos especiales y aventuras. El viaje era peligroso: había pocos coches en ese mundo, casi siempre había que avanzar a pie y, en cualquier momento, la pantalla podía empezar a dar vueltas formando un vórtice. Los colores del bosque se mezclaban y de repente me encontraba plantado frente a un enemigo, normalmente alguna quimera que podría haber salido de un bestiario del siglo

dieciocho: caballos con cabezas de león rugientes, pegotes de baba verde con colmillos y ramas de árbol por extremidades. La victoria en batalla proporcionaba nuevos accesorios brillantes, objetos que, una vez detallados y recogidos de forma ordenada en el menú principal, provocaban un sentimiento de realización.

Como crear orden a partir del caos. El rostro de Dios moviéndose sobre las aguas de lo más profundo. Era como en el Libro de Job, con el Creador que atraviesa al huidizo Leviatán.

Había ocasiones en las que me quedaba contemplando las salas virtuales de un palacio barroco durante horas, sin moverme de mi sitio en la alfombra, mientras el personaje se rascaba la cabeza y se colocaba en una posición parecida al *contrapposto* que los hombres del concesionario habrían considerado sexualmente sospechosa. Sentía que, si me movía, se rompería el hechizo, que me obligaría a entrar de nuevo en un mundo en el que era demasiado mayor para gatear hasta la cama de mi madre cuando tenía demasiado miedo del infierno.

Cuando llegué a la pubertad y empecé a fantasear con hombres con más frecuencia, me quedé tan embelesado con el mundo de los videojuegos que casi ni me movía de la alfombra durante fines de semana enteros. En las pocas ocasiones en las que no podía seguir ignorando mi cuerpo, me levantaba para soltar furiosos chorros de pis sobre la alfombra a los pies de la cama. No tenía forma de saber si mi madre entraba en mi habitación mientras yo estaba en el colegio, pero quería que lo hiciera; quería que interpretara los jeroglíficos húmedos que le había dejado escritos —a veces mi nombre, más a menudo el número ocho o, dependiendo del ángulo, el símbolo del infinito—, aunque ni siquiera yo consiguiera entenderlos. Cuando llegaba a casa después del colegio me sentía culpable y me colaba en el baño, robaba algunos productos de limpieza y rociaba la alfombra con ellos hasta que la habitación dejaba de oler a pis. A pesar de que dejé de hacerlo cuando cumplí los dieciséis, todavía sentía la necesidad de deshonorar nuestra casa de alguna forma; algunas veces fantaseaba con que toda la casa echaba a arder y que nuestra pequeña familia se apiñaba afuera mientras las paredes se derrumbaban a cámara lenta. No es que creyera que la violencia fuese a solucionar nuestros problemas, era solo que la necesidad de decirles algo a mis padres —lo que fuera— era abrumadora, y por aquel entonces aún no

había dado con el lenguaje adecuado para expresarme.

Me adentré con mi personaje por un camino del bosque. Cada uno de sus pasos sonaba como si alguien dejara caer unos zapatos de madera desde una gran altura. Los árboles le envolvieron y en la distancia apareció la entrada de una cueva. Lo moví hacia ella y me incliné hacia delante, olvidándome del teléfono que tenía en el cuello hasta que oí a Chloe suspirar.

—Tenemos que hacer algo —me dijo—. Estoy preocupada.

—Pronto amainará la tormenta —le respondí.

—No —contestó—. Me refiero a nosotros. Tenemos que hacer algo drástico.

No habíamos hablado de cómo nos las arreglaríamos para estar juntos una vez nos fuéramos a la universidad cuando terminara el verano, de cómo llevaríamos a cabo el milagro de mantener una relación a distancia con éxito. Nos habían admitido en universidades diferentes, partiríamos en direcciones distintas, aun estando en el mismo estado. Era otro de los muchos temas que había desterrado al fondo de mi mente. Ella tenía razón. Si íbamos a mantener unida esa relación, teníamos que hacer algo drástico. Pero ninguno de los dos sabía qué hacer. ¿Lo hacíamos? ¿No lo hacíamos? ¿Nos casábamos? ¿Rompíamos? Las preguntas en sí nos estaban volviendo locos. Estuvimos debatiendo el tema de la virginidad. ¿La de quién? ¿La mía? ¿La suya? Y si lo hacíamos, ¿cuándo?

—De todos modos, el tiempo no existe. El tiempo solo existe en la tierra. En el cielo no habrá tiempo, así que, técnicamente, ya estamos casados. Técnicamente, ya lo estamos haciendo.

—Entonces, técnicamente, lo hemos estado haciendo siempre. ¿Qué más da entonces?

—Pues que aún tenemos voluntad propia. Creo que Dios nos está diciendo que actuemos ahora para demostrar el amor que sentimos por él.

En el comienzo de nuestra relación, Chloe solía sentarse conmigo mientras yo jugaba a videojuegos, y señalaba con emoción cuando una nueva criatura aparecía dando botes en la pantalla. Cuando nos conocimos en la iglesia, años atrás, sentí algo que pocas veces había experimentado fuera del mundo virtual: una subida de nivel, una sensación de valía, la de un grupo de personas que sonrío mostrando aprobación. Durante los descansos para comer del instituto, ya no tenía que ponerme en cuclillas en el retrete para esconderme de toda la

gente que saturaba las mesas de la cafetería. Había naturalidad entre nosotros cuando explorábamos el bosque que había detrás del patio trasero de su casa con su hermano pequeño, Brandon, al que le encantaba fingir que iba de safari. Podíamos dar vueltas en uno de los coches nuevos de mi padre, improvisando la dirección sobre la marcha, preguntándole a Brandon, que estaba en el asiento de atrás, si girábamos hacia la izquierda, hacia la derecha o si seguíamos recto.

«Vámonos a Memphis —solía decir, tan seguro de sí mismo como un distinguido *playboy*, fingiendo fumar uno de sus cigarrillos de caramelo—. Vayamos a ver las pirámides de cristal, chicos».

Con Brandon en medio, todo era menos confuso; teníamos algo que no fuéramos nosotros en lo que centrarnos.

La tormenta sonaba cada vez más fuerte; los truenos, cada vez más cerca.

—Vale —le dije. El teléfono comenzaba a calentarse pegado a mi oreja—. Ya se nos ocurrirá algo.

Un nuevo silencio se interpuso entre nosotros. Me puse de pie, caminé hacia la ventana del dormitorio y levanté una de las lamas de la persiana de aluminio con el dedo índice. La luz amarilla de las farolas acunaba las nubes bajas. Una fila de pinos se agitaba con el viento, sus hojas de aguja caían sobre la avenida. Los faros de un coche parpadearon durante un instante a lo lejos, en la autopista, y desaparecieron bajo una pesada capa de lluvia que pasó casi con tanta rapidez como llegó. No oía truenos.

A diferencia de los escenarios grandilocuentes del hermano Nielson y de mi padre sobre el Día del Juicio, yo temía que el Armagedón se asemejara a la suave estática de una radio. Ruido blanco: tras un trueno, de repente el mundo enmudecía por el sonido de una fuerte lluvia. Si había algo que me aterrorizaba aún más que mis pesadillas, era la idea de que mi familia me abandonara mientras dormía, que sus cuerpos se convirtieran en cascarones vacíos. Que un día llegara a casa del colegio y que tan solo encontrara una olla hirviendo a fuego lento sobre los fogones mientras la radio sonaba en ausencia de mis padres. Cuando ellos decidieron trasladar su antiguo televisor a mi dormitorio, solía quedarme despierto y ver las noticias de medianoche para imaginarme que había personas que todavía seguían despiertas, otras personas que estaban haciendo cosas en ese momento; pensaba que Dios no dejaría a toda esa gente atrás y durante unos pocos minutos me sentía a salvo.

Con Chloe siempre me había sentido a salvo, al menos hasta que me agarró la pierna en el coche. Hasta ese momento creía que Dios haría la vista gorda conmigo, puesto que estaba intentando ser el hombre que mi padre vería como a un colega. Ahora que la intimidad con Chloe era cada vez mayor, pensé que debía actuar. Sin vacilaciones, sin tartamudeos, sin interpretaciones alternas. Tal vez un pecado pudiera sustituir un pecado mayor como el de la homosexualidad, y luego, al menos, tendríamos la oportunidad de vivir unas vidas devotas juntos.

—¿Estás ahí? —preguntó Chloe.

—Sí.

Fijamos una fecha para ver una película por la noche en su casa. Parecía haber algo oculto en aquel acuerdo, algo que ninguno había mencionado pero que los dos debíamos saber. Cuando llegara la hora de dormir, supuse que Chloe mostraría interés por que preparásemos un gran desayuno a la mañana siguiente e insistiría en que durmiera en el sótano, no muy lejos de la cama de Brandon. Era posible que su madre tuviera sus dudas, pero al final cedería; después de todo, ya habíamos pasado la noche juntos en la habitación del hotel de Florida. Permaneceríamos en silencio. A salvo. Podría comprar un condón por veinticinco centavos en la máquina expendedora de alguna gasolinera de alguna ciudad lejana, diciéndole a mis padres que necesitaba dar un largo paseo en coche para despejarme, para hablar con Dios. Entonces, si las condiciones parecían adecuadas, me colaría en su dormitorio para ver qué pasaba entre nosotros.

Cuando pensaba en el sexo, nunca me había parado a pensar en cuánto duraría. Nunca me había planteado qué sabor tendría el desayuno postsexo o qué película sería la más apropiada antes de empezar. Pero lo que es aún más importante, nunca me había parado a pensar si el sexo —ni los besos, ni los abrazos, ni los bailes, sino el sexo, lanzarse al acto en sí y saltarse el resto de pasos— conseguiría convertirme, si no en hetero, en alguien capaz de fingir la heterosexualidad. Nunca había supuesto que querría llegar tan lejos, que rompería una de las reglas principales de nuestra iglesia. Cuando fantaseaba con hombres, siempre suprimía los pensamientos antes de imaginarme a mí mismo introduciéndome en la fantasía. Siempre se trataba de un cuerpo que actuaba en solitario, lo hacía tan solo para mí. ¿Cómo sería hacer algo con otra persona, con otra persona a la que tendrías que mirar durante el resto de

tu vida, los dos siendo conscientes de lo que habíais hecho en vuestro momento de mayor desesperación? ¿Sería posible compensárselo a Dios? ¿Y si no funcionaba? ¿Y si aquella transgresión nos conducía al fracaso y nos dejaba solos para que nos pudriéramos en nuestro pecado?

—¿Allí llueve? —preguntó Chloe con un bostezo—. Aquí llueve.

—No —mentí, escuchando las gotas golpeando la grava. Quería mantener nuestras vidas separadas. Después me asusté de lo que eso podía significar—. Quiero decir, sí.

—¿Cómo pueden ser las dos a la vez? —preguntó.

—No lo sé. Simplemente lo es. —Me senté de nuevo en la alfombra y le di al *start* del mando—. No son las dos a la vez. No sé por qué he dicho eso. — La cueva se interponía en el camino del personaje. No había forma de rodearla. Fuera lo que fuese lo que hubiera dentro de ella, seguro que valía la pena.

Los tesoros de mi madre, sus collares de plata y sus llamativos anillos, su brillante simbolismo, la forma en que muchos de ellos pasaban de mano en mano en una sucesión de madres a hijas, la forma en que esos símbolos eran capaces de construir un hogar y presentar una historia familiar con más de una trama; era su complejidad lo que yo anhelaba cada vez que obligaba al personaje de mi PlayStation a abrir otro cofre, a hundirse en lo más profundo de la cueva llena de estalactitas que se tambaleaban.

Cuando tenía nueve años, esos tesoros habían cobrado una literalidad que no podía quitarme de la cabeza. Mi familia y yo estábamos en un muelle que pronto sería declarado en ruinas. Habíamos ido de vacaciones a Florida. El muelle temblaba cada vez que la marea golpeaba sus pilares astillados. Podía escucharse un crujido cuando el agua entraba en contacto con las barras de metal oxidadas. Mi padre me alborotó el pelo. Lancé una botella de plástico de Coca-Cola al agua. Dentro de ella había un mensaje.

Querido Pirata:

*¿Qué tal? Encantado de conocerte, aunque no sepa quién eres.
Me gustaría saber más sobre ti, así que escíbeme, por favor.
También, si puedes, mándame un tesoro.*

Tu amigo Garrard

Volvimos a casa, cansados después de un viaje en coche de diez horas, y nos encontramos una hoja de libreta amarilleada pegada con celo en la puerta principal, un mapa de nuestro jardín con una X gigantesca en la que, según la nota, un pirata llamado Lonzo había enterrado su tesoro. Mi madre fingió sorpresa, apretándose las mejillas con las yemas de los dedos y dejando diez marcas rojas sobre su rostro cuando bajó los brazos. «Qué locura —dijo—. Menuda locura». Mi padre me ayudó a cargar con la pala desde el garaje hasta el punto del jardín que Lonzo había marcado en su mapa. Había una X de pintura plateada en spray sobre el césped. Juntos, apoyamos las zapatillas en la pala y cavamos en la tierra compacta. A poco menos de un metro de profundidad, encontramos una caja llena de joyas de mentira, pero también algunas verdaderas que más tarde descubriría que habían pertenecido a mi abuela, objetos que ya no utilizaba. Mi abuelo y ella habían montado aquel tinglado la misma noche en que mi madre les llamó y les habló del mensaje en la botella.

Después de echar agua con la manguera del jardín sobre la caja, guardé las joyas en el último cajón de mi escritorio. Solía sacar aquellas piezas de oro brillantes de la caja, ponerme tantas como podía alrededor del cuello y de las muñecas y plantarme frente al espejo, girando sobre mí mismo. Lo hice una y otra vez hasta que mi padre me vio un día y me dijo que tenía que parar, que Lonzo se entristecería si me viera burlándome de su tesoro de aquella manera.

—Quiero vivir con Lonzo —le dije—. Quiero ser un pirata.

—Seguro que no te gustaría —me respondió mi padre—. Tendrías que fregar la cubierta todo el día. Te convertiría en uno de sus esclavos. Te marearías por el movimiento del mar.

El frente frío de la noche anterior había traído consigo fuertes ráfagas de viento que enviaron mantos de agua de la máquina de lavado a presión sobre el techo de los otros coches, dejando marcas de agua en los parabrisas. Las gotas siseaban y se evaporaban al entrar en contacto con el metal ardiente. Salí del taller, me cubrí los ojos y observé la larga fila de ventanas de coches a la que tendría que pasarle el limpiacristales. Detrás de mí, uno de los empleados de mi padre pulsaba el botón de un elevador hidráulico y el coche de Chloe se levantaba por encima de los hombros del hombre para que le cambiara el aceite. Yo tenía que llevarla de vuelta a casa en coche por la tarde, dejar mi

coche en el concesionario durante la noche y llevar a cabo el plan.

Aquella mañana temprano, durante el estudio de la Biblia, el hermano Nielson se había quedado en la sala de exposición durante un rato más de lo habitual, de pie erguido con una mano apoyada en un lado del Mustang.

—Me gustaría saber si vas a responder a mi pregunta —dijo cuando pasé por su lado con un manajo de llaves.

No tenía muy claro si intentaba ponerme a prueba o si de verdad quería saber cuál era mi opinión respecto a Oriente Medio, para saber que podía confiar en la próxima generación en la lucha contra el terrorismo.

—Deja al chico tranquilo —dijo el hermano Hank, sacando la cabeza de una oficina cercana—. Aún no es lo bastante mayor como para preocuparse por la política. Ahora mismo, lo único que tiene en la cabeza son las chicas.

—Sí, chicas —contestó el hermano Nielson—. No hay nada de malo en eso. —Estiró la espalda todo lo que pudo con una mueca de dolor—. Pero no olvides que en este mundo hay cosas más importantes.

Plantó la mano en mitad de mi camino, yo me cambié las llaves a mi otra mano y agarré la suya en un firme apretón que se volvió más fuerte con cada segundo que pasaba, hasta que fue tan intenso que creía que nos romperíamos los nudillos el uno al otro. Sus ojos se quedaron fijos en los míos, llenos de un conocimiento secreto. Sentí casi como si él pudiera detectar la contaminación que había traspasado a mi mano aquella mañana antes de que el sol se alzara, al comprar el condón en la estación de servicio, como si portara un rastro oculto o un aceite indetectable para todos menos para los hombres más honrados.

—Estamos viviendo el Fin de los Tiempos —me dijo—. Mantente alerta.

Dejé la máquina de lavado a presión sobre el pavimento, agarré la botella de limpiacristales y algunas toallas de papel y volví al solar de asfalto negro para enfrentarme a aquella hilera de parabrisas mojados. Pude ver cómo se mecían los pinos al viento sobre las colinas a lo lejos, y estaba agradecido por ello, por el alivio de aquella corriente que me sobrecogía, aun cuando sabía que podía aumentar las probabilidades de que me quemara. Mi crema solar del 40 ya se había disuelto en el agua y tenía las yemas de los dedos arrugadas como pasas.

Iba por mi quinto o sexto parabrisas cuando una mujer se acercó a mí.

—Disculpa —me dijo, con una sonrisa que se fundía con el rayo de sol que se reflejaba en el parabrisas—. ¿Qué puedes decirme sobre este coche? Quiero comprarme uno, pero la verdad es que no entiendo mucho sobre el tema.

Me di la vuelta para mirarla. Tenía el maquillaje corrido por los párpados entrecerrados. Se movía con nerviosismo, con la correa negra de un pequeño bolso acomodado descuidadamente sobre uno de sus hombros. El coche en cuestión era un Taurus corriente, uno entre una fila entera de coches iguales. No parecía haber ninguna razón por la que señalar ese en concreto. No parecía haber ningún motivo por el que señalarme a mí en concreto. Me acordé de algo que decía mi padre durante el estudio de la Biblia: de vez en cuando, en un momento dado, Dios nos presentaba una oportunidad perfecta. Era nuestra obligación como cristianos tomar ese momento y conducir a una de sus almas perdidas hacia la salvación.

El Camry de la mujer, abollado y maltrecho, estaba en ralentí detrás de ella, con la puerta del conductor abierta. Pensé en decirle: «Señora, parece perdida». Pensé en decirle: «Señora, no hay terreno neutral». Pensé en lo mucho que se alegraría mi padre si le contaba que me había hecho cargo del alma de mi primer cliente. Pero no podía hacerlo. Su pregunta había sido tan directa, tan auténtica, que esquivarla parecía una traición.

—No hay nada de malo en un buen Taurus —le respondí—. Fiable. Un consumo por kilómetro bastante pasable. Casi nunca se deterioran si se llevan a tiempo a que los pongan a punto. Pero ya sabe, solo es un Taurus.

Colocó su mano en mi antebrazo y me sonrió.

—Eres muy amable. No tenías por qué decirme la verdad.

Quise apoyarme en su pecho y sentir que sus brazos me rodeaban por los hombros. Quise tirar al suelo las toallas de papel y la botella de limpiacristales, meterme en su coche y desaparecer en las colinas lejanas, y entonces, cuando no mirara, lanzar el condón por la ventana entreabierta.

—Esto es rarísimo —comentó Chloe—. ¿De dónde han sacado unos efectos especiales tan extraños?

Estábamos viendo a Janet Leigh meterse en la ducha con sus pantorrillas pálidas en tensión. Sabíamos lo que iba a pasar, pero contuvimos el aliento. A pesar de que no lo necesitaba, Chloe se había aplicado una base extra de

maquillaje, eliminando las marcas que el acné le había dejado en el rostro. Se había soltado el pelo. Los dos nos habíamos vestido para la ocasión. Yo llevaba una camisa negra y una chaqueta clara que no me había quitado hasta llegar a la entrada. Chloe llevaba un vestido que nunca le había visto. Si su madre se extrañó ante nuestra vestimenta, no dijo nada al respecto.

Nos sentamos en el sofá de su sótano, frente a la luz azul del televisor. De vez en cuando, Brandon bajaba a hurtadillas por las escaleras y se escondía detrás del sofá para saltar de improviso y asustarnos.

—Ya eres mayorcito para hacer eso —le dijo Chloe después de que él le agarrara el brazo justo en la escena en la que apartaban la cortina de ducha—. Cómprate una vida.

—Tú sí que necesitas comprarte una vida —respondió él, echando la cabeza hacia atrás en una imitación sorprendentemente acertada de su hermana—. Mírate, aquí, viendo películas de terror la noche de tu gran cita romántica.

Brandon llevaba puesta la americana de los domingos. Tenía una rosa radiante en la solapa; debía de haberla robado del jardín del vecino. Le gustaba disfrazarse de los personajes favoritos de sus videojuegos. Cuando le preguntamos quién era, nos contestó:

—Soy James Bond en *GoldenEye*. —Y formó una pistola con el pulgar y el índice.

Me alegraba que nos interrumpiera de vez en cuando; sus repentinas apariciones hacían que Chloe se apartara de mí de forma inconsciente. Cada movimiento que realizábamos sobre ese sofá era o una victoria o una derrota. A menudo ambas. A cada momento me encontraba en un bando diferente de aquella guerra.

Brandon se sacó un cigarro de caramelo del bolsillo y actuó como si fuera a posarlo con delicadeza en la comisura de sus labios. En lugar de eso, le dio un mordisco.

—No te olvides de que esta noche compartimos habitación —me dijo, fingiendo apuñalarme con lo que quedaba del cigarro—. *Psicosis II*. Bates vuelve a la carga.

La cámara empezó a dar vueltas sobre la pupila abierta de Leigh. La toma de Hitchcock se mantenía así de forma intencionada durante un segundo de más; había un miedo insoportable durante ese segundo. Chloe se acercó más a mí.

—Sigue dando miedo —dijo—. Aun con esos estúpidos efectos de sonido.

Descubrí lo que era el sexo cuando tenía la edad de Brandon, en una noche despejada en la que mi padre no roncaba, por lo que podía estar seguro de que estaba despierto. Sentí como la casa se relajaba y se asentaba en sus juntas ocultas, así que pude caminar a través de la oscuridad del salón sin miedo, recorriendo los dedos sobre la fría superficie de cristal de la mesa, palpando los narcisos de plástico afilados que reposaban en sus jarrones de porcelana china. Me senté en la butaca reclinable de mi padre y encendí el televisor. Compartía la conexión por satélite con el televisor que tenía mi padre en su dormitorio —pero no con el de mi madre—, así que podía ver lo mismo que él estaba viendo durante aquellas horas insomnes después de que hubiera terminado sus oraciones. Contemplé cómo la interferencia de los canales se iba transformando en algo que parecía un muslo desnudo, una boca abierta que se cerraba alrededor de algo largo y duro, y un lápiz de labios rojo que brillaba a través de la estática. Escuché el leve gemido de una mujer: tan ensayado, tan diferente de los gemidos espirituales de mi padre. Pero la imagen no duró más que un minuto o dos, el tiempo que pensé que debía de tardar mi padre en sentir el peso de la culpa. Aun con todo, al día siguiente le conté a mi madre el pecado de mi padre, sabiendo que al revelar su secreto escondería aún mejor mi propio secreto, todavía más oscuro.

—Estoy segura de que fue un accidente —me dijo, siempre haciendo de mediadora—. ¿Por qué le espiaste?

Después forzó una sonrisa y dijo:

—Esta noche vamos a hacer *crème brûlée*. Y sacaremos la cubertería de plata de tu abuela.

Llevaba casi una hora a oscuras tumbado en un saco de dormir en el sótano de Chloe. Decidí levantarme y escuchar si Brandon respiraba con calma antes de intentar dirigirme hacia las escaleras. Tenía guardado el condón sujeto con la banda elástica del pantalón del pijama; el plástico del envoltorio me arañaba la piel, me ardía. No tenía ni idea de cómo pensaba hacerlo. ¿Me colaba en su habitación y le contaba cuáles eran mis intenciones?, ¿me quedaba en la puerta con la esperanza de que ella diera el primer paso?

—En el caso de que te lo estés preguntando, no estoy dormido —dijo

Brandon. Escuché cómo apartaba las sábanas y las tiraba al suelo al lado de su cama—. Vuestra peli no me deja dormir.

—Perdona —le contesté—. Pensé que podría ser divertida. Robos, asesinatos, coches hundiéndose en ciénagas.

—¿Sabes una cosa? —me dijo. Sus pies descalzos golpeaban el suelo de cemento con cada paso que daba hacia mí. Descifré el contornó de su tupé, después sus brazos delgados que sobresalían de la camiseta de su pijama—. No eres como los otros novios que ha tenido. Eres mucho más simpático.

—Gracias, supongo.

Se quedó al borde de mi saco de dormir, los dedos de los pies se retorcían en el forro de tafetán.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, pude ver que tenía el rostro retorcido, dos arrugas idénticas le recorrían el centro de la frente. Escuchaba pisadas en el techo, justo donde se encontraba el dormitorio de Chloe.

—¿Cómo has conseguido subir a tu personaje al nivel cincuenta? —Sonrió con travesura, sin decir aún lo que fuera que había planeado decirme.

Se sentó en el borde del saco de dormir.

—¿Te importa? —me preguntó sosteniendo el mando a distancia cerca de mí para que pudiera verlo. Encendió el televisor y se arrastró hasta la PlayStation para darle al botón de encendido. Nos pusimos en posición de juego, encorvados hacia la pantalla. Nos encontrábamos en los aposentos de un gran castillo gótico iluminado por antorchas. Una alfombra de color rojo oscuro se extendía por la habitación de una puerta a la otra, y unos guardias en uniformes dorados permanecían de pie ante cada una de ellas.

Brandon tenía los ojos vidriosos. Se lamía los labios de forma inconsciente.

—Esta parte es complicada. Los guardias vendrán corriendo a por mí si me muevo un milímetro más.

—Primero revisa tu inventario.

Los dos repasamos nuestras pociones y nos equipamos con armas más fuertes. Como era de esperar, Brandon no había llevado un control de su inventario. Había utilizado muchas pociones cuando no era necesario y había

desechado ballestas en vez de venderlas en el mercado. A pesar de que seguía pensando en Chloe, que estaba en su habitación justo encima de nosotros, intenté bloquearla de mi mente. Ya tenía una coartada: ¿cómo iba a marcharme de allí si su hermano me había visto?

Tras unas pocas horas de concentración intensa, los dos nos tumbamos sobre el saco de dormir.

Brandon se apoyó sobre el codo, acunando su mejilla con la mano.

—¿Sabes qué pienso? —me preguntó.

—No —le respondí.

—Que seguro que es gay —contestó. Su voz se quebró de repente en la última sílaba. Apartó la mirada. Tenía la respiración entrecortada. Me llevó un rato darme cuenta de que se refería al personaje.

—¿Sí?

—Sí, de verdad te lo digo —respondió—. Usa demasiado fijador.

Cuando volvió a mirarme, los dos sabíamos lo que éramos.

Decidimos seguir jugando hasta llegar al siguiente nivel. Para cuando el amanecer naranja se abrió paso a través de las persianas y se materializó en rayos rectangulares sobre el cemento, Chloe ya había preparado el desayuno ella sola.

—Sorpresa —nos dijo desde el último escalón, negándose a poner los pies en el suelo del sótano. No parecía sorprendida. No se había molestado en cambiarse la bata de algodón por otra prenda. Intenté bloquear su dolor y mantuve los ojos en el saco de dormir que tenía enrollado ante los pies—. El desayuno está listo.

Mi padre le escribió una carta a Dios, la dejó en el cajón de mi escritorio y me dijo que nunca la abriera. Que nunca la tocara, que la dejara donde estaba. Era una promesa solemne que le había hecho a Dios tras la explosión de aquel coche. La había doblado en un pequeño cuadrado y la había ocultado detrás del montón de portaminas que mordisqueaba con frustración cuando no conseguía que las entradas de mi diario salieran como yo quería.

El último verano que pasé en el concesionario, siendo ya lo suficientemente mayor como para que la curiosidad tuviera más peso que el respeto, leí la nota:

Padre celestial:

Gracias por salvarme literalmente del fuego del infierno. Te he hecho una promesa que tengo intención de mantener. A partir de este momento, tanto yo como mi hogar, estaremos a tu servicio. Te prometo que criaré a mi hijo en la iglesia. Te prometo que seré un hombre temeroso de Dios y que conduciré a otros hasta tu rebaño divino. Por favor, ahórrale a mi hijo todo lo que he sufrido yo, y también mis errores. Ahórrale toda la confusión del mundo. De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza. Deja que descanse en la verdad de tu palabra divina.

Tu siervo

—¿Por qué no has respondido a ninguna de mis llamadas? —preguntó Chloe.

Había transcurrido una semana de silencio desde nuestra noche fallida. Yo estaba sentado en el suelo de mi dormitorio con el mando de la PlayStation colocado en el triángulo que formaban mis piernas cruzadas y el teléfono apoyado contra el hombro.

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? O respondes o no.

Después de un minuto de silencio, colgó.

Pasó otra semana. Dos. Abrí el teléfono, me planteé pulsar la tecla de marcación rápida para llamar Chloe, lo cerré de golpe.

—No lo sé —le dije a la pantalla.

No sentí alivio. Fue algo más parecido al miedo; miedo a lo desconocido, a mí mismo. ¿En qué clase de persona me estaba convirtiendo?

Pasó otra semana. Mis padres estaban preocupados. Querían saber por qué Chloe y yo no habíamos quedado. Su madre llamaba por teléfono, la gente de la iglesia hacía preguntas, y nadie podía creerse que fuéramos a terminar de una forma tan brusca y sin una explicación real. Los domingos fingía estar enfermo para no tener que verla en la iglesia.

Otra semana. Cuando ya no pude fingir estar enfermo, me ofrecí voluntario para trabajar en la cabina de proyección que se encontraba en la parte trasera del santuario, lejos de las miradas inquisitivas de los congregantes. A veces

Chloe estaba allí, a veces no, pero siempre nos asegurábamos de no estar juntos en la misma parte de la iglesia.

Otra semana. Ya casi había llegado la hora de mudarme a la pequeña facultad de humanidades en la que me habían admitido. De vez en cuando, mi madre y yo hacíamos viajes al Walmart para comprar lo que necesitaría para la residencia y volvíamos a casa con bolsas pesadas llenas de contenedores de plástico, con paquetes enormes de camisetas, calcetines y calzoncillos. Después, una noche, ya tarde, mi padre recibió una llamada de la madre de Chloe. Estaba fuera de sí. Habían pillado a Brandon en la cama con otro chico, un amigo íntimo. Habían estado experimentando. No sabía a quién llamar. Quería saber si mi padre podía ir hasta allí e intentar hacer que los chicos entraran en razón. Me quedé sentado en el salón durante casi toda la noche, intentando no temblar, esperando a que volviera. Mi madre estaba a mi lado en el sofá.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que rompisteis? —me preguntó—. Se os veía tan monos juntos.

No podía responderle. No había palabras, no había explicaciones claras que no implicaran admitir una confesión terrible. Era consciente de que mi silencio repentino le hacía daño a mi madre, de que nos hacía daño a todos. Pero en tan solo unos pocos meses ya había conseguido arruinarlo todo. No quería decir nada que pudiera empeorar las cosas.

Mi padre volvió a casa alrededor de las cuatro de la mañana con los ojos enrojecidos y el cabello revuelto. No nos contó mucho de lo que había ocurrido, tan solo se quedó de pie en la cocina sacudiendo la cabeza. Los chicos habían cometido un error, nos dijo. Le había explicado a Brandon y al otro chico que seguir con aquel comportamiento pecaminoso les volvería en contra de Dios, que los expulsaría del reino de los cielos. A Brandon se le pasaría, dijo mi padre. Su voz no sonaba muy convincente, y se notaba que estaba alterado tras la visita, que tal vez sospechaba algo de mí que no había sospechado hasta entonces. Me di la vuelta, me fui a mi dormitorio y cerré la puerta.

Otra semana. Videojuegos todas las noches. Apenas pensaba en la siguiente fase de mi vida. Apenas pensaba en nada que no fuera en cómo equipar a mi personaje para que realizara su viaje a través de la tierra salvaje. En los pocos momentos en los que no estaba jugando a un videojuego,

intentaba ignorar el hecho de que dejar de hablar con Chloe implicaba que también tendría que dejar de hablar con Brandon. Que la única persona que parecía saber quién era yo en realidad nunca formaría parte de mi vida. Que lo que fuera que hiciésemos con nuestros deseos, lo haríamos solos.

Un mes antes de irme a la universidad, dejé al fin el mando de la PlayStation. Entré en el salón, y mis padres estaban sentados cada uno en una punta del sofá. Les invité a que me siguieran hasta el baño para que vieran el cadáver de mi vida de jugador.

—Quiero que veáis algo —les dije. Apenas sabía qué estaba haciendo. Quería contárselo todo: por qué había roto con Chloe y que era como Brandon. Quería contárselo, pero no tenía las palabras adecuadas. Quería que supieran que algo no iba bien, que había intentado ignorar una parte de mí pero que ya no iba a ignorarla. Que iba a arreglarla.

La PlayStation estaba en el centro de la bañera, los mandos estaban enrollados a su lado como si fueran gatos dormidos. Mis padres se quedaron en la puerta con cara de «qué está pasando». Mi padre se pasó la mano por su abundante cabello negro. Mi madre cruzó los brazos por delante del pecho y suspiró.

Aparté la cortina de plástico transparente y abrí el grifo de la ducha. Mis padres y yo observamos el agua caer sobre la consola y formar un pequeño torbellino ovalado antes de desaparecer con un gorgoteo hueco por el desagüe. Me imaginé el agua fluyendo sobre la placa base, siguiendo los afluentes que formaban los microchips. Dejé que el agua corriera durante un poco más de lo necesario hasta que escuché a mis padres moviéndose con incomodidad detrás de mí. Volví a poner la cortina en su sitio.

—No voy a volver a jugar nunca más —les dije.

Fuera lo que fuese a lo que tuviera que plantar cara a partir de ese momento, lo haría de frente.

MIÉRCOLES, 9 DE JUNIO DE 2004

Eran las siete de la mañana, pero el aire acondicionado ya estaba al máximo en la cafetería del hotel Hampton Inn. Según mi horario, tenía dos horas para ducharme, vestirme, desayunar e ir hasta las instalaciones de LIA, pero mi madre y yo estábamos prolongando los minutos, arrastrando los tenedores con desgana por el plato desastroso de huevos fríos que nos habían servido. Aún me caían gotas de agua del pelo húmedo y se me clavaban los bordes de madera barnizada y prensada de la mesa en los antebrazos. Aquella mañana, el mundo parecía más duro, como si por la noche alguien hubiera retirado una fina capa translúcida de la atmósfera, un filtro de enfoque suave que yo no había sabido apreciar lo suficiente cuando, algunos fines de semana, venía con mi madre a Memphis de compras o a hacer maratones de cine; entonces, la ciudad resplandecía y rebosaba vida, latía bajo nuestros zapatos. Dos días enteros en Love in Action y la ciudad ya había perdido todo su esplendor. Los viajes de ida y vuelta entre el hotel y el centro tan solo revelaban un tramo gris de la interestatal, con el tráfico en movimiento bajo la fuerte luz del sol y todas esas enormes casas de las afueras que bostezaban con sus lenguas verdes regadas con temporizador.

Una vez oí que alguien describía la ciudad como un vertedero, y en aquel momento me ofendió, pero ahora veía que tenía razón. Era el lugar al que las cosas iban y venían, el hogar de la sede central de la compañía de envíos FedEx, la ciudad con la mayor disponibilidad de vuelos nocturnos a otras ciudades del país y con embarcaciones de acero flotando justo por el centro del Mississippi... Pero lo que se reunía y se acumulaba allí, lo que se quedaba y echaba raíces, era lo que le daba a la ciudad esa sensación de abandono. Si te quedabas el tiempo suficiente, te dabas cuenta de que allí vivían eternamente anclados en un pasado superficial, con fotos de Elvis colgadas en

sus miles de cafeterías, autógrafos pegados en las paredes, tiendas eróticas que prometían emociones que en su época habían electrizado las calles entre el alboroto del *jazz* y el *blues*.

—Deberíamos salir ya —dijo mi madre, aunque no mostró ningún interés por moverse, con sus pequeñas manos aún pegadas a la mesa.

Me bajé las mangas para protegerme del frío del aire acondicionado, que me estaba convirtiendo el pelo en un casco helado. Pasar el verano en aquella ciudad significaba sufrir temperaturas gélidas y sofocantes, cambios repentinos de ambiente que pillaban al organismo por sorpresa y provocaban escalofríos por todo el cuerpo.

—Vale —dije sin moverme. Si no nos íbamos pronto, llegaríamos tarde. Aunque me había dejado a propósito el reloj en la habitación, con la esperanza de perder la noción del tiempo en el centro, vi que eran las nueve menos veinte en el reloj de plástico de la recepción del hotel.

Una curiosa mezcla de familias y gente de negocios salió del ascensor de enfrente de nuestra mesa: por un lado, trajes negros y azul marino y faldas de tubo ajustadas, por otro, pijamas, sudaderas y pies descalzos de niños que resonaban contra las losetas al corretear alrededor de sus padres, aún con cara de dormidos. Era extraño pensar en cómo sería la rutina de esa gente, bebiéndose el café mañanero, con una jornada por delante que debía de parecerles como cualquier otra. El rumor de la CNN se oía desde la esquina de la habitación, una bóveda de palabras monótonas que se extendía por toda la cafetería y parecía conectar la mañana de todos los que estaban allí. Era casi imposible distinguir las palabras entre el estrépito de los platos y los cubiertos. «Cualquier intento del Congreso de regular los interrogatorios de los combatientes ilegales iría en contra de la Constitución, que otorga al presidente el cargo de comandante en jefe». La gente levantaba la vista de sus mesas de tanto en tanto para fijarla en la pantalla.

Al haberse deshilachado mi rutina en solo cuestión de unos días, me sentía perdido, a la deriva, y me parecía absurdo, incluso en aquel momento, que la palabra «Guantánamo», escrita en la parte inferior de la pantalla, existiese siquiera; con toda la tortura sin sentido que se estaba llevando a cabo fuera del país, los presentadores, con los ojos brillantes, debatían sobre su constitucionalidad. Me sentía como si me estuviera volviendo loco. «¿No es evidente que no deberíamos torturar a la gente?». Y, aun así, al mismo tiempo,

pensaba que era muy probable que estuviera equivocado. ¿Es que acaso no me había equivocado antes? ¿Acaso no era precisamente eso de cuestionarlo todo, esa actitud liberal, la razón por la que había acabado en LIA? Si hubiese conseguido mantenerme firme a la palabra del Señor, sin cuestionar nada, quizás habría seguido con Chloe e iría por buen camino para lograr llevar una vida normal.

Pero había dejado que las influencias seculares me condicionaran. El día anterior, uno de los terapeutas del centro, Danny Cosby, nos había pedido que diéramos un repaso minucioso a nuestras vidas y dibujáramos una línea temporal que mostrara nuestra progresión, pecado por pecado, hasta llegar a la homosexualidad. Yo me había dado cuenta, horrorizado, de que mi atracción por las personas del mismo sexo se había desarrollado, en su mayor parte, a la vez que mi amor por la literatura. *Sideways Stories from Wayside School*: primer flechazo gay, *Matar a un ruiseñor*: primera vez buscando porno gay en internet, *El retrato de Dorian Gray*: primer beso gay. «No me extraña —pensé yo—. No me extraña que me hayan quitado mi Moleskine».

En LIA, intentaban disuadirnos de leer literatura secular —los pacientes tan solo podían leer «materiales aprobados por el personal», según decían nuestros manuales, lo cual equivalía a autores cristianos fundamentalistas—, pero el simple hecho de llevar unos días sin leer me había provocado una depresión nocturna que no me dejaba dormir. Durante los años de instituto, gasté demasiado tiempo y energía en intentar no disfrutar tanto de los libros, asustado de que alguna historia atractiva me convirtiera en hereje, que me llevara por uno de los caminos del pecado que alguno de mis personajes favoritos había seguido, y que yo había disfrutado leyendo. Mi año en la universidad había sido tremendamente liberador, y allí se fomentaba tanto la lectura que estuve a punto de olvidar lo que se sentía al sospechar que los libros estuviesen literalmente poseídos por demonios, como creía cuando leí por primera vez *La naranja mecánica*. El lenguaje electrizante de Burgess me recorrió el cuerpo tan rápido que sentí la piel en llamas, cargada de lo que entonces solo pude describir como energía demoníaca. Me preguntaba si podría volver a leer con tanta libertad alguna vez o si tendría que quedarme en LIA durante tantos años como los terapeutas, aprendiendo a vivir con las consecuencias de mi pecado, guardando las distancias con el resto del mundo.

«Señor, hazme puro», recé, mirando a través de mi vaso a los

presentadores de la tele, borrosos; la palabra «Guantánamo» se había convertido en algo como «Gargantúa». Quería acompañar a toda la gente de mi alrededor en su ignorancia, en su risa, en su lectura despreocupada del periódico; quería absorber la mañana, igual que había hecho tantas otras mañanas. Pero la jerga de LIA se me había quedado clavada en el cerebro, y no dejaba espacio para los consuelos habituales que me solían calmar la mente y me hacían creer que el mundo era un lugar normal. La noche anterior, tumbado en la cama plegable de nuestra habitación, dándole aún vueltas en la cabeza a las normas del manual de LIA, me entraron más ganas que nunca de coger el mando de plástico de la Nintendo 64 que había enchufada a la televisión y pasarme unos cuantos niveles del *Mario* o de lo que fuera, cualquier cosa que me ayudara a quitarme de la cabeza ese bucle de culpa infinito. Pero eso también estaba prohibido.

El Inventario Moral (IM), otro componente que LIA había tomado prestado de Alcohólicos Anónimos, ocupó el puesto de mi rato de lectura y escritura habitual. Cada noche, debía centrarme exclusivamente en mis pecados. Cada noche, debía encontrar un ejemplo de un comportamiento pecaminoso de mi pasado, escribir sobre él con todo lujo de detalles, compartirlo en la terapia de grupo y confiar en que Dios me absolvería de él.

Los IM nos ayudaban a reconocer nuestras IF, ya que nos permitían ver cómo se habían desarrollado y remontarnos así a los «A», «Po», «\$» y «EM» de los genogramas que habíamos diseñado para crear el historial de los pasados pecaminosos de nuestras familias. Aunque no le había contado a mi madre casi nada de lo que estábamos aprendiendo cada día en LIA, la poca terminología que se me escapaba a veces era ya demasiado para ella; no podía llevar la cuenta. Tanto era así que, al ir a toda pastilla por la interestatal mientras le intentaba poner al día, casi se le pasó nuestra salida, por tener otra secuencia de números y símbolos atosigándole, reclamando su atención.

—¿En qué paso está el IM? —me preguntó, dando un giro brusco hacia la salida. Había un centro comercial a nuestra izquierda y un zona de tiendas a nuestra derecha. A ratos, la luz de la mañana se filtraba a través de las hojas de algún árbol.

—Usan los IM en los doce pasos —contesté, con el manual abierto en el regazo y mis deberes encima. Estaba relejendo la página apresuradamente,

revisándola por si había escrito algo demasiado vergonzoso como para compartirlo con el grupo. Aunque la verdad es que todo era vergonzoso. El propio objetivo del ejercicio era darnos cuenta de lo vergonzosos que eran esos recuerdos y rediseñarlos para que encajaran con el propósito de Dios. Los miembros del grupo compartirían sus comentarios para que la transición tuviera éxito. Todo eso me recordaba a un taller de poesía al que había asistido en mi segundo semestre de universidad, cómo me había sentido al oír las opiniones contradictorias de mis compañeros; por lo visto, el objetivo de escribir era fabricar un producto que no ofendiese a nadie, que no respaldara nada que no fuera el dogma aceptado oficialmente.

Quizás ese era el precio que había que pagar para entrar en el reino de los cielos: purificarse de todas las opiniones fuertes, idiosincrasias, creencias — no anteponer dioses falsos a Él—, convertirse en un caparazón que se pueda moldear con facilidad, un portador de Dios. La Biblia es clara en cuanto a lo que se requiere. Respecto a los mandamientos de Dios, el libro de Proverbios dice: «Átalos a tus dedos; escríbelos en la tabla de tu corazón». Si hubiese podido hacerlo yo mismo, ya lo habría hecho; me habría abierto las costillas a la fuerza y me habría grabado la palabra del Señor en el ventrículo izquierdo del corazón. Pero, por lo visto, mis terapeutas exgay eran los únicos con la suficiente experiencia y habilidad para blandir el bisturí.

Puede que una de las razones por las que no podía dormir bien por las noches fuera que nunca antes, hasta ese momento, me había quedado completamente libre de pecado. Sin mi Moleskine, mis libros ni mis videojuegos; vacío y sin distracción alguna. Me veía forzado a enfrentarme a las partes más feas y vergonzosas de mi pasado. Para que el Espíritu Santo pudiera invadirme, tenía que despojarme del humano primero. En ese momento, sentado en el coche con mi indigno pasado abierto en mi regazo, no tenía ni idea de si eso era siquiera posible.

—¿Cada cuánto tiempo tienes que hacer un IM? —siguió preguntando mi madre, sujetando el volante a las «diez y diez». Nunca la había visto conducir en otra posición en todos aquellos años. Los árboles nos pasaban en intervalos perfectos, los cables de alta tensión ascendían y descendían, las señales de los lados de la carretera tenían todas la anchura y altura reglamentaria, y las manos de mi madre no se movían del volante.

—Todas las noches. —A pesar de que creyese que muchas de las

actividades de LIA fueran absurdas, me enorgullecía habérmelas aprendido tan bien tras un solo día, ser el primer novato que se había aprendido de memoria todos los pasos. Era un papel en el que me sentía cómodo, el del buen estudiante. Debía de haber sido reconfortante para mi madre también ver que me comportaba igual que en el instituto.

—¿Qué pasa si te quedas sin nada más que escribir? —Su piel, perfumada con crema corporal, rechinaba contra el cuero. Quería saber qué era lo que había escrito, pero le asustaba preguntármelo—. ¿Qué pasa si te quedas sin material para tu IM?

Los IM se habían diseñado para acomplejarnos y hacernos pasar vergüenza por momentos en los que habíamos pecado contra Dios. En el caso de nuestro grupo, los IM siempre analizaban momentos de indecencia sexual, ya fueran actos físicos o tentaciones. Lo que mi madre no sabía aún sobre el hecho de ser gay en el sur era que nunca te quedabas sin material; que mantener en secreto la homosexualidad durante toda tu vida, desviando la mirada cada vez que veías un hombre guapo, y rezando, de rodillas, cada vez que un pensamiento sexual se apoderaba de tu mente o cada vez que te comportabas de manera remotamente femenina, te hacía avergonzarte de unos pecados por los que sentías una necesidad constante de excusarte, de arrepentirte, de suplicar perdón. No podía ni contar la cantidad de veces que había pecado contra Dios. Si quisiera, podría rellenar un IM nuevo cada noche durante el resto de mi vida.

—Estamos bajo el control de un Dios soberano que reina sobre todos los aspectos de nuestras vidas —dijo Smid, citando el organigrama del Inventario Moral de nuestros manuales, una página que contenía dos cuadros de texto con líneas negras, uno con la palabra «Dios» en el centro y otro, debajo, con las palabras «Mundo», «Carne» y «Satanás», equidistantes y justificadas. La idea era que, como cristianos, todos estábamos bajo el control de Dios, pero como humanos, también estábamos sometidos a las tentaciones de Satanás; un hecho que Smid constató segundos después—. Nos vemos afectados por un sistema mundial pecaminoso, nuestra carne pecaminosa y los ataques manipuladores de Satanás.

Smid continuó leyendo la ficha en alto. El IM se basaba en el siguiente grupo de premisas, las cuales debía tragarme enteras si esperaba curarme:

1. En la vida nunca dejamos de enfrentarnos a retos.
2. Sufrimos las consecuencias de nuestras decisiones como resultado de esos retos.
3. Recibimos fuerza de Dios, tanto para desear cambios en nuestras vidas como para tomar medidas basadas en nuestros objetivos para conseguir esos cambios.
4. Podemos encontrar una bendición y ver la bondad de Dios en las Sagradas Escrituras para cualquier aspecto de nuestras vidas.

Estaba sentado en el extremo derecho del semicírculo del grupo, con la cocina a mi espalda. Se oía a alguien lavando los platos detrás de mí; un chorro continuo de ruido blanco seguido del estruendo de los cubiertos, metal contra metal, y el crujido de una bolsa de basura. J estaba sentado a mi lado. A ratos mordisqueaba el lápiz, un lápiz blanco con un logo azul con el nombre de su iglesia local. Nosequé Nosecuánto Bautista del Calvario. Después, al llegar al logo, paraba de morder y agarraba el lápiz medio masticado con fuerza; se quedaba con un pedazo de luna con cráteres en la mano, un pedazo que se había llevado de ese mundo lejano y flotante, de todas esas noches sobre las que me había hablado, en las que había pasado horas de aislamiento y poca gravedad, leyendo los pasajes «fulminantes» una y otra vez. El pelo, engominado hacia atrás, le caía por un lado de la cara y le tapaba un ojo. Yo agradecía ese escudo que nos separaba. Tenía mi IM doblado bajo el muslo derecho, temiendo que llegara el momento de ponerme de pie frente al grupo y compartir mi vergüenza. Me preocupaba, sobre todo, compartir esa historia con J, ya que parecía que, en solo unos pocos días, me había empezado a respetar bastante.

—Creo que tú sí que lo pillas —me dijo una vez, durante uno de los descansos en el patio, raspando con sus zapatos el cemento cegador—. Entiendes lo difícil que es estar aquí. Creer que vas a cambiar no es suficiente, tienes que currártelo, ¿sabes? Si quieres que el tratamiento dure, tienes que permitirte dudar.

—Me da la sensación de que eso es lo único que he estado haciendo —respondí—. Dudar.

—Mucha gente, cuando llega aquí, no se permite a sí misma dudar —contestó J, bajando la voz hasta susurrar. Casi todos los demás miembros del

grupo estaban aún dentro, así que podíamos hablar sin miedo. Solo quedaba T, encorvado en un banco con un paquete de galletitas saladas de mantequilla de cacahuete sin abrir en las manos y con las mangas de sus chaquetas negras aún bajadas a pesar del calor de la tarde. No parecía que fuese a abrir el paquete de momento, y menos aún a participar en la conversación—. Aquí no nos animan mucho a dudar, para nada. Aquí están todos demasiado desesperados por conseguir respuestas. Pero a ti parece que sí te va eso.

Me gustaba que me analizaran de esa manera, como a un personaje de un libro, como a alguien con una vida interior rica. La única terapia a la que me había sometido era la terapia exgay por la que había pasado durante las sesiones introductorias previas a mi ingreso en LIA, y la mayoría de esas sesiones se habían llevado a cabo partiendo de la hipótesis de que el terapeuta ya sabía cuál era mi problema; un proceso que me hacía sentir lo contrario a lo que sentía al leer un libro. La iglesia de nuestra familia no estaba muy a favor de las terapias convencionales, ya que nuestro pastor creía que rezar era lo único que se necesitaba para disipar cualquier confusión mental y moral. Pero parecía que J tenía un talento innato para esto. Parecía creer que a la gente también se la podía entender a través de sus complejidades. Quería preguntarle qué libros había leído, para ver si compartíamos las mismas pasiones, pero hablar sobre literatura que no fuera la de LIA iba contra las normas.

—Supongo que tienes razón en cuanto a dudar —dije—. No quiero tomar ninguna decisión equivocada. Ya he tomado demasiadas malas decisiones.

—No —contestó—. No tienes pinta de haber hecho nada demasiado malo nunca. Aquí, cuando alguien ha hecho algo que no quiere compartir, se le nota. —Aunque sabíamos que había antiguos pedófilos en la terapia, nadie hablaba abiertamente sobre eso, y solo a veces lo insinuaban de pasada los miembros más despectivos.

—No quiero compartir nada de esto —respondí—. Es demasiado personal. —No es que estuviera asustado de mi papel en la producción del pecado, sino que me avergonzaba la falta de experiencia que tenía, o, al menos, la falta de voluntad que había tenido en mi experiencia. ¿Cómo podía contarle a J, delante de todo el mundo, que mi primera y única vez había sido en contra de mi voluntad?

—Hay que compartir con la gente —dijo, volviendo hacia la puerta

corredera de cristal. Al abrirla, sentí una ráfaga de aire frío en los brazos—. Es el primer paso para ir por el camino correcto.

—Pero ¿y si nada de esto funciona? ¿Y si solo me confunde aún más?

—Buena pregunta —respondió J, girándose por un segundo antes de volver, como siempre, al semicírculo alrededor de Smid.

Parecía que la confusión era un elemento clave del Paso Uno. A través de nuestra confusión lograríamos ver que estábamos totalmente «fuera de control», que necesitábamos confiar en la autoridad de Dios y en la de los terapeutas. El día anterior, Smid me había pedido que pensara en un tiempo en el que mi padre y yo hubiéramos practicado algún deporte. ¿Me había sentido incómodo? ¿Había tenido suficiente contacto físico con mi padre para reafirmar mi masculinidad? ¿Había esperado de él un amor que no había querido darme? Después de unas pocas preguntas, dejé de recordar cómo me había sentido. Era verdad que no se me daba bien ningún deporte. Era verdad que nunca me había gustado jugar a lanzar la pelota con mi padre en el jardín. Sí, quizá alguna vez había atrapado el lanzamiento de mi padre, pero al final siempre terminaba arrojando el guante de béisbol, dejando que la pelota se alejara rodando del cuero. Pero ¿significaba eso que no había disfrutado de la sensación que me provocaba la hierba en los dedos de los pies? ¿Significaba eso que no me había encantado sentir el sol caliente en el rostro, que no había sentido la voz de mi padre como una vibración cálida que me atravesaba el pecho? Ya no estaba seguro.

La Biblia hablaba con frecuencia del sacrificio, de que a menudo la gente no te entendería una vez tomaras la cruz y siguieras a Jesucristo. «Muchas personas pensarán que eres aburrido —me dijo mi padre el día de mi bautizo—. No entenderán el gozo profundo que sientes en el corazón. Creerán que estás loco». Pero ¿significaba eso que mi padre y yo ya no seríamos capaces de entendernos el uno al otro? Jesús decía en Mateo: «Porque he venido a poner en conflicto al hombre contra su padre». Y a pesar de que había leído esas palabras montones de veces, no estaba seguro de querer dejar de experimentar en la vida real la belleza de las relaciones conflictivas y complicadas sobre las que había leído en las clases de literatura. «Señor —recé durante aquellos primeros días—, ayúdame a diferenciar la belleza de la maldad».

LIA tenía la diferencia muy clara. En casi todas las 274 páginas de nuestros manuales podíamos encontrar repeticiones que decían que para alcanzar la pureza debíamos convertirnos en herramientas, en algo que Dios pudiera emplear para el bien común. Aquello significaba que no había espacio para la belleza tal y como la habíamos conocido antes. Cualquier comportamiento habitual que nos convirtiera en algo más que herramientas se consideraba como una adicción que se había desarrollado a partir de los mensajes nocivos que habíamos recibido durante la infancia. Todo ello estaba expuesto de forma clara en el Cuaderno de Adicciones.

Las adicciones son producto de un sistema de creencias seriamente distorsionado. Nuestras mentes han estado cayendo desde el momento en que nacimos, inclinadas por naturaleza en dirección opuesta a la verdad. Ese es un problema que compartimos todos. Sin embargo, cuando de pequeños recibimos mensajes confusos u hostiles, nos volvemos vulnerables al desarrollo de patrones de comportamiento adictivos.

El Cuaderno de Adicciones continuaba explicando que el mundo y Satanás se habían apropiado de nuestras vidas sexuales desviadas y pecaminosas. En una sección titulada «Eres producto del mundo (¡y del Diablo!)» se nos decía que «Satanás es el dios de este mundo», que tenía dominio sobre todo lo que no surgiera directamente de la Iglesia o de la Biblia, que «en realidad es este mundo el que está defectuoso y del revés, no Dios» y que necesitábamos estar dispuestos a poner a prueba nuestras ideas y nuestras creencias. Pero no bastaba con cuestionarnos nuestras convicciones. Debíamos estar dispuestos a someternos a cambios radicales, a dejar atrás a aquellas personas que fueran nocivas para nuestro desarrollo, a quienes nos recordaran a nuestro pasado. Debíamos estar dispuestos a renunciar a cualquier idea que tuviésemos sobre quiénes éramos antes de llegar a LIA: «Recordad también que, como cristianos, no sois vuestros propios dueños; fuisteis comprados por un precio (1 Cor. 6:19), debéis ver a Jesús como a vuestro Maestro». Debíamos entregarle nuestros recuerdos, deseos e ideas de libertad a Jesús nuestro Maestro. Debíamos convertirnos en sus siervos.

—Está en nuestra mano pedirle ayuda a Dios —dijo Smid—. Está en

nuestra mano rogar su perdón.

Desde aquel ángulo, no podía evitar fijarme en lo mucho que se parecía Smid a Jeff Goldblum, el actor que había visto en todas esas veces que había puesto *Parque Jurásico*: nariz estrecha, sonrisa amplia, mirada penetrante acentuada por unas gafas elegantes. Pero cuando Smid inclinó la cabeza en un ángulo diferente, su rostro se aplanó y perdió cualquier parecido con Goldblum. Un segundo estaba allí, y al siguiente había desaparecido. Me preguntaba si Smid habría practicado aquel efecto, si habría descifrado las proporciones: un Jeff Goldblum por cada cinco chicos del montón como el viejo Smid.

Intenté no sonreír. Era realmente sorprendente lo mucho que podía parecerse Smid a Goldblum. Temiendo echarme a llorar, relajé el rostro hasta que se me formó una sonrisa de idiota. Me pregunté si J también vería el parecido de Smid con Goldblum, si sus padres le habrían dejado siquiera ver *Parque Jurásico* cuando era pequeño.

J parecía la clase de persona que había estudiado desde casa —su concentración era demasiado intensa como para mantener una vida social activa— y la mayoría de los niños del cinturón bíblico que estudiaban desde casa estaban controladísimos por sus padres fundamentalistas. Aun así, me planteaba hasta qué punto se parecían nuestras infancias, pero nunca se lo pregunté. A ninguno de los que estábamos en el programa se nos permitía hablar de nuestro pasado por miedo a que desenterrara algún placer pecaminoso que hubiéramos experimentado con anterioridad. Me imaginaba que así debía ser encontrarse en el cielo a alguien que habías conocido en la tierra: todas las cosas a las que estabas acostumbrado ya no estaban, tan solo quedaba su esencia o su aura. «Ya no habrá muerte —dice la Biblia—, porque las primeras cosas han dejado de existir». Pero J y yo aún nos hallábamos lejos del cielo —el centro de paredes blancas era una mera simulación—, y yo todavía sentía el peso de mi pecado en lo más profundo de mis entrañas.

—Podemos encontrar la bendición y ver la bondad de Dios basada en las Escrituras en todos y cada uno de los diferentes aspectos de la vida —repitió Smid. Lo dijo con tanta rapidez que sus palabras salieron como un hilo que yo tuve que desenredar: «Podemos-encontrar-la-bendicion-y-ver-la-bondad-de-Dios-en-todos-y-cada-uno-de-los-aspectos-de-nuestra-vida». Me recordó a las oraciones que mis padres me enseñaron a repetir todas las noches; las

palabras salían de golpe, de forma automática, en un torrente desesperado por ponerse en contacto con un Dios impaciente:

*Ahora me acuesto a dormir,
Le pido al Señor que cuide mi alma.
Si muero antes de despertar,
Le pido al Señor que tome mi alma.*

Ya no sabía ni qué hora era. Me quedé mirando fijamente la franja de piel pálida de la muñeca donde solía tener el reloj. Las palabras seguían saliendo de Smid una detrás de otra, y, no mucho más tarde, la luz del sol comenzó a colarse por la habitación, dividiendo la alfombra en figuras geométricas. Smid daba vueltas en torno a nuestro círculo, pisando alrededor de la luz. Me acordé de un juego al que mis amigos y yo solíamos jugar de pequeños después de ir a la iglesia: un paso en falso y acababas muerto, fundido en lava; un paso en falso y te tocaba esperar a un lado viendo cómo jugaban los otros niños. Introduje el pie en la luz y los herretes de los cordones del zapato centellearon. Ojalá fuera tan fácil.

El manual me pesaba sobre las rodillas y el IM quemaba tanto que podría haberme atravesado el muslo. ¿Conseguiría aprender, al igual que muchos de los miembros más veteranos del grupo, a hablar con indiferencia sobre un tema que me aterrorizaba? Tal vez, sacarlo todo a la luz fuera un cambio a mejor. Ya había leído el IM que venía de ejemplo en el manual, y me había impresionado el lenguaje que empleaba el escritor en el caso del pecado sexual, el lenguaje terapéutico que predominaba en cada una de las declaraciones. La manera en que lo retrataba lo hacía casi imposible de reconocer en el mundo material; todas las IF del interlocutor habían sido eliminadas hasta que parecía no quedar nada más que un arrepentimiento puro y piadoso, una recuperación platónica. Todas las características por las que podían identificarte, borradas.

Me recordó a cómo me había sentido el día anterior, después de terminar el genograma. De pie frente a la cartulina, pensé: «Ahí están», como si toda mi familia se hubiera reunido delante de mí con el único propósito de revelar cuál era mi lugar en LIA. Por extraño que parezca, era la primera vez que me sentía cómodo al estar con todos mis parientes en una misma habitación.

Parecían inofensivos, mirándome desde su pequeño trozo de alfombra bereber, rodeados por sus pecados etiquetados, privados de sus críticas. Y a pesar de que la gramática necesitaba alguna revisión, el ejemplo de Inventario Moral que había leído prometía lo mismo: una vida con Dios, una restauración a una versión de nosotros anterior al pecado, más pura, y el «despertar espiritual» que prometía el Paso Doce que todos experimentaríamos en algún momento si permanecíamos en el programa durante el tiempo suficiente, mientras el mundo se volvía más y más tenue hasta desaparecer de la vista. El ejemplo de IM parecía un fragmento de otro mundo:

Fui en busca de un encuentro y utilicé y manipulé a otra persona para aliviar el sufrimiento de mi vida con medicamentos. Utilicé las fantasías como escape, pero cuando la fantasía terminaba, la realidad era aún más dolorosa. Creí que él me ofrecería esperanza y libertad, pero lo único que encontré fue más culpa, desaprobación y desesperanza. Mentí a mis amigos y a mi familia sobre mis problemas e intenté escondérselos. Mis problemas se volvieron más graves y mi vida estaba cada vez más fuera de control. Creí muchas mentiras: que no valía nada, que no había esperanza para mí, que no tenía futuro. Aparté a las personas que habrían podido ayudarme y recibí con los brazos abiertos a aquello que me hacía daño.

—Empecemos por aquí —dijo Smid, señalando a S, sentada en el extremo izquierdo del grupo—. Pero primero vamos a recordar algunas normas básicas. —Mientras enumeraba las normas, las marcaba con cada dedo hasta que al final abrió la palma blanca entera hacia nosotros—. Nada ilícito. Mostrad respeto. No hagáis que parezca atractivo, no racionalicéis ni banalicéis lo que ocurrió o cómo os sentisteis.

La cocina, detrás de mí, estaba ahora en silencio. El rumor de las respiraciones inundaba la sala principal. La luz del sol brillaba con tanta fuerza contra la alfombra que esta parecía emitir un siseo audible.

S se puso en pie y caminó hasta el centro del círculo. Vestía una falda vaquera larga, no llevaba maquillaje y tenía el pelo recogido en una coleta encrespada. Parecía una de esas mujeres menonitas que vendían bizcochos de chocolate y otros productos de repostería en las tiendas de beneficencia de los pueblos pequeños de toda Arkansas.

—Empezó con un beso —comenzó—. No voy a entrar en detalles, pero fue así como empezó. Pensé que era algo inocente, pero me equivocaba.

Miré a J con el rabillo del ojo. Me lanzó un esbozo de sonrisa socarrona. Parecía querer decir: «Prepárate».

—Hice... cosas terribles —continuó, leyendo una hoja de papel de rayas anchas arrugada que temblaba en sus manos—. Sentí mucha vergüenza. Sabía que Dios estaba decepcionado conmigo. Decepcionado se queda corto. Le di la espalda a Dios. Me metí en una relación inmoral con otra chica. Fue repugnante. Ahora que echo la vista atrás me doy cuenta de lo repugnante que fue. —S bajó la mirada hacia su falda. Cerró los ojos.

—No tengas miedo —dijo Smid.

—Por eso... por eso... —Aún tenía los ojos cerrados—. Creo que por eso terminé haciendo esas cosas con el perro. —La palabra «perro» sonó como una maldición, algo que había mantenido en su interior, en ebullición, durante muchos años.

S estaba en la sección de Consecuencias de su IM, a punto de llegar a la de Cambios.

—Quiero cambiar, estoy harta de sentirme vacía. —El esquema del IM estaba diseñado para conducirla hacia la redención. El resto de su explicación fue bastante directo y vino acompañado de una sucesión de frases preparadas para cada una de las secciones. Cuando recitaba las frases, se le llenaba la voz de un orgullo que no estaba presente hacía tan solo unos pocos minutos.

Fortalezas: «Estoy aprendiendo a confiar más en Dios y en su gracia».

Objetivos: «Quiero leer más la Biblia, todos los días, quiero escuchar de verdad la voz de Dios».

Bendiciones: «Ahora veo todo el amor que he recibido, todas las bendiciones que Dios me ha otorgado a lo largo de mi vida. Ahora veo lo desagradecida que he sido en el pasado».

Puesta en práctica de los pasos: «Creo que esta experiencia, y el recuerdo que tengo de ella, se relaciona más con el Paso Tres. He tomado la decisión de dedicar mi vida al cuidado de Jesucristo».

Escrituras: «Tomé las escrituras de Juan, los gálatas y los Salmos. No podemos confiar en nosotros mismos. Toda nuestra confianza debe

ser entregada a Dios».

Pasaron otras tres, cuatro o cinco personas. Sus historias se fundían entre ellas en una larga sucesión de arrepentimientos. La habitación estaba helada. Me bajé las mangas de nuevo y me abroché los puños.

—Uno de nuestros nuevos miembros va a compartir con nosotros por primera vez —dijo Smid, acercándose a mí. Sentía la mirada de J. Estaba intentando animarme, pero solo conseguía hacerme sentir peor. Saqué mi IM de debajo de los muslos. Me temblaban las manos.

—¿Te importaría salir? —me preguntó Smid. Tenía una voz suave, educada, alentadora...

Me levanté y caminé hasta el centro del grupo. Tosí. Quería decirles a todos que tenía mucho frío, que no estaba temblando de miedo, sino de frío.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Smid.

«Podría salir corriendo», pensé. Podría abrir de golpe las puertas correderas de cristal y correr por la calle hasta llegar a algún parque en el que esconderme.

Oí un ruido de metal contra metal en la cocina. Tosí otra vez y añadí mi voz al coro.

OTROS CHICOS

Me detuve ante la entrada de la residencia con una caja gigante de cartón apoyada contra el pecho. Los bloques de hormigón blanco de la escalera estaban cubiertos por una capa de telarañas y polvo. Se respiraba un aire que no era el de casa: ni el de la ropa de cama perfumada con olor a flores, ni el de los productos de limpieza de la encimera de la cocina, ni el que soltaban las páginas de la Biblia familiar al abrirse, ese olor de algo que se ha usado con delicadeza durante décadas. En su lugar, me llegó un tufo a decadencia, apatía y lo que poco después reconocería como el olor de otros chicos.

—Mierda —dije, mientras casi se me caía la caja de las manos. Me sentí bien al decir el taco en voz alta; al decir la palabra tal cual, en lugar de «miércoles». Allí, en esa pequeña meca de las humanidades con ligeras tendencias presbiterianas que se negaba a tomarse a sí misma demasiado en serio, no había nadie que me impidiera decir tacos. Había una misa los jueves por la tarde a la que podía ir si quería; si no, no había problema. Formaría parte de la mayoría de los estudiantes si ignoraba esa campana que sonaba con gentileza por el campus, sin imponer ningún compromiso. Me imaginaba a mí mismo volviendo de las clases, oyéndola y sonriendo al notar que el recuerdo de todos esos servicios religiosos obligatorios retrocedía, dejando paso a la mentalidad de *carpe diem* de algunas de las asignaturas de humanidades.

—Mierda —repetí. Mi voz sonó con eco. En el pasillo contiguo se abrió la puerta del servicio y un chico moreno con la boca medio abierta sacó la cabeza, me echó un vistazo con cara de aburrido y dejó que la puerta se cerrara. Allí, a nadie parecía importarle lo que dijera o hiciera.

Solo media hora antes, había visto a mis padres marcharse de allí por la sinuosa carretera que descendía la pendiente de aquella colina de bosques de

pinos. Yo me había quedado en el bordillo de la acera, con mis zapatillas de deporte blancas; un estudiante de primer año recién llegado, con una caja llena de marcos vacíos que me negaba a llenar con fotos de mi familia. «Una familia vale más que mil palabras», decía el marco de arriba del todo. Con un destello de la luz del sol reflejado en la ventana trasera del coche, mis padres desaparecieron.

Cuando veníamos de camino a la universidad, mi padre había dejado escapar un fuerte silbido al ver, desde el asiento del conductor, el campanario del campus acechando en lo alto de la colina. Supe al instante a lo que se refería: le impresionaba cualquier edificio que reivindicara el ascenso, cualquier cosa que pretendiera elevarse hasta alturas imposibles. En nuestra iglesia local, acababan de construir un nuevo campanario blanco con una pequeña ventana de ojo de buey que capturaba la luz del sol al amanecer y al atardecer, antes de dejarla en libertad de nuevo en el cielo. Mi padre estaba planeando construir uno similar, o quizás uno un poco más grande, a la espera del día en que fuera ordenado pastor de su propia iglesia próspera. A principios de ese mismo mes, tras años de reflexión privada con Dios, mi padre había decidido entregarse a la llamada del Señor para convertirse en pastor. Y ahora no paraba de hablar sobre el tipo de iglesia que quería construir, sobre el grupo de personas con ideas afines y temerosas de Dios al que algún día llamaría su rebaño.

—Mierda —dije una vez más. Los marcos de fotos se agolparon, amenazando con desparramarse. Solo unos minutos antes había cargado con cajas el doble y el triple de grandes solo para demostrar que era más fuerte que mi padre. Había subido las escaleras tras él, viendo la mancha de sudor con forma de polilla en la espalda de su camiseta, y me había sentido superior al no haber sudado en absoluto; mientras, mi madre dirigía nuestra subida y nos suplicaba «por el amor de Dios» que tuviésemos cuidado con los escalones.

Ahora que se había ido, dejé de agarrar la caja con tanta fuerza. Uno de los marcos se cayó y se hizo pedazos al descender por la escalera; apareció una grieta fina en forma de «Z» en el cristal.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó una voz. Venía de algún lugar de abajo y parecía abalanzarse sobre mí. Así es como la recordaría más tarde:

abalanzándose. No, *abordándome*, diría yo. *Enfrentándose*.

Me pasé la caja a la cadera derecha. A través de la barandilla de metal negra pude ver, en el piso de abajo, dos brazos que rodeaban una gran bola de ropa sucia, toda blanca, que ya estaba arrugada. Vi los brazos con más claridad conforme se fueron acercando: dos palillos delgados parecidísimos a los míos.

A lo largo del verano había perdido unos veinte kilos. Al principio fue de forma gradual, justo antes de distanciarme por completo de Chloe, y después, de una manera tan repentina que incluso a varios de mis amigos les resultó imposible reconocermé al verme correr por las calles llenas de baches de nuestro pueblo. Me había negado a comer más de quinientas calorías al día y me había castigado aún más corriendo durante, al menos, dos horas cada tarde. Mi pérdida de peso era, en parte, una penitencia por mi fracaso con Chloe y, en parte, un desafío de lo que sentía que la gente esperaba de mi futuro en la iglesia; pero degeneró en una rabia y un masoquismo que rozaba la anorexia, y mis padres, asustados, empezaron a preguntarme qué era lo que me pasaba día sí y día también, aunque parece que relacionaron mi comportamiento con la decisión de ser más activo y dejar atrás la vida sedentaria de videojuegos que había estado llevando. Casi no lo cuento, pero me sentía orgulloso de lo que había conseguido: un yo *distinto*, modelado; el anonimato de los guapos y delgados. Tenía lo que, en una clase de Introducción a la Psicología a la que asistí más adelante, definirían como el secreto para la belleza humana: las proporciones ideales.

—Déjame que te ayude —dijo la voz, estirando la mano para coger la caja mientras unos calzoncillos blancos caían de sus brazos al suelo moteado. Nuestras miradas se encontraron y nos dimos cuenta de que ambos éramos miembros del Club de las Proporciones Ideales.

—¿Seguro?

—El Señor proveerá —respondió. Otro club al que ambos pertenecíamos, por lo visto. Me preguntaba qué otros clubes tendríamos en común.

Tenía la sonrisa hermética y vacía de un pastor de jóvenes. Vamos a llamarle David. También era su primer año de universidad.

—Te he visto antes —dijo David. Me contó que me había visto al volver de la lavandería y que había esperado a que mis padres se fueran, que parecían simpáticos, pero también los típicos padres aburridos. Mientras

hablábamos, nos fuimos dando cuenta de que compartíamos muchas cosas. Charlamos sobre las banalidades de siempre: ambos preferíamos levantarnos temprano, a ambos nos gustaba correr, ambos nos considerábamos estudiantes empedernidos...

Cogió la caja con una mano, amontonó la colada encima de ella con la otra y empezamos a subir los escalones hacia el segundo piso; izquierda, a la vez, derecha, a la vez; pasos prudentes, como los de una procesión. La parte de atrás de sus mocasines marrones resplandecían en esa atmósfera polvorienta, y los talones, sin calcetines, le asomaban a cada paso, provocando destellos pálidos cada vez que los dejaba al aire.

El eco de una gran banda de música que estaba tocando subía por el hueco de las escaleras de la entrada de la residencia. La banda de la universidad estaba haciendo su ronda alrededor del patio, desfilando en formación y uniformados de pies a cabeza. Los instrumentos centelleaban a la luz del sol.

—¿Te gusta este sitio? —preguntó.

—Parece bastante ruidoso —contesté—. Pero está bien.

—El supervisor dice que están siempre ensayando.

—¿Y cómo se concentra la gente para estudiar aquí? —Miré hacia los calzoncillos, que se habían quedado en los escalones, preguntándome si querría que los recogiera yo por él.

—¿Qué? ¿No te gusta la música?

—Puede que esté en el lugar equivocado —bromeé.

Aparté la mirada de los calzoncillos. No sé si regresó a por ellos en algún momento o si eran simplemente un elemento prescindible del atrezo. Esperarían ahí como una piel de plátano al próximo novato desprevenido; parte de un numerito para una obra y un actor muy diferentes.

—Una pregunta más —dijo David, volviéndose hacia la puerta medio abierta de mi habitación, dirigiéndome todavía una media sonrisa—. Para conocernos mejor...

Quería volver y recoger los calzoncillos, probármelos, saber lo que se sentiría al estar cerca de ese otro cuerpo de proporciones ideales.

—¿Qué superpoder te gustaría tener? —me preguntó—. ¿Poder volar o invisibilidad?

La banda se marchó desfilando por el patio. Una fuerte corriente de viento

abrió la puerta y la cerró de un portazo.

«Invisibilidad», pensé enseguida. Libertad para hacer lo que quisiera, ir adonde quisiera, sin ser descubierto. Invisible era justo lo que no me había sentido durante las últimas semanas, antes de venir aquí. Tras haber roto con Chloe, había intentado seguir ignorándola en la iglesia, pero parecía como si allí todo el mundo supiera que yo era el malo de la historia, que debía haber hecho algo terrible para haber perdido a una chica tan maravillosa. Al posar su mirada sobre mí desde el otro lado del santuario de la iglesia, agarrada del brazo musculoso de algún chico del equipo de fútbol americano, atrayendo la mirada de los demás congregantes hacia mí, Chloe conseguía que tartamudeara hasta cuando rezaba mis oraciones automáticas. «Señor —decía, mientras oía las respiraciones que me rodeaban, cada vez más fuertes por la expectación—, dame fuerzas para resistir. Venga lo que venga». Los hombres que estudiaban la Biblia en el concesionario esperaban que me recuperara de mi fracaso con Job, buscando en mi mirada la respuesta del sufrimiento humano. Después de eso, que nadie me viera o me escuchara me parecía un sueño.

—Invisibilidad —contesté.

—Eso dice mucho de ti —dijo él—. Significa que eres introvertido. —Abrió de una patada la puerta de mi habitación—. Lo vas a pasar genial aquí.

Más adelante, después de todo lo que sucedió, desearía cambiar mi respuesta con todas mis fuerzas. Me repetiría esa nueva respuesta una y otra vez, queriendo olvidar todo lo que vino después del momento en que entré en la habitación con él.

«Volar —pensaría entonces—. Dios, volar».

—Ya que tu compañero de habitación no ha llegado aún, puedes escoger. ¿Qué litera quieres? —dijo David.

La habitación era pequeña, agobiante, y los dos nos quedamos de pie en la entrada, cara a cara con nuestro reflejo en el espejo de la pared, lleno de manchas negras. De los dos, yo era el introvertido y él, el extrovertido. Él sonrió; yo fruncí el ceño. Su pelo parecía reflejar la luz dorada de la ventana; mi pelo marrón oscuro parecía absorberlo, robarlo de cada esquina de la habitación.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Con cuál te quedas?

—No sé —respondí.

Los alisos que había junto a la ventana agitaron sus amentos secos. Una de las flores rebotó con un golpe sordo contra el cristal y cayó por debajo del alféizar.

—Bueno —dijo—, se me están cansando los brazos. —Deslizó las manos hacia la parte delantera de la caja para agarrarla mejor.

Me acerqué a la litera de madera. El resto de mis cajas estaban apiladas detrás de mí. Nunca me había parado a pensar en qué litera escoger. En casa, siempre dormía en la de abajo. Dejaba la de arriba libre para mi madre.

—Venga —repitió David—. Que me estoy cansando.

—Me quedo con la de arriba —dije, pensando que me permitiría estar más apartado de mi compañero de cuarto.

David dejó la caja con los marcos de fotos en el colchón desnudo. La caja rebotó, propulsada por un muelle suelto que estaba destinado a hacerme bastante daño.

—¿Dónde está tu familia ahora? —preguntó—. ¿Se han ido ya?

—Se han marchado —contesté—. Ya no están aquí. —En aquel momento, me sentí bien al decirlo.

Me pasé más de treinta minutos en el baño aquella primera noche en la residencia, con miedo de quedarme en calzoncillos; preocupado por si, al trepar a la cama de arriba, se me verían las estrías que me habían salido al haber perdido peso. Estudié mi cuerpo en el espejo, girándome para verme bien las piernas desde cada ángulo. Me acordé de que a veces Chloe me apretaba los lados de los muslos y se acercaba para besarme, y yo me asustaba por si movía la mano un poco hacia arriba en pleno beso. Me pregunté si habría conseguido quemar ese pedazo de piel contaminada con tanto correr.

El chico de la mandíbula floja que se había quedado mirándome esa misma mañana entró por la puerta del baño y se metió en un cubículo cercano. Soltó un chorro potente de pis que me distrajo del pensamiento de Chloe. Tras asegurarme de que las estrías no se verían, volví a la habitación y trepé los peldaños de madera tan rápido como pude, sintiendo cómo los ojos de mi nuevo compañero, Sam, me recorrían las pantorrillas.

—Buenas piernas —dijo—. Sales a correr todos los días, ¿no?

—Sí —contesté—. Casi todos.

Sam y yo no habíamos hablado mucho cuando llegó por la tarde. Algunos comentarios amables, pero nada más. Al igual que David, Sam era madrugador, solía salir a correr y era estudioso, pero me di cuenta de que no era ni la mitad de agradable.

Me tumbé en el colchón con las sábanas recién lavadas y abracé una de las almohadas. Estaba limpio, puro, en esas sábanas de algodón con mi cuerpo nuevo. Pensé en mi padre, trabajando en la antigua desmotadora de algodón de la familia, dirigiendo el algodón a través del proceso de lavado, empaquetando toda la fibra blanca en balas que después se usarían para hacer esas sábanas. Ser el resultado de todo ese trabajo era reconfortante.

Sam se levantó y apagó el interruptor de la luz de un golpe. Durante unos segundos seguí viendo destellos de su pálida espalda desnuda merodeando en la oscuridad.

Nos quedamos en silencio. Cada crujido de sus sábanas, cada respiración profunda, cada tos o cada sonido que emitía al tragar me hacía despertarme de un sobresalto. Me puse de lado. Seguía costándome dormir sin la televisión encendida, sin el sonido constante de unas transmisiones pregrabadas que intentaban convencerme de que no debía temer al infierno.

Tras estar tumbados en silencio durante media hora, Sam encendió la televisión. La habitación recuperó su silueta, teñida de azul, y sus cavidades sombrías.

—¿Te molesta? —preguntó Sam.

—Para nada —respondí—. Aunque ahora no hay nada en la tele.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo insomnio. Pero ahora mismo estoy tan excitado que no me ayuda ni la tele. Creo que voy a dar un paseo.

Salí de la habitación y di unas cuantas vueltas alrededor del patio. Iba contando el número de grietas que había en la acera cuando me encontré a David, que por lo visto también tenía insomnio.

Se acercó a mí.

—No puedo dormir —me dijo.

—Estás en un sitio nuevo —respondí—. El cuerpo necesita tiempo para adaptarse.

Había leído hacía poco un artículo que relacionaba los rasgos evolutivos con los patrones de sueño. Era emocionante leer algo que manifestaba de forma tan abierta una postura a favor de la teoría de la evolución, algo que se mostraba antireaccionista con total tranquilidad, algo tan diferente de lo que me enseñaban en la iglesia y en la escuela. «¿Qué clase de idiota se cree que viene de los monos?», solía decir nuestro pastor; una frase con la que se ganaba exclamaciones de «amén» por parte de la congregación. En mi instituto, un instituto público, la profesora de Biología se saltó la unidad sobre la evolución, indicando que la podíamos leer en casa si queríamos. El día que debíamos haber estudiado a Darwin, invitó a las animadoras de nuestra clase a bailar la coreografía que habían preparado para un evento deportivo. Para el paso final, las chicas debían desplegar la bandera de los Estados Confederados de América y desfilan en círculo para que todos los extremos del salón de actos pudieran verla. En ese momento del baile, nuestra mascota, Rebelde, un hombre de cabeza gigante vestido de propietario de una plantación, debía salir corriendo al terreno de juego y bailar alrededor de las chicas. En aquel entonces, la omisión de mi profesora me había parecido relativamente normal, pero al ir leyendo más sobre biología en internet, me di cuenta de que mi profesora había estado ignorando lo que el noventa y siete por ciento de la comunidad científica creía hoy en día. Sintiéndome maldito y entusiasmado a la vez, leí varios artículos más sobre el tema. Aunque seguía creyendo en Dios, me inquietaba la idea de un Dios que decidía ignorar la ciencia.

—Despertarse con cualquier ruido es una ventaja evolutiva —dije.

—¿Crees en esas cosas?

—No sé —respondí—. Es interesante pensar que puede que seamos los hijos de supervivientes. Que quizás estamos aquí porque nuestros tataratatarabuelos fueron en cierto modo más fuertes.

—No me gusta esa palabra —contestó, haciendo como que se quitaba algo del brazo, como si se arrancara mis palabras de la piel.

—¿Tataratatarabuelos?

—No. Evolución.

—No he dicho «evolución». He dicho «evolutiva».

—Venga —dijo—. Vamos a ver qué ponen en la tele.

Volvimos a su residencia y fuimos al vestíbulo. Allí se podía ver la tele.

Nos sentamos en unos sillones colocados en paralelo a una de las paredes de la habitación y David comenzó a cambiar de un canal a otro. Aterrizó en un anuncio muy popular de la teletienda de un asador revolucionario. Un hombre con un moreno más bien anaranjado empezó a atravesar cuatro pollos crudos con una varilla. Llevaba un delantal verde largo. Cada vez que ensartaba un pollo, la comisura de los labios se le expandía hasta formar una amplia sonrisa. «Voy a ir hasta allí —dijo, mientras la cámara hacía *zoom* en un muslo untado de aceite—, voy a meter estos pollos en este nuevo Promodel y luego —continuó, mientras la cámara daba media vuelta hasta mostrar un público sonriente compuesto por parejas paliduchas de mediana edad—, ¿luego qué, público?».

Vi por el rabillo del ojo cómo David cambiaba de postura en la silla. La luz de la televisión dividía la habitación en figuras geométricas oscuras.

«¿Luego qué, público?», repitió el hombre anaranjado.

—Lo colocas —gritaron David y el hombre al unísono—, ¡Y TE OLVIDAS!

Cualquiera que viese la televisión de noche durante ese año conocía ese eslogan. El público del plató repetía la frase cada vez que el hombre colocaba una ronda de pollos en el asador. El hombre animaba al público a gritarla cada vez más alto. «Es muy fácil —dijo—. Increíblemente fácil». La frase recorría los pasillos de la residencia como un mantra chamánico. Los estudiantes estresados la repetían como si fuera la solución a su enorme carga de trabajo académico. Déjalo atrás y sigue adelante.

—¿De verdad crees que tu abuela era un mono o algo de eso? —preguntó David.

—Sí —contesté—. Mi abuela podría haber sido un mono si hubiera querido. Podría haber sido cualquier cosa.

Le hablé sobre un juego al que mi abuela y yo solíamos jugar. Yo balanceaba uno de sus largos relojes de bolsillo delante de la cara, mientras decía: «Te está entrando sueño, mucho, mucho sueño», hasta que sus párpados llenos de venas azules comenzaban a titilar y acababa cerrándolos con fuerza. Después, le daba las órdenes del día. «Te vas a comportar como si fueras un fantasma hasta que chasquee los dedos tres veces. Te vas a sentir como si estuvieras bajo el agua, como si fueras una sirena, hasta que grite “¡Mimi, despierta!”. Vas a hacer todo lo que yo te diga». Me quedaba con el reloj en el

bolsillo como si fuera un talismán durante el resto del día, y mi abuela cumplía estrictamente con su papel. Una vez incluso entró en el comedor a cuatro patas durante una de sus partidas mensuales de *bridge* de señoras, ladrando como un perro, hasta que chasquéé los dedos una y otra vez, sintiendo vergüenza ajena y bastante asustado por las reacciones exageradas de las señoras; reacciones que más adelante me enteré de que formaban parte de la broma de mi abuela. A una mujer se le cayeron las cartas del regazo y formaron un zigzag rojo y negro tras sus talones, y cuando se agachó a recogerlas con una mano arrugada y temblorosa, estuvo a punto de caerse de la silla. «¡Mimi, despierta!».

La hipnosis, ya fuera autoinducida o no, era un talento que mi abuela y yo compartíamos, creyendo que podríamos engañarnos para ser algo que no éramos. A lo mejor era hasta genético.

—Entonces, según esa mierda de la evolución —dijo David—, ¿cuanto más tiempo pasas en un sitio, más empiezas a confiar en él? —Dio unos golpecitos en el reposabrazos de mi sillón y lo sentí vibrar—. ¿Más fácil es confiar en la gente de tu alrededor?

—Subconscientemente, supongo.

El hombre anaranjado se giró hacia el público, con unos dientes deslumbrantes. «Una vez cierre la tapa de este Promodel, será superfácil —dijo—. ¿Cómo de fácil va a ser, chicos?».

David apagó la televisión. El vestíbulo se quedó a oscuras. Aún podía ver su silueta en la pared a la que había estado mirando. La imagen residual me recordó a uno de esos ciudadanos de Pompeya, capturados en la posición en que estaban antes de que el Vesubio los atrapara en sus tumbas de cenizas.

¿Era esa la razón por la que la gente colocaba fotos de su familia en los marcos? Con un *flash* repentino podías conservar la inocencia y la felicidad de la gente que te importaba, antes de que alguien pudiera hacerle daño a alguien.

Para mi padre, era más bien lo contrario: él defendía que la promesa de las fotografías era engañosa, que nuestro estado pecaminoso solo podía transformarse en bondad *tras* la destrucción, *tras* el *flash* del Rapto. Él creía que solo obtendríamos nuestros verdaderos cuerpos —sin estrías, sin un solo gramo de grasa, sin deseos pecaminosos— una vez ascendiésemos al cielo y estuviésemos cara a cara con Dios; una sábana blanca y lisa separaba esta vida y la próxima. En este mundo solo era posible vislumbrar ese atisbo de

tabula rasa una vez, si tenías suerte, a través del agua resplandeciente de la pila bautismal, mientras el pastor te volvía a sacar la coronilla a la superficie y tú respirabas una nueva bocanada.

Me sentía seguro. Invisible en esa nueva oscuridad.

—Lo colocas —gritó David—. ¡Y TE OLVIDAS!

«¿Necesitas ayuda?». Con el tiempo, haber elegido aceptar la ayuda de David acabaría pareciéndome un error peligroso. Más adelante, me pasaría demasiado tiempo pensando en las decisiones que había tomado ese año. Por muy irracional que fuera, a veces creía que quizás no me hubiese violado solo unos meses después —bajándome la cabeza hasta la bragueta de sus calzoncillos de algodón y forzándome a metérmela hasta atragantarme con un cóctel de mi propio vómito y su semen; obligándome a la fuerza a tener las relaciones íntimas que yo había creído que quería tener con él solo unos minutos antes— si hubiese decidido llevar las cajas a mi habitación por mí mismo.

—¿Y qué hay de la iglesia? —preguntó David. Ya llevábamos dos meses del primer semestre y seguíamos sabiendo muy poco el uno del otro. Después de nuestra charla nocturna sobre la evolución, pensé que lo mejor sería mantener las distancias, aunque de vez en cuando me topaba con él en la residencia. Habíamos salido a correr juntos. Él estaba sentado en el borde de una silla del vestíbulo y llevaba los pantalones cortos de deporte rojos tan caídos que casi rozaban el suelo. Le gustaba salir a correr temprano por las mañanas, y después solía sentarse durante horas a ver programas de debate en la televisión, mientras se le secaba el sudor y su respiración volvía poco a poco a la calma. Bebió un sorbo de una botella de agua que llevaba la insignia de nuestra facultad y se secó los labios cortados con el dorso de la mano.

—Voy —contesté, levantando la vista de mi libro: *Memorias del subsuelo*, de Dostoievski—. A veces. —Era mentira. No había ido a un solo servicio en los dos meses que llevábamos de semestre. Cuando mi madre me llamaba, me inventaba historias sobre lo simpática que era la gente en la iglesia bautista de allí, sobre las comidas que montaban, sobre los macarrones con queso, las judías verdes y el pollo asado que me comía después del servicio de los domingos. No le conté nada de eso a David. Cada noche, me quedaba mirando

fijamente las constelaciones que formaba el gotelé en el techo de mi habitación e imaginaba que Dios me miraba desde lo alto, que era posible que estuviera reflexionando sobre qué hacer con mis pensamientos pecaminosos: pensamientos en los que salía de la cama, me escabullía de la residencia, iba a hurtadillas hasta la de David, me metía en su cama y me acurrucaba junto a él, introduciendo mi miembro duro entre sus nalgas, encajando a la perfección.

Me humedecí un dedo y pasé la página, girando la silla hacia la ventana. Al igual que el hombre del subsuelo de Dostoievski, yo tampoco salía casi de mi habitación o del vestíbulo de la residencia de David a no ser que fuera estrictamente necesario. Iba y volvía andando a clase, intentando evitar el contacto visual con mis compañeros, con la idea de que cada diálogo, por breve que fuera, conllevaba algo siniestro. Las chicas, que casi no se habían dado cuenta de mi existencia antes de perder peso, ahora susurraban y se giraban al pasar. Aunque yo sabía que probablemente solo intentaban captar mi atención, no podía evitar pensar que susurraban sobre mi secreto, que de alguna manera podían detectar mi parte escondida. Como uniforme de «que os jodan», me ponía un batiburrillo de ropa de la era de *Kid Ade* Radiohead con líneas blancas y negras irregulares que parecían los picos escarpados de un Kilimanjaro de pesadilla, y me aseguraba de nunca abrir demasiado los ojos para expresar placer o sorpresa bajo mi ceño sombrío. Si no decía demasiado, si la gente no se fijaba en mí, quizás podía escapar también de la mirada errante del ojo de Sauron de Dios.

La única vez que me sentí seguro fuera de la residencia fue en una clase de literatura en la que hablamos sobre vidas hipotéticas, series de acontecimientos hipotéticos que construían sistemas de moralidad hipotéticos. Me resultó irónico, protegido por mi superioridad de hombre del subsuelo, que los mismos profesores que menospreciaban a muchos de sus alumnos por gustarles los videojuegos no parecieran darse cuenta de que compartían el mismo gusto por lo virtual, por las vidas vividas a través de otros.

Sin enterarme, había saltado del cuerpo de un personaje a otro. Al dejar de poder confiar en una mentalidad pos Rapto, solo encontraba consuelo en los libros. Para convencerme de que mi pecado no era *tan grave*, me centraba en La incredulidad de Tomás, quien, tras ver con sus propios ojos el cuerpo resucitado de Cristo, creyó al fin en Dios. También pensaba en Pedro, que negó a Cristo tres veces, pero siguió propagando el cristianismo por una

Europa hedonista. «Puedo darle la vuelta en cualquier momento», me decía a mí mismo, si conseguía el estímulo adecuado. Por entonces, no tenía ni idea de qué inspiraría ese cambio, qué forma tomaría.

—Vamos a hacer una apuesta —dijo David, vertiendo un poco de agua del tapón de la botella sobre su camiseta. Se le extendió como una armadura oscura a lo ancho del pecho. Ahí sentado, con la belleza de la juventud y la proporcionalidad, parecía invencible—. Si te gano en una carrera, tienes que venir a mi iglesia. Incluso tengo desventaja: ya he corrido hoy.

—¿Apostar no es un pecado? —pregunté.

—No cuando está en juego el alma de alguien.

Aunque conozcas a la persona —sobre todo si conoces a la persona—, la violación se vuelve un destello cegador, al igual que su recuerdo. Un roce contra algo mayor que tú. A veces la experiencia adopta la forma de aparición divina; así de intensa es nuestra necesidad de transformar la realidad. Como las hijas de Lot en Sodoma, esas hermosas vírgenes ofrecidas a los lascivos Sodomitas en lugar de ángeles: «Tengo dos hijas que todavía son vírgenes, voy a traéros las para que hagáis con ellas lo que os plazca». Quizás más adelante recordaran el olor del mercado por la mañana temprano, la sensación del sol en la cara al volverla de un puesto hacia otro, el tacto frío de las lentejas lavadas atravesándoles los dedos mientras ayudaban a su madre a preparar la cena. Al igual que esas hijas, yo quizás recuerde, con excesivo detalle, las vetas de la madera en espiral de la base de la litera de David, el sonido de las puertas del pasillo cerrándose, una tras otra, que se oía desde la habitación, según llegaban nuestros compañeros de sus noches de borrachera. Pero no recordaría el acto en sí.

Nunca me acercaría tanto al recuerdo como para ver qué fue lo que ocurrió realmente. Pasé muchísimo tiempo sin ser capaz de admitirme a mí mismo que había sido una violación. Al igual que tantas otras víctimas, sentía vergüenza. ¿Cómo podía haber dejado que ocurriera algo así? ¿Qué tipo de hombre deja que otro hombre le haga tal cosa? David no era mucho más fuerte que yo, así que, ¿cómo pude haber sido tan débil e indefenso? La verdad es que solo conocía casos de mujeres violadas, aunque sabía que la Biblia hablaba sobre violaciones entre hombres en la historia de Sodoma y Gomorra, que una de las razones por las que Dios había castigado a aquellos ciudadanos fue que habían

querido violar a ángeles varones. Además de toda esa vergüenza, era consciente de que yo mismo había deseado tener la oportunidad de estar así de cerca de otro hombre, y me resultaba muy difícil, tras mi experiencia con David, distinguir el sexo gay de una violación. ¿Era eso sobre lo que mi iglesia me había estado advirtiendo durante toda mi vida? Y si ese era el castigo que había recibido en la tierra, ¿sería aún peor en el más allá?

Pequeños detalles, *flashes*; eso sería lo único que recordaría. Si miras directamente a la luz ardiente, te conviertes en una estatua de sal, como descubrió la mujer de Lot. Una lección más sobre la obediencia pasiva. Y, aun así, intento encontrar las palabras. Ando hasta el borde de una frontera desconocida, alineo las puntas de mis zapatillas blancas e intento recordar los detalles.

La sensación del viento de media mañana en la cara, el día antes de la violación, mientras David y yo hacíamos una carrera hasta lo alto de la colina de la facultad. El sonido intermitente de la banda entre los alisos. Las zapatillas blancas que me había atado con fuerza porque quería ganar a toda costa. La vista del bosque por el que pasábamos, mientras contaba el vals de los árboles que subían por ambos lados de la carretera —un dos tres, un dos tres— y observaba los cables de alta tensión que descendían y se balanceaban a través de las ramas. Mi intento de superarle hasta acabar agachado y abrazándome las rodillas, vomitando en la hierba salpicada de pedruscos.

—A la iglesia, entonces —dijo David, adelantándose—. Gano yo.

—Esto te va a encantar —dijo. Era el día después de nuestra carrera, un miércoles por la tarde, y había sido fiel a mi palabra.

David y yo estábamos sentados en unas sillas plegables acolchadas en una antigua oficina de correos, esperando a que empezara el culto pentecostal. Los edificios viejos como aquel habían permanecido inactivos en la ciudad durante décadas, con sus muros de ladrillo rojo derruidos y sus cornisas de madera inclinadas y hundidas tras años de lluvia y podredumbre. Para ocultar el deterioro, la iglesia había colocado un gran cartel sobre la fachada de ladrillo frontal. «Grupo juvenil de Correos», decía. Al entrar, un hombre fornido con ojos brillantes me había dicho más o menos lo mismo. Me dijo que era un pastor de jóvenes.

—Solo queremos que te sientas cómodo —me dijo, dándome unas

palmaditas en la espalda—. Puede que este sea un ambiente más relajado que al que estás acostumbrado.

Había oído a mi padre predicar en contra de las iglesias pentecostales, contra su actitud «relajada». «Aquí no hacemos esas tonterías de agitar las manos —solía decir—. Dios no quiere vernos arrastrándonos para arriba y para abajo como locos».

Una de las cosas que más me molestaba de los primeros sermones de mi padre era su tendencia a crear un hombre de paja, a crear un enemigo y derribarlo con facilidad.

Las iglesias pentecostales eran esos enemigos: hablando en lenguas, convulsionando en el suelo, llamando a Jesús a gritos y agitando las manos. Para nosotros, los misioneros bautistas, el único camino hacia Dios era mediante la interpretación literal de la Biblia, mediante el bautismo, el trabajo duro, la obra misionera, la dedicación y la rededicación. El amor de Dios nunca llegaba con tanta facilidad a los bautistas como a los pentecostales, a pesar de ser un camino difícil para las dos confesiones. Parecía que la única diferencia que había era que los pentecostales recurrían un poco más al espectáculo espiritual, mientras que los bautistas se apoyaban más en las buenas acciones y tendían a mostrarse escépticos ante cualquier revelación personal que no se hubiera establecido previamente en la Biblia.

Nos habíamos sentado en el medio de la congregación. David daba golpecitos con las zapatillas en el suelo de hormigón. Uno, dos, tres.

—No te asustes cuando la gente empiece a gritar muy alto, ¿vale? —susurró.

—Vale —respondí.

Miré detrás de mí, a los rostros sonrientes de los congregantes. Reconocí a muchos de mis compañeros de clase, compañeros que me habían ignorado la mayor parte del tiempo, protegidos por las burbujas pentecostales iridiscentes que parecían envolverles. Ahora me invitaban a sonreír con ellos, pidiéndome que me uniera. Desvié la mirada hacia unos puntales de acero que había por encima de sus cabezas. Seguí la línea de desconchones de óxido del techo que llegaba hasta unas ventanas de media luna cubiertas de una capa de suciedad por encima del púlpito. El atardecer comenzaba a desvanecerse tras ellas y los fluorescentes pálidos del edificio de Correos cobraron vida con un titileo.

—No estás haciendo nada malo al estar aquí —dijo David.

—Lo sé —respondí.

—No creo que lo sepas aún.

Cogí el himnario rojo que estaba debajo de mi asiento y lo hojeé. Las canciones eran diferentes a las de los bautistas. Eran más modernas, más inspiradoras, tenían menos de cien años. Repetían «Mi buen Señor» y «Oh Jesús» en unos estribillos largos e interminables que podían alargarse todo lo que quisiera la gente o durante todo el tiempo que el Espíritu Santo dominara la habitación.

—No vas a necesitar eso —dijo el pastor, inclinándose desde el pasillo—. Tenemos un proyector nuevo al lado de donde se coloca la banda. —Hizo un movimiento hacia el escenario, donde un guitarrista estaba afinando su instrumento. Como si le hubieran hecho una señal, el chico me saludó con la mano que tenía libre. Allí todo el mundo parecía estar dispuesto a hacer que los visitantes se sintieran cómodos, especiales. Me recordó a la manera en que mi padre se acercaba a los clientes en la sala de exposición y les ofrecía una visita guiada por el concesionario, a cómo llevaba a los clientes a la sección de lavado, me señalaba y decía: «Este chico trabaja más que cualquier otro hombre. Se asegurará de que, sea cual sea el coche que compre, esté mucho más limpio que cuando salió de la fábrica».

—¿No te parece genial? —me preguntó David.

La música empezó a sonar, una sencilla canción de adoración de cuatro acordes, algo sobre la sangre de Jesús que nos limpiaba. La congregación se puso en pie. Una de las chicas que estaba a mi derecha se giró hacia mí y sonrió.

—Buen Jesús —cantaba David—. Oh Jesús.

Se balanceaba sobre los talones mientras se frotaba las manos y las soplaba, como si estuviera encendiendo un fuego en el aire. Las manos de los otros congregantes se alzaron hacia el cielo con los dedos retorcidos. La chica que me había sonreído empezó a temblar, como si le dieran convulsiones.

Yo murmuraba las oraciones entre dientes, confiando en que pareciera que estaba cantando. Nunca me había sentido cómodo cantando delante de otras personas, ni siquiera en mi propia iglesia, aunque a veces fantaseaba con que, cuando al fin lo hiciera, mi voz sería increíble. Un día mi boca se abriría y de ella saldría un barítono profundo del que nunca nadie había oído. Esperé a que me llegara la inspiración.

Este anhelo de inspiración me viene de forma natural. Es posible que sea genético. Durante toda mi vida, había estado oyendo historias sobre mi tía abuela —por parte de madre—, Ellen, sobre su fanática búsqueda de inspiración. El tono que empleaban mis padres cuando hablaban de ella era más de temor que de preocupación. Nadie sabía qué había hecho enloquecer a aquella bella mujer, pero lo cierto es que había vivido sola durante casi toda su vida adulta, en la casa de dos pisos de la plantación de su difunta madre, esperando a que la inspiración divina se revelara desde el interior de las paredes casi desmoronadas. Al igual que muchos místicos y personas religiosas muy devotas que la habían precedido, tía Ellen creía que Dios tenía un propósito especial para ella. Pero en vez de mirar al cielo en busca de respuestas, ella buscaba en el limitado mundo que la rodeaba. Para evitar que otras personas resolvieran aquel misterio antes que ella, cubrió las ventanas con las sábanas de la cama y las fijó con clavos. En lugar de zapatillas, llevaba periódicos de décadas anteriores en los pies, se cubría la cara con mercromina de color naranja chillón e iba de una habitación a otra en busca de algo a lo que no podía ponerle nombre. Se quedaba a vivir en una habitación hasta que lo manchaba todo, hasta dejarla inhabitable; con platos cubiertos por una costra de comida, bandejas de microondas retorcidas y mohosas y botes abiertos de ocre en escabeche —cualquier cosa que le enviaran los vecinos, preocupados por ella— desperdigados por la alfombra de felpa. Parecía creer que nunca se quedaría sin habitaciones que ensuciar, o que al menos encontraría la respuesta al misterio de su vida antes de llegar a la última habitación.

A nadie le extrañó, pues, que a los dieciséis mi madre no hubiera puesto un pie en casa de tía Ellen desde hacía años, que su madre le hubiera prohibido ver a aquella mujer que parecía más un fantasma que una tía. En la noche de la cuarta o quinta cita de mis padres, mi padre condujo por la autopista que llevaba hasta la casa de tía Ellen. Mi madre tenía la cabeza apoyada en el hombro de mi padre. Empezó a sentir que algo parecido al pánico comenzaba a treparle por el estómago. «No puede ser —pensó—. No puede estar conduciendo hasta casa de tía Ellen».

—Hay una casa encantada que tienes que ver —dijo mi padre.

—No sé —respondió mi madre, poniéndose seria—. No creo que sea una

buena idea.

Los campos de algodón se extendían a ambos lados de la carretera, en hileras que se agitaban mientras la noche caía como una de las tapas de cerámica de los tarros de un litro de mi abuela. En cuanto mi padre se casara con mi madre, en menos de un año, heredaría todo aquello, aunque entonces aún no lo sabía. Mi abuelo se retiraría del negocio familiar y le cedería las riendas de la Desmotadora de los hermanos Caudill a mi padre. Un lecho mullido de algodón sería lo que le salvaría de una infancia trabajando como mecánico para el alcohólico y violento de mi abuelo, y le conduciría a una vida de trabajo honrado, del progreso que les correspondía a sus habilidosas manos. Después de diecinueve años siendo un don nadie, por fin sería reconocido como una persona importante. Se aferraría a aquel sentimiento durante el transcurso de sus tres profesiones tan dispares: veinticinco años de duro trabajo como encargado de la desmotadora de algodón familiar antes de cedérsela a una empresa de la competencia; seis años como uno de los distribuidores de Ford más famosos del estado y de los estados colindantes; y, por último, la llamada para convertirse en predicador y, muy pronto, en pastor. Se negaba a renunciar a aquel sentimiento, incluso cuando Dios le desviaba del camino directo hacia la ordenación enviándole un hijo gay. Incluso entonces se aferraba a ese sentimiento de importancia.

—Será divertido —dijo mi padre, abrazando a mi madre para que se acercara a él—. Yo te protejo.

—No —contestó—. Tengo que irme a casa. Ahora. Ya.

Fue entonces cuando apareció la sábana blanca. El viento la arrastró lentamente hasta las ventanas del Mustang y se asentó como una niebla opaca y uniforme. Los atrapó en una luz blanca que les cegó al invertir la trayectoria de los faros del Mustang.

«Fue como introducirse en una nube —diría mi madre más adelante—. Daba miedo, pero al mismo tiempo no lo daba».

Mi padre intentó mantener las manos firmes, retirando el brazo de detrás de mi madre y sujetando el volante con las dos manos, pero no recordaba cuándo le tocaba girar en la siguiente curva. Una vez la sábana cegadora se retiró, fue cuando empezaron a sentir miedo.

Mi padre intentó compensarlo pisando el freno con fuerza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mi madre. Sin saber cómo, la sábana

había desaparecido.

Salieron tambaleándose del coche. No había nada blanco en kilómetros a la redonda. Tan solo el canto constante de los grillos y el destello esporádico de alguna luciérnaga. Tan solo el sonido que hicieron los tacones de mi madre al romperse en una zanja cubierta de lodo mientras buscaban el origen de aquella visión.

—¿*Qué* ha sido eso?

Aquella noche no llegaron a casa de la tía Ellen. Mi madre no le contó la verdad a mi padre sobre su tía loca hasta que llevaron varios años casados. Para entonces, la sábana blanca había cobrado un nuevo significado más oscuro. Tumbada en la cama del hospital Baptist Memorial de Memphis, mientras el doctor le decía que, por alguna razón, había perdido al bebé que estaba creciendo en su interior, lo único en lo que podía pensar mi madre era en aferrarse con fuerza a las sábanas con los puños, haciendo una bola con ellas, para evitar que la cama se escapara. Recordó la sábana blanca y la consideró un mal augurio, una señal de las cosas terribles que iban a suceder.

Años más tarde, tras decidir darme a luz a pesar de que el médico le había advertido que tenía el corazón demasiado débil para hacerlo, a pesar de que era muy probable que muriera, cuando nació y el médico me puso en sus brazos, comenzó a ver el blanco como una señal de que todo se aclararía, de que todos recibiríamos una segunda oportunidad. A partir de entonces, se acostumbró a subir a la cama superior de la litera, agarrar las sábanas y escuchar la respiración constante de su hijo, en la cama de abajo.

A pesar de que la tía Ellen jamás llegó a resolver el misterio tras las paredes, mis padres sí que se tropezaron con un misterio aquella noche. Un misterio que les perseguiría, al igual que más tarde me perseguiría a mí: la idea de que, en cualquier momento, una fuerza divina —no importaba si la buscabas, como en el caso de mi tía Ellen, o si intentabas alejarte de ella conduciendo, como en el caso de mi padre— podía darte caza. A veces podía ser algo bueno, pero a menudo podía ser una aparición terrorífica.

«No le pidáis a Dios que os mande una señal —solía decir mi padre a los congregantes durante sus reuniones religiosas, frotándose el lado de la cara que se había quemado hasta casi desaparecer—. Es posible que no os guste lo que recibáis».

Estaba esperando una señal de Dios, en la iglesia, mientras David, a mi lado, daba golpecitos con los pies. Yo hice lo mismo. Uno, dos, tres. Dejamos que nuestros pies bailaran alrededor de los del otro.

El pastor de jóvenes se colocó detrás del púlpito.

—Como cristianos —dijo—, nuestro deber es colocarnos la armadura de Dios.

Comenzó a pronunciar las palabras a la vez que una eufórica canción de adoración llegaba a su fin. Aún se oían las últimas notas de algunos de los congregantes mientras comenzaba el sermón, enredándose con la lectura de las Escrituras.

—Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.

La chica que estaba a mi lado gimió y empezó a hablar en lenguas, apoyando las manos contra algo invisible. Se le llenaba la boca de sílabas desconocidas, de aullidos.

El pastor de jóvenes se detuvo durante un instante y examinó a los miembros de la congregación, pasando de uno a otro con cada pestañeo.

—Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia.

Por lo visto, para los pentecostales, armarse era algo tan sencillo como alzar las manos en el aire y recibir los frutos del arsenal de Dios. El Espíritu Santo te ajustaría la coraza de la justicia, te colocaría el escudo de la verdad en el puño como a una especie de paje medieval. Sentado a mi lado, David daba la impresión de llevar ya puesta su armadura invisible. Mascullaba palabras de un lenguaje secreto, uno que sus enemigos jamás serían capaces de interpretar. «La evolución no es necesaria —parecía decir este lenguaje—. Nuestro Dios te mantendrá a salvo de tus enemigos, te ayudará a dormir por las noches».

Los bautistas y los pentecostales estaban de acuerdo en eso. Los cristianos debían armarse contra la ofensiva que Satanás había lanzado contra el país. Hacía poco, había oído a pastores bautistas como Jerry Falwell condenar, con términos militaristas, el afeminamiento del país, y culpar a la homosexualidad y a la permisividad de nuestra cultura del terrorismo que había azotado Estados Unidos. El hermano Nielson, con su filosofía de «hay que

bombardearlos a todos», proclamaba más o menos lo mismo. Según su lógica, los extranjeros no tendrían armas de destrucción masiva si no hubiéramos sido tan *blandos* con ellos. Lo había escuchado en mi propia iglesia, cuando un hombre calvo de rostro enrojecido irrumpió en la clase de la escuela dominical portando una petición de la iglesia para alzarnos contra el desfile del orgullo LGTB que se iba a celebrar a tan solo unas pocas horas de allí. «Firmad —dijo el hombre—. ¿Cómo pretendéis llamaros a vosotros mismos soldados del ejército cristiano si no?»

El papel pasó de mano en mano hasta que llegó a mí, hasta que sentí la mirada de todos mientras sujetaba el bolígrafo ante el papel, asustado de firmar, como si me fueran a reclutar para un ejército real en cuanto escribiera mi nombre; hasta que finalmente escribí cada una de las letras que lo formaban, odiando la facilidad con la que encajaban en la línea de puntos de la petición.

Pero el pastor de jóvenes me estaba asegurando que podía ser fuerte con tan solo aceptar los dones de Dios. Tendría acceso al lenguaje secreto de David, sentiría el peso de aquellas sílabas resbalando por mi propia lengua; nuestros cuerpos separados, unidos mediante el cuerpo de Cristo. Con un destello de luz cegador, la promesa de alcanzar semejante intimidad se convirtió en todo lo que necesitaba. Quizás encontraría allí la inspiración real.

En su segundo año de matrimonio, cuando mi madre y mi padre aún compartían dormitorio, un encuentro en concreto puso a prueba su fe en la protección divina de Dios. Mi madre dormía junto a mi padre —la televisión estaba apagada, la habitación a oscuras, la casa tranquila—, cuando uno de los empleados de la desmotadora de algodón se coló en el dormitorio con un cuchillo en la mano y reptó por las sábanas frías. Al igual que el hombre que había arrancado el coche y le había quemado la cara y las manos a mi padre, el móvil de este hombre nunca nos quedó claro a ninguno. Se acercó a mi madre, le agarró una de las piernas, recorrió sus muslos con las manos y le llevó la hoja del cuchillo al cuello; hizo de ella su rehén, impidiendo que gritara. El hombre había dado por hecho que mi padre no estaba en casa. Su camioneta no estaba aparcada en el jardín delantero, pero eso se debía solo a que él, por motivos que no supo explicar después, había decidido aparcar en la parte de atrás de la casa. El empleado no había sido meticuloso; sus deseos

eran demasiado intensos como para acercarse con cautela. Mientras el hombre se había estado deslizando hacia mi madre, mi padre había cogido la escopeta que tenía debajo de la cama y se preparaba para dispararle.

«No podía verle por culpa de la oscuridad —diría mi madre más adelante—. Pero oí el clic del seguro del arma. De *eso* sí que estoy segura».

Mi madre se incorporó cuando sintió la mano fría y áspera del hombre contra su piel. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta de que mi padre estaba tumbado a su lado? Ese detalle en concreto, al igual que muchos otros, quedaría sin resolver. Mi padre encontró la escopeta y, en la oscuridad, antes de que sus ojos se acostumbraran a ella, apuntó los dos cañones hacia el lugar en el que creía distinguir la silueta del hombre; pero confundió la parte trasera de la cabeza de mi madre con la del hombre. Mi madre se encontraba justo en la línea de fuego. Cuando el hombre escuchó el clic del seguro saltó de la cama. Mi padre le persiguió por toda la casa hasta que el hombre consiguió escapar por la puerta trasera y desaparecer entre los campos de algodón.

A pesar de que mi padre había logrado identificar al intruso, jamás consiguió proporcionarles ninguna prueba determinante a las autoridades, y la única alternativa que les quedó a mis padres fue despedir al hombre de inmediato y pedir una orden de alejamiento. La única vez que mi padre se encontró con su antiguo empleado por el pueblo, le dijo: «Vuelve a acercarte a mi mujer, y no solo te mataré; te torturaré al igual que pretendías torturarla a ella».

A mi madre le resultó imposible dormir después de aquel incidente. Culpaba a los ronquidos de mi padre de su insomnio y dejaba la televisión encendida durante toda la noche. Se acostaba en la litera de arriba de mi cuarto cuando no podía dormir. Yo oía cómo su respiración se calmaba a los pocos minutos de meterse entre las sábanas. Cuando los dos dormíamos en la misma habitación, el mundo exterior parecía desvanecerse, y nuestros miedos hacían lo mismo con él. Nos sentíamos a salvo.

—Mi compañero de litera —me decía.

—Te quiero —respondía yo.

Mi padre nunca pareció haberse perdonado por apuntar por accidente a la cabeza de mi madre con los cañones de la escopeta. Al haber sido criado para verse a sí mismo como el protector de la familia, como cabeza de familia, sentía que había fracasado en su trabajo. Ya había fallado con el primer bebé,

había sido incapaz de curar las complicaciones que habían permanecido ocultas en el interior del cuerpo de mi madre. Se había hecho la promesa de que, si se le concedía la oportunidad de tener otro hijo, nunca dejaría que su familia sufriera ningún daño. Pero no fue capaz de predecir lo que nos pasaría cuando me llegara el momento de abandonar el hogar.

David y yo estábamos en su habitación, unas horas después de que terminara el servicio. Él tenía los dedos índice y corazón metidos en una botella de aceite para motores.

—Tenemos que protegernos del pecado —me dijo. Caminó hasta la ventana del dormitorio, se subió a una silla y embadurnó de aceite el marco de metal—. Tenemos que limpiar esta habitación de fuerzas demoníacas.

Empezó a hablar en lenguas, en algo que sonaba como un dialecto africano simulado mezclado con vocales largas de nuestro idioma. Llevaba puesta la ropa que tanto me gustaba y con la que le había visto varias veces por la residencia durante los últimos meses.

—Ya es suficiente —le dije, riendo. Me senté en el último peldaño de la escalerilla de la litera—. Para.

En ese momento, le quería. Me encantaba la forma en que los pelos de las piernas le serpenteaban como una *j* minúscula y se extendían desde la corva de su rodilla hasta la banda elástica inferior de sus calzoncillos.

—Tal vez no sea lo mejor —me respondió, bajando de la silla—, pero funciona.

El pastor de jóvenes se había quedado sin aceite de la unción en la iglesia. «Tendréis que usar esto», nos dijo a David y a mí. Nos llevó fuera de la vieja oficina de correos, al maletero de su coche, lo abrió y sacó una botella de cuarto de litro amarilla de Pennzoil. Había invitado a varios de los congregantes a que rezaran alrededor de esa botella para que la bendijeran con el poder de la unción de Dios. «Muchas gracias —respondió David—. Esto nos salva la vida».

David volvió a meter los dedos en la botella. Dio saltitos por la habitación, girando la cabeza de diferentes formas, haciendo el tonto e intentando decidir qué era lo siguiente que iba a ungir.

—Hum —dijo—. No sé.

—Qué ridiculez —le dije—. No esperarás que me crea nada de esto,

¿verdad?

Caminó hacia mí, pasando el brazo que tenía libre por el peldaño en el que reposaban mis pies descalzos. Estiró la otra mano y me puso los dedos cubiertos de aceite justo delante de la frente.

—Ni se te ocurra —le dije.

—¡Sal, demonio! —gritó, medio en serio, echando la mano hacia atrás. Una gota de aceite de motor cayó sobre la avalancha de hielo que creaban las sábanas de la cama que colgaban desde la litera de arriba, donde yo las había arrojado antes.

Me puso el aceite en la frente y me lo extendió por la piel con el pulgar.

Transcurrieron algunas horas, y entonces sucedió. Al principio, fue como ser bautizado. Mi cuerpo descendió, pero fueron las manos de otra persona las que me obligaron a permanecer bajo la superficie. Al igual que en mi bautizo, estaba preocupado por cómo sería, por qué me pediría que hiciera, por la logística exacta del acto. «¿Me sentiré distinto? ¿Cambiaré para siempre, como me decía la gente?». Estaba preocupado por el aspecto que tendría mi cuerpo. Por las estrías. Hasta cuando me obligó a bajar la cabeza, estaba preocupado por si no lo hacía bien. Hasta cuando me daban arcadas, forcejeaba, y yo le tiraba de los pelos de las pantorrillas, intentando hacer lo que fuera con tal de que parara, me preocupaba que se pudiera molestar. «No era así como quería que fuese», pensé.

No era la primera vez que pensaba algo así. A los doce años, de pie en el baptisterio de la iglesia de nuestra familia, me aferré a la toga que se adhería a los michelines de mi cintura mientras la congregación me miraba y aplaudía. Era un hombre nuevo frente a un territorio nuevo. Renacido según la imagen de Cristo. Los miembros de la iglesia de mi familia gritaron «¡Amén!». Yo contemplé sus rostros, sintiéndome como si me hubiera arrancado la ropa y les hubiera mostrado mi parte más vulnerable. Ya no era invisible.

Todo lo que me condujo hasta mi inscripción en Love in Action parecía un castigo merecido. David confesó, la misma noche que me violó, que no hacía mucho también había violado a un chico de catorce años de su grupo juvenil de la iglesia, que no sabía por qué lo hacía, que no podía explicarlo. Fui incapaz de moverme de la cama en la que me había dejado al terminar, creía

que Dios me estaba castigando físicamente por mis pecados mentales. De algún modo, a pesar de los amuletos que habíamos usado contra ellos, los demonios se habían colado en la habitación.

—Quería ser pastor de jóvenes —dijo, llorando tan fuerte que los vecinos empezaron a dar golpes desde el otro lado del muro de hormigón—. ¿Cómo voy a ser pastor de jóvenes después de lo que he hecho?

Aún no era capaz de reconocerlo, pero el razonamiento de la terapia exgay, la idea de que mis deseos pecaminosos eran iguales a los de David, comenzó a invadir mi mente. Estaba claro que, si estaba sentado en la misma cama que un pedófilo, según las Escrituras, no era mejor que los pedófilos, los idólatras o los asesinos.

Cuando le dije a la pastora presbiteriana de la universidad lo que David le había hecho a aquel chico de catorce años, me dijo que guardara silencio. Que no tenía pruebas reales, que era algo malo, sí, pero que no se podía hacer nada al respecto. Creí que mi silencio era el castigo que me merecía. No le conté lo que me había hecho a mí, en parte porque sospechaba que la violación y la vergüenza era en lo que se basaba el sexo gay, pero sobre todo porque me daba vergüenza admitir que no había sido lo bastante fuerte como para defenderme por mí mismo, y me preocupaba que ella interpretara mi debilidad como sumisión a la homosexualidad.

—De acuerdo —contesté, leyendo los lomos de cuero que se encontraban por todas las estanterías de su despacho, preguntándome si aquellos teólogos también habían encontrado la forma de esquivar unos temas tan complicados como el mío. Si quería que la vida volviese a tener sentido en algún momento, tendría que esforzarme para encontrar respuestas claras.

David llamó a mi madre a las pocas semanas, desesperado por su propio sentimiento de culpa, y le contó que su único hijo era *homosexual*, que era gay.

—Es asqueroso —le dijo—. Un monstruo.

A través de una amiga que teníamos en común, descubrí que mi madre venía de camino a la universidad para llevarme de vuelta a casa. Me senté en el dormitorio de mi amiga, llorando en silencio contra un cojín de felpa mientras ella me daba palmaditas en la espalda. Según un amigo, David había dicho que mi madre le había contado por teléfono que mi padre no seguiría pagando mi educación si decidía ser abiertamente gay. Apagué el teléfono, deseando poder aislarme de lo que se me venía encima.

Mi madre condujo hasta la universidad aquella noche y me pidió que volviera a casa para hablar con mi padre. Trajo con ella a otra mujer de la iglesia porque tenía miedo de enfrentarse a mí sola. Ella esperó en el coche, evitando mirarme, mientras mi madre y yo nos sentamos en un banco de fuera del patio del campus. Mi madre me preguntó, con una voz más baja que nunca, que si lo que había escuchado era cierto.

—No —contesté al principio—. David es un mentiroso.

Transcurrió un minuto de silencio. Después, sintiendo que ya no podía mantenerlo oculto durante más tiempo, rompí a llorar y le conté que era cierto, que era gay. Al decir la palabra en voz alta me entraron náuseas y me pregunté si lo que David me había obligado a tragar había crecido en mi interior, si me había vuelto gay para siempre.

Avergonzada, mi madre me llevó hasta el coche. La otra mujer no pronunció ni una sola palabra. Tumbado en el asiento trasero, llorando en silencio, pensé: «¿Qué esperaba que pasara?». Desde el momento en que me había alejado de la ducha y de la PlayStation que había dejado empapada, había empezado una vida independiente. Había intentado hacerme cargo de demasiadas cosas al mismo tiempo, me había atragantado con la libertad de todo aquello.

Esa noche, más tarde, mi padre me dijo:

—No volverás a poner un pie en esta casa si te dejas llevar por tus sentimientos y actúas en consecuencia. Nunca terminarás tu educación.

Y yo pensé: «Me parece justo».

Alcé la vista hacia los retratos enmarcados en oro que cubrían la pared del salón; hacia las caras sonrientes de los miembros de mi familia, que me miraban por encima del hombro desde un sitio más feliz con vistas privilegiadas; hacia la tía Ellen, cuando era hermosa e inconsciente, y pensé: «Cualquier cosa. Haré cualquier cosa para borrar esta parte de mí».

VIERNES 11 DE JUNIO DE 2004

Despertar. Ducha. Desayuno. Carretera. Llegar a LIA.

Para cuando empecé el tercer Inventario Moral, en el quinto día de terapia, ya le había confesado a mi grupo de LIA los que yo creía que eran todos mis pecados carnales, pero nunca llegué a contarles lo que me había hecho David, demasiado asustado de que Dios me castigara aún más si revelaba el secreto. Me sentía como si me hubieran vaciado. Desde luego, curado no, pero al menos no me encontraba repleto de los pecados que había mantenido ocultos durante tanto tiempo. Aun así, en lugar de sentirme aliviado, me sentía... ¿cómo, exactamente? La culpa y el miedo habían desaparecido casi por completo en cuestión de días, reemplazados por lo que solo podía describir como Nada. Era la Nada lo que me guiaba a través de los pasillos blancos del centro. Era la Nada lo que me acercaba el tenedor a la boca durante los descansos para comer. La Nada era lo que me afianzaba la voz al leer mis listas de pecados en alto delante del grupo. Y la Nada era lo que me enviaba al baño a observar fijamente la cara demacrada y de mirada vacía del chico del espejo, un chico que, solo una semana antes, me habría parecido alguien a punto de meterse en algún lío turbio. Era la cara de alguien que acababa de caer en las drogas, un extraño al que te podrías encontrar por la acera de la ciudad, llevando el equipo de música de cuando era pequeño a la casa de empeño, con unas cuantas pegatinas coloridas de Lisa Frank, con los bordes desprendidos. Pero en lugar de la típica camiseta manchada que suele acompañar a un rostro así, yo llevaba una camisa blanca y unos caquis planchados, con pliegues perfectos; y la sonrisa que exhibía esa cara era, pese a la ausencia de emoción tras ella, tan real como la de cualquiera de los que esperaban al otro lado de la puerta de madera. Durante los breves instantes en los que esa Nada me abandonaba, sentía, justo por encima de un torbellino de

dolor de origen indefinido, una especie de orgullo. «Puedo hacerlo —pensé—. Puedo hacerlo mejor que cualquiera de los que están aquí».

En mis momentos más cuerdos, me preguntaba por qué había consentido semejante soberbia. Ahí estaba J, fiel a Dios cual esclavo con su amo, cual sirviente con su dueño, tal y como nuestro Cuaderno de Adicciones nos ordenaba. Ahí estaba él, contándome que había conseguido unas notas casi perfectas en los ACT, los exámenes que le permitirían acceder prácticamente gratis a cualquier universidad de su elección. Y, ¿qué pensaba de todo eso? «Sé que Dios puede usar este cerebro —dijo un día—. Solo tengo que reparar las partes deficientes, estudiar más».

Y ahí estaba S, que tras lidiar con su sexualidad durante tantísimos años la habían descubierto por algo que había hecho durante una tarde solitaria en su caravana; un experimento de esos que se oyen en cualquier instituto entre rumor y rumor —«¿Te has enterado de lo de la rarita esa y su perro?»— y que ahora intentaba retorcerle el alma para encajar con la imagen de corrupción que sus padres habían visto en ella.

Y T, el hombre cuyos problemas eran más notorios, el que se había enfrentado a cada una de nuestras cicatrices, como un santo, y sufría día tras día la estigmatización —literal y figurada— a causa de ello mientras permanecía de pie frente al grupo. ¿Cómo podía competir con eso? Todos llevaban más tiempo en el centro, sabían cómo era la realidad de esa lucha diaria. Habían pasado por la Nada y la habían sobrevivido, la habían reemplazado con Algo, aunque ese Algo fuera el deseo de seguir luchando, seguir combatiendo, seguir negando el pecado. Pero yo no estaba tan seguro de que fuera a lograr librarme de mis dudas. Un solo año de universidad había conseguido justo aquello de lo que mi padre y la iglesia me habían advertido: me había convertido en un escéptico, un hereje, alguien que se cuestionaba todo lo que sentía o veía.

«Cuanto más confundidos os sintáis, más cerca estaréis del origen de los traumas de la infancia», había dicho Smid esa mañana. El Origen; a diferencia de lo que sugería el nombre de mi programa, yo me sentía arrastrado por una resaca hacia las aguas profundas, donde no había orilla, perdido en ese constante cuestionamiento de mi pasado. La noche anterior, mientras rellenaba mi Cuaderno de Adicciones, me habían confundido tanto las preguntas que acabé escabulléndome de la habitación del hotel después de medianoche para

salir a correr alrededor de aquel barrio de las afueras. Las luces amarillas de las farolas me atraían hacia callejones sin salida, las zapatillas chirriaban, las endorfinas empezaban a notarse en plena carrera, permitiéndome concentrarme el tiempo suficiente en mi confusión para cuestionármela. «Describe cómo es conocer por completo a otras personas y que otras personas te conozcan por completo a ti». ¿Alguna vez había conocido a alguien por completo? ¿Alguna vez alguien me había conocido a mí mismo por completo? ¿Qué significaba eso?

Me entraron ganas de correr hasta el Mississippi, negro como la tinta, y desafiarme a mí mismo a saltar, a ceder a la atracción. Aunque yo no tenía pensamientos suicidas como T, sí que me gustaba coquetear con la muerte. El glamur de terminar con todo, y hacerlo de una manera tan repentina, no distaba demasiado del sensacionalismo del Fin de los Tiempos de la iglesia de nuestra familia. También era placentero saber que el fin podía llegar en cualquier momento, sin avisar. Puede que lleves un día normal, pensando que todo está bien, y de repente, ¡bum!, se rompen los diques, las aguas se elevan y todos y cada uno de los objetos despreciables que conoces pasan a ser tesoros de un reino perdido; artefactos sobre los que reflexionarán futuros excavadores más sabios. La vida cobra mayor significado tras algo así. Todo ese dolor absurdo tiene sentido al final.

Pero, puesto que el suicidio era uno de los pecados imperdonables, me limité a seguir por el circuito del barrio, envuelto en una bruma que las farolas teñían de ámbar. Intenté rezar, «Señor, hazme puro», pero lo único que sentí fue un eco en la cabeza. Por el momento parecía que Dios me había abandonado. Al igual que el hombre del subsuelo, estaba paralizado, retenido por la Nada.

Esa sensación me recordó a una historia que había oído estando de vacaciones con mi familia cerca del lago Norfolk, a los pies de los montes Ozark. Un hombre de la zona nos contó que un pueblo entero había quedado sepultado bajo el agua. Cuando comenzaron a construir la presa de Norfolk, en la época de la Gran Depresión, obligaron a los granjeros y a sus familias a mudarse. Las escuelas, las iglesias y las oficinas de correos quedaron todas abandonadas. Los cuerpos de las antiguas tumbas, exhumados y trasladados a zonas más elevadas. Al poco tiempo, surgieron historias apócrifas: una

motocicleta salió a flote —el peso de los objetos ya no era un factor a tener en cuenta en ese mundo acuático, todo había sido liberado de su lugar— y reposaba sobre un puente de acero. Nombres de pueblos antiguos, como Henderson, Jordan, Herron, Hand... Todo había desaparecido casi por completo, erosionado por el agua; cada rastro, borrado en aras del progreso.

—No te preocupes por eso —dijo mi madre, al percatarse del miedo que desprendían mis ojos mientras caminaba por el agua, junto a la barca que habíamos alquilado. Me imaginaba las agujas de los campanarios arañándome los tobillos, una mano de uno de los antiguos habitantes de Hand tirando de mí hacia abajo—. Los pueblos están muy, muy hondos.

Mi madre se estaba untando bronceador de Banana Boat en los brazos pecosos, extendiéndolo hasta los hombros enrojecidos; una criatura de tierra, me pareció en aquel momento, resistiéndose a la inevitable atracción del agua que nos sepultaría a todos algún día. Para mí, aquello era motivo tanto de consuelo como de ansiedad. Nada de eso importaba de verdad; pero que *nada de eso importara de verdadera* una idea igual de aterradora. Excepto, claro está, cuando tenía en cuenta lo que la Biblia decía respecto a nuestras breves vidas en la tierra; entonces, *todo eso importaba de verdad*.

Columnas de fuego y arena, langostas que devoraban ciudades enteras: las historias del cristianismo eran demoliciones veloces que conducían, en última estancia, a la plenitud. Sodoma. Gomorra. Pero ¿qué pasaba cuando la plenitud nunca llegaba? ¿Qué pasaba cuando nunca te adaptabas a la pérdida de lo que había sido tan familiar? Solo puedes caminar sobre el agua, como Pedro, si no lo cuestionas. «La gente, al rezar, solía levantar la cabeza hacia el mismo lugar donde ahora pisan las puntas de mis pies —podrías pensar—. La gente solía creer, luchar y vivir, y ahora todo eso ha caído en el olvido». En cuanto empiezas a cuestionarlo, vas directo al fondo, a no ser que alguien como Jesús te saque a la superficie y te castigue por tu falta de fe, por tu falta de visión.

Pero ¿dónde estaba Jesús durante todo el tiempo que pasé en el centro? ¿Dónde estaba la mano firme del crucificado? Las oraciones que recitaba cada noche se fueron volviendo más y más desesperadas y carentes de significado. «Por favor, ayúdame a ser puro. Por-favor-ayúdame-a-ser-puro. Porfavorayúdameaserpuro».

En ningún sitio. Esa era la respuesta.

Aun así, pude volver a la habitación del hotel una hora después de mi carrera nocturna. Pude sentarme en el escritorio, algo menos inquieto, y responder las preguntas del Cuaderno de Adicciones lo mejor que pude: «Nunca he conocido a nadie por completo. Tan solo creía que me conocía a mí. Pero luego ocurrió lo de David, y de repente me di cuenta de que había estado fingiendo todo el tiempo. Y puesto que no me conocía, puesto que había estado fingiendo, tampoco conocía a David. Esa fue una de las razones por las que no pude protegerme de él. Había permitido que Satanás me convenciera de que era un firme guerrero de Cristo, cuando, en realidad, vivía una vida de pecado. Necesito la fortaleza de Dios para hacerme más fuerte, para impregnarme de sabiduría sobre quién soy y quiénes son realmente los que me rodean».

Ya no sabía si todo aquello era verdad, si había alguna respuesta para lo ocurrido, o si a Dios le importaba siquiera. Pero, aunque no contara con la misma convicción que mis compañeros, todavía podía demostrar ser el mejor en las confesiones públicas.

Almuerzo. Inventario Moral. Descanso rápido.

Me pasé toda la mañana mirando la franja de piel pálida de la muñeca izquierda, deseando que el tiempo pasara más rápido, esperando el momento en que mi madre viniera a recogerme de nuevo. «Para el señor un día es como mil años, y mil años, como un día». Mi padre citaba a menudo aquel versículo en uno de sus sermones más populares, «Una décima parte de un día», en el que les pedía a los congregantes que reflexionaran sobre la brevedad de la vida. «Haced los cálculos vosotros mismos —predicaba—, y veréis que nuestras vidas son demasiado cortas». Esa era la idea a la que volvía mientras la Nada me guiaba a través de cada uno de los bloques de mi horario, mientras le rezaba a la Nada cuando los terapeutas nos pedían que bajáramos la cabeza ante las raciones de guiso y que le diéramos las gracias a Dios por la comida precocinada. Si consiguiera pensar en esas dos semanas como si fueran milisegundos... Puede que cuando todo terminara, una vez que sintiera la cabeza menos abarrotada, encontrara a Dios esperándome al otro lado, preparado para escuchar mis oraciones de nuevo.

—Es importante reconocer las carencias de vuestras vidas —decía Danny

Cosby, uno de los terapeutas principales del equipo de LIA, desde el centro del grupo, con las canas iluminadas desde atrás por el brillo que procedía de la puerta corredera de cristal. Smid no tenía programado dirigir ningún taller aquella tarde, así que Cosby había ocupado su lugar. Estaba dando una charla, una vez más, sobre lo necesario que era el deporte. Nos contaba que la ausencia de deporte durante la infancia podía afeminar el comportamiento. Nos dijo que él era el hombre perfecto para llevar a cabo ese trabajo. Un alcohólico en recuperación que había dado con los deportes de forma natural; no había hombre más heterosexual que él. Nos contó que usó la disciplina que había adquirido al jugar en equipo para poder salir del alcoholismo —todo ello con la ayuda de Dios, por supuesto—, ya que todo lo que necesitaba para alcanzar la recuperación absoluta estaba presente en su vida. Nunca había sentido atracción por su mismo sexo (AMS), tal y como LIA lo categorizaba. Nunca había pasado por el programa de LIA, ya que el único obstáculo en su vida había sido el alcoholismo, y LIA le había contratado para el puesto de terapeuta porque creía que su larga experiencia en Alcohólicos Anónimos era el único requisito necesario para curar cualquier clase de adicción. No era capaz de entender por qué ninguno de nosotros habíamos tenido los mismos impulsos heterosexuales que él de manera natural, pero estaba preparado para convencernos. Era tan bueno como cualquier vendedor de coches que mi padre hubiera contratado, si no aún mejor, aunque yo tenía mis dudas en cuanto a lo cualificado que estaba para la tarea. ¿Cómo era posible que alguien que nunca había comprendido lo que era vivir con nuestro pecado tuviera los conocimientos necesarios para apartarnos de él?

—Tíos, os estoy hablando a vosotros —dijo. Las chicas de nuestro grupo habían acudido a otra charla distinta, sobre feminidad—. Algunos de vosotros no habéis tenido la oportunidad de establecer vínculos con otros hombres de vuestra edad. —La sombra del eje de la puerta corredera caía sobre él como una banda oscura—. Algunos de vosotros habéis idolatrado los cuerpos de otros hombres porque no tuvisteis el contacto físico necesario cuando fuisteis jóvenes. A lo mejor pensabais que se os daban mal los deportes. A lo mejor pensabais que erais diferentes.

En ese momento, J estaba sentado frente a mí. Intenté abstenerme de mirarle cada vez que Cosby repetía las palabras «contacto físico». Tan solo levantó la vista en una ocasión, y su mirada fue tan gélida que me hizo

cuestionarme si me había imaginado la conexión que había sentido antes entre nosotros. Aun así, sentí una cercanía al mirarle a los ojos; el frío que proyectó indicaba que reconocía algo, pero lo ocultó de inmediato.

—El problema que tenemos aquí es la poderosa influencia de las etiquetas —continuó Cosby—. Os habéis etiquetado como la clase de persona que no practica deportes. Por desgracia, nos acabamos convirtiendo en lo que representan esas etiquetas, pero también podemos superarlas y dejarlas atrás.

Cosby me daba miedo. Era un hombre que había trabajado con drogadictos y alcohólicos durante gran parte de su vida adulta, un hombre que no veía ninguna diferencia entre ser gay y ser adicto a la heroína. Había consumido LSD e inhalado gasolina. Había atracado una tienda. Había completado los doce pasos de Alcohólicos Anónimos. Había puesto todo aquello por escrito en su testimonio, y había incluido una foto suya en la que aparecía sonriendo montado en una Harley, con las palabras «Una vida transformada» escritas a mano junto a él. No tenía ni idea de cómo hablarle. A pesar de toda la vergüenza y la culpa que sentía, no era capaz de imaginarme al mismo nivel que un drogadicto o un ladrón de bancos. Mi padre siempre decía que podías conocer el carácter de cualquier persona por la forma en que trataba a sus inferiores, que alguien que se negara a hablar con otra persona que no estuviera a su mismo nivel no valía nada. Pero, aun así, seguía pensando que yo valía más que eso, y me preocupaba que Cosby descubriera mi hipocresía. Pensaba que lo más probable era que ya se hubiera dado cuenta de que había dejado de rezarle a Dios.

—Es importante que entréis en contacto con esa parte de vosotros —dijo Cosby—. Esa parte masculina que ha estado perdida durante tanto tiempo.

El recepcionista rubio entró en la sala por la parte de atrás, arrastrando un televisor en una plataforma portátil. Había empezado a odiar la sonrisa autocomplaciente del chico, la misma sonrisa que veía todas las mañanas mientras rebuscaba entre mis pertenencias en busca de alguna IF. Era una sonrisa que parecía decir: «Yo he pasado por todo esto, y lo que tú estás viviendo no es más que una pequeña parte de lo que he vivido yo». Su sonrisa decía: «A partir de aquí va a peor», pero sin la lástima que veía en el rostro de Smid. El chico se había graduado hacía muy poco tiempo, hacía poco que le habían conferido su estatus de exgay, y por lo visto le había dado por mí, había detectado en mí una cabezonería que él ya había dejado atrás, un

racionalismo obstinado que no encajaba en un lugar como LIA. «Espero que el motivo por el que estás aquí sea el correcto —me había dicho aquella mañana mientras metía el dedo entre los pliegues de mi cartera—. Porque si no...».

Era extraño. Mientras él llevaba el televisor a su sitio, al lado de Cosby, sentí de repente una punzada de decepción y me di cuenta de golpe de que echaba de menos a Smid. Al menos Smid había mostrado paciencia conmigo. Al menos Smid no parecía sentir asco al verme. Cosby y el chico rubio compartían una expresión que me recordaba a las miradas cargadas de prejuicios que había recibido por parte de mis amigos y conocidos desde el momento en que descubrieron, gracias a los cotilleos de David, que era gay. Era la mirada de «Apártate de mi hijo» y la mirada de «Eres un perverso, eres un monstruo y un desviado». «Menudos perversos», dijo en una ocasión la vecina de al lado —una mujer menuda de pelo blanco que se relamía como si le hubieran llegado los rumores sobre mí—, justo el fin de semana de después de que mis padres se enteraran de todo. Había estado viendo un documental en Fox News sobre el matrimonio gay y me había pillado pasando por delante de su jardín. «Tienen que hacérselo mirar. Meten cosas donde no deben. Inspeccionan las cañerías equivocadas. Tú ya me entiendes». Ya casi me esperaba que Cosby empezara también con todo eso de las metáforas. ¿Qué sería? ¿Que soltábamos aceite?, ¿que estábamos mal engranados?, ¿que nos faltaba un tornillo?

—Esta tarde veremos un documental —dijo Cosby, pulsando el botón de encendido de la parte inferior del televisor. Un chirrido electrónico agudo se propagó por toda la sala y fue perdiendo intensidad hasta quedar como ruido de fondo, uniéndose al ruido de los fluorescentes.

No recuerdo con exactitud de qué trataba la película, solo que iba sobre deportes. Lo que sí recuerdo es la expresión de satisfacción en el rostro de Cosby, ahí de pie al lado del grupo con las manos cruzadas sobre el pecho. Casi envidiaba su adicción a las drogas, por la naturaleza masculina de su aflicción. Se había enfrentado a otros hombres en bares, se había metido en peleas. No necesitaba que el documental fuera heterosexual. Él ya lo era. Desprendía heterosexualidad, llenaba la habitación con ella. Era como un animal exótico en mitad de todos nosotros, un ser innato, sin la vergüenza que sentíamos el resto. Cuando no nos miraba con asco, parecía entretenido, como si no pudiera imaginarse cómo era tener la mente deformada a tal extremo.

Me había preguntado toda la vida cómo sería estar en una mente heterosexual; o al menos desde que descubrí que era gay, cuando, en tercero de primaria, me di cuenta de que el interés que sentía por mi profesor, el señor Smith, era mucho mayor que el que sentían mis compañeros varones. Aunque durante muchos años hice todo lo posible para disimularlo, mi sucesión de flechazos por chicos había ido aumentando y no parecía que fuera a parar. Sentía un sufrimiento constante, provocado por la vergüenza, que se había apoderado de mi cuerpo durante tanto tiempo que había comenzado a creer que esa sensación era simplemente una parte más de lo que implicaba estar vivo. Los únicos momentos en los que ese sufrimiento se convertía en un dolor punzante eran en los que me permitía imaginar una vida feliz con esos chicos por los que estaba colado, algo que ocurría con poca frecuencia. Mientras Cosby hablaba, yo me preguntaba cómo sería poder verte reflejado en cada película, divertirse con tus amigos y tu familia mientras te lanzan indirectas sobre tu vida romántica o ver que el mundo se abre ante ti en todo su esplendor. ¿Qué se sentiría al no tener que calcular cada movimiento, al no sentir que cada una de tus acciones va a ser estudiada minuciosamente, al no tener que mentir cada día? Había momentos en los que me ponía testarudo — momentos que debían de ocurrir tan a menudo que seguro que eran los que habían hecho que el chico rubio desconfiara de mí— y me decía a mí mismo que ser heterosexual debía de ser muy aburrido. Cuando me obstinaba, pensaba: «Esta aflicción es la que me hace más listo. Esta desventaja es la que me hace tener ambiciones. Esto es lo que, en un primer momento, me inspiró a escribir».

Pero el manual era muy claro respecto a este tema, respecto a la actitud de superioridad que todas las personas gays expresaban; algo que, en esencia, no era más que una treta intrincada diseñada para ocultar su auténtica inferioridad: «Cuando la manipulación falla, se deprimen profundamente y su autoestima se desploma. A menudo su valía se vincula a su capacidad de manipular a otras personas». «Muy cierto», pensé después de leerlo. Todos los de mi entorno tenían claro que estaba totalmente perdido, que estaba fuera de control y que mi autoestima se encontraba en su punto más bajo. Al fin y al cabo, era complicado no pensar que estaba destruyendo a mi familia, que su legado terminaría conmigo, que yo era un punto muerto. Aún peor, era difícil no pensar en todo el dinero que se estaba gastando mi familia, en los 1.500

dólares que habían tenido que pagar por tan solo dos semanas de terapia. Pero lo más difícil de todo era imaginarme junto a mi padre al día siguiente, durante su ordenación, y mentir a las más de doscientas personas que se habían unido para celebrar su llamada, dedicándole una sonrisa falsa a la multitud.

Pero ¿estaba mal pensar que podía ser mejor que el chico rubio? ¿Estaba mal creer que Dios volvería a mí, que escucharía de nuevo mis oraciones si conseguía esforzarme más? E incluso viendo el documental, sonriendo cada vez que lograba atisbar un destello de piel pálida, observando cómo un jugador se tiraba de repente sobre el culo de su rival y lo derribaba con la precisión de un defensa, ¿estaba mal pensar que podría jugar mejor que todos ellos?

La iglesia luterana Palabra Viva estaba compuesta por un llamativo conjunto de tres estructuras en forma de A que se alzaban sobre ese pequeño barrio de las afueras, con una hilera de ventanas estrechas dobladas como pliegues de origami a cada lado; una flor de loto de cristal y hormigón que parecía, al menos en parte, inspirada por el brutalismo de los sesenta de las bibliotecas públicas y las oficinas de correos. Al acercarnos, todos los del pequeño grupo de adolescentes del programa Origen que íbamos amontonados en la camioneta de LIA nos volvimos hacia su fachada.

—La iglesia por dentro es *preciosa* —dijo un chico sentado detrás de mí. El adjetivo se le escapó sin ninguna pretensión. ¿Había ciertas palabras que fueran IF en sí mismas?—. *Tenemos* que ver la capilla. —¿Ciertas entonaciones?

En el último descanso, una exlesbiana se había acercado a mí, soltando unos chasquidos de desaprobación al ver mi postura: de pie al lado de la puerta con una mano en la cintura y otra apoyada en la pared. «No voy a contárselo a los terapeutas —dijo, como si debiera haber estado agradecido, como si debiera habérselo agradecido de alguna manera—, pero deberías cambiar esa IF antes de que alguien más te vea».

La camioneta disminuyó la velocidad entre las líneas amarillas del aparcamiento de asfalto y se detuvo. Cosby deslizó la puerta y nos ayudó a bajarnos. Sobre nosotros, había triángulos pronunciados, ventanas resplandecientes, geometría que yo casi ni entendía. Algo menos de un año más tarde, ese edificio se convertiría en la nueva sede de LIA: un espacio más

puro y noble, donde la larga hilera de ventanas bañaría a sus pacientes en una luz más sagrada. Por entonces, sin embargo, LIA tan solo alquilaba unas cuantas salas de la iglesia para algunas actividades esporádicas por las tardes, ya que el edificio del centro comercial se quedaba pequeño para acoger a los pacientes más mayores y a los más jóvenes a la vez. Era importante mantener las actividades de la tarde separadas, sobre todo porque cada paciente acudía a LIA por razones muy diferentes. Los programas Origen y Refugio, grupos juveniles cuyos miembros solían ser menores de veinte años, compartían las clases de las tardes. Y, puesto que la mayoría de nosotros lidiábamos con la homosexualidad, era normal que tuviésemos historias similares para compartir durante las actividades.

—Podéis tomaros un pequeño descanso —dijo Cosby, guiándonos hacia el interior de la iglesia—. Podéis echar un vistazo al sitio si queréis y nos encontraremos en el pasillo.

Muchos de nosotros entramos en el santuario. Allí reinaba el silencio, la alfombra absorbía el sonido de nuestros pasos. El sol bañaba las filas de asientos de madera, todos con pequeñas cajas de pañuelos con fundas de crochet situadas en los extremos; unas treinta filas, tres secciones de cara al púlpito. Sentí como si algo siniestro se cerniese sobre mí a mis espaldas y me giré bruscamente; lo que me encontré fue un balcón bajo, lo cual me sorprendió, ya que nunca había estado en una iglesia con balcón. Me imaginé cómo sería tener que caminar hacia el altar en un lugar así, con todos esos ojos mirándote desde arriba. Durante mi bautismo, todas las miradas habían procedido de una misma dirección, por lo que había podido mirar por encima de las cabezas de los congregantes hacia el espacio en blanco de la parte de atrás de la iglesia, consagrarme a Dios tanto como pude en un momento tan público. Pero allí parecía que nunca ibas a estar solo con Dios. Allí, parecía como si siempre fueras a estar bajo el hechizo de la mirada atenta de alguien.

Caminé por el pasillo, pisando con suavidad sobre la alfombra. ¿Cuántas veces había visto a mi padre hacer lo mismo? ¿Cuántas veces le había visto la cara humedecida por las lágrimas, temblando hasta llegar al altar? En ese momento, debía haber sido extraño verme: andando por delante del grupo con la cara serena, desprovista de emoción. «Los muertos vivientes», pensé, elevando los hombros. No sentía. No podía sentir. No iba a dejar que me vieran sentir. No iba a ser débil como mi padre. No le iba a dar a esa

exlesbiana otra oportunidad para «corregirme». Cuando mi estancia allí acabara, yo sería el que le corrigiera a ella. Era más fuerte que todo aquello, y lo demostraría sin importar las consecuencias, sin importar la cantidad de sentimientos que tuviera que sacrificar en el proceso.

Las ventanas de delante, sorprendentemente, no eran vitrales, como si el arquitecto hubiese tomado la atrevida decisión de dejar la belleza del santuario en manos de la naturaleza, de Dios. Sin pintura, sin representaciones de escenas bíblicas, sin luces de colores intensos. A veces, lo que no decías o no hacías era lo que te llevaba a un estado de asombro. Y mientras la Nada me atraía hacia el altar, mientras me subía a la plataforma y miraba a los asientos vacíos, imaginándome la multitud a la que me tendría que enfrentar durante la ceremonia de mi padre al día siguiente, me preguntaba si eso era lo que estaba haciendo Dios. Me preguntaba si Dios me estaba dejando ir durante un tiempo, cortando la conexión, para poder hacerme más fuerte y más hetero por mí mismo. Por más que me preocupara que Dios no volviera a visitarme jamás, que pudiera haber perjudicado nuestra relación irremediablemente, también sabía que no había vuelta atrás. Estaba decidido a hacerme más fuerte, aunque no tenía ni idea de lo que eso significaba en realidad. ¿Podría acaso volverme heterosexual por completo? E incluso si podía, ¿significaría eso que mi relación con Dios sería la misma? ¿O implicaba el proceso de hacerme más fuerte perder mi forma de vida anterior? Fuera cual fuese la forma que iba a tomar esa fuerza, tendría que aceptarlo. Me enfrentaría a la multitud de mañana con la mirada fría que había visto hoy en los ojos de J, la mirada de un mártir, incluso aunque eso fuera completamente lo contrario a lo que yo me sentía.

—Concentraos en vuestros sentimientos —dijo Cosby—. Quiero que os concentréis de verdad.

Nos encontrábamos en una de las salas de la iglesia. La luz era diferente allí, más oscura, con una única ventana que daba al aparcamiento. Cosby estaba al frente de la clase, como si fuera el entrenador de un instituto que además tenía que hacer de profesor de matemáticas. Tenía el ceño fruncido como si estuviera pensando en otra cosa: el partido del próximo día, la siguiente ecuación.

—Me gustaría que fuerais a la sección de Herramientas Generales de vuestro manual.

Pasamos las páginas. Nos humedecimos los dedos. La encontré: cinco columnas y seis filas con dibujos de caritas, cada una con su etiqueta correspondiente debajo. satisfecho, deprimido, agotado, austado, alegre, desconsiderado, iluso, asqueado, sorprendido, furioso. Las caritas eran una representación simplificada de cada una de las emociones.

—Quiero que penséis en cómo os sentís ahora mismo —dijo Cosby—. Puede ser una combinación de varias de las caras, pensad detenidamente.

En la mesa de la parte de delante de la clase había varias cartulinas blancas. A su lado había rotuladores de colores y lápices. También había plumas, abalorios y cordeles multicolor: materiales para manualidades que un estudiante de secundaria llevaría en su estuche. Cosby explicó que íbamos a confeccionar máscaras que simbolizaran las dos mitades de nuestra personalidad: la que mostrábamos al mundo y la que solo nos mostrábamos a nosotros mismos. Una máscara por un lado y la otra por detrás.

Deslicé el dedo por la página, en busca de una palabra que reflejara lo que sentía. «Muerto por dentro, pero a la vez decidido». «Ansioso» era la que más se acercaba. O quizás «de mal humor». Seguí a los demás hasta la mesa de delante, cogí una cartulina, unos cuantos rotuladores y algunas bolas de algodón. Cuando me senté para trabajar en mi proyecto, J se sentó a mi lado. Nos pusimos de rodillas. Alisé la cartulina encima del cojín de la silla.

—¿Puedes pasarme el rojo? —me preguntó J con una voz fría. «Rojo —pensé—. El color de la pasión». Muy pronto vería esa pasión convertirse en gotas de sangre sobre su cartulina: la sangre de Cristo. No era pasión, sino sacrificio.

Mire a mi alrededor en busca de ideas. S empezó a pegar algodón en su cartulina, formando lo que parecía una pálida cara sonriente. Estuve mirándola durante un buen rato antes de volver a trabajar en mi propia cartulina. Estaba añadiendo nubes pintadas de azul oscuro —nubarrones— y una fina línea de color naranja brillante para el sol, apenas visible. No había nada de pelo de perro ni mantequilla de cacahuete a la vista. Me alegraba por ella.

—Vais bien por ahora —dijo Cosby, a mi lado con la cabeza inclinada en forma de reverencia. Parecía decirlo en serio. Parecía la clase de persona que había realizado esa actividad en muchas ocasiones, que había aprendido a forjar un único rostro a partir de sus distintas identidades.

Destapé un rotulador azul y dibujé una serie de líneas. Después convertí

esas mismas líneas en el contorno de unas olas y las uní a las bolas de algodón para que parecieran las crestas de unas olas que estaban a punto de romper. Un torbellino violento. Un gran desastre en forma de torbellino errante. Al otro lado, la ciudad bajo el agua, erosionada y olvidada desde hacía mucho tiempo.

EL CINE DEL PRESO

Mi padre y yo apenas hablamos durante el trayecto a la cárcel. Había pasado un mes desde que mis padres descubrieron que era gay, y ya casi estábamos en las vacaciones de Acción de Gracias, la semana que me pasaría casi entera en casa, con la sensación de que había muy poco por lo que estar agradecido. Estaba sentado al lado de mi padre en el asiento del copiloto de su camioneta F-150 Lariat roja, viendo cómo los árboles se acercaban y se alejaban a lo largo del arcén de la carretera serpenteante. Las montañas nos envolvían y nos conducían hacia el centro de lo que el gobernador del estado había declarado que un día se convertiría en la «meca de los Ozarks».

Cerré los ojos, pero seguía viendo la imagen residual: cimas llenas de pinos, agujas de pino secas, el sol de la mañana suspendido como una lámpara de calor en lo alto.

Mi familia peregrinó a este pueblo en 1999, justo después de perder la desmotadora de algodón ante una empresa de la competencia, mucho después de que el pueblo se hubiera transformado en un lugar en el que los jubilados de Chicago y los fundamentalistas del sur compraban propiedades donde podían tener armas, llevarlas encima y presumir de ello. Durante los cinco años que transcurrieron después de la mudanza, mis padres aprendieron a integrarse entre la gente del norte, a hablar con un ligero acento nasal y a sonreír menos. La gente iba a ese lugar para cambiar sus vidas a mejor, para vivir a un ritmo diferente; aunque más adelante averiguaría que cambiar de aires no conseguiría que alguien como yo cambiase, que, por más que lo camuflara, no podría esconder las fantasías homosexuales que había tenido desde secundaria.

—¿Estás listo? —me preguntó mi padre. Sus ojos iban de la carretera a mis manos, viendo cómo no dejaba de retorcerlas sobre mi regazo.

—Estoy listo —respondí. Se me congelaron los dedos como si fueran agujas de campanarios. Me acordé de una rima que me habían enseñado los profesores de la escuela dominical de verano: «En la iglesia hay un campanario de gran magnitud. Abre las puertas y verás a la multitud».

—Va a ser una educación diferente a la que estás acostumbrado —dijo mi padre—. Tus profesores de la universidad no te enseñarán esto.

En aquella época, gran parte del trabajo de mi padre consistía en educar a las personas más allá de las puertas de la iglesia. Su creciente ambición le había llevado a presenciar una cantidad cada vez mayor de clientes en el concesionario, a recorrerse las calles del vecindario de detrás de nuestra casa, llamando de puerta en puerta en busca de almas perdidas, y ahora, a su mayor misión: ser testigo de los olvidados, los oprimidos, los reclusos de la cárcel del condado. Esa fue la primera vez que le acompañaba en una de sus visitas de las mañanas de los sábados, siguiéndole como si fuera su sombra. Aunque él había estado allí en numerosas ocasiones, yo nunca había visitado la cárcel, y estaba medio dormido, puesto que no me había habituado aún al nuevo horario que mis padres habían propuesto después de que David me hubiera sacado del armario, el cual me exigía volver a casa desde la universidad en coche los viernes por la noche y despertarme pronto los sábados por la mañana para pasar más tiempo con mi familia.

Tras varios minutos de silencio, mi padre presionó el botón de la radio. Su CD de los Creedence Clearwater Revival sustituyó nuestro silencio por unas ligeras notas nostálgicas y alegres de un *bayou* de Luisiana que ninguno de los miembros de la banda había experimentado nunca en realidad. Para cualquiera que nos adelantara debíamos haber parecido felices, de camino a alguna atracción de carretera.

Volví a cerrar los ojos y me froté los párpados hasta que las imágenes remanentes se fragmentaron y se desmenuzaron: un casquete de hielo hundiéndose en las aguas negras del ártico.

Las imágenes de lo que había ocurrido la noche de la violación también permanecían aún conmigo, abriéndose paso casi a cada minuto de mis días: la imagen borrosa del chico menor al que David me contó que había violado, la visión de David alzándose sobre mí, forzándome a bajar la cabeza. Un segundo estaba tranquilo y al siguiente me venía algún recuerdo olvidado y

una rabia incontrolable se apoderaba de mí, una rabia dirigida hacia mí y hacia todo el que estuviera a mi alrededor, un deseo de destruir todo lo que veía.

Después de que David llamara a mis padres, mi madre me llevó en coche a casa desde la universidad, saltándose los semáforos en ámbar a toda velocidad para llegar en un tiempo récord. Mientras ella vomitaba en el baño contiguo, mi padre me condujo a su habitación. La puerta hizo clic al cerrarse tras él. Me explicó que lo que sentía estaba mal, que solo estaba confuso.

—No sabes lo que se siente al estar con una mujer —dijo—. No hay nada en este mundo como el placer entre un hombre y su mujer.

No supe qué decir. Recorrí el estampado del edredón con el dedo índice, siguiendo las costuras de uno de los bulbos amarillentos y marrones de un narciso. Sentía la necesidad de seguir moviendo las manos. Un día, en clase, mi profesor de religión se dio cuenta de mis manos inquietas y me invitó a su despacho para enseñarme algunas de sus técnicas de meditación. «Mano izquierda, palma hacia abajo. Gira la palma izquierda hacia arriba. No te digas a ti mismo “gira la mano izquierda”. La consciencia lo es todo». Aunque aquellas técnicas no tuvieron mucho éxito, tener algo que hacer con las manos me pareció mejor que entregarme a los temblores.

—Estar con una mujer es algo cálido, natural —dijo mi padre. Sentí la necesidad repentina de ir al váter junto a mi madre; puede que la repulsión que sentíamos ambos nos uniera durante un momento, aunque fuera por motivos diferentes. Ninguno de nosotros quería saber nada de la vida sexual del otro, pero ahí estábamos.

Cuando mi madre volvió a la habitación, limpiándose la boca con el dorso de la mano, mi padre me sentó al borde de la cama y me explicó que encontrarían la forma de curarme. Hablarían con nuestro predicador y verían qué opciones teníamos. Dijeron que había métodos. Una vez oyeron a un predicador que visitó nuestra iglesia dar un discurso sobre unas terapias que podrían ser una opción. Mientras tanto, yo pasaría los fines de semana en casa, a dos horas de las influencias universitarias pecaminosas que me habían llevado hasta ese punto.

Allí sentado con mis zapatillas colgando sobre la alfombra como un niño pequeño, pasando los dedos por el edredón mientras veía a mi madre seguir manchándose la palma de la mano con pintalabios, no pude reunir el coraje

para contarles lo que me había hecho mi amigo. David me había derrotado: saber lo de mi homosexualidad les parecería más impactante que saber lo de la violación; o peor, parecería como si una acción hubiera seguido inevitablemente a la otra, como si me lo hubiera merecido. De cualquier modo, la vergüenza de nuestra familia seguiría siendo la misma.

—Si te dejas llevar por esos sentimientos y actúas en consecuencia, no volverás a pisar esta casa —dijo mi padre—. Nunca recibirás una educación.

Esa noche, tomé en silencio la decisión de aceptar lo que fuera que tuvieran en mente. Sentí cómo la vergüenza y la rabia me invadían el pecho, relleno de recovecos que había reservado hasta entonces para el amor y expandiéndose bajo la piel como cardenales invisibles. Al contrario que mi madre, yo no tenía forma de purificarme, de mirar a mi reflejo en el agua y vomitar mis sentimientos. En su lugar, lo único que podía hacer era juntar las manos para rezar y prometerle a Dios que me esforzaría más, mientras el diseño puntillista de la alfombra me quemaba las rodillas. Lo único que podía hacer era quedarme frente al espejo del baño y acariciarme la nuez con el filo de unas tijeras, arriba y abajo, hasta que la cuchilla empezara a dejar unas leves marcas que me resultaría difícil explicar. Lo único que podía hacer era ser como el Narciso pecador sobre el que había leído en *Mitología*, de Edith Hamilton, que llevaba siglos en mi mochila; demasiado enamorado de la imagen de mí mismo reflejada en el cuerpo de otros hombres, demasiado hechizado por lo que veía como para apartar la mirada. Para evitar ahogarme, acepté el plan de mis padres. A medida que pasaran las semanas y los siguientes pasos se fueran afianzando, decidiríamos si me quedaría en la universidad o si sería necesario tomar decisiones más drásticas.

Cada noche, como un reloj, las imágenes volvían con total claridad: David y el chico, David irguiéndose sobre mí, los labios de mi padre moviéndose como si fueran independientes del sonido que hacían, la expresión de terror que dividió los rostros de mis padres en fractales, con arrugas de preocupación cada vez más pequeñas.

Había elegido acompañar a mi padre durante su asistencia religiosa en la cárcel como modo de acabar con esas imágenes; como alternativa al suicidio, lo cual me planteaba casi cada noche; como alternativa a las tijeras, que empecé a buscar cada noche, tanteando con las manos a lo largo del hueco entre el colchón y el somier, hasta alcanzar aquellas dobles cuchillas de metal.

Quizás si hubiera sabido cómo de cerca del suicidio estaba, me habría mantenido alejado de la cárcel y de sus húmedas celdas, su exhibición de vidas destrozadas por malas decisiones y mala suerte, de gente que no había sido capaz de cambiar cuando más lo necesitaba. Aunque también es posible que lo que anhelaba en realidad fuera saber cómo lograba mi padre lo imposible, cómo enderezaba a esos hombres, les daba esperanza, les devolvía a la mejor versión de sí mismos ante Dios. «Ningún pecado es demasiado grande para ser perdonado», solía decir mi padre, parafraseando el Éxodo. A lo mejor eso también podía aplicarse a mi caso.

Mientras mi padre aceleraba al dar las curvas, yo observaba los huecos entre árbol y árbol desde la ventana, y por un momento me imaginé abriendo la puerta y tirándome de la camioneta, revolcándome, tal y como había visto hacer a los vaqueros en las películas del oeste que mi padre veía noche tras noche. Pero ¿a dónde iba a ir? ¿Dónde podría encontrar un «yo» nuevo? Ya había caminado por los senderos de esos bosques durante mis tardes libres, después del instituto. Algunos desembocaban en acantilados de granito blanco como el marfil, otros bajaban hasta la presa de un embalse y todos daban la vuelta hasta el centro del pueblo con florituras laberínticas que siempre me dejaban sin aliento. En *Mitología*, había leído sobre Ariadna, sobre el ovillo de hilo rojo que usó para guiar a Teseo y ayudarle a librarse de las peludas garras del Minotauro. Sin embargo, en este pueblo parecía que cada camino conducía a la misma zona de tiendas en ruinas. En este pueblo, parecía que el Minotauro siempre acabaría encontrándote.

Yo ya sabía que no había ningún camino fácil y directo para salir del pueblo. La noche que me sacaron del armario, después de que mi padre me diera el ultimátum, hice unas cuantas búsquedas por internet desde mi habitación, alerta todo el tiempo por si escuchaba los pasos de mis padres por el pasillo. Comprobé la cuenta del banco desde la web y me encontré con que apenas tenía crédito a mi nombre. Hice consultas en foros sobre cómo solicitar la independencia familiar, pero todas las respuestas parecían demasiado complicadas; había demasiados formularios que rellenar, demasiadas firmas, demasiado que pensar. Por aquel entonces, mis padres me pagaban más de la mitad de mi educación, y si no era capaz de cambiar quién era, dejarían de

hacerlo.

Aun así, la idea de abandonar a mis padres, de unirme a una comunidad que apoyara a los homosexuales y continuar mi vida sin ellos, me parecía hasta peor que el suicidio. Deshacerme de mis raíces y de la gente a la que quería me transformaría en el mero cuerpo ambulante de la persona que había sido en el pasado, un autómata desprovisto de sus engranajes. De alguna manera, sabía que abandonar a mi familia acabaría con cualquier vestigio de amor que no hubiera apartado ya para hacerle sitio a la vergüenza.

Durante el mes anterior, en la universidad, algunos de los profesores de literatura que habían detectado algo sobre mi situación familiar se esforzaron por invitarme a sus cenas. Durante esas cenas, me incluían en sus debates sobre la teoría crítica, sobre Foucault y la tercera ola del feminismo, sobre los neoconservadores que estaban desplumando al país... Era la época en la que Bush se inspiraba en Dios para encontrar armas de destrucción masiva en Irak, y cada cena a la que asistía parecía incluir una buena dosis de críticas hacia el fundamentalismo.

Mis nuevos amigos, Charles y Dominique, dos de los pocos estudiantes negros que había en nuestra facultad, se metían conmigo todo el tiempo, asegurando que los bautistas habían sido todos dueños de esclavos, que mi árbol genealógico estaba repleto de supremacistas blancos.

—Tu familia usaba la Biblia para oprimirnos —dijo una vez Charles.

—Es probable que nos pegaran con todas esas Biblias que tenían por ahí —añadió Dominique.

La idea de lo que el Rey Algodón les había hecho a los antepasados de Charles y Dominique me hizo avergonzarme de mi familia de repente. Pasé de estar aterrorizado por si mis antepasados estaban todos en el cielo, juzgando mi atracción hacia personas de mi mismo sexo, a juzgarles yo por lo que presumía que les habían hecho a aquellos cuerpos negros. Menos de un año después, en LIA, me preguntaría por qué las leyendas de nuestros genogramas no incluían pecados de esclavitud o racismo, por qué parecía que se había omitido una parte tan grande de nuestra historia.

Allí sentado, en medio de las conversaciones inteligentes de mis profesores, me había sentido un impostor y un traidor. Sonreía en los momentos apropiados, hacía comentarios graciosos sobre cómo me habían criado y me burlaba de las posturas políticas de la mayoría de la gente de mi

pueblo. Sin embargo, también era cierto que al volver a casa solía sentirme, si no orgulloso de mi herencia, al menos agradecido por su familiaridad. En casa podía rezar oraciones elegantes, brindar algo de sabiduría sobre la gracia de Dios, recitar las Escrituras en el momento adecuado y ofrecer mi mejor sonrisa. En casa, me sentía aliviado por regresar a un mundo que conocía, por formar parte de clichés, por calmar la mente. Con cada peregrinación hacia y desde casa, los límites entre los dos territorios se fueron debilitando, y yo estaba cada vez más aterrado de lo que pasaría una vez perdiera el equilibrio entre uno y otro.

Ambas partes parecían sugerir la misma solución eficaz: romper los vínculos. O abandonas a tu familia y lo que has conocido durante toda tu vida o abandonas lo que estás aprendiendo sobre la vida y las nuevas ideas. Estaba comenzando a ver pruebas convincentes a favor de esta última, pero me parecía que no iba a ser fácil olvidar el asombro que había sentido en clase de literatura occidental, al aprender sobre aquello que la Iglesia denominaba «un pasado pagano pecador». Hubo un momento en clase, en mitad de un debate sobre la *Odisea*—sabiendo que Odiseo se tapó los oídos para evitar oír la llamada de la sirena—, en el que me senté sobre mi escritorio, abrí bien mis propios oídos, levanté la mano y pedí que me desataran del mástil.

—No se cansa uno nunca, ¿verdad? —dijo mi padre. La camioneta se había sumergido bajo una bóveda de árboles amarillentos—. De la creación de Dios.

—No —respondí, apoyando la mano en el cristal y observando cómo pasaban las pálidas hojas entre mis dedos.

—Saldremos de esta —dijo él—. He hablado con el hermano Stevens. Se le han ocurrido algunas ideas.

El hermano Stevens era el pastor de nuestra iglesia. Después de que mi padre decidiera convertirse en predicador, los dos se habían unido mucho. Pasaban la mayoría de sus horas libres juntos, sentados en las sillas de cachemir de la oficina del hermano Steven. Aunque mi padre todavía no había sido ordenado predicador de manera oficial, sustituía al hermano Stevens a menudo cuando este caía enfermo.

Casi no había visto al hermano Stevens desde que me mudé a la universidad, y me alegraba por ello. Había algo en sus ojos, muy juntos y

pequeños, que me ponía nervioso. En el instituto, cuando me mandaba encargarme del proyector de la iglesia los domingos por la mañana, solía sentir que dirigía cada palabra de su condena hacia mí, como si yo fuera el Satanás sobre el que nos advertía, sentado en mi cabina elevada por encima del resto de la congregación, burlándome de Dios con mis fantasías con los gemelos Brewer, sentados con la espalda recta en primera fila. Durante los sermones, a veces hablaba de la hija pródiga que le complicaba la vida continuamente: las sobredosis de drogas, los novios con los que vivía, el uso del nombre del Señor en vano, las detenciones frecuentes... Era la típica hija de pastor que se había descontrolado. Como resultado, el hermano Stevens había asumido una política de mano dura. Había dejado que su hija se las arreglara por sí misma numerosas veces, aunque a menudo era él quien pagaba la factura cuando ella acababa yendo a rehabilitación.

Yo sabía que cualquier consejo que ese hombre le ofreciese a mi padre sería duro. Tenía el presentimiento de que invitarme a participar en la asistencia religiosa en la cárcel había sido idea suya, como parte de un sistema que pretendía educar a través del miedo. Era un sistema que la iglesia empleaba, por ejemplo, cuando invitaba a exdrogadictos a contar sus aterradoras historias, con testimonios interminables que ocupaban la mayoría del servicio y dejaban a casi todos los congregantes con los ojos llorosos y sintiéndose afortunados de estar vivos y de ser ellos mismos al salir por la puerta. A pesar de mi presentimiento, seguía pensando que era probable que el hermano Stevens tuviera razón. Puede que una nueva perspectiva, estricta y tenebrosa, fuera justo lo que necesitaba.

Llegamos a un stop frente a la autopista principal y mi padre encendió el intermitente.

—Es la diferencia entre lo que es natural y lo que no es natural —dijo, mientras los frenos chirriaban bajo nosotros—. Tú siempre has sido un buen cristiano, pero, por una razón o por otra, has confundido las dos cosas. Te llevaremos al terapeuta adecuado.

No me había sentido natural de verdad desde secundaria, desde la primera vez que vi a un vecino bastante atractivo paseando al perro por la calle; momento que me hizo desear en secreto que me llevaran atado a una correa.

—No quiero hablar del tema —respondí.

—Tu amigo, como se llame, no tuvo ningún problema para hablar de ello.

Amigo. La palabra salió de su boca con displicencia, sin una pizca de ironía, y aterrizó de manera presuntuosa, como si fuera un hecho, entre el tictac del intermitente. Me entraron ganas de dar un volantazo en dirección contraria, apretar el acelerador hasta que se hundiera contra el suelo y estrellar la camioneta contra la fachada del edificio más cercano.

—Es probable que ya se lo haya contado a la mitad del pueblo —continuó mi padre.

Justo esa era la razón por la que había estado evitando los lugares públicos. David no vivía demasiado lejos de nuestro pueblo y seguramente ya les habría contado que yo era gay a muchos de nuestros amigos en común para intentar salvar las apariencias. Me había enterado por un amigo en común de que David estaba en período académico de prueba, que nadie le había visto por el campus desde hacía un mes y que era muy posible que hubiese vuelto a casa con sus padres. Probablemente había exagerado lo ocurrido, haciendo como que yo era el pedófilo. Probablemente le había dicho a la gente que yo había intentado acostarme con él (para entonces, mi compañero de cuarto, Sam, ya se había mudado de habitación, y yo había empezado a compartir cuarto con Charles. Suponía que la razón por la que Sam se había marchado era porque había oído esos rumores). Ya no había nada que hacer, excepto esconderse, esperar a que se pasara la tempestad e intentar encontrar una cura.

—No me importa lo que le cuente a la gente —respondí—. Él no es cristiano.

—Pensaba que iba a la iglesia —dijo mi padre, tomando la autopista—. Pensaba que habías dicho que era un buen chico.

—Sí, a la iglesia pentecostal —contesté, acordándome de la antigua oficina de correos, con esas vigas de metal oxidadas, ese escenario tan iluminado y el aceite para motores—. No es lo mismo.

Las palabras se escaparon de mi boca sin permiso; acusatorias, con aires de superioridad. Salieron de manera natural, desfilando por la línea entre la verdad y la mentira, alimentadas más que nada por la rabia. Apoyadas por una sensación de convicción, de determinación. Nos devolvieron la atención hacia todo lo de nuestro alrededor: las líneas dobles amarillas, las zonas de tiendas a los lados de la carretera, las caras que observaban desde ventanas sucias... Compartían el mismo tono y la misma lógica que las palabras de algunos de

mis profesores en aquellas cenas, pero con un contenido bastante diferente.

Meses después, al conocer a los empleados de LIA, sí que reconocería al instante esas palabras híbridas como mías, pero no sería consciente de la magnitud de su poder hasta que fueran usadas contra mí.

—Hablan en lenguas ininteligibles y usan aceite de la unción —dije—. Es asqueroso.

—No juzguéis —contestó mi padre, mientras el intermitente volvía a su sitio al girar el volante—, y no seréis juzgados.

—No dirás falso testimonio —dije. Tras más de una década de escuela dominical, era capaz de recitar las Escrituras casi tan bien como mi padre, y de usarlas con la misma facilidad para justificar mis medios.

—Honrarás a tu padre y a tu madre —respondió mi padre, sacándose el as de la manga con el que siempre conseguía poner punto final a nuestras discusiones.

Me crucé de brazos. «Eso es lo que estoy haciendo. Es por lo que estoy aquí», pensé. Pero no tenía forma de saberlo con seguridad. Estaba allí, al menos en parte, porque no parecía que hubiese otra opción.

Mi padre se desvió hacia una carretera secundaria con hileras de arces a ambos lados. Los crujidos de las hojas secas al rozar el techo de la camioneta iban seguidos de ligeros golpecitos contra las ramas. «Palma derecha hacia arriba. Gira. Repite. Palma izquierda hacia arriba. Rota». Fijé la vista en un tronco de árbol a lo lejos y la mantuve hasta que lo dejamos atrás, hasta que el patrón de su corteza se hizo imposible de distinguir; algo olvidado en el bosque.

Cuando estaba en secundaria, mi padre me llevó una vez a cazar al corazón del bosque. Fui apartando las ramas de pino entre la neblina de la mañana. Cada respiración iba acompañada de vaho y, andando junto a mi padre, las nubes de ambos se unieron durante un instante frente a nosotros, cegándonos al darles el sol. Mi padre me tocó el hombro para que prestara atención. Levanté la escopeta y apunté hacia el espacio entre el hombro y el lomo de un gran ciervo. Con un ojo en la mirilla y guiñando el otro, observé al ciervo durante lo que me parecieron varios minutos, aunque no debió de ser más de unos pocos segundos.

El ciervo se me apareció como un reflejo del bosque en sí, con su

elegancia salvaje, espontánea e innata; parte de un mundo natural que no sentía la necesidad de cuestionarse a sí mismo. No parecía importarle si vivía o moría. Simplemente era. Su consciencia lo era todo. La bala que acabé disparando aterrizó en algún lugar del sendero que había frente a nosotros, a varios metros del ciervo. Mi padre se pasó el resto de la mañana intentando convencerme de que el tiro había alcanzado al ciervo —de que estábamos allí para seguir el rastro de su sangre, el delgado hilo rojo, a través del bosque— pero yo sabía que no era verdad. Sabía que solo estaba intentando consolarme.

Me preguntaba si así era como iban a ser las cosas. Apuntaría a algún objetivo en la cárcel del condado, alguna verdad inalcanzable, quizás tras un muro de gruesas barras negras, y mi padre se pasaría el resto de su vida intentando convencerme de que había dado en el blanco. Cuanto más nos adentráramos en ese laberinto, más nos perderíamos, a nosotros mismos y el uno al otro. Intentar volver atrás para determinar cómo empezó todo aquello se convertiría en una tarea imposible; nuestros orígenes serían como la materia prima de los mitos.

—¿Has hecho muchos *buenos* amigos en la universidad? —preguntó mi padre, pasando por un semáforo en ámbar a toda velocidad.

Pensé en Charles y en Dominique, los gemelos estudiantes de música que cantaban canciones religiosas en el vestíbulo de la residencia y me dijeron que viera *Imitación a la vida*, la cual describían como una introducción a las experiencias de los negros «apropiada para los blancos». «Si no lloras al ver esta película, es que no tienes sentimientos —me había dicho Charles—. Los blancos siempre lloráis con esta película».

Charles, Dominique y yo nos estábamos haciendo buenos amigos muy rápido, pero me asustaba lo que mi padre pudiera decir si se los describía. Aunque aseguraba no tener «ningún problema con los negros», no quería sacar el tema de la raza cuando le hablara de ellos; no quería alardear de ellos como si fueran mis amigos negros simbólicos que me hacían quedar bien, ni escarbar demasiado en la historia de nuestros antepasados de la desmotadora, por miedo a causarme una vergüenza mayor aún de la que ya sentía. También estaba el hecho de que mi vida de la universidad y la de casa se estaban convirtiendo en entidades cada vez más separadas, y tras la llamada de David a mis padres, me asustaba pensar en qué otros secretos podrían salir a la luz si

empezaba a hablar sobre mi otra vida.

—La mayoría no son muy buena gente —dije, dando golpecitos en el cristal con el dedo índice—. Hay que ser perspicaz. —El pecado original era un concepto que mi padre y yo conocíamos bien.

Pensé en mis profesores y en mis clases de literatura occidental, el entusiasmo que había sentido al poder debatir ideas y opiniones como si no fueran más que polvo o piedrecitas que podíamos cribar a través de los dedos. Me acordé de cómo ciertas ideas que en el pasado me habían parecido tan místicas e incomparables se descompusieron ante mis ojos, perdieron sus asociaciones con el Dios furioso y cariñoso en el que me habían enseñado a creer durante tanto tiempo y se reunieron para abastecer a otras religiones, otras filosofías, otras maneras de vivir.

Tras varios minutos más de silencio, mi padre subió el volumen del CD de Creedence hasta que sentí que me explotaban los tímpanos y las ventanas temblaban con el bajo. «Veo terremotos y rayos —cantaba Creedence—. Veo que se avecina un mal día».

Me encogí en el asiento y apoyé las piernas en el salpicadero. El cinturón de seguridad se bloqueó y me aprisionó contra el cuero. No volví a hablar durante todo el trayecto. Habíamos entrado en el territorio de mi padre; el cinturón bíblico de los Estados Unidos me apretaba más que el que me agarraba el pecho.

En la universidad, el hombre del subsuelo de la novela de Dostoievski aún me controlaba de tanto en tanto, invitándome a quedarme en un segundo plano, camuflarme entre los muebles, observar. La única diferencia, tras lo de David, era que sentía una necesidad más profunda de esconderme, necesidad que en ocasiones dominaba mis días y me obligaba a permanecer en mi habitación durante tanto tiempo que orinaba en botellas de agua que luego metía bajo la cama y de las que acababa olvidándome. Cuando las encontraba al cabo de un tiempo, al pasar por una de mis rachas más sociables, las recibía como a un extraño, sorprendido porque aparecieran ahí de repente, y consideraba a mi yo del pasado un impostor despreciable. «¿Quién haría algo así? —pensaba—. ¿Quién podría estar tan desesperado?».

Cuando me enseñaron la teoría de Freud en el primer semestre, mi preocupación fue a más. «Esto debe de ser algún problema de la infancia sin

resolver —pensé, recordando los jeroglíficos de la alfombra de mi cuarto—. Debe de ser una señal más de mis defectos. No, de mis pecados», concluí, tomando de repente la perspectiva del Antiguo Testamento.

Por más que leía, no parecía haber ninguna rama de la psicología, de la filosofía o de la literatura que no pudiera tergiversar para demostrar mi culpabilidad. De la misma manera, no conseguía encontrar ni una sola idea que no complicara mi concepción del cristianismo, que no pusiera en tela de juicio el derecho divino de mis padres a dictar mis creencias. Llegué a la conclusión de que eso era la demencia en estado puro; solo los dementes se aferraban a ambos bandos de una manera tan obstinada, negándose a que se separaran y dejándoles luchar en sus mentes.

Los árboles dieron paso a terrenos de pasto salpicados de vacas y después a edificios rectangulares que servían de centro administrativo de la ciudad, unidos los unos a los otros por un asfalto oscuro, agrietado y lleno de baches que la camioneta de mi padre amortiguó con facilidad. A través de la ventana medio abierta entraba un fuerte aroma a estiércol, caliente por el sol de la mañana. También olía a una mezcla de gasolina y metal oxidado que solo se encontraba en comunidades agrícolas, donde los métodos de la agricultura industrial habían avanzado de forma tan despiadada, tan veloz, que era necesario dedicar grandes porciones de tierra a desguaces y llenarlos de maquinaria antigua despojada de sus piezas valiosas.

La cárcel del condado quedaba a las afueras del pueblo, escondida tras un conglomerado de edificios de techo blanco y una gasolinera Conoco que también hacía las veces de tienda de neumáticos y aceite de motor. Al lado de la cárcel, se encontraba el juzgado del condado, un edificio idéntico excepto por unas pocas ventanas que daban a la carretera: añadidos de última hora que suavizaban en parte la fachada uniforme de ladrillo.

Me incorporé para ver mejor, separando la espalda sudada del cuero caliente con un ligero rechinamiento. Me había esperado una alambrada con púas, torres de vigilancia y guardias con uniformes azules que iban rotando. Me había esperado una serie de puestos de control de seguridad, cada uno más estricto que el anterior. Algo sacado de un plató caro de Hollywood. Sin embargo, al acercarnos a aquellos edificios bajos, tuve la sensación de que era muy probable que lo que el pueblo quería esconder con tanto empeño

también fuera lo que recibía más tráfico, a juzgar por la cantidad de coches que entraban y salían del aparcamiento a toda velocidad y con total libertad.

Mi padre aparcó cerca de la parte de atrás, echando con fuerza el freno de mano que nos separaba.

—¿Qué te parece? —preguntó, girándose hacia mí, haciendo chirriar el cuero bajo su cuerpo.

«Temo que los ríos se desborden —cantaba Creedence—. Oigo la voz de la rabia y la ruina».

Mi padre apagó el motor, enmudeciendo a Creedence en mitad de una nota.

—Es diferente de lo que me esperaba —respondí, levantando la vista hacia el tejado blanco de metal al que le daba el sol desde un mal ángulo y me enviaba los rayos directos a los ojos. Al ver el lugar pensé que tenía sentido que la gente del pueblo no se quisiera gastar todo su dinero en una cárcel moderna. Podían aprovechar los impuestos para ayudar a que lo bonito siguiera siendo bonito y lo feo, feo; y dejar así que el ladrillo negro de las instalaciones permaneciera tras la meca montañosa que le rodeaba.

Para entonces, ya me había dado cuenta de que la belleza tenía un efecto acumulativo. Si la gente consideraba que algo era bonito, el objeto de su afecto seguiría recibiendo toda la atención y los elogios posibles. «Una rosa es una rosa es una rosa es una rosa», observó Gertrude Stein, mi nueva poetisa favorita. Llamar a algo bonito lo convertía en ello. Lo había observado en la manera en que la Iglesia hablaba sobre el matrimonio como una institución sagrada y en las pegatinas de un hombre + una mujer que llevaba la gente en los parachoques de sus coches; las mismas que mi padre le entregaba a cualquiera que pasase por el departamento de atención al cliente de su concesionario.

Llamar a algo feo tenía un efecto similar. Esa lección la aprendí, sobre todo, con el sonido de mi madre al vomitar la noche que me llevó a casa. Yo era gay, me habían llamado tal cosa; un hecho que, una vez ingerido, debía ser inmediatamente expulsado.

Mi padre y yo nos quedamos sentados en silencio durante unos segundos más.

—No vamos a hablar más de tu situación —dijo—. No hasta que sepamos algo más.

Me preguntaba si mis padres habrían concertado una cita con un psicólogo.

Si estarían esperando para contármelo tras la visita a la cárcel. Por muy irracional que me pareciera, incluso en aquel momento, estaba seguro de que la visita a aquel lugar era una prueba. Una prueba de convicción, de coraje, del amor que sentía por mi familia.

Sin alterarse, mi padre abrió la guantera y sacó una bolsa enorme de M&M's de cacahuete. Me pareció mágico ese gesto. Un segundo antes, todo lo que había a nuestro alrededor era cuero marrón, el plástico oscuro del salpicadero y los colores oscuros de nuestra ropa, y de repente ahí estaba la bolsa de chucherías de color amarillo intenso, reflejando la luz del sol, en las manos de mi padre.

—Cógela —dijo, lanzándome la bolsa.

Alcé las manos con torpeza para intentar atraparla sin ningún éxito, y la bolsa aterrizó en mi regazo con el sonido de cientos de canicas chocándose entre ellas.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—M&M's.

Me pasé la bolsa amarilla de una mano a otra, haciendo malabares.

—Quería decir que por qué los tienes.

—Esto es lo que vas a hacer —dijo mi padre, abriendo la puerta del conductor, dejando que una ráfaga de aire demasiado caliente para la estación en la que estábamos inundara el interior de la camioneta—. Vas a darle un puñado de M&M's a cualquier preso que sea capaz de recitar al menos dos versículos de la Biblia.

—¿Ese es el plan? —pregunté—. ¿Dar caramelos?

—Unos pocos caramelos pueden parecerle una tontería a ti, pero estos presos no tienen casi nada. Les encanta que les visite.

Los congregantes de la iglesia solían decir que los planes de mi padre eran muy acertados, y con razón: nunca eran lo que esperabas oír, siempre te pillaban desprevenido, se acercaban a lo absurdo lo suficiente como para hacerte sentir un escalofrío en el estómago y te hacían cuestionarte lo que sucedería a continuación. Aunque sentía que ya era muy mayor para las tácticas de mi padre, tenía que admitir que solían ser bastante ingeniosas, de una manera peculiar. Comprendía lo que la gente quería y había aprendido a basar su trabajo de misionero en eso.

Aunque no se lo había preguntado, me podía imaginar cuál era el

razonamiento de mi padre: darle a los presos algo que ansiaban, algo por lo que trabajar durante toda la semana, para luego conducirlos hacia un entendimiento más profundo de las Escrituras, haciendo que sus cuerpos les cedieran el paso a sus almas. Era una versión de lo que Jesús había llevado a cabo en Betsaida, al transformar siete panes y unos cuantos peces en comida suficiente para alimentar a cinco mil hombres. El milagro de mi padre sería, al igual que el de Jesús, uno de aumento: unos cuantos M&M's de cacahuete plantados como semillas en el estómago de esos hombres y estarían satisfechos con la sorpresa de ese sabor casi olvidado. Entonces, y solo entonces, estarían preparados para recibir el cuerpo de Cristo.

Ese sistema de recompensas había funcionado conmigo cuando era pequeño. En el campamento religioso, solía recitar los libros de la Biblia en orden —Deuteronomio, Josué, Jueces—, sintiendo el peso y la rareza de los nombres en la lengua y evocando imágenes de pergaminos polvorientos y hombres con barbas sentados en tronos dorados. Me había aprendido tantos nombres como había podido, ya que sabía que nuestro pastor me recompensaría después con caramelos. «Dejad que los niños vengan a mí», decía la Biblia. Una vez oí a mi padre decir que los presos son, en muchos aspectos, como niños pequeños a quienes habían pillado con tarros de caramelos en las manos, y que todos éramos como niños pequeños, perdidos hasta encontrar a Jesús. Y ahora íbamos a enseñarles a los presos que las recompensas de caramelos, y finalmente del cielo, llegarían solo tras la debida diligencia. «Tenemos que apelar a sus instintos más bajos —decía mi padre—, antes de pasar a los altos».

Durante el año anterior, mi padre había aprendido a no darle a los presos nada que no fueran productos industriales. Más adelante me contó que una vez había llenado un bidón de agua con uvas y hielo y había repartido, a través de los barrotos, racimos que aún goteaban; después, descubrió que los presos habían intentado hacer licor casero, rellenando bolsas herméticas con el zumo de las uvas y pedazos de pan duro, y colocándolas bajo las literas para dejarlas fermentar.

Por las noches, tumbado en la cama, me imaginaba a aquellos hombres reunidos alrededor de las bolsitas, susurrando con delicadeza y acariciando el plástico frío con sus dedos callosos. Me los imaginaba a todos con los brazos tatuados, cogiéndose de los hombros los unos a los otros, comportándose de

manera tierna y dulce cuando nadie les miraba. Me imaginaba a mí con ellos, tras los barrotos, metiéndome en sus literas, agarrando el plástico por la base y bebiéndome su vino caliente. Entonces, un aluvión de culpa comenzaba a inundarme el pecho y cada vez me costaba más respirar. Intentaba suprimir el pensamiento, cerraba los ojos con tanta fuerza que empezaba a ver puntos naranjas por todos lados. Las imágenes comenzaban a desvanecerse, a desaparecer tras un muro de puntos que revoloteaban; dejaban de parecerme algo bonito.

Antes de acceder a ir a la cárcel, no le había preguntado nada a mi padre sobre lo que ocurría dentro. Solo sabía que tenía que seguirle, esforzarme al máximo, por él y por Dios, hacer lo que fuera para que estar a la altura a ojos de ambos.

A los nueve años, viendo la versión de Disney de *Peter Pan*, me quedé absorto ante la televisión del salón observando cómo Peter se desprendía de su sombra; y era esa sensación de asombro a la que debía volver a los dieciocho, al convertirme en sombra, coserme a la planta de los pies de mi padre hasta que ya no hubiera peligro de acabar perdido o pisoteado. Había madurado tanto durante aquel primer semestre de universidad, había pasado por tanto, que la idea de volver a la juventud eterna, de convertirme en niño de nuevo a los ojos de Dios, me parecía algo imposible. Estaba en un territorio nuevo, pero, a diferencia de Peter, ese territorio me había cambiado por completo, me había convertido en un extraño en mi propia casa.

Imagino que así fue cómo debió sentirse el chico de David justo después de la violación: un extraño para sí mismo y para los de su alrededor. Y me preguntaba si habría encontrado a alguien que le condujera hacia la salida del laberinto en el que David le había dejado, destrozado. Esperaba que sí. En mi subconsciente, ese chico sin nombre se había convertido de alguna manera en Brandon. Tenía pesadillas sobre aquello, momentos de transfiguración en los que el chico se levantaba de un montón de sábanas sucias y caminaba por el sótano de Chloe hasta el borde de mi saco de dormir. El sonido de los pies contra el frío pavimento. Y bajo la luz azul de la televisión, sus rasgos se convertían en los de Brandon, y me preguntaba si de verdad quería ser gay, y al ver que no contestaba, me preguntaba si de verdad quería suicidarme, y al ver que seguía sin contestar, se tumbaba junto a mí en el saco de dormir,

clavándome la mirada como Janet Leigh en *Psicosis*, hasta que el sueño terminaba.

A pesar de esos sueños, no llegué a llamar a Brandon para comprobar que estuviera bien, demasiado asustado de oír algo que no quería oír, nada preparado para lo que dijera Chloe si contestaba ella al teléfono. Aún no había hablado con Chloe desde que cortamos la comunicación, y no quería que me juzgara cuando descubriera por lo que estaba pasando. ¿Cómo podía explicarle una situación que, a todos los efectos, no existía?

En el viaje de ida a la cárcel, cada vez que la camioneta tomaba una curva, me había mentalizado para ver aparecer a David de repente. Sabía que era algo irracional, que no había ninguna razón por la que David pudiera estar en esas carreteras, pero la sola mención de su nombre tenía el poder de conjurarlo. Había observado con atención cada uno de los vehículos que habíamos dejado atrás, en busca de su rostro, pasando los ojos rápidamente de un pasajero a otro para no tener que aguantar el contacto visual prolongado. Teniendo en cuenta mi situación, sin embargo, la cárcel parecía el sitio más seguro para evitarle. Ya había asumido que nadie iba a castigarle por lo que había hecho. La pastora presbiteriana de nuestra universidad me había aconsejado mantener la cabeza gacha y evitar los escándalos, ya que sería mi palabra contra la suya.

Mantener la cabeza gacha era lo que David me había enseñado mejor, pero eran los demás —a los que se lo conté más tarde— los que insistieron en que reajustara mi columna vertebral para siempre. Lo que David nos había hecho, a ese chico y a mí, era invisible, algo sobre lo que la gente de mi alrededor ni siquiera quería discutir. Al asumir el poder de la invisibilidad, también había renunciado a tener voz.

—No tengas miedo —me dijo mi padre, observándome—. Son hombres normales. Solo que a estos les atraparon.

Nos bajamos de la furgoneta. Yo sujetaba la bolsa de M&M's con fuerza.

—No tengo miedo —respondí con la voz entrecortada. «Mie-do».

Mi padre apretó el botón de las llaves, y la furgoneta pitó a la vez que se encendieron los inútiles faros. Se había vestido menos elegante que de costumbre para la ocasión, con unos vaqueros pálidos, unas zapatillas blancas y una camisa de color azul oscuro desabrochada. La brisa que se escapaba de

las montañas que teníamos a las espaldas le despeinaba de vez en cuando el pelo, cada vez más gris. Puesto que muchos de los presos eran pobres y no muy afortunados, mi padre no quería vestir prendas que fueran muy caras y causar una mala impresión. No era un estafador como Jim Bakker. No quería su dinero. Quería que sus almas llegaran sanas y salvas al cielo.

Yo caminaba a su lado con una camiseta negra de *The Legend of Zelda*, unos vaqueros desgastados y unas chanclas. Me había olvidado de esa camiseta y la había encontrado la noche anterior, al fondo de mi antigua cómoda, después de un viaje de dos horas desde la universidad a casa. Pese a que llevaba más de un año sin tocar un solo videojuego, *Zelda* parecía una opción adecuada. Link, el silencioso protagonista del juego, era un experto en entrar en mazmorras y resolver puzzles. Le necesitaba más que nunca.

Seguí a mi padre por el asfalto negro. Cuando la sombra de la cárcel empezó a cubrirnos, mi padre giró su reloj de plata hasta que la superficie de cristal brilló sobre él. Una media luna blanca le ardía en la mejilla.

—Salvaje ya debería haber llegado —dijo, mientras la media luna se deslizaba por el hoyuelo de la barbilla.

Salvaje era el apodo que le había dado mi padre a Jeff, un hombre que le limpiaba los coches a tiempo completo y que también formaba parte del grupo de oración de mi padre. Yo había trabajado con él durante todos los veranos desde que mi padre se había hecho cargo del concesionario. Había aprendido a limpiar exhaustivamente coches gracias a él. Me enseñó a percatarme incluso de los detalles más pequeñas de los coches usados: el hueco polvoriento entre el velocímetro y su cubierta de cristal, las zanjas llenas de migas que había entre los asientos delanteros y la consola central, el forro interno pegajoso de los bolsillos de los asientos traseros. Me enseñó que los detalles eran lo que más importaba. La gente quería creer que alguien prestaba atención, que alguien se preocupaba lo bastante como para buscar a fondo.

Cuando mi padre le conoció, Salvaje llevaba el pelo largo, grasiento y repeinado hacia atrás, como un roedor, y arrastraba las palabras al hablar. Después de que mi padre le condujera hasta el Señor, arrodillándose junto a él en su despacho, se le había quedado el nombre como una especie de mote irónico. Salvaje tenía ya poco de salvaje.

Formábamos un buen equipo. Cuando trabajábamos juntos, él se encargaba de los productos químicos mientras que yo me encargaba de la máquina de

lavado a presión. Si nos encontrábamos con una mancha imposible, los dos nos turnábamos para frotarla con un trapo, siguiendo la tarea donde el otro lo había dejado. Sin embargo, al contrario que yo, Salvaje había conseguido *limpiarse* a sí mismo, había conseguido hacer uso de sus habilidades para reprimir su pasado, fuera cual fuera. Había encontrado la manera de salir de la oscuridad —se había cortado el pelo, se había cubierto los tatuajes con camisetas de manga larga y había aprendido a pronunciar con normalidad—, y eso le había llevado a enseñarle a los presos a seguir su mismo camino.

Llegó unos pocos minutos después, con el pelo corto, peinado hacia un lado y cubierto de una generosa cantidad de gomina.

—Perdón por llegar tarde —dijo con la respiración entrecortada y el rostro cubierto de sudor—. He tenido que volver a por mi Biblia.

Alzó una Biblia del Rey Jacobo y se abanicó la cara con ella. No iba a ninguna parte sin ella. Un cristiano converso «con hambre de la palabra de Dios», como solía decir mi padre. Por lo que parecía, él no sabía nada de mi situación. Mi padre pareció confirmarlo con una mirada que decía: «Puede que estés aquí por tu pecado, pero no hace falta que lo reconozcas, no hace falta que nadie más conozca nuestra vergüenza».

—Dios no ha perdido el tiempo esta mañana —dijo Salvaje. Estiró el cuello para mirar hacia el cielo y la nuez se le pronunció—. Al final ha quedado un buen día.

Seguí su mirada. Un conjunto de cirros se dividía sobre los picos de las montañas y caía con pereza por la troposfera. Era uno de esos días en los que la oscuridad del espacio parecía presionar con más fuerza sobre la atmósfera, dándole al cielo una saturación más intensa, imperceptible a la vista hasta que el ojo decidía revelar su profundidad.

—Esa es la visión de Dios descansando —dijo mi padre—. Al llegar el séptimo día, Dios descansó.

—Nosotros no descansamos —añadió Salvaje, señalando hacia la entrada de la prisión—. Dios creó el mundo y ahora nosotros debemos asegurarnos de no arruinarlo con nuestros pecados.

Los tres caminamos hasta la puerta metálica. Mi padre apretó un pequeño botón rojo en el centro de una caja de metal y anunció su llegada. Se volvió hacia nosotros y carraspeó.

—¿Preparados para salvar algunas almas? —preguntó.

—Llevo toda la mañana esperando —respondió Salvaje.

De algún lugar sobre nuestras cabezas, provino el sonido de una cámara que se giraba hacia nosotros. Los tres alzamos la mirada y vimos que la lente hacía *zoom*. Desde aquel ángulo tan alto, nuestras caras debían de formar un triángulo, y la mía era el vértice inferior.

La puerta vibró con un zumbido como el de los pulsadores de los concursos de la tele. Mi padre la empujó. Le seguí a él y a Salvaje adentro de la antesala. Sentí el impacto del aire acondicionado sobre la piel y esperamos a que la otra puerta se abriera con otro zumbido. Nos quedamos de pie en un compartimento estrecho que parecía un ascensor con una ventana pequeña que daba a una recepción vacía.

—Solo para asegurarnos de que estamos de acuerdo —anunció mi padre. Su voz sonó con un eco repentino—. ¿Cuál es el único versículo con el que los presos no pueden conseguir caramelos?

Erguí los hombros. Aquella vez no dudé.

—Juan 11:35.

Era un versículo que todo niño bautista misionero devoto había intentado «memorizar» en al menos una ocasión, normalmente cuando le pedían por primera vez que recitara algo en la escuela bíblica de vacaciones, y normalmente porque era muy corto. Mi padre no quería que los presos se quedaran cortos con la lectura de la Biblia estudiándose tan solo un versículo; quería que les entrara en la cabeza tantas palabras de Dios como fuera posible. «Jesús lloró»: dos simples palabras que me habían atormentado. No había vuelto a llorar desde la noche en que mi madre vino a recogerme al campus, desde que había visto los cables de alta tensión descender y elevarse entre las estrellas tenues, pensando únicamente en qué diría mi padre cuando lo descubriera. Los cables conectaban constelaciones cuyos nombres desconocía. No tenía intención de volver a llorar en mucho tiempo. Cuando veía a un hombre llorar en la iglesia, me daba la impresión de que estaba a punto de arrancarse la piel de la cara, despellejársela para que todo el mundo pudiera ver una segunda versión de él, una versión secreta. Durante las semanas que pasaron después de mi violación, cada vez que pensaba en llorar, me pellizcaba muy fuerte para centrarme en ese dolor en su lugar. No iba a darle a nadie otra oportunidad de ver mi debilidad.

Mi padre se giró hacia mí. En sus ojos castaños se reflejaban los destellos

verdes de los fluorescentes. La puerta de delante se abrió con un zumbido, pero él no se movió.

—Exacto —respondió, levantando la mano para darme una palmada en la espalda. Me encogí involuntariamente y su mano se congeló.

—Exacto —repitió, y abrió la puerta.

Salvaje y yo caminamos con él hasta el mostrador. Un agente de policía que tenía un cigarro masticado en la comisura de la boca asintió con la cabeza hacia nosotros y nos abrió la puerta siguiente con otro timbre. Se trataba de una pequeña cárcel en un pequeño pueblo de Ozark, así que los guardias conocían bien a mi padre. No necesitaba enseñarles ninguna identificación, no le cacheaban.

—Aseguraos de manteneros al menos a metro y medio de las celdas —dijo mi padre—. Y no hagáis caso si algunos os insultan.

Me hizo un gesto para que entrara primero. Yo asentí. Quería demostrarle que era tan valiente como él. Quería demostrarle que podía cambiar. «Abre las puertas y verás a la multitud».

El pasillo estaba oscuro. Estaba oscuro, pero eso podía deberse simplemente a que veníamos de estar bajo la luz del sol. Unos puntos de luz de neón se arremolinaron formando un arco frente a mí y pasaron por los bordes de las celdas sombrías. «Fosfenos», los había llamado mi profesora de biología cuando me dormí en su clase. «¿Has disfrutado de la visita de los fosfenos?». La noche en que David me obligó a meterme en su cama, vi cientos de ellos, remolinos de color rosa, amarillo y naranja que se deslizaban como patinadores artísticos bajo mis párpados. «A veces a eso se le denomina “cine del preso”», prosiguió la profesora de biología. Un fenómeno que se asociaba con quedarse mirando una pared blanca durante horas; en mi caso, mirando la pared blanca de mi dormitorio con unas tijeras en la mano, esperando a que apareciera una solución de la nada, que Dios escribiera la respuesta con su mano sin cuerpo como había hecho con el rey Baltasar en el Antiguo Testamento.

Permanecí pegado a la pared, con el hombro entrando y saliendo de los huecos que había entre los bloques de hormigón blanco. En ocasiones distinguía el destello de un rostro sonriente entre los oscuros barrotes de metal. Ninguno de los presos pareció inmutarse. Ninguno de ellos pronunció

una sola palabra, a excepción de algún «Hola» o un «Me alegro de verte» esporádico. Mantuve las manos, llenas de caramelos, lejos de ellos, por miedo a que se lanzaran contra los barrotos, aunque todos parecían excesivamente educados.

Oía el eco que producían las pisadas de mi padre detrás de mí, pero no me di la vuelta, preocupado de que detectara el miedo en mi mirada. El fin de semana anterior, cuando había ido a verle al concesionario, mi padre había levantado el puño para pegarme, momento en que el miedo que compartíamos por mi sexualidad se había encontrado por primera vez. Yo había hecho una especie de broma en la sala de exposición mientras todos miraban, algo sobre que él no quería parecer débil delante de sus clientes, algo que no había sido capaz de recordar cuando me llevó a su despacho y me amenazó con el puño. Un segundo después, su rostro se había llenado de terror al comprender lo que estaba haciendo, lo que su padre le había hecho antes a él; relajó el puño y se disculpó, mirando hacia la alfombra todo el tiempo. «Hazlo —pensé—. Hazlo y tendré carta blanca. Hazlo y ya no tendré que quererte». Pero no hizo nada. Se le formó una lagrima en el rabillo del ojo, descendió por la mejilla hasta llegar al hoyuelo de la barbilla, y ahí quedó todo. No sabría decir si la lágrima era por su hijo gay o por sí mismo. Casi me sentía agradecido de que no hubiera roto a llorar.

«Ya se nos ocurrirá algo —dijo con la voz trémula—. Te llevaremos a un especialista».

Me recordé a mí mismo que mi padre no sería capaz de ponerme en peligro a propósito —que, a pesar de todo, había decidido bajar el puño— y me tranquilicé un poco en aquel pasillo sombrío. Mi padre era la clase de persona que sabías que actuaría de inmediato en caso de que surgiera una emergencia. Cuando yo era más joven, él inspeccionaba todas y cada una de las atracciones de la feria del condado antes de que me dejara montarme en ellas. Mientras me columpiaba en una de las sillas giratorias junto a él y daba patadas con la brisa de verano haciéndome cosquillas detrás de las rodillas, miraba su rostro serio como un punto fijo en aquel mundo giratorio, y veía que sus ojos estaban clavados en el perno que había sobre mi cabeza. Siempre parecía estar detrás de mí, cuidándome. La universidad me había alejado de él, de sus enseñanzas y de las de la Iglesia, y por ello me habían castigado con severidad. El perno se había soltado y yo había caído en picado en el sitio

perfecto para que David me acorralara con facilidad.

—Disculpad —dijo el agente de policía del cigarro mordido. Escupió una masa de tabaco en la taza de poliestireno que sujetaba en la mano. Disparados desde sus labios, parecía que lanzara trozos de confeti oscuro. En la otra mano llevaba un gran llavero de metal que parecía acarrear un centenar de llaves. Sus dedos pasaron con rapidez por varias de ellas hasta que encontró la correcta, la metió en la puerta del final del pasillo y abrió la cerradura de golpe.

—Esperad aquí —dijo mi padre, pasando por delante de mí, entrando junto al agente a una zona en la que un gran grupo de presos nos esperaba en una gran celda. Mi padre y el agente de policía entraron antes que Salvaje y que yo para asegurarse de que todo estaba preparado para el servicio. Cada vez que mi padre visitaba a los presos, necesitaba al menos diez minutos para que se calmaran; les pedía que bajaran el volumen del televisor que había colgado de una esquina del techo y que dejaran de insultarse.

A través de la puerta abierta, también vi el bloque de celdas de mujeres al otro lado de la sala, donde varias mujeres mayores se apartaron de los barrotes al ver a mi padre pasar, con gestos de vergüenza apoderándose de sus rostros y mechones de pelo largo cayéndoles sin gracia por encima de los hombros.

—Tu viejo también solía predicar a esas mujeres —dijo Salvaje, apoyándose contra la pared.

La puerta se cerró con un gemido frente a nosotros, seguido del sonido del cerrojo.

—¿Qué pasó? —le pregunté—. ¿Por qué dejó de hacerlo?

—Empezaron a hablarle de un modo muy obsceno —respondió—. Le ofrecían favores, ya sabes a qué me refiero.

«No sabes lo que se siente al estar con una mujer».

—¿Y qué hizo al respecto? —inquirí.

—Ya sabes cómo puede ponerse tu padre —contestó Salvaje, echándole un vistazo a la celda que se encontraba en frente de nosotros. El hombre que había dentro no parecía estar escuchando; estaba tumbado y tenía las facciones ocultas por el antebrazo con el que se cubría el rostro. Más tarde descubriría que ese pasillo estaba reservado para algunos de los casos más extremos.

—Después de aquello se esforzó aún más —siguió Salvaje—. Predicó

mejor de lo que le he oído predicar nunca.

—¿Consiguió cambiarlas?

Salvaje negó con la cabeza.

—Las cosas que le dijeron esas mujeres tras aquello... No puedo repetirlas y quedarme con la conciencia tranquila —respondió.

Me preguntaba cuándo le habría contado mi padre todo aquello a Salvaje. ¿Acaso habían compartido miradas de felicidad momentánea, hablando de las mujeres con las que habían estado, de accidentes que habían estado a punto de suceder y de hacerles caer en desgracia? La única vez que mi padre me llevó a un restaurante de la cadena Hooters, más o menos cuando alcancé la pubertad, fui tan servicial con la camarera, a la que no dejé de mirarle los zapatos en ningún momento, que seguro que debió pensar que tenía un fetiche con los pies. «Hay muchas partes que admirar en una mujer», me dijo, como si estuviera hablando de uno de sus bólidos. Nunca volvimos allí.

—Al final se rindió —dijo Salvaje—. A veces no hay forma de curar a las personas.

Meses más tarde, en un acto que sorprendió a nuestra iglesia, mi padre recibió permiso para casar a dos presos que se conocían de antes de haber sido encarcelados, demostrando así que, en cierta medida, todavía podía alcanzar a las mujeres, que esa ceremonia sagrada podía conducir a algunas de ellas hacia el buen camino. De pie, de espaldas a un gran arce, recitó la Primera epístola a los corintios —«El amor es paciente, es bondadoso»—, permitió que los presos celebraran un pequeño banquete en una celda más amplia y organizó una visita conyugal para aquella noche. «El matrimonio no conoce ataduras —parecía decir aquel gesto—, siempre que esté santificado ante los ojos de Dios». La ceremonia le granjeó un mayor respeto del que ya tenía, e inspiró a muchas presas a arrodillarse sobre el suelo de hormigón de las celdas e invitar a Jesús a entrar en sus corazones.

Salvaje hundió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y se sacó de él un montón de folletos de colores. Me dio unos cuantos.

—Ahora a las mujeres solo les damos algunos folletos y confiamos en que aprendan algo del mensaje de Jesucristo.

Me metí la bolsa de M&M's debajo del brazo, cogí la pila de folletos y deslicé el pulgar por las gruesas páginas. La tipografía de color rojo chillón y dorada en Comic Sans destellaba bajo la luz sombría. Pasé las páginas hasta

llegar al final de uno de los folletos, hasta una acuarela de una mansión celestial con una larga calle recta de oro brillante que se extendía frente a ella. «solo hay una forma de entrar en el reino de los cielos —ponía en el folleto—. j-e-s-ú-s».

Había visto esos mismos folletos tirados por casa cada vez que iba, folletos y folletos que cubrían las encimeras, las mesas y las sillas. Cuando me volvía a la universidad, mi padre me suplicaba que me llevara algunos, por si se daba la ocasión de que le pudiera predicar a algún universitario que estuviera perdido. Lo máximo que hice fue dejar algunos de los folletos encima del dispensador de papel del baño de la biblioteca. No obstante, al salir del cubículo, me había imaginado a desconocidos que pasaban las páginas de los folletos, que sus huellas dactilares se juntaban con las mías; me había estremecido al pensar que eso sucedería en sus momentos más vulnerables, con los pantalones hechos un gurrño a la altura de los tobillos. Al igual que mi padre, conocía la tentación. Parecía que la mejor opción, en esos casos, era tirar los folletos y seguir andando. Puede que, con el tiempo suficiente, una solución se presentara por sí sola.

—¿Sabes qué? —dijo Salvaje, pasándose una mano por la melena inexistente, olvidando, como siempre, que la masa de pelo grasienta y enredada ya no le cubría la cabeza—. Deberíamos repartir algunos de estos folletos mientras esperamos a tu padre.

—Me parece bien —respondí, metiéndomelos en el bolsillo. Sentí que las palabras estaban vacías, pero me había comprometido.

—Bien —repitió Salvaje—. Podemos ir en direcciones opuestas, hablar con algunos hombres y encontrarnos aquí de nuevo.

—Bien —respondí.

Se dio la vuelta. Su fe en mí fue inmediata: al fin y al cabo, era hijo de mi padre. Ya me habían allanado el camino, lo habían extendido hasta llegar a los pies del trono dorado de Dios. Salvaje debía de pensar que era yo el que tenía suerte por haberme saltado tantos pasos.

Le observé recorrer el pasillo en dirección a la entrada. Se dirigió hacia otro pasillo adyacente y me quedé solo.

Hojeé las páginas de nuevo hasta el principio del folleto. «¿Estás perdido?», leí. Tenía el dibujo de un chico castaño en mitad de una calle mal iluminada. Apoyado en una farola, a lo lejos, había una figura envuelta en una

capa oscura: el mismísimo Satanás, con una maldad caricaturesca, con un bastón torcido y una cola roja afilada que le asomaba por la parte trasera de la capa. A pesar su aspecto amenazante, Satanás parecía sentirse solo, ahí de pie, sin nadie, en su rincón oscuro y aislado.

Tan solo he pasado un año en toda mi vida en el que no me he sentido solo. Tenía doce años, edad en la que, según los bautistas misioneros, nacería de nuevo; el momento en el que cualquier creyente auténtico acepta a Jesucristo como a su salvador y promete ser cristiano durante el resto de su vida. Pese a que el sentimiento había disminuido desde que era pequeño, todavía sentía el amor universal de Dios emanando de algún lugar profundo del plexo solar. El sentimiento se instaló allí una noche en la que estaba tumbado en la litera de abajo y sentía que no merecía estar vivo. Aquello fue después de que nuestro predicador diera un intenso sermón sobre que los cristianos debíamos humillarnos ante el Señor, que debíamos darnos cuenta de lo malvados y pequeños que éramos desde el momento en que abandonábamos el vientre de nuestras madres. Aquella noche, desde el interior de la cámara de eco vacía de mi mente, un lugar que normalmente dejaba para las reflexiones insignificantes del día, me pregunté: «¿Soy amado?». La respuesta llegó en forma de un calor abrasador que me recorrió el cuerpo entero e hizo que me temblaran las extremidades. En aquel instante, sentí amor por la sensación de las sábanas contra mi espalda. Sentí amor por la frescura de la alfombra bajo los dedos de los pies cuando me levanté de la cama. Sentí amor por cada uno de los rostros que había visto en toda mi vida, cada imperfección, cada línea de expresión. Me cubrí la cara con las manos y lloré de alegría. Al pedir amor, me lo había otorgado a mí mismo y también a los demás. Por aquel entonces, creía que Dios me había concedido aquella habilidad. Sin embargo, a medida que me fui haciendo mayor, a medida que el amor me fue llegando con mayor dificultad, empecé a preguntarme si aquel sentimiento no había sido más que una alucinación. Después de todo, aquello había sido un amor que no había puesto a prueba. El amor, con el paso del tiempo, podía florecer o marchitarse, convertirse en una fuente de maravillas o en el recuerdo del dolor.

Alcé la vista para mirar al preso que tenía frente a mí, sentado en su litera.

Me estaba observando. Debía de haber estado escuchándonos todo el tiempo. Era mayor, el pelo gris le rodeaba las orejas. Tenía líneas de expresión con formas de medias lunas marcadas alrededor de los ojos y los largos brazos le caían entre las rodillas como si fueran sarmientos flácidos.

—Hola —le saludé—. ¿Cómo te llamas?

El hombre cabeceó, aún con los ojos clavados en mí. Intenté no recorrer sus brazos con la mirada, intenté no fijarme en el ligero bulto que tenía entre las piernas. Sentado en la cama de aquella forma, todo me resultaba demasiado familiar. Sentí cómo algo se me volcaba en el pecho, una bolsa oculta de rabia de la que me había olvidado.

—¿De dónde eres? —le pregunté. Era una pregunta estúpida. Todos los presos venían de la ciudad. La mayoría de ellos habían nacido y se habían criado allí.

El hombre tosió, parpadeando.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó con una voz carrasposa—. ¿Caramelos?

—Sí —respondí, sosteniendo la bolsa de M&M's delante de mí. Las pequeñas esferas se deslizaron hacia un lado—, pero también tengo esto. —Metí la mano en el bolsillo de los pantalones y saqué una pila de folletos arrugados. Di un paso al frente, sosteniéndolos para que el hombre los examinara. No llegué a tocar los barrotos, asustado de que se vinieran abajo ante la más mínima presión.

Sus ojos pasaron de mis manos a la cara, de un lado a otro, como si intentara decidir cuál era más peligroso. Cruzamos una mirada de temor. Mientras sus ojos seguían observándome, pensé en todas las puertas que le impedían contemplar la vista de los montes Ozark, las puertas que le impedían ver cómo la niebla se alzaba por encima de los picos cada mañana, formando lazos de color rosa. No me extrañaba que los folletos de mi padre funcionaran tan bien, sus calles luminosas eran el sueño estilizado del mundo exterior.

—Sé lo que son —respondió al fin el hombre—. Tu padre lleva años intentando darme uno de esos.

—Ah —respondí. Aparté la mirada, que volvió de nuevo hacia la litera. No podía evitarlo.

—Tu padre se pone muy raro con esas cosas —respondió. Se produjo una pequeña pausa—. Si cojo uno, ¿me darás los M&M's?

Mis ojos se acostumbraron a la poca luz que había. Empezaba a

vislumbrar el pobre intento del hombre de decorar su celda: unos cuantos dibujos pintados con cera magenta en la pared que parecían hechos por la mano de un niño, un calendario desgastado abierto por un mes diferente al que nos encontrábamos y un fajo de cartas en la esquina del escritorio. A diferencia de la celda grande en la que mi padre y yo repartiríamos caramelos después, allí no había televisión que pudiera distraerle. Tal vez había cometido algún acto violento. A lo mejor había matado a un hombre o abusado de una mujer.

—Si eres capaz de recitar dos versículos de la Biblia te doy un puñado —le respondí.

Las líneas de expresión se le marcaron más aún. Sus ojos retrocedieron bajo el ceño fruncido.

—No tengo ninguna Biblia —contestó.

—Seguro que mi padre tiene alguna en la habitación de al lado —le dije—. Puedo ir corriendo a cogerte una y así puedes buscar un par de versículos cortos. Será sencillo.

—¿Y si te digo que no sé leer?

Me quedé mirando las cartas que tenía sobre el escritorio. ¿Le pedía a alguien que se las leyera o era solo que me estaba mintiendo y ni siquiera se preocupaba por disimularlo?

—A lo mejor podría leértelos —respondí—, y tú podrías repetirlos.

—¿Y si te digo que tengo muy mala memoria?

Se me cerró la garganta. Cerré los ojos. «Palma izquierda hacia arriba. Respira. Gira la mano hacia abajo». El hombre seguía mirándome desde su litera. «Respira». Lo único que tenía que hacer era darle un folleto al hombre y marcharme. Era lo mínimo que podía hacer. «No te digas a ti mismo “gira la mano izquierda”. La consciencia lo es todo».

—¿Por qué no te quedas un folleto y hablamos la semana que viene? —le dije.

—No —respondió el hombre. La palabra fue más fuerte que el acero que se interponía entre nosotros. No quise seguir presionándolo.

Lo había hecho lo mejor que había podido. Cuando mi padre volvió a los pocos minutos, oculté mi fracaso con una sonrisa.

A veces olvidaba detalles de la noche en que mi padre me dio el ultimátum. El recuerdo se esfumaba y regresaba en los momentos más inesperados. Mientras esperaba en el pasillo de la cárcel a que mi padre volviera, con los folletos pegados a las manos por el sudor, mirando el hormigón desnudo que había sobre la puerta de salida, me acordé del peor momento de aquella noche.

Ocurrió después de las doce. Iba hacia la cocina a por un vaso de agua. Me había detenido frente a la luz que salía de la puerta entrecerrada del dormitorio de mi padre.

—¿Y si buscamos un médico? —susurró mi madre, sujetando el auricular del teléfono inalámbrico. Mi padre estaba sentado a su lado, al borde de la cama, mirando la alfombra. No tenía ni idea de quién podía estar al otro lado de la línea, con quién podían estar hablando sobre mí.

—¿Crees que podrían ser las hormonas? —preguntó mi madre.

—No pueden ser las hormonas —respondió mi padre—. El chico no necesita ningún médico. Necesita leer más la Biblia.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó mi madre, cubriendo el auricular—. ¿Cómo sabes qué es lo que necesita? Es posible que necesite un médico.

Mi madre levantó la mirada en aquel momento. No sé si me vio, pero se echó hacia el otro lado de la cama, fuera de mi rango de visión.

Caminé hasta la cocina y observé la luna creciente desde la ventana, y su reflejo que se extendía sobre las leves ondas del lago, nada preparado para lo que estaba por venir.

Después de la cárcel, tras alejarme de aquel pagano y recorrer los pasillos con la bolsa de M&M's aún sin abrir, empecé a esperar con ansia la visita al médico de la que había escuchado hablar a mis padres. Pese a que no tenía ni idea de qué iba a hacer el médico para ayudarme, y pese a que no le pregunté a mis padres si habían pedido cita, confiaba en que esta prueba fuera más fácil que a las que me había enfrentado hasta ahora. Me empezó a atraer la idea del pinchazo de una aguja, de la sangre recorriendo viales etiquetados, de cualquier cosa concreta que me dijera qué era lo que me pasaba o por qué no era capaz de realizar las tareas que creía que eran las más sencillas: un simple intercambio de una mano a otra, el paso de la palabra de Jesús entre dos personas. Tal vez mi madre había estado en lo cierto. Tal vez mis hormonas no

estaban bien. Tal vez mis hormonas me hacían menos hombre. Había fracasado en la prueba de mi padre en la cárcel, pese a que no me había preguntado por los folletos, pese a que no estaba seguro de que ninguno de los dos supiéramos a qué se asemejaba un aprobado. A lo mejor se parecía al rostro sonriente con el que volvió Salvaje, con las manos vacías pero armado con historias sobre los hombres que habían aceptado coger los folletos con educación, diciéndole que leerían las palabras antes de su próxima visita. No había descubierto nada que no supiera antes de mi visita a la cárcel.

Pasó una semana. Mis padres vinieron a visitarme a la universidad con el hermano Stevens, para analizar la posibilidad de que hubiera una cura para mi trastorno. El hermano Stevens sabía sorprendentemente poco sobre los métodos de Love in Action, pero parecía creer que era la mejor de este tipo de instituciones. Una organización global exgay, Exodus International, se la había recomendado a él, y con la aprobación del grupo cristiano fundamentalista Enfoque a la Familia, mis padres ya estaban convencidos. LIA era el centro de terapia exgay con régimen de internado más antiguo y grande del país. Si ellos no podían volverme heterosexual, nadie podría hacerlo.

Con el propósito de prepararme para la terapia exgay, LIA quería que acudiera a unas sesiones introductorias con un terapeuta aprobado por su personal. Mi madre me llevó en coche a Memphis a principios de las vacaciones de Acción de Gracias para una de esas sesiones. El despacho del terapeuta estaba junto a LIA, pero no se nos permitía entrar en las instalaciones de LIA hasta que hubiera terminado un proceso de solicitud de admisión que tardaría meses en aprobarse. En el despacho del terapeuta, confesé lo que más tarde comprendería que había sido mi primer Inventario Moral, detallando mi atracción por el mismo sexo con un lenguaje poco preciso y desexualizado, dejando a un lado todo lo que tenía que ver con David, pero incluyendo todas las fantasías que pudiera recordar. Cuando el terapeuta me preguntó si había tenido alguna pareja, le hablé de Chloe y de la culpa que sentía por haberle mentado por omisión.

—Podría haberte ayudado a atravesar tus problemas —me dijo el terapeuta—. Si le hubieras contado la verdad y los dos os hubierais confesado ante Dios, tal vez habríais tenido un futuro juntos.

No pude responder. Quise hablarle de la presión que sentía, de que Chloe

y yo casi habíamos tenido sexo con el fin de curar mi enfermedad, pero tenía miedo de que siguiera diciéndome todo lo que había hecho mal. Dejé de hablar, y el terapeuta aprovechó la oportunidad para sermonearme sobre la necesidad del arrepentimiento sincero. Cuando se acabó el tiempo, mi madre le preguntó si podía hablar a solas con él, y cuando salió del despacho tenía los ojos llorosos y enrojecidos. Sabía que el terapeuta había dicho algo, y ese algo había terminado de convencerla.

Cuando volvimos al coche me dijo:

—Lo haremos poco a poco. Vamos a probar todas las opciones.

No volvimos a hablar en todo el trayecto hasta casa.

El último domingo de las vacaciones de Acción de Gracias, mi padre estaba de un humor extraño. Bien entrada la mañana, seguía sentado en su butaca reclinable de cuero, con unos calzoncillos de camuflaje y una camiseta blanca con cuello de pico, y con una de sus piernas pálidas apoyadas sobre la mesa de centro de cristal. Sus ojos apuntaban hacia el televisor, donde a un joven Clint Eastwood se le marcaban las patas de gallo al entornar los ojos frente a un paisaje desértico mientras se preparaba para partir hacia lo desconocido. Clint siempre era el francotirador, y nunca fallaba el tiro. Se le veía en los ojos.

Rocé a mi padre cuando fui a coger las llaves del coche de la mesa. Aunque ya no tenía que encargarme del proyector, a menudo salía antes de casa para despejarme antes del servicio.

—No le teme a nada —dijo mi padre.

—¿Qué?

—Clint —respondió—. Se mete justo en la línea de fuego.

Dos semanas antes, en la cárcel, mi padre había predicado sobre la importancia de la valentía. Los hombres de verdad, había dicho, no tenían miedo a mostrar sus emociones. Los hombres de verdad seguían a Jesús. Sentado a su lado, pasando los M&M's a través de los barrotes, pensé: «Jesús lloró». El único versículo que les había dicho que no memorizaran pese a que hubiera sido muy apropiado para su sermón. A primera vista, era un versículo simple, pero era tan difícil de interpretar como cualquier otro.

—Es probable que sepamos algo de la doctora esta semana —me dijo—. No te preocupes.

Me dirigí a la cocina, donde encontré a mi madre barriendo las baldosas de al lado de la puerta.

—Hola, cielo —me saludó—. Va, pasa.

No podía marcharme sin preguntarle qué quería decir mi padre con lo de la doctora.

—¿Qué es lo que sabremos a final de semana? —pregunté.

Dejó de barrer y levantó la vista.

—La doctora Julie te va a hacer algunas pruebas durante las vacaciones de Navidad —respondió—. Algo de los niveles de testosterona. Y ya veremos a partir de ahí.

La doctora Julie era la médica de familia, una mujer a la que había visitado durante los últimos cinco años. Siempre sabía cómo hacerme sentir cómodo cuando leía mi historial, recitando casualmente su letanía de causa y efecto. Me sentí mejor al saber que ese «algo», al menos, lo iba a llevar a cabo ella.

Aquella mañana salí de la casa en un estado de estupor. Casi no me di cuenta de cuando mis padres entraron en la iglesia. No escuché casi nada del mensaje del hermano Stevens.

Y cuando conduje de nuevo hasta la universidad por la tarde, con el estómago lleno de asado, puré de patatas y salsa de la comida que había organizado la iglesia, y con los montes Ozark hundiéndose hasta convertirse en una llanura a ambos lados de la carretera, casi ni vi el borrón de color castaño que se había abierto paso por la fila de pinos y se cruzó como un punto de luz oscura. Me pilló de improviso, pero el impacto no llegó. Tan solo un segundo antes, la cierva me habría lanzado dando vueltas contra el muro de granito que flanqueaba la carretera. Aun así, la imagen residual se mantuvo durante un rato: la cierva titubeante, con una pata cerniéndose sobre el asfalto cruel; un animal perdido alejándose de su hábitat natural, asustado de adonde le habían llevado sus pasos.

II

Fuera del contexto de una guerra política entre fe y razón, se podrían establecer acuerdos con más matices sin riesgos.

Jennifer Michael Hecht, *Doubt*

En sí mismas las reglas están vacías, violentas, sin ultimar; son impersonales y se pueden modificar para cualquier fin. Los avances de la historia pertenecen a aquellos capaces de aprovechar esas reglas, sustituir a aquellos que las han utilizado y camuflarse para perfeccionarlas, invertir su significado y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto en un principio.

Michel Foucault, *Language, Counter-Memory, Practice*

LOS DETALLES MÁS INSIGNIFICANTES

Las vacaciones de Acción de Gracias habían terminado, yo había vuelto a la universidad y mi madre se había pasado la tarde fregando platos. Acababa de llegar el correo, pero le daba miedo comprobar los sobres. Gracias a una llamada que había hecho el hermano Stevens de parte de mis padres, esperaban que cualquier día de esos llegara una respuesta de Love in Action. También habían concertado una cita con la doctora Julie; sería durante las vacaciones de Navidad y comprobaría mis niveles de testosterona. Estaban haciendo todo lo posible para curarme, pero mi madre tenía la impresión de que todo iba demasiado deprisa. Unos pocos meses atrás, ella no tenía ni idea de que me estuviera pasando nada. Medio año atrás, parecía que su único hijo había encontrado a la chica de sus sueños. Deseaba poder frenarlo todo, tener un momento para respirar, para pensar con mayor claridad. El hermano Stevens lo había puesto todo en marcha demasiado rápido. Les había dicho a mis padres que necesitaban actuar con rapidez; de lo contrario, existía la posibilidad de que cayera en un pecado aún mayor mientras estaba en la universidad.

Mi madre dejó las manos al aire para que se le secaran. Inspiró profundamente y se dirigió hacia la pila de sobres. Fue pasándolos hasta que encontró el de LIA. Lo abrió rompiendo el sobre y sacó un folleto de papel brillante, con el pulgar, aún húmedo, colocado sobre la mandíbula recién afeitada de un chico de aspecto familiar. Cuando lo apartó, el rostro del chico apareció deformado. Los colores se habían desteñido. El cuello se le había ondulado y llenado de bultos. La nariz era el doble de grande. Pero sus ojos aún eran verdes e inquietantes.

—Lo primero que me llamó la atención fueron los ojos —me contará más tarde, nueve años después de mi estancia en LIA. Pasarán nueve años antes de que ambos nos sintamos lo bastante seguros como para repasar todos los recuerdos, en busca de todo lo que decidimos dejar atrás. Pasarán nueve años antes de que podamos hablar de lo que sucedió sin que entremos en espirales de culpabilidad y duda. Ella se quedará mirando la grabadora negra que hay entre nosotros y me pedirá que la comprenda, que grabe sus palabras; yo me sentaré en el extremo opuesto de la mesa, con las manos en el regazo, pensando: «No habrá nada más incómodo que esto». Me obligaré a escuchar su versión de la historia, a escuchar su voz entre el zumbido que producen los dolorosos recuerdos que creía haber enterrado para siempre.

—Tenía los ojos tan tristes —me dirá—. Era como si me estuvieran pidiendo ayuda.

—Tómate el tiempo que necesites —le diré.

—Quería salvar al chico de la fotografía. Quería salvarte. Pero no sabía cómo hacerlo.

Todos esos años atrás, ahí de pie en la cocina, en lo que debería haber sido una tarde normal, a mi madre le había parecido que los ojos atrapados de aquel chico eran sus ojos de verdad, capaces de ver más allá del marco rojo que rodeaba su retrato. Los ojos de su alma, un Dorian Gray a la inversa: unos ojos que se tornaban más amables, en vez de más siniestros, cuanto más tiempo se quedaba mirándolos. Durante los meses previos a LIA, ella se había leído *El retrato de Dorian Gray*, ya que yo se lo había pedido tras haber encontrado por primera vez en el lenguaje seductor de Wilde una explicación a ese lado sensible que estaba descubriendo durante mi primer año de universidad, varios años antes de que descubriera el peso que tenía ese libro en la historia de la literatura LGTB. Ahí de pie en la cocina, se imaginó a ese chico, a ese Dorian a la inversa, mirando más allá de las espirales de sus huellas dactilares, más allá de su propia figura, hacia una cocina que había llenado con lo que el chico quizás reconociera como las reliquias familiares de un hogar de una infancia saludable: una pila de platos en un fregadero de cerámica blanca, la boca abierta del lavavajillas, el suelo de cerámica recién barrido bordeado por los zócalos de roble, la moqueta color crema del salón adyacente... Suponía que un chico como el del panfleto —con las patillas recortadas justo por encima de los lóbulos de las orejas, una camisa bajo un

suéter blanco y unas delicadas pestañas rizadas que le protegían los ojos, para no ver demasiado del mundo de una sola vez— encontraría paz en esa casa. Allí había orden y limpieza. La superficie de sus manos, limpia tras haber dejado correr el agua caliente entre sus dedos delgados hasta enrojecérselos, haciendo que la sangre se alzara hasta la piel. «¿Qué otra cosa —pensó— podría necesitar este chico?». Viniendo de un hogar como ese, ¿cómo había terminado atrapado dentro del marco rojo de aquel panfleto, rodeado por los retratos de los enfermos de pecado, los lisiados de espíritu y los adictos crónicos?

Caminó hasta la mesa de la cocina, en la esquina de la habitación. Al pasar junto al fregadero, una burbuja de jabón brotó de la superficie del plato que estaba en lo alto del montón, un plato que segundos atrás debía de haber reflejado la figura temblorosa de mi madre, vestida con su camión de flores.

—Me acuerdo del jabón —me contará más tarde, observando la grabadora—. Es raro. Aunque, por otro lado, todo era raro.

—Tómate tu tiempo —le diré de nuevo.

—Me acuerdo de los detalles más insignificantes.

Como la gota de agua que descendía por su brazo desnudo cubierto de pecas. Como la luz del atardecer que le daba justo desde el ángulo perfecto para que pareciera una mancha brillante dorada. Aquella tarde, se quitó esa mancha de luz húmeda y fresca del brazo. Alisó las hojas del folleto sobre la superficie de la mesa y se sentó. Sí, mis rasgos y los de ese chico eran casi idénticos. Sintió vértigo. Veía, como si se tratara de una serpenteante fila de reflejos infinita surgida al colocar un espejo frente a otro, a una madre diferente echando un vistazo al retrato de un chico de aspecto familiar; esa madre, a su vez, se imaginaba a alguien como mi madre haciendo lo mismo; todas esas madres preguntaban a coro: «¿Qué más podía necesitar este chico?». Esperó a que se le pasara el vértigo. Ya se había sentido así en otras ocasiones, cuando en la iglesia alguien hablaba de la vida eterna, de vivir para siempre en el cielo. Cuando se sentía fatigada con solo pensar en la eternidad, agitaba la mano en el aire frente a su rostro y decía: «No puedo ni imaginármelo. Es demasiado».

Los detalles más insignificantes. El sol de la tarde que caía sobre una de las mitades de la mesa. Las motas de polvo que formaban espirales y creaban algo parecido a columnas de arena. Al otro lado de las ventanas de guillotina,

un agua cubierta de algas bañaba la orilla que separaba nuestra propiedad del lago Thunderbird. Durante los veranos, cuando los turistas nos invadían, mi madre solía sentarse en el balcón a ver las marcas con forma de V que dejaban las lanchas motoras sobre el agua, animando a las olas a que se acercaran. Durante los días de entre semana de invierno como ese, con el lago en calma, se quedaba dentro casi todo el día.

Observó los otros retratos que se escalonaban —iz-quierda, derecha, izquierda, derecha— por la página. Una chica se parecía a su amiga de la infancia, Debbie, una chica morena y delgada que siempre se recogía el pelo rizado con una horquilla cuando iban juntas a la piscina pública a mojarse los pies en el lado menos profundo y a mirar a los chicos. Otro, un hombre mayor, se parecía a nuestro antiguo médico de familia, el doctor Keaton, que siempre se aseguraba de calentar el diafragma de metal de su estetoscopio antes de apoyarlo sobre la espalda desnuda de mi madre. «¿Qué están haciendo aquí? —pensó—. ¿Qué es lo que ha ido mal?».

Pero claro, esas no eran las personas que ella conocía. La diferencia se encontraba en sus sonrisas. Aquellos rostros atrapados sonreían de una forma completamente distinta, las comisuras de los labios se estiraban más allá de los límites de la normalidad. Hasta en sus momentos más felices, incluso a los dieciséis —cuando los amigos y la familia se habían girado desde los bancos de la iglesia para verla, y ella parecía flotar hasta mi padre cubierta con un velo de encaje—, mi madre nunca había visto unas sonrisas como aquellas. Era la clase de sonrisa que más tarde conocería como la sonrisa exgay. Una vez viera lo que era en realidad, aquella sonrisa la perseguiría durante los próximos nueve años. Creía verla en casi todas partes, incluso en los rostros de los vecinos con los que se encontraba cada semana. Era como si todo el mundo hubiera llevado una vida secreta exgay durante todo ese tiempo, sin que ella hubiera sido consciente. Cuando giraba por uno de los pasillos del súper, con un carrito de la compra tambaleante que se le escapaba, se quedaba paralizada —congelada, agarrando el manillar del carrito— en cuanto sentía que una de esas sonrisas se le echaba encima, como si una persona armada le hubiera apuntado con una pistola. Ese era el poder que tenía esa sonrisa sobre ella, sobre nosotros.

Leyó las palabras que flotaban junto a los rostros.

Desde que llegué aquí, Dios me ha enseñado mucho sobre mi egoísmo y mi miedo, y sobre cómo los había utilizado para mantenerme atrapado en un círculo de homosexualidad.

En el tiempo que llevo aquí, he aprendido que la gente me quiere y me acepta a pesar de haber tenido una adicción al sexo.

Estar en Love in Action me ha proporcionado una segunda oportunidad con mi familia.

Todos esos rostros decían frases que a mi madre le resultaban extrañas, pero también familiares. Extrañas porque ella no estaba acostumbrada a la forma en que el lenguaje institucional de Love in Action podía alterar la percepción hasta el punto en que incluso las emociones humanas más complejas podían clasificarse y etiquetarse como «egoísmo», «miedo» o «adicción»; familiar porque la Iglesia estaba diseñada para ser la familia extensa de Dios, su tribu perdida en la tierra, su número elegido para sobrevivir al Rapto, con palabras como «amor» y «aceptación» digeridas junto con la dosis anual de pan ácimo y los vasitos de zumo de uva.

Alejó el panfleto de ella. El resto de la mesa estaba cubierto con las hojas sueltas de la solicitud de inscripción de Love in Action, que habían llegado en el mismo sobre. La primera hoja mostraba el logotipo de Love in Action: un triángulo rojo invertido con un recorte con forma de corazón en el centro.

—Incluso entonces pensé que el logotipo era extraño —me contará más adelante—. Habían recortado el corazón, como si fuera así de fácil.

«Yo sentí eso», pensaré, deteniendo la grabación, rebobinando unos pocos segundos para ver si he conseguido captar todas las frases de mi madre. Recortas aquello que te era preciado, ignoras el dolor que sentías en la parte posterior de la garganta, borras los detalles que querías olvidar. Tiras la primera mitad de la historia a la papelera, igual que habían hecho mis terapeutas. He perdido a muchos amigos tras mi estancia en LIA; he estado sin hablar con antiguos novios durante años solo porque me resultaba muy fácil ignorar lo que había sentido en algún momento del pasado. He sido un desalmado sin corazón sin intentarlo siquiera. La verdad es que ser un insensible fue tan fácil para mí yo pos LIA que ni siquiera tuve que pensar en ello. El truco estaba en creer que apartar a algunas personas era un paso necesario para evolucionar. Era como los campos que solían arder durante

horas a finales de otoño, los que veía desde la ventana del salón de la casa de mi infancia. El muro naranja de fuego que llegaba hasta los límites de la propiedad; corta y quema para dejar paso a la próxima cosecha.

Y eso era lo que había hecho. Chloe, Brandon, David, mis amigos Charles y Dominique de la universidad... y Caleb, el estudiante de arte de último año por el que me había sentido atraído durante el primer año de universidad, el primer chico al que había besado.

—Vamos a parar un poco —dirá mi madre, levantándose de la mesa, acercándose la grabadora. Se quedará de pie en medio de ese campo si es lo que hace falta para que yo me dé cuenta del dolor que padece. Se negará a moverse aun cuando el fuego se aproxime. Esperará a que mi padre se una a ella.

SÁBADO, 12 DE JUNIO DE 2004

Fueron los ositos de gominola. Rojos, amarillos y verdes, recubiertos de plástico, y el plástico, a su vez, recubierto por una capa de polvo. Nadie había tocado aquel paquete desde hacía meses. Me quedé inmobilizado en el pasillo de la gasolinera, intentando decidir entre ositos y gusanos de gominola, con un antojo repentino e inesperado. Mi madre esperaba fuera, en el coche, pero no teníamos ninguna prisa; aún quedaban dos horas para la ceremonia de ordenación, y parecía que hubiésemos planeado esa parada sin decirnos ni una palabra el uno al otro, como si fuera una especie de estación de paso entre los dos mundos que habitábamos ahora. En ese momento, al quedarme mirando las golosinas, sentí como si las decisiones más simples hubiesen adquirido una complejidad infinita; como si esa fuera la última comida de un condenado a muerte o uno de esos momentos en los que hay que elegir entre una pastilla azul o una roja y después nada vuelve a ser lo mismo. Quería regresar al coche con la bolsa adecuada de golosinas en mano; quería sorprender a mi madre con una elección que la deleitara, un acto intuitivo que hiciera que su tono de voz se elevara hasta registros agudísimos al decir: «¡Llevo *años* sin ver esas golosinas!»). Pero ya no estaba seguro de conocer a mi madre tan bien como para sorprenderla.

Dejé los ositos de gominola colgando de la barra de metal y avancé por el pasillo. A mi derecha, el cristal de la nevera expositora estaba tan frío que casi parecía estar caliente. Las etiquetas iluminadas centelleaban a mi alrededor y las latas de aluminio fosforescentes irradiaban una luz tan blanca que deslumbraba. La cajera, una señora mayor con el pelo blanco chamuscado recogido en una coleta, hacía a su vez de guarda, y no me había quitado el ojo de encima desde el segundo en que había entrado en la estación de servicio. Aquella mañana, debía de parecer bastante fuera de lugar: americana de color

azul oscuro y camisa blanca con los puños casi escondidos, pantalones a juego y mocasines negros. Un universitario de camino a la escuela dominical un sábado por la mañana, cuando debería estar holgazaneando en el sofá, viendo la tele, quizás incluso recuperándose de una resaca.

Sobre la cabeza de la mujer había una cámara. Durante un breve instante de confusión, me pregunté para qué se podría usar aquella grabación, qué podría demostrar. Si me moría en un futuro próximo o si era cómplice de algún terrible crimen, ¿examinaría algún policía la grabación después, en busca de mi breve aparición, y analizaría mi mirada de indecisión para intentar descubrir indicios de terror o de premeditación? Pensar en ese tipo de cosas era absurdo, por no decir bastante melodramático, pero no podía evitarlo. Acababa de pasar cinco mañanas en terapia de grupo junto a personas suicidas, con vidas que habían sido destruidas en cuestión de segundos y que nunca llegaron a recomponerse del todo, así que había empezado a esperar lo inesperado. En cualquier momento podía llegar un golpe de gracia o de terror —podría decirse que es lo mismo— sin avisar, y ese instante parecía tan bueno como cualquier otro para que Dios reanudara la comunicación conmigo: mintiendo sobre mi sexualidad frente a cientos de personas, de pie, mientras mi padre, a mi lado, hacía su juramento sagrado... daba la sensación de que era el momento de la caída del rayo, de la estatua de sal, aquello de lo que no podría regresar.

Fui al servicio y me encerré en el último cubículo. Según las normas del manual, ni siquiera tenía permitido estar en aquel servicio solo: «Cada vez que acudáis a un servicio público, debéis estar acompañados por otros dos pacientes, y uno de ellos debe llevar, al menos, dos meses en el programa Origen». Supe al instante por qué habían creado los terapeutas aquella norma. Me topé con la típica pintada de los servicios, con ese tono seductor desenfadado, grabado en la puerta barnizada del cubículo. Junto a la proposición, había un número y un nombre: Mark. Sin saber del todo por qué, saqué mi móvil, tecleé el número y guardé el contacto como Mark Servicio. Salí del cubículo sin hacer pis y me arreglé la chaqueta en el espejo. Abrí el grifo mugriento del lavabo y ahuequé la palma de la mano bajo el agua caliente. Utilicé el agua para alisarme el remolino de la coronilla. Quería asegurarme de que nada pareciese fuera de lugar. Así, al menos mi aspecto podría ser el de «hijo bueno».

Cerré el grifo y me quedé escuchando el silencio. En el bolsillo tenía una especie de amuleto contra cualquier cosa que pasara ese día: un número al que podía llamar; e incluso aunque no tuviera en mente hacer nada con el misterioso Mark, marcar aquel número sería mi secreto, algo que nadie más sabría. Volver a tener un secreto me hizo sentir bien, libre del chico rubio y de aquellas manos que me palparon; casi tan bien como me habría sentido al recuperar mi Moleskine y adentrarme en el mundo secreto de historias que me pertenecían solo a mí. El número de Mark me recargó, me enderezó los hombros y me hinchó el pecho. ¿Por qué no me había dado cuenta de eso antes? Decirle a la gente la verdad era lo que te metía en problemas.

La tarde anterior, en LIA, mientras todo el grupo trabajaba con el Cuaderno de Adicciones tras la actividad de las máscaras, nos presentaron dos situaciones para poner a prueba la intensidad de nuestra adicción al sexo gay. Yo tenía muy poca experiencia, pero aun así debía arrepentirme. La primera situación fue extremadamente parecida a la que me encontré después en la pared del servicio de la gasolinera.

Las dos situaciones que Cosby nos expuso eran tan opuestas que casi resultaba cómico. Tuve que controlarme para no soltar una carcajada al leerlas aquella tarde, aun cuando sentía aquel deseo tan familiar palpitando bajo mi manual abierto, mientras la sangre comenzaba su recorrido, también familiar, hacia mi regazo.

1. Es sábado, no tienes que ir a trabajar, tienes todo el día libre. Sabes, gracias a una pintada que había en la pared de un servicio de caballeros de la zona, que habrá allí un hombre a las tres en punto que prestará sus servicios sexuales a cualquiera que pase por allí. Podrás llegar al orgasmo en menos de cinco minutos. Llevas toda la semana pensando en eso. ¿Decidirás ir a ese lugar a las tres en punto?

2. Se repiten las mismas circunstancias: es sábado y tienes el día libre. Un amigo a quien quieres mucho viene a la ciudad ese mismo día y te ha propuesto ir a la playa con él. Es un amigo muy cercano y tenéis mucho de lo que hablar. ¿Decidirás ir a la playa con tu amigo?

—Tenéis que ser sinceros con vosotros mismos —dijo Cosby, de pie frente a la clase. Los dedos de sus ásperas manos de mecánico apenas se

tocaban. Parecía una versión menos zen de *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*. Me quedé mirando fijamente los huecos que había entre dedo y dedo, pensando en que, en realidad, la gente nunca se tocaba, incluso cuando pensaba que sí lo hacía, sino que realmente eran los electrones los que se tocaban: un hecho que me hizo sentir algo menos culpable de la única transgresión importante sobre la que había escrito en el IM de esa mañana — besar a un estudiante de Bellas Artes llamado Caleb—, pero también un poco más triste por vivir en un mundo en el que una ilusión podía dictar con semejante obstinación la manera en que percibía cada interacción con la gente de mi alrededor. Era un concepto con el que me había topado en uno de mis maratones de lectura, esos que duraban toda la noche, con unas letras nítidas que había pronunciado en silencio, con satisfacción. «Osculación»: dos curvas que se tocan, pero no se cruzan, nunca se cruzan. Del latín *osculacionem*: beso. Las relaciones íntimas reducidas a un truco de magia, a una ilusión. ¿Pero qué importaba una ilusión más, cuando parecía que el mundo entero funcionaba a base de tantísimas otras? Cada día que pasaba en el centro de LIA, más me parecía que volverse heterosexual era simplemente cuestión de conseguir la iluminación adecuada, de ignorar lo que no querías ver.

—Pensad en lo que vosotros haríais de verdad en esa situación —continuó Cosby—. Escribid la opción que escogeríais. Tomaos vuestro tiempo. Pensadlo bien.

«Como en las historias de “elige tu propia aventura”», pensé. Con la diferencia de que, en esa situación, elegir la opción incorrecta podía mandarte sistemáticamente al infierno. Ese día, sentado junto a J y con la mirada fija en el hueco de entre sus piernas que dejaba entrever la alfombra, me pareció que cualquiera de las dos opciones me enviaría directo a las llamas infernales. ¿Y si ese amigo a quien «quieres» tanto y con quien te apetece pasar un bonito día de playa se quita la camiseta y deja al descubierto el cuerpo en el que has estado pensando durante todos esos años que habéis pasado separados? ¿Y si un inocente día de playa se convierte en el principio de una complicada historia de amor, una que le contarás a tus amigos décadas más tarde? Podía imaginarme todo eso con alguien como J. Los dos sentados en una casita acogedora en la playa, en sillones opuestos, con unas novelas rusas bien gordas sobre el regazo para esconder nuestras erecciones, lanzándonos miradas sugerentes, yendo a buscar conchas justo antes del amanecer, usando

nuestra camiseta como bolsa para recolectarlas, sintiendo la humedad fría contra el estómago y el cosquilleo de la arena en la planta de los pies.

El Cuaderno de Adicciones dejaba claro cuál era la elección correcta: «Puede que aquellos que escoja [sic] ir a la playa miren el reloj alrededor de las tres y fantaseen con el encuentro sexual, pero saben que han tomado la decisión correcta». Mientras que quien elija ir al servicio puede que se arrepienta de su decisión, «sobre todo si cuando llega al baño, está allí la policía».

Al salir del servicio de la gasolinera con el contacto del misterioso Mark guardado en el teléfono, casi me esperaba sentir el golpe frío de las esposas contra las muñecas. Casi quería que sucediera. Al menos, una visita a la comisaría me habría librado de mentir a tantísima gente; de mentirme, una vez más, a mí mismo.

Volví al coche con las manos vacías. Si mi madre estaba decepcionada, no lo demostró. Sus ojos, con kilos de rímel, estaban ya fijos en los Ozarks, cubiertos de pinos, donde nos adentraríamos en breve. Me hundí en el asiento mientras mi madre arrancaba el coche.

Sonó un pitido fuerte que provenía del salpicadero.

—Vaya —dijo mi madre—. Nos hemos quedado casi sin gasolina. — Habíamos decidido parar solo para ir al baño y para comprar algún aperitivo. No le habíamos prestado atención al indicador de gasolina en todo el camino —. ¿Crees que llegaremos?

Había cierto descaro en su voz: «¿Podremos llegar o, gracias a este percance, tendremos la mejor excusa posible para no hacerlo?». Lo ignoré. Era demasiado obvio: al hijo y a la mujer del predicador les deja tirados el coche en la carretera, el coche de unos congregantes pasa por allí de camino a la iglesia, les recogen y les sacan del aprieto. «Por los pelos», diría la gente. «Satanás intentaba cerraros el paso». Y mi madre y yo allí sentados, sabiendo que nosotros éramos el Satanás de la historia de mi padre, que quizás siempre lo habíamos sido.

—Queda muy poca gasolina —respondí mientras abría la puerta—. Ya voy yo.

Mi madre pulsó el botón del depósito de gasolina y añadió:

—Sí que eres el hijo de tu padre.

Lo cual significaba que mi padre y yo no corríamos ese tipo de riesgos con los coches, habiendo trabajado en el concesionario durante tanto tiempo. Significaba que esos no eran los riesgos que nos importaban. Pero lo cierto era que yo no tenía mucho que ver con mi padre en ese aspecto. Aún no había corrido el tipo de riesgos que había corrido él con mi edad. A los diecinueve, ya se había casado con mi madre y se encargaba de la desmotadora de algodón familiar; había cambiado por completo la trayectoria que tomaría su vida. Ahora, a los cincuenta y tantos, estaba a punto de cambiarlo todo de nuevo. A mí se me estaba acabando el tiempo para seguir los pasos de mi padre. Aún tenía que dar el salto a la vida heterosexual, hacer milagros con las manos, crear algo estable.

Introduje la boquilla de la manguera en el depósito y apreté el gatillo. Siempre me había gustado sentir cómo corría la gasolina bajo la palma de mi mano, saber que una acción tan sencilla podía propulsarnos durante distancias tan largas. El mito del progreso, de los recursos inagotables; yo, al igual que mis terapeutas, seguía aferrándome a él. Leía suficientes artículos al día como para saber que el presidente Bush no paraba de advertir al país sobre la importancia de aprovechar nuestras propias reservas petrolíferas y reducir la dependencia del exterior. ¿Por qué no podía funcionar la fe de la misma manera? ¿No podía hacer que el amor de Dios, en toda su abundancia, volviera a mí simplemente con buscar en el lugar adecuado? ¿No quedaba alguna posibilidad de curarme si buscaba en mi interior —más allá de la máscara— el origen de mi verdadero yo heterosexual? ¿O me había ensuciado demasiado al marcar el número de Mark en el teléfono, albergando al enemigo en el bolsillo? «Hazme puro —recé, mientras los litros de gasolina sin plomo corrían por las yemas de mis dedos, a punto de convertirse en algo útil—. Por-favor-ayúdame-a-ser-puro. Porfavorayúdameaserpuro».

Su hijo. Su mujer. Durante un tiempo, fue como si mi madre y yo nos hubiésemos perdido en la abundancia de todo lo que mi padre había llegado a representar para la gente de nuestro alrededor. No podíamos culparle por ello, pero lo cierto es que él tampoco hizo nada para evitarlo. Quizás ni siquiera se había dado cuenta. Para él era algo natural, y supongo que para nosotros también, ya que la Biblia aconsejaba una y otra vez a los miembros inferiores de la familia que permanecieran detrás del cabeza de familia, que apoyaran el

sistema de creencias del padre.

Pero ¿acaso no hubo ocasiones en las que mi padre me había pedido ser yo mismo? ¿No había aprendido él, más que nadie, la importancia de tener una personalidad propia? Su padre, el borracho, le había conducido hasta Dios, le había enseñado la importancia de la Iglesia; todo mientras le daba palizas, a él y a sus hermanos, cada vez que se ponía de mal humor. Por estadística, mi padre debería haberse convertido en un borracho violento como mi abuelo; en cambio, se había rebelado contra su trauma infantil y había decidido asumir una fe más radical, la de un fundamentalista. Según los parámetros de Love in Action, era mi padre quien debería haber sido gay, no yo, puesto que él era quien había sufrido todo el trauma, mientras que mi infancia había sido bastante tranquila. Según los parámetros de Love in Action, la vida de mi padre no tenía ningún sentido.

Me recosté en el asiento, me quité los mocasines de una patada y coloqué los pies con los calcetines negros sobre la rejilla del aire acondicionado. Sentí como si hubiera sumergido los dedos de los pies en agua helada. Un rayo de sol me quemaba un lado de la cara.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó mi madre. Sujetaba el volante con las manos firmes, a las «diez y diez». Siempre alerta, sin correr nunca ningún riesgo innecesario.

—Perfectamente. —«Estamos todos fingiendo».

—Podemos parar de nuevo si quieres.

—No hace falta. —«Solo que algunos somos más conscientes de ello».

Silencio. Me puse a subir y bajar la rejilla del aire acondicionado con el dedo gordo del pie. Con el número de Mark en el bolsillo, de repente supe que lo que estaba pensando era cierto. Guardar un secreto, contar una mentira por omisión, hacía que ver las demás mentiras que me rodeaban fuera mucho más fácil. Un mentiroso experto no solo era experto en sus propias mentiras, sino también en las de los demás. ¿Era esa la razón por la que los terapeutas de LIA eran tan buenos desafiando a sus pacientes y descubriendo sus mentiras? ¿Era esa la razón por la que ni Smid ni el chico rubio confiaban del todo en mí?

—¿Tienes hambre?

—No. —«Te puedo contar todo esto más tarde, después de la ceremonia. Solo hay que esperar al momento adecuado».

—¿Seguro?

—¿Tienes hambre tú? —«Pero me temo que te daría asco. Me temo que vomitarías de nuevo, aquí en el coche».

—Un poco.

Tomamos una curva cerrada y un bolígrafo salió disparado del posavasos, dando vueltas por el suelo hasta que sonó un «tin» al chocar con la barra de metal de debajo de mis pies. Pude haberlo recogido, quitarle el tapón y escribir mi confesión en ese mismo instante, si las normas de LIA lo hubieran permitido.

—Pues paremos. —«Ahora lo veo, que puede que todo se reduzca a mis temores, a que estoy asustado. Que todo este supuesto cambio es solo para complacerle, para complacerte a ti».

—Voy a parar en Sonic. ¿Tú qué quieres?

—Solo unas patatas fritas. —«Me asusta perderte. Me asusta en lo que me pueda convertir si te pierdo. Tengo miedo porque creo que ya he perdido a Dios. Dios ha dejado de hablarme, y ¿qué se supone que voy a hacer sin Él? Tras diecinueve años oyendo la voz de Dios en mi cabeza las veinticuatro horas del día, ¿cómo se supone que voy a vivir sin la constante seguridad que me transmitía?».

—Una ración de patatas, por favor, y una Coca-Cola. —Por detrás de las interferencias del micrófono, sonaba el tintineo de metales en un fregadero invisible—. Y una Sonic-burger.

—¿Me pides mejor unos *tater tots*? —«Ni siquiera sé cómo sería ser gay. No me puedo ni imaginar una vida en la que mis amigos y mis padres siguieran queriendo hablar conmigo si fuera abiertamente gay».

—Cambie las patatas fritas por unos *tater tots*.

—La verdad es que no tengo mucha hambre. —«Puedo hacerlo. Solo tengo que fingir hasta que pueda asumir el gran riesgo, sea cual sea».

—Pero te entrará hambre más tarde —contestó mi madre, mientras pulsaba el botón de las ventanillas eléctricas y el cristal se deslizaba tras ella, haciendo un ruido sordo al introducirse entre las juntas de goma—. La ceremonia va a ser larga y te entrará hambre. Por Dios, espero que no tengamos que quedarnos para la recepción.

La iglesia estaba tal y como la recordaba. Las paredes del santuario eran brillantes y blancas como la cáscara de un huevo. Las preciosas filas de asientos de madera, separadas uniformemente, llegaban hasta el escenario, que tenía una pantalla de proyección blanca en el centro. Detrás de ella se encontraba la parte inferior de una gran paloma de madera iluminada desde atrás con una luz fragmentada que había creado el hermano Stevens, tal vez de forma inconsciente, imitando los juegos de luces doradas del gran artista católico romano Gian Lorenzo Bernini. La disposición destrozaba el diseño del santuario, puesto que ocultaba el objeto más hermoso de la habitación, pero el hermano Stevens lo compensaba pidiendo a quienquiera que estuviese a cargo del proyector que pulsara el botón para retirar la pantalla al finalizar su sermón, justo en el momento en que empezaba a pedirle a la gente que recorriera el pasillo para aceptar a Cristo como su salvador —«¿Harás lo correcto esta mañana? ¿Seguirás a Jesús a donde Él te dirija?»—. Al retirarse la pantalla, rompiendo el silencio de la sala con un zumbido, la paloma aparecía en pleno vuelo; las puntas de las alas parecían arder, y su luz hacía resplandecer el agua bautismal que había bajo ella, en la que el padre Stevens solía bautizar a nuevos congregantes «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Aquella revelación pausada te dejaba sin aliento, y funcionaba muy a menudo, inspirando a mucha gente a dar el primer paso, salir de sus bancos y acercarse a esa paloma sagrada, un único objeto extravagante en lo que, de otro modo, sería un santuario desnudo.

Más adelante se me pasaría por la cabeza que gran parte del éxito de la Iglesia bautista en esa zona del país se le podía atribuir al uso elegante del contraste. A diferencia de la Iglesia católica, decorada en exceso, la Iglesia bautista intentaba deslumbrar con tan solo una o dos muestras de belleza; tal vez porque percibían que la mayoría de sus congregantes provenían de orígenes humildes y se abrumarían ante demasiada ostentación. Algunos, como el hermano Stevens y mi padre, estaban orgullosos de la austeridad de la iglesia y de la aceptación espartana de lo práctico. Aquella sencillez le daba peso a la historia de mi padre, habiéndose criado como lo había hecho en una familia humilde. Podía apreciarse semejante sensibilidad reflejada en la forma en que los congregantes hablaban de las posesiones terrenales, citando pasajes sobre la influencia corruptora del dinero —«Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios»—; en la forma en

que bromeaban sobre lo pobres que eran, sobre lo miserables que eran sus circunstancias. Ponerse de pie frente al púlpito y contar una experiencia en la que hubiera al menos una caída desde una posición acaudalada era una insignia de honor. Creían que esos eran los comienzos humildes de la Iglesia de Cristo, que tan solo se habían modernizado un poco para el público actual. Esas eran las circunstancias necesarias y suficientes para alcanzar la gracia de Dios; un establo desvencijado, que es lo que era esa iglesia, en medio de un campo vacío.

Una mano me cogió del hombro y me dio un pellizco en la nuca.

—Debes de estar muy emocionado por tu padre.

Unos dedos me agarraron del codo y me obligaron a darme la vuelta hacia una anciana con el rostro contraído por la preocupación y unas gafas enormes en la punta de la nariz.

—¿Te acuerdas de mí?

Un hombre de mediana edad me dio un toquecito en las costillas.

—¿Ya te has leído *El código Da Vinci*? Es bastante blasfemo, pero se burla de esos católicos y su horrible adoración a la Virgen María.

Toda esa gente se había reunido para celebrar la vida de mi padre, para acompañar a esa nueva familia hacia la labor pastoral. Eran las mismas buenas personas a las que había querido y en las que había confiado durante toda la vida. «Sin embargo, seguimos mintiéndonos a nosotros mismos — pensé, con la mano pegada al teléfono del bolsillo; con tan solo pulsar un botón, acabaría todo—. ¿Por qué seguimos mintiéndonos a nosotros mismos?».

Era desconcertante sumirse de nuevo en una multitud que se preocupaba por mí y que tan solo me deseaba lo mejor, siendo consciente de que, si supieran lo que tenía en la mano, habrían ido directos al hermano Stevens para pedir la renuncia inmediata de mi padre. Mirara donde mirara, me encontraba otra sonrisa tras la que sentía un remolino de mil represiones. ¿Acaso no habíamos oído todos los rumores que corrían por la iglesia? El hombre que había engañado a su esposa con decenas de mujeres. La pareja que había grabado en vídeo la fiesta de pijamas del grupo juvenil en su casa, en la que una de las chicas había descubierto la lucecita roja entre varios libros religiosos. No tenía duda alguna de que había casos similares en todas partes. La única diferencia que había allí, en aquel santuario, era que la gente intentaba ser algo más que la suma de sus partes. O, más bien, intentaban

borrar dichas partes, puesto que, en ese cuerpo nuevo, habitado por Cristo, ese cuerpo bautizado, purificado e incorpóreo, los antiguos modos de vida no tenían cabida, no se podían tolerar ni perdonar.

Una mano temblorosa me tocó en la zona lumbar. El rostro arrugado del hermano Nielson me miraba. El hermano Hank estaba a su lado, sosteniendo al anciano por uno de sus frágiles codos.

—Así que al fin has vuelto de tu universidad de pijos. ¿Has aprendido algo que no podrías haber aprendido aquí?

—No mucho —respondí. «He aprendido que tu filosofía de “bombardearlos a todos” no vale nada. Fui con la intención de darlo todo y aquí estoy, tan perdido y confuso como siempre». Agarré la mano débil del hermano Nielson. Se había vuelto tan frágil durante el año que había transcurrido desde la última vez que lo había visto en el concesionario que no quise decirle lo que pensaba en realidad. Como, por ejemplo, lo fácil que tenía que haber sido para él, un hombre heterosexual, vivir una vida tan excepcional y sentarse después a contemplar los frutos de su trabajo en forma de diáconos y predicadores más jóvenes, como mi padre, a quien había inspirado con su inquebrantable devoción, con su conexión infalible con Dios. O que no tenía ni idea de lo que era que te dieran de lado sin previo aviso. «Porfavorayúdameaserpuro».

—Deja al chico tranquilo —dijo el hermano Hank, sonriendo con unos dientes tan blancos que podían dejarte ciego. En una ocasión le había oído alardear de que, desde que se había hecho vendedor de coches, todas las noches se ponía tiras blanqueadoras en los dientes. «Tengo que mantenerme puro, chicos —dijo—. Así el cliente no se puede resistir».

—No pasa nada —respondí. «Sí que pasa».

Unas cuantas personas más se amontonaron a mi alrededor y me estrecharon la mano. Localicé un pasillo vacío y me dirigí hacia él con la esperanza de que allí el santuario estuviera menos abarrotado. Había poco espacio, mis rodillas chocaban con la madera pulida, y acabé en una posición bastante incómoda, dándole la espalda a la mayoría de los congregantes solo para poder pasar. Sentía sus ojos clavados en mi espalda y me pregunté, una vez más, cuándo me alcanzaría ese rayo. ¿Esperaría Dios a que estuviera de pie en el escenario y mintiera descaradamente, o lo haría en ese momento de tranquilidad, en esa calma que precede a la tormenta? El espacio a mi

alrededor se iba estrechando por momentos. Las luces se volvían más brillantes, cegadoras.

—¿Dónde has estado? —Una voz familiar. Me giré y me encontré a Salvaje sonriendo. Su mano ya esperaba la mía.

—En la universidad, sobre todo —le estreché la mano. Me pregunté si era posible que supiera dónde había estado durante la última semana.

—Siempre supe que eras más listo que yo —respondió. Parecía aún más acicalado que la última vez que le había visto en la prisión del condado. Tenía las patillas perfectamente recortadas y la camisa blanca almidonada—. ¿Ya has conseguido el doctorado?

—Todavía no. —«También es muy fácil para ti. Poder vivir como te dé la gana hasta que aparece alguien como mi padre y te deja como nuevo. Ahora haces lo mismo con los demás. Pero yo nunca he llegado a vivir una vida de pecado. Nunca he sabido cómo sería, así que no sé nada sobre lo que es la conversión»—. Enseguida vuelvo.

Cuando llegué al otro lado del pasillo, se había formado una nueva multitud que esperaba con ansia para poder saludarme. Sentí que la autocompasión crecía tras mi sonrisa falsa, pero no podía hacer que parara. Aún estaba sujetando el teléfono con la mano, que cada vez estaba más caliente. Empezaba a faltarme el aire.

—Cuánto tiempo —dijo otra voz—. ¿Dónde has estado?

Ahí estaba otra vez esa pregunta, formulada por otro extraño que me resultaba familiar. Nunca era capaz de recordar los nombres de las personas, y ese defecto hizo que una onda de pánico me recorriera el pecho a medida que el santuario empezaba a llenarse. Mi padre conocía a demasiadas personas, les había hecho muchísimos favores a muchísimas familias, así que la gente se sabía mi nombre de memoria, rezaba por mí y por mi familia, y se preocupaba de que tuviera éxito en el futuro porque era Su Hijo. ¿Cuántas veces se había sentado mi padre junto a la cama del hospital de alguien y había rezado por el poder curativo de Dios? ¿A cuántos funerales de parientes lejanos de amigos había asistido con tal de ofrecer un poco más de apoyo emocional, aun cuando se trataba de una persona a la que nunca había visto? Para la mayor parte de las personas de la iglesia, el número parecía infinito.

Fui derecho a mi antiguo puesto en la parte trasera del santuario. Necesitaba espacio. Creía que me iban a fallar los pulmones. El aire había

desaparecido de la habitación. Subí los estrechos peldaños que llevaban hasta la cabina vacía y me senté enfrente del monitor. Ya habían puesto en marcha el proyector para la ceremonia. Fotografías en las que se veía a mi familia feliz junto a las plantas de plástico del vestíbulo, todos radiantes para la cámara. Mi padre con la mano sobre el capó del premiado Ford 1934, el coche que él mismo había construido. Mi padre de pie en frente de la desmotadora azul, con la camisa cubierta de algodón. ordenación del hermano conley, ponía en la pantalla. Resalté el texto y lo puse en versalitas en vez de en mayúsculas. Era un pequeño cambio que siempre hacía que las diapositivas quedaran mejor. Tener algo que hacer me calmó un poco, me relajó la respiración. Más adelante, aprendería a reconocer que esos eran los primeros síntomas de un ataque de pánico. En ese momento, creía que eran los primeros síntomas de la muerte.

—Gracias por hacer eso.

Me giré y vi a mi padre por primera vez desde que había entrado en LIA. Me miraba desde abajo de las escaleras. Tenía la mano apoyada en la barandilla de la cabina. Su sonrisa era sincera, los ojos le brillaban.

—Deséame suerte.

Había tres escalones entre nosotros, pero mil sílabas entre lo que quería decirle y lo que le dije.

—Buena suerte.

Cuando nací, después de que mi madre y mi padre me sostuvieran en brazos, y justo antes de que la enfermera me llevara a la unidad neonatal, mi padre me grabó cuidadosamente un pequeño zigzag en la planta del pie izquierdo con la punta de su cuchillo de caza, una pequeña cicatriz que demostraba que era suyo, un símbolo que le aseguraba que las enfermeras no me habían intercambiado por otro bebé. Estaba paranoico. Acababa de presenciar un milagro. No quería perder a su hijo como había perdido al anterior.

Cuando mis padres me lo contaron, a los ocho o nueve años, me examiné el pie en busca del zigzag, estudiándome las arrugas casi invisibles, buscando algún indicio de su grabado. Sin embargo, como era de esperar, la marca había desaparecido al cabo de unos pocos días. Pensar en aquella marca especial me llenaba de satisfacción, y, pese a que no podía vérmela en la planta del pie,

podía sentirla, de la misma forma en que se puede sentir amor en una habitación sin saber cuál es su origen. Cuando leí los libros de Harry Potter por primera vez y me encontré con que Harry tenía una cicatriz con forma de rayo en la frente, pensé: «Claro». Claro que el amor funcionaba así. Claro que dejaba su marca sobre las personas que amábamos. Esa marca secreta te protegía, te mantenía a salvo del dolor y te recordaba quién eras. Lo único que se necesitaba para estar a salvo era un pequeño símbolo. Cuando crecí y descubrí mi amor por la literatura, exterioricé aquellas marcas, las anoté en mi Moleskine y no me separaba nunca del cuaderno; hasta tal punto que, años más tarde, cuando los terapeutas de LIA se llevaron la libreta, se llevaron gran parte de esa protección. Pero no se la llevaron toda. Las páginas vacías seguían llenas de fantasmas.

Al dirigirme al escenario del santuario para unirme a mi madre, a mi padre y a todos los miembros de la Asociación Bautista Misionera, pensé en la marca secreta que me habían grabado en el pie, me imaginé que me llevaba hacia delante, que me protegía mientras me subía al escenario. El rayo de Dios no iba a caer sobre mí; ya lo tenía grabado en la piel. Al parecer, un talismán había activado el otro: el número de teléfono de Mark me enseñó que había amores secretos al acecho, esperando en los lugares más inesperados. ¿Qué era la compasión de Jesús sino un elaborado grafiti en los pasillos de la historia, una invitación para seguirle hacia los lugares más insospechados? El amor podía alcanzarte incluso en las habitaciones en las que parecía haberse agotado.

La pantalla de proyección se elevó, la paloma blanca reveló sus haces de luz al más puro estilo de Bernini, y la verdad es que fue tan bonito como lo recordaba. El pastor formuló una serie de preguntas sobre la vida de mi padre, sobre su devoción al Señor, sobre qué le había conducido hasta ese día. Finalmente, el pastor se acercó al micrófono para hacer una pregunta simple:

—¿Harás todo lo que esté en tu mano para luchar contra el pecado de la homosexualidad en la Iglesia?

Y la respuesta de mi padre, clara e inequívoca, se extendió entre la congregación. En ese momento, sentí que algo estallaba en mi interior, un resplandor cálido que se extendió por mis extremidades —una sensación de amor que me envolvía, que fluía a través de mí; la misma sensación que había experimentado tumbado en la cama al pedirle a Jesús que entrara en mi cuerpo

—, y, de repente, me di cuenta de que no tenía que aceptar la oferta de Mark. Ya había sentido la llamada. No sabía si esa sensación provenía de Dios, de mis padres o de algún yacimiento interno que permanecía oculto, pero no importaba. Sabía que aún tendría que luchar mucho, pero también sabía otra cosa: no iba a borrar el número de Mark. Que los terapeutas hicieran lo que quisieran.

—Sí —respondió mi padre—. Haré todo lo posible.

Mis padres nunca tuvieron razón alguna por la que preocuparse por las enfermeras. Al fin y al cabo, fueron ellos, y no el personal del hospital, quienes cambiaron mi identidad.

DIAGNÓSTICO

El cine estaba lleno. Las entradas se habían agotado, como todo el mundo había predicho. La multitud guardó silencio mientras el hombre de pelo blanco avanzaba por el pasillo. Carraspeó y se detuvo de espaldas a la pantalla. Esperó a que el silencio fuera sepulcral. Ese fue el momento en el que el público estuvo más tranquilo de las dos horas que duró la película, que contó con una sucesión incesante de sollozos ahogados, toses, moqueos y gemidos como banda sonora alternativa durante las escenas de tortura, que tan vitales fueron para el éxito de la *La pasión de Cristo* en 2004.

Yo estaba sentado al fondo de la sala, entre Charles, mi nuevo compañero de cuarto, y Dominique. Los gemelos solían ir siempre en pareja, al igual que en la facultad; eran pareja de canto, cantaban casi en todos lados. Pero allí, en esa sala repleta de evangélicos, intentaron controlarse. Justo una semana antes, en la última semana de febrero, había asistido a uno de sus recitales y había visto a Dominique desfilarse por el pasillo de la sala, de un lado a otro, vestida con un muumuu hawaiano con estampado de flores y un pañuelo, cantando *Summertime* a viva voz, con un tono que me pareció a la vez chillón y precioso. Me cautivaron sus expresiones exageradas de minstrel, su imitación de cómo pensaban los blancos que actuaban los negros, más que nada por lo consciente de sí misma que parecía, por la carga política que llevaba sobre los hombros; algo que yo no veía en mí. Charles y Dominique habían recibido una beca por cantar, y los demás estudiantes les marginaban por ello, si no a propósito, por defecto; y solía ser difícil saber cuándo acababa una de sus actuaciones y cuándo empezaba la siguiente, por lo incómodos que estaban con todo aquello. Además, al igual que a mí, la clase de Composición II se les atragantaba un poco, un hecho que, dado su rechazo casi total a abrirse a los demás, hizo posible que acabáramos siendo amigos, que pasáramos noches

enteras en el vestíbulo hacinado de la residencia, escribiendo redacciones y poniendo en común nuestros puntos de vista sobre el mundo.

—¿Crees que nevará mientras nosotros estamos aquí dentro? —preguntó Charles. Nos habíamos pasado la semana anterior discutiendo sobre aquello, desde que el meteorólogo mencionó la posibilidad de que ocurriera. Eso fue alrededor del día en que les propuse ir a ver *La pasión de Cristo* juntos. «Ya sabéis —dije con un tono de voz monótono que había estado practicando—, para ver de qué va y eso». Aunque Charles y Dominique no fueran muy religiosos, también habían crecido en una iglesia bautista y les interesaba saber por qué la película estaba causando tanto alboroto. Yo sabía que iba a ser imposible ignorar aquella película, que mis padres me llamarían de un momento a otro para preguntarme si la había visto, y pensé que ir con Charles y Dominique me haría verla desde otra perspectiva; me permitiría burlarme de ella en cierta medida, mermar el poder que Cristo parecía tener sobre mi vida. Si todo iba según lo planeado y LIA aceptaba mi solicitud, asistiría a terapia de reorientación sexual a principios de junio, en tan solo tres meses. Las sesiones introductorias de la terapia que tuve en la oficina contigua al centro de LIA les habían hecho creer a mis padres que lo más indicado sería apuntarme al programa de LIA. Había ido a terapia unas cuantas veces más durante las vacaciones de Navidad, y el terapeuta le había contado a mi madre que estaba avanzando, que el programa de LIA sería una buena opción para mí, aunque yo no lograba ver qué parte era la que había sido tan positiva de nuestras conversaciones. La mayor parte del tiempo me dedicaba únicamente a escuchar sus sermones sobre la abstinencia y el autocontrol, intentando ocultar mis manos temblorosas. De vez en cuando repetía como un loro la jerga que él empleaba, para evitar los silencios incómodos. Debió de haber interpretado aquello como humildad, como una forma de arrepentimiento. Aunque últimamente mis padres casi nunca hablaban de LIA, lo que sí era evidente es que no estaban planeando el viaje que solíamos hacer a Florida cada verano, y su silencio sobre el tema solo me llevaba a pensar que mi inscripción en el programa acabaría siendo inevitable. Ver *La pasión de Cristo* con Charles y con Dominique podría tener dos consecuencias: reforzar mi capacidad para sobrellevar lo que fuera a lo que tuviera que enfrentarme en breve, durante la terapia de conversión, o mostrarme lo fuerte que me tendría que hacer durante los próximos meses.

—Puede que haga demasiado calor fuera —contestó Dominique—, pero te apuesto lo que quieras a que habrá al menos un poco de nieve.

—Claro que va a nevar —respondí. Quería ponerle punto final al debate. Estaba harto de la discusión y tenía la sensación de que había más posibilidades de que la nieve tardía cayera si nos resguardábamos de ella, como estábamos haciendo en aquella sala, como cuando era pequeño y mi madre me llevaba a la ciudad a ver una de sus comedias románticas y, al salir de la sala, nos encontrábamos con una fina capa de nieve esperándonos bajo las farolas, dejando el suelo mullido bajo la suela de nuestros zapatos. Con las traicioneras carreteras nevadas, sin que les hubieran echado sal aún, mi madre conducía por la montaña de vuelta a casa tras ver la película que tocara ese fin de semana, riéndonos durante todo el viaje. «¿No te parece una locura?», solía decir. Y sí que era una locura: mi padre por ahí, en el concesionario, ocupado con los coches, o en casa leyendo la Biblia, felizmente inconsciente de que su familia iba de camino a casa bajo la nieve. Nos las apañábamos sin él, al menos durante unos kilómetros.

—A mí me da que tiene que nevar —añadió Dominique, observando a todas las personas de pelo blanco que desfilaban al lado de nuestros asientos. Sus cabezas pasaban de largo como diminutas islas derretidas de ventisca. «Pelo de predicador», solía decir mi madre, mucho antes de que mi padre aceptara la llamada de Dios, antes de que su cabello entrecano se convirtiera en aquel algodón suave que tanto nos recordaba a las alas de los ángeles.

—No cuajará —le contradijo Charles—. Hace demasiado calor.

—Don negativo —contestó Dominique.

—Déjate de insultos de blanquitos.

—No existen «insultos de blanquitos» —dijo Dominique.

Si cerraba los ojos, no parecía estar entre una multitud devota. Estaba a punto de ver una película con unos buenos amigos. Era una noche de viernes como otra cualquiera. Era justo lo que quería, lo que había planeado, un milagro secular: mi padre despojado de sus hábitos y toda su misión derribada ante mis ojos, mientras mis nuevos amigos ateos, a los que no les importaba una mierda y que podían sobrevivir a cualquier tragedia a base de canto, se burlaban de él sin disimulo. No tenía por qué importarme nada de lo que había ocurrido durante ese año académico: ni las exhaustivas sesiones de terapia a las que había asistido durante las vacaciones de Navidad; ni la introducción al

tratamiento, sin prisa, pero sin pausa; ni el pedacito de aquel barrio residencial que había empezado a creer que era clave para mi futuro como exgay. Allí no tenía que pensar sobre ser gay o hetero. Ya no tenía que preocuparme por si disgustaba a Cristo. En cambio, podía reírme con Charles y Dominique al ver el espectáculo de su muerte. Una catarsis, según había aprendido hacía poco en clase de literatura occidental. La nieve llegaría y lo cubriría todo, y saldríamos de aquella sala como personas nuevas, limpias y despreocupadas, tal y como los himnos religiosos transcendentales nos habían prometido también hacía tiempo, «lavados en la sangre del cordero».

Sentía como si las sesiones de terapia de conversión a las que asistía en la oficina contigua al edificio de LIA, que habían comenzado justo después de la visita a la cárcel, formaran parte de una vida diferente. Puesto que mi madre no paraba de posponer el momento de pedirme cita con la médica, aún no había visitado a la doctora Julie para comprobar que mis niveles de testosterona no fueran bajos, pero yo ya sabía, tras mi primera sesión, que estaba enfermo y que lo más probable es que no hubiera cura. Nunca le conté nada de eso a Dominique ni a Charles, preocupado por que pudieran pensar lo mismo. Lo único que sabían de mi pasado era que me había criado siendo misionero bautista y que mi padre estaba en proceso de convertirse en predicador. Quería mantener esas dos partes de mi vida separadas, una elección que le proporcionó a mi vida secreta una sensación de atemporalidad, la sensación de que podía fingir ser una persona —una persona compleja, educada y que estaba evolucionando— y a la vez seguir siendo siempre un pecador infernal enfermo. Sentía la presión de esa vida secreta sobre mi vida de estudiante en todo momento, siempre rondándome la mente, y en cuanto mi vida de estudiante empezaba a progresar (con mejores notas, más amigos...), siempre volvía a recordar que me esperaba un mundo de pecado, que quizás siempre estaría ahí.

En mi vida secreta, estaba siempre en Love in Action. Allí, el aire era más frío y las guirnaldas navideñas adornaban las puertas de cada una de las casas del barrio residencial por las que pasaba de camino a las instalaciones del centro. En mi vida secreta, pensaba en la nieve mientras me sentaba frente al terapeuta de cejas espesas y le veía mover los labios sin emitir ningún sonido claro. Después, de manera gradual, sus fonemas se iban transformando en

palabras reales hasta que no había manera de evitar oírlas.

Miré hacia otro lado, buscando una ventana, esperando encontrar el más mínimo copo de nieve, la más mínima fracción de esperanza. Mis padres y yo nos habíamos abierto a esa esperanza justo cuando yo parecía estar más perdido, acostumbrados como estábamos a los hábitos de fe, y esa esperanza nos había lanzado disparados a través del estrecho circuito de la industria exgay hasta acabar en el corazón de todo, en aquel lugar.

—¿Crees que estás enmascarando un problema mayor? —preguntó el terapeuta, inclinándose hacia delante en la silla. Estaba sentado frente a mí, con la mirada fija, esperando—. ¿Crees que todo este asunto de la homosexualidad está, en realidad, conectado con tu relación con tus padres? ¿No dirías que tu madre y tú estáis extremadamente unidos?

«Ah —pensé, mirándole a los ojos oscuros—, así que, durante todo este tiempo, el amor ha sido un préstamo. Este hombre ha venido a cobrar». De modo que me enderecé en la silla, temblando, asintiendo y sonriendo, y le dije algo como:

—Sí, mi madre y yo *estábamos* demasiado unidos, así que he anhelado ese vínculo tan cercano con cada una de mis amistades. —Y con esa primera declaración de exgay, con ese lenguaje extraño que aún vibraba en el aire que me rodeaba, mi madre se convirtió en algo menos importante para mí. Nuestro vínculo se volvió menos mágico, menos misterioso, quedó ligado a los calificativos asignados, al papel que debía de haber desempeñado en mi pequeña producción de pecado.

En mi vida secreta, cuando salí de la consulta por segunda vez, con el folleto de papel satinado en la mano y una cita programada para la semana antes de Navidad, no había ni un copo de nieve esperándome fuera para amortiguar mis pisadas. En el transcurso de las semanas siguientes, la nieve seguía sin llegar. Me dijeron que esas cosas llevaban su tiempo. Me dijeron que tenía que ser paciente. Meses después, sentado con mis amigos en una sala de cine y con la primavera a punto de llegar, sentí que estaba tardando demasiado.

—*Tiene* que nevar —dije yo. Charles y Dominique se giraron hacia mí y sonrieron. En ese instante, pensé en decir algo como «Sí, sois la familia que nunca tuve. Sí, sois los sustitutos». Pero esa no era mi vida secreta. El terapeuta no estaba ahí, en ese lugar, aunque había conseguido dejar sus

pensamientos grabados en la masa blanca en la que se había convertido mi mente.

—¿Adónde me habéis traído? —preguntó Charles, escarbando en la bolsa de palomitas, sentado entre Dominique y yo. Era una buena pregunta. Allí había gente con caras pálidas y cabello blanco. Allí había grupos juveniles de la iglesia esparcidos, apiñados en montoncitos coloridos, con camisetas a juego, iluminadas bajo los focos de la sala como si fueran luces de Navidad sin cables. Unos cuantos hombres de pelo blanco más, probablemente diáconos, permanecían de pie, de espaldas al telón burdeos, con las pálidas manos cruzadas por delante de las braguetas. El telón vibraba tras ellos con cada uno de sus ligeros movimientos.

El hombre del pelo blanco que estaba al frente de la sala carraspeó de nuevo y la multitud dejó de hablar.

—Algunos de vosotros tendréis preguntas después de ver esta película tan impactante —dijo—. A algunos de vosotros os conmoverá su mensaje.

Charles le lanzó una palomita a Dominique. Voló haciendo un arco por delante de mi pecho y aterrizó en su hombro. Dominique la recogió como si fuera una cucaracha, se llevó un dedo a los labios y nos mandó callar. «Esto es muy serio», decían sus ojos, aunque el brillo que desprendían sugería lo contrario.

En tan solo unos meses, *La pasión de Cristo* se había convertido en una de las películas más populares de la historia, sobre todo gracias a los evangélicos. No les había contado a Charles y a Dominique que mi padre era igual que esos hombres de pelo blanco, que se ponía frente al público en mi pueblo y le pedía a la gente que se salvara; ni que mi madre me había llamado para contarme la gran cantidad de gente que mi padre estaba conduciendo hacia el Señor en cada sesión. «Ni te lo imaginas —me había dicho mi madre, con la voz entrecortada, como le ocurría a veces, impresionada por el hecho de que mi padre pudiera inspirar a otros, creyendo, puede que durante varias semanas, que era posible que sus funciones religiosas sí que fueran realmente milagrosas—. Es un espectáculo. Toda esa gente llorando, arrodillada».

Cuando volvía a casa cada fin de semana, no les contaba a Charles y a Dominique adónde iba. No hacíamos ningún comentario sobre mi pérdida de peso o sobre el bajón que había dado mi nota media. Las únicas palabras de

preocupación que nos dirigíamos, aquello de «Estás más delgado que un palo», ya decían todo lo necesario. El mundo que había más allá de nuestro diminuto círculo era un lugar aterrador, y siempre lo sería, pero la arrogancia de la juventud hacía que aquellos problemas pareciesen una piel que podías mudar. En ese momento estábamos ahí, juntos, y todo lo demás era solo ruido de fondo.

Cuando llegó el invierno a nuestra facultad y las zonas de césped triangulares que había entre edificio y edificio comenzaron a congelarse, los tres empezamos a pasar casi todo el tiempo juntos, viendo películas en la residencia, como un montoncito perezoso de calor que intentaba resistir el frío que se colaba silbando por nuestras ventanas, bastante mal aisladas. Nos acomodábamos con las extremidades extendidas por todos lados; nos habíamos hecho inseparables. Algunos de nuestros amigos comunes usaban la palabra «rarito» para describir el modo en que nos habíamos amoldado los unos a los otros, nos acabábamos las frases e íbamos a la cafetería solo cuando los tres teníamos hambre; nuestros apetitos, sorprendentemente, se habían sincronizado. Casi nunca hablábamos de nuestras familias, las cuales, no obstante, habrían desconfiado la una de la otra, puesto que mis padres no habían pisado nunca ningún lugar siquiera remotamente parecido a su zona. Pero no veíamos necesarias esas cosas para sentirnos unidos. Estábamos ahí, juntos, refugiados bajo los listones de madera de la litera y el brillo de la pantalla.

—Estaremos disponibles para orientaros tras la proyección —prosiguió el hombre del pelo blanco, mientras señalaba a los hombres que se encontraban a cada lado del pasillo, trazando líneas invisibles con los dedos, cual azafato de vuelo organizando nuestra ascensión—. Jesús os puede liberar de todo pecado, os puede dejar las vestiduras resplandecientes. Él os ayudará a salir de aquí hoy con el corazón puro. —Bajé la vista hacia donde mis pies se adentraban en una oscuridad en la que me habría gustado esconderme hasta que acabara la película.

Mantuve la cabeza baja. Charles, Dominique y yo podíamos ignorar casi cualquier cosa. Una vez, al entrar a una tienda de J. C. Penney para que Charles se comprara un nuevo par de pantalones, prácticamente nos pidieron que nos fuéramos. Los dependientes, todos blancos, nos lanzaron miradas enfurecidas, mirándonos de arriba abajo, siguiéndonos alrededor de percheros

circulares con camisetas de colores chillones. «¿Qué haces tú aquí con ellos?», parecían decir sus ojos. Salimos de allí enseguida, casi sin hablar en el trayecto de vuelta al campus en coche, y cuando llegamos a la habitación nos bebimos media botella de *whisky* y vimos a una de las tres estúpidas fraternidades del campus recitar su estúpido credo en el estúpido patio. Estás más delgado que un palo. Bebe.

En mi vida secreta, el terapeuta se giró hacia mí y me preguntó:

—¿Puedes hablarme un poco sobre tu primera experiencia sexual? La primera de todas.

La pregunta no fue tan impactante como podría haber sido, dadas las circunstancias. Aun así, no pude evitar sentir que ese hombre estaba sobrepasando los límites. «Menuda gilipollez —pensé al principio—. Estoy en terapia. No soy alguien que necesite terapia. No soy alguien que necesite contarle sus preferencias sexuales a los demás para sentirse mejor». Además, ese hombre era consejero matrimonial, entre sus funciones profesionales no parecía estar la de suministrarme la cura exgay que necesitaba. Pero al empezar a hacerme más preguntas sobre mis fantasías, al continuar asintiendo y proponiéndome revelarle más sobre mis intereses, mis sueños y mi relación con la pornografía, me empecé a poner cómodo para el largo camino que me esperaba. A él no le interesaba todo aquello por motivos personales. Era un profesional, un profesional desinteresado. Se le notaba en la manera en que asentía con la cabeza a cada rato. Se le notaba en la manera en que arqueaba las cejas con preocupación. Preocupación auténtica.

—Supongo que mi primera vez fue con Brad —respondí.

—¿Y quién es Brad?

—Un chico que formaba parte de todos los equipos de deportes del instituto.

—¿Estabas tú en alguno de esos equipos?

Esperé un momento. Parecía querer insinuar algo con eso.

—No. Pero sí que estuve en taekwondo bastantes años.

—Cuéntame lo que pasó con Brad —dijo el terapeuta—. Con detalles, pero sin información explícita.

—¿Sin información explícita? A ver, Brad era un buen amigo mío antes de que ocurriera. Me quedé en su casa a dormir, como solíamos hacer los fines de

semana, y recuerdo que estaban remodelando su casa. Ya era una casa bonita de por sí, muy grande y con dos pisos...

—¿Qué pasó en esa casa?

—Bueno, había una parte de la casa que no estaba acabada aún, y entramos para hacernos una idea de cómo quedaría. Sus padres no estaban en ese momento, creo. Subimos al desván por las escaleras de madera y a Brad le cambió la expresión, y ambos... bueno, ambos supimos...

—¿Masturbación mutua?

No me podía creer que estuviera diciendo aquellas palabras. Las sentí como una bofetada fría. Lo dijo como un término clínico, pero parecía haber un ligero indicio de repugnancia tras las palabras.

—Sí.

Miré por la ventana hacia el terreno vacío que había frente al edificio y, aunque no hubiera nieve, y lo más probable era que no llegara a haberla nunca esa estación (ya lo había asumido), me acordé de cómo bailaba mi abuela conmigo a lo largo de su pasillo enmoquetado, recitando cantos inventados de los nativos americanos, tapándose y destapándose la boca con la mano arrugada; de que, la semana anterior a aquellos cantos, no paraba de nevar; de que, de hecho, aquella había sido la mayor nevada que ambos habíamos visto en la vida. Así que ahora sí que pensaba que podía haber parte de verdad en esa magia absurda de la fe. El poder de la semilla de mostaza, del más pequeño copo de nieve; así fue como continuó la terapia.

—Intenta no pensar en esto como si fuera terapia —dijo él—. Solo estamos charlando.

Y añadiendo solo unas pocas palabras —«dependencia», «autodesprecio», «enmascaramiento», «egoísmo»— la historia de mi infancia y del desarrollo de mi sexualidad adquirió un nuevo tono, nuevas asociaciones. Detrás de toda esa vergüenza, señaló el terapeuta, había estado creciendo un ecosistema oculto. Ponerle fin era mi responsabilidad. Solo con pararme a mirar bajo la superficie, me encontraría con todo ese desastre inconsciente retorciéndose. «Lombrices —pensé—. Saliendo a la superficie del suelo húmedo. No estaban ahí antes de la lluvia, y ahora, de repente, sí».

—¿Has rellenado ya tu solicitud? —me preguntó.

—Aún no —contesté.

—Pues vamos a ponernos con eso. No hay tiempo que perder. —Se reclinó

en la silla, haciendo rechinar las ruedas.

Bajé la vista hacia el brazo de madera de la silla, con sus vetas en espiral. En ese trozo permanecían varios de los años de un árbol muerto, con todas aquellas estaciones lluviosas y de sequía apiladas una junto a la otra. El árbol no tenía ni idea, cuando el hacha cayó contra su rama, de que yo haría uso de aquellos años.

El gato de nueve colas azotaba la espalda desnuda y sangrienta de Jim Caviezel. Una y otra vez, cuero contra piel.

—Esto es una gilipollez —susurró Charles.

—No digas eso —contestó Dominique, fingiendo preocupación—. Que es Jesús.

—Eso no es Jesús.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Dominique—. ¿Es que tienes revelaciones divinas? ¿Te visita en sueños?

—Estudio historia. Antropología. Lo que sea. Jesús era más negro que ese.

—Estudias *música*.

—Entre otras cosas.

Miré a nuestro alrededor para ver si alguien nos estaba escuchando. La mujer de mi derecha se apretaba el bolso contra el pecho, se sobresaltaba con cada laceración que mostraba la pantalla y tenía los ojos llorosos. La gente del final de la fila estaba ya al borde de sus asientos, como si no tuvieran ni idea de qué iba a ocurrir a continuación. Esa era la magia de Mel Gibson como director: conseguía crear un suspense intenso a partir de una historia tan conocida como la del Evangelio. Cada vez que el látigo aterrizaba en su espalda, casi me esperaba que Jesús muriera, a pesar de saber que ese no iba a ser el caso, que todavía quedaba mucho por llegar. La escena de la agresión se prolongaba tanto, con unos primeros planos de violencia tan detallados, que hacía que la violencia en sí misma pareciera fascinante; un universo de castigos habitado por escalas infinitas, infinitas tonalidades de rojo y rosa que nunca me habían enseñado a distinguir. Durante los primeros fotogramas de violencia repentina, no me había percatado de su sutileza; no me parecía que la sangre tuviera más matices que las gotitas de color rojo chillón que acompañaban en ocasiones al viacrucis o las que había salpicadas por todo el cuadro de la mano retorcida y sangrienta de Jesús que mi padre había

encargado para la función religiosa de la cárcel y pegado a la parte de atrás de la camioneta, con las palabras «cristo murió por pecado, pecados, pecadores» en rojo intenso. Gilipolleces. Entonces, poco a poco, la sangre se convirtió en algo más. En arte. Quería encontrarle otros nombres. Quería ver la película de nuevo solo para ver cómo caía una sangre que parecía sacada de una obra de Jackson Pollock.

Charles y Dominique habían dejado ya de discutir y miraban, pasmados, cómo cada una de las facciones de Jesús se reducía sistemáticamente a tiras sangrientas. El mensaje de la película era claro: la violencia había reemplazado cualquier otra consideración. Ya no parecía importar si el hombre de la pantalla era blanco o negro. Nos hallábamos ante un horror que parecía pertenecer a gente de todas las razas y creencias.

—No puedo ver esto —dijo Charles, tapándose los ojos con la palma de las manos—. Es demasiado.

—Está a punto de acabar —contestó Dominique, engullendo otro puñado de palomitas—. La parte buena está por llegar.

«Padre, perdónalos —dijo Jesús, con la voz ahogada por la sangre. Los dientes le rechinaban y tenía la mirada fija en un futuro que nadie más veía—. Perdónalos, porque no saben lo que hacen».

María, entre lágrimas, escarbó con las manos y agarró dos puñados de tierra. Sus rasgos estaban deformadas por el sufrimiento, por la incredulidad. Según los críticos, se suponía que la película era más fidedigna que la Biblia, que Gibson había dedicado muchísimo tiempo y dinero para que la crucifixión pareciera real; pero al ver el torso despellejado de Jesús luchar contra la gravedad, me resultaba difícil creer que el cuerpo humano fuera capaz de aguantar semejante violencia. Debía de haber un límite, llegar un punto en el que las autoridades romanas comprobaran si tenía pulso. O puede que cada uno tuviéramos límites distintos. Charles y Dominique me habían hablado a veces de sus antepasados, esclavos desde que nacieron, que habían recibido latigazos una y otra vez sin razón alguna, y aún así, muchos de ellos habían llevado largas vidas de servidumbre; sus heridas se curaban con el tiempo, sus pieles se hacían más duras y la pesadilla continuaba según lo planeado.

Comparado con el dolor de la pantalla, mi dolor me parecía absurdo, algo insignificante. A mí no me habían dado latigazos ni palizas. No había sufrido por mi bondad. Era cierto que desde el momento en que David me había

sacado del armario a la fuerza, una parte de mí seguía tumbada en el asiento de atrás del coche de mi madre, mirando las estrellas y esperando a que llegaran los golpes; pero aun sabiendo que llegarían más, también sabía que nunca se podrían comparar con lo que estaba viendo en la pantalla. No tenía derecho a quejarme. Seguiría adelante con la terapia. Rellenaría la solicitud.

Esa no era la primera vez que tomaba una decisión basándome únicamente en la culpa. Mis primeras fantasías de ser mártir llegaron al cumplir los dieciséis. Chloe me había regalado su ejemplar de *Locos por Jesús: las historias de aquellos que se mantuvieron firmes por Jesús* por mi cumpleaños, sugiriéndome que leerlo nos uniría más.

—Me ha cambiado la vida —me dijo—. Ya no me da miedo seguir a Jesucristo, pase lo que pase. Me da igual que me apunten con una pistola en la sien.

Me había sentido especial leyendo aquellas historias, una serie de muertes macabras a manos de paganos que servían de ejemplo del tipo de devoción extrema que era necesaria en ese Fin de los Tiempos. Me pasé horas y horas leyendo el libro en mi dormitorio, con la puerta cerrada con pestillo, imaginándome que equipos SWAT armados irrumpían en la habitación, derribando los cerrojos y las bisagras, para interrogarme. Me imaginaba lo orgullosos que estarían Chloe y mis padres si me oyeran hablarle al cañón de la ametralladora, mientras lo mordía con fuerza, balbuceando: «No renunciaré a Jesucristo como mi salvador».

Pero, a decir verdad, me preocupaba lo que diría en realidad cuando el Apocalipsis llegara finalmente. Me preocupaba sobre todo porque sentía que era malvado en algún lugar de mi interior, en el mismo lugar donde había almacenado las fantasías con hombres mayores; algunos del concesionario, otros de la iglesia, aunque sus rasgos importaban poco. Aplastados a presión entre mi miedo y mi vergüenza, sus caras y sus cuerpos se aglutinaban formando una masa inquietante que amenazaba con encabritarse y delatarme.

Centrarnos en la violencia, incluso disfrutar de la fantasía de la violencia, sí que consiguió unirnos a Chloe y a mí. Hizo que fuera más fácil ignorar mis tentaciones, focalizarme en hacer lo correcto, imaginar un futuro como esposo de una hermosa y amable mujer cristiana. Y durante unos años, nuestro amor por Cristo nos mantuvo unidos; nuestro amor por el martirio.

Sentí esa fuerte resaca de nuevo viendo *La pasión de Cristo*. Había ido al cine a burlarme de algo de lo que, como debía haber sabido, alguien con mi pasado no podía burlarse. Quise salir corriendo, ocultar la cara en la grieta de la roca, como se sabe que hizo Moisés en presencia de Dios. Al intensificarse la luz de los focos, aparté la vista de los diáconos de pelo blanco arrodillados al frente de la sala, pero solo pude hacerlo tras haberme visto tentado a mirar una última vez.

Fuera, el aire era frío, y un viento flojo y triste nos acompañó hasta el Ford Explorer que mi padre me había comprado justo antes de ir a la universidad. Tan solo había unos pocos coches esparcidos por el aparcamiento; no cabía duda de que algunos de ellos pertenecían a los espectadores arrodillados del cine. Me resultaba extraño verlos allí, ver mi coche solo en el otro extremo del aparcamiento, ver todos los edificios y las fábricas que nos habían llevado a aquel momento de la historia; dos milenios después del mundo que habíamos visto en pantalla. Una bóveda de niebla se había asentado a lo lejos y parecía propagarse a lo largo de nuestro pequeño pueblo. Iba a cubrirlo todo, a extender una manta entre las estrellas y nosotros. «¿Qué sentido tendrá todo esto, cuando no quede nada?», pensé.

—¿Adónde vas? —preguntó Charles. Charles y Dominique estaban ya frente al coche, esperando a que abriera las puertas. Yo había pasado de largo sin darme cuenta, de camino a un lugar que desconocía.

Unos minutos después estábamos sentados en el McDonald's, el único edificio bien iluminado en kilómetros a la redonda. No estaba seguro de cómo habíamos llegado hasta allí. Seguía abstraído desde que habíamos salido del cine. Era un milagro que no hubiera estrellado el coche. Conducir bajo esas condiciones no fue más que otra de las cosas estúpidas de aquella tarde.

—Parece que hayas visto un fantasma —dijo Dominique, mojando una patata grasienta en el ketchup con el que había rellenado un vasito de papel hasta el borde. El reloj que había sobre su cabeza estaba a punto de marcar la medianoche, pero no tenía ningún sitio al que ir; al día siguiente sería sábado, y todos parecíamos algo inquietos.

—No me la quito de la cabeza —respondí, desenvolviendo mi Big Mac. Esas hamburguesas nunca tenían la pinta que querías que tuvieran. Intenté empujar la carne de hacia dentro del pan, pero empezó a desmoronarse, así

que le di un mordisco tan rápido como pude.

—Es solo una película —contestó Dominique—. Nada de eso era real.

Charles sorbió su refresco y añadió:

—He visto cosas peores.

—Puede que fuera peor de lo que hemos visto —dije, sintiendo la hamburguesa deslizarse lentamente hacia mi estómago. Me di cuenta de que había dado un mordisco demasiado grande—. Puede que nos volviéramos locos si viéramos cómo fue la crucifixión en realidad.

—Puede —respondió Charles, levantándose—. Puede que nos volviéramos locos si viéramos muchas cosas.

Dominique dio una palmada en la mesa y dijo:

—Por ejemplo, ver cómo disparan a alguien en tu barrio.

—¿Has visto algo así? —pregunté. La hamburguesa se me atragantó en mitad del esófago. Estaba a punto de vomitar.

—No —contestó Dominique—, pero estoy segura de que si volviera a casa lo vería. Es cuestión de tiempo.

—Le pasa a todo el mundo en nuestro barrio —añadió Charles, dirigiéndose hacia el mostrador para rellenar varios vasitos más con kétchup. Nunca eran suficientes. Era como si los hubieran diseñado para tener que levantarte a por más cada cinco minutos. Hacía que las salsas parecieran más valiosas, así colocadas en una fila de un lado al otro de la mesa: una hilera de rubíes relucientes bajo los fluorescentes.

«Todo esto no es más que una farsa», pensé de repente. Me imaginé adentrándome en el barrio de Charles y Dominique, viendo cómo disparaban a un peatón, con la sangre extendida por la camiseta blanca. ¿Me parecería todo menos falso si conseguía adivinar la razón de toda esa violencia?

—¿No os sentís mal comiendo después de lo que hemos visto? —dije, dejando caer la hamburguesa sobre la mesa, pringándolo todo de salsa.

—A mí me parece algo natural —contestó Charles, volviendo con los vasitos—. Tenemos que comer.

—Mira —dijo Dominique, sumergiendo otra patata frita en el kétchup—. La única razón por la que hemos ido a ver la película es porque tú querías que viniésemos, y ahora te comportas como si hubiésemos hecho algo malo. Vale, la película ha sido un poco más intensa de lo que pensábamos, ¿y qué?

Estamos aquí, estamos vivos y tenemos buenas notas. Dios querría que estuviésemos agradecidos por eso.

—¿Dios querría que sacáramos buenas notas? —dijo Charles—. Ay, Señor.

—Y Dios querría que te comieras ese Big Mac —añadió Dominique—. Hablando de eso, ¿te lo vas a comer? Porque si no...

Empujé mi Big Mac hacia Dominique.

—No lo entendéis —dije.

No era culpa suya, naturalmente. No les había contado casi nada del momento que estaba atravesando con mi familia, y debió de haberles parecido injusto que solo un minuto antes me hubiera tomado mi religión con tanta indiferencia, cuando ahora debía de parecer un fanático, como mi padre. Sabía que nunca iba a poder contarles lo que ocurría, que, por más días que pasásemos juntos, yo seguiría caminando por la vida con un pie en un mundo que ellos nunca habían visto, al igual que ellos habían vivido con un pie en un barrio que yo nunca había visitado.

—¿Sabes lo que necesitas? —preguntó Dominique, dando golpecitos con el pie sobre una de las baldosas—. Necesitas una canción.

Empecé a sentir cómo se me revolvía la hamburguesa en el estómago. Me hizo falta toda mi energía para evitar poner mala cara.

—Por favor, no —dijo Charles, poniendo los ojos en blanco—. Cantamos a todas horas. —Tenía una mancha de ketchup en el labio inferior, de un rojo intenso. Pensé en el artículo que había leído, el de la nueva sangre que habían creado para la película; una asquerosamente dulce, con colorante rojo y goma líquida, todo suspendido en glicerina para que pareciera más viscosa.

Dominique se levantó, se limpió las manos cubiertas de sal con la blusa de color azul marino y carraspeó. Miró a su alrededor durante unos segundos. Solo había unas tres o cuatro personas en el restaurante. Tras las ventanas, una niebla anaranjada iba enturbiándolo todo y oscureciendo la carretera. Unos cuantos copos de nieve se habían adherido a la ventana, derretidos, y descendían por el cristal, trazando líneas a su paso. Por un momento, pareció que fuésemos parte de una extravagante bola de nieve, que alguien nos había agitado y había girado la llave para hacer sonar la caja de música. Dominique cogió a Charles de los brazos y le obligó a levantarse, con lo que estuvieron a punto de tirar la hilera de vasitos de ketchup.

—*Summertime* —empezó Dominique la canción, tan afinada como fuera de temporada.

Algunos de los que estaban allí giraron la cabeza. «¿Qué haces tú con ellos?».

Charles se unió a ella. Yo me quedé en silencio.

—*There's a'nothin can harm you* —cantaron en armonía—, *with your daddy and mammy standing by*.

Eché a correr hacia el servicio y cerré la puerta mientras seguían cantando. Me quedé mirando el agua plácida y esperé, pero no llegó nada. Solo estaba el reflejo de una cara esquelética que casi ni reconocía.

En mi vida secreta, la terapia exgay crece en mi interior, se asienta bajo el exceso de piel, se aferra al revestimiento de mi estómago. El oleaje de café y el McMuffin que mi madre me ha obligado a comerme de camino a la sesión me revuelven el estómago. Se oye el crujir del envoltorio amarillo de la comida y los neumáticos del coche al avanzar sobre el puente Mississippi-Arkansas. Últimamente, mi madre ha estado obligándome a comer alimentos con muchas calorías, hasta me pone mayonesa en los bocadillos cuando no miro. Es como si todo lo que me he esforzado para conseguir ser invisible hubiera sido en vano.

—Tus pensamientos son perjudiciales para Dios —me dice el terapeuta exgay, con los ojos clavados en el escritorio de cristal que nos separa. Desde aquí, sus cejas parecen dos gruesas comas negras. Está aquí para interrumpirme—. Son asquerosos. Antinaturales. Una abominación. —Sigo pensando en la forma en que ha dicho «masturbación». La palabra permanece en la habitación, se niega a marcharse.

—Lo sé —respondo—. Me estoy esforzando.

—Tu madre y yo creemos que deberías asistir a Origen —me comunica, sujetando una hoja de papel—. Es un programa de dos semanas. Muy breve, pero eficaz.

Origen. Las historias que ahora escribo casi a diario también tienen la capacidad de ocultar el origen de mi dolor, de ocultarme de mi naturaleza pecaminosa. Cuando no estoy sentado delante del terapeuta, sino frente a Charles y Dominique, en la residencia universitaria, escribiendo en mi Moleskine, me olvido de mi sufrimiento y lo único que siento es la alegría y la

frustración de la palabra escrita, de la forma en que se niega a ajustarse a lo que ve mi mente. La escritura es mucho más grande —y también mucho más pequeña— de lo que me había imaginado. Pero no puedo huir de mi dolor, como ya me ha dicho el terapeuta en muchas ocasiones. No puedo escapar de mi asquerosa naturaleza, da igual lo mucho que adelgace. En algún momento debo volver al origen.

El campus estaba tranquilo aquella noche, lo único que animaba el ambiente era el ruido sordo de los altavoces de las fraternidades, una vibración pacífica que hacía parecer que las esquinas de los edificios a los que no llegaba la luz pudieran albergar la promesa de alguna emoción, otro mundo más allá de este. El último piso de la facultad de humanidades resplandecía a lo lejos, y en la terraza a la que daba la sala de profesores se veía una figura solitaria, un estudiante nocturno en una noche de viernes, un estudiante delgado que parecía vivir permanentemente dentro del edificio. Siempre me causaba cierto sentimiento de culpa, cierto miedo de no haberme leído la parte de *La Reina Hada* que nos habían encargado tan bien como debería. La verdad es que yo podría haber sido él; una versión mucho más concentrada de mí, alguien que tuviera los pies firmemente clavados en el suelo y los ojos capacitados para un futuro lleno de libros, habitaciones de paredes de madera y charlas tomando café hasta bien entrada la noche. Años más tarde, tendría envidia de las personas como él, personas cuyos cerebros nunca parecían haberse vuelto contra ellos, pese a que en realidad no tenía forma de saber qué era lo que se le pasaba a aquel chico por la cabeza durante todas esas noches solitarias.

Dejé atrás unos cuantos edificios. La hierba seca crujía bajo mis zapatos. Tenía frío, ya que solo me había puesto un jersey negro fino. «¿Por qué sales así?», me había preguntado Charles. No le di una respuesta sincera, solo que no podía dormir y que necesitaba sentir el aire frío en la piel.

Llegué a un pequeño jardín, pateé la gravilla del camino y me dirigí a un banco de piedra helada. Un seto alto me mantenía oculto del patio, pero justo por encima de sus ramas desnudas pude distinguir el campanario de la capilla, completamente iluminado por tres buenos focos. Había subido a ese campanario una noche, a principios de curso, con un grupo de amigos entre los que se encontraban Charles y Dominique, entre los que se encontraba David.

Habíamos saltado por los puntales del techo de la iglesia, mientras los grandes tubos de bronce del órgano brillaban debajo de nosotros con la luz refractada de la luna, y habíamos trepado por una escalera de mano oxidada, intentando contener la risa todo el tiempo. Justo antes de llegar a la parte más alta, ahí de pie frente a una escalera que daba a una pequeña terraza que rodeaba la aguja del campanario, un estudiante de último curso nos dijo que teníamos que conocer la verdad sobre aquel lugar. Nos dijo que antaño la universidad había sido una residencia masónica para huérfanos y que había sido víctima de un incendio a principios del siglo xx en el que murieron varios niños. Corrían rumores de que tres de esos niños carbonizados se aparecían en la base del campanario todas las noches cogidos de las manos. Tres niños sin nombre, con los rasgos borrados por las llamas.

La historia añadió algo más de adrenalina a la que ya sentíamos mientras subíamos todos aquellos peldaños a oscuras, atravesando densas telarañas y cogiendo de la mano a gente que apenas conocíamos pero a la que ya considerábamos amigos, confiando en ellos para que nos ayudaran a subir sin tropezar entre escalón y escalón, pensando en la carne herida, en esos niños, solos y atrapados, sin nadie que llorara por ellos; todo eso mezclado con una especie de superstición que un grupo de estudiantes tan escéptico como el nuestro tan solo podía experimentar en la oscuridad más absoluta. Cuando llegamos a lo alto, y nuestra piel se encontró con la cálida brisa del verano, nos sorprendimos al descubrir solo cemento agrietado y polvo. Nos cogimos de las manos y formamos un círculo alrededor de la aguja en recuerdo de aquellos niños, sintiendo, como creo que todos sentimos, como yo recuerdo haber sentido al agarrar la cálida palma de David, que los vínculos que habíamos formado aquella noche nunca desaparecerían.

Más allá del jardín, la niebla caía sobre los edificios, sobre el chico de humanidades que nunca dejaba de estudiar, y el banco en el que me había sentado empezaba a parecer una pequeña isla a la deriva en un mar blanco. «El jardín de Getsemaní», pensé, recordando *La pasión*. La noche previa a su crucifixión, Jesús había intentado calmar a sus discípulos diciéndoles que todo el dolor que iban a padecer merecería la pena, que la violencia cumpliría las promesas de Jesús. Me preguntaba si habría pasado lo mismo con los huérfanos. ¿Tuvieron a alguien que les calmara antes de que el fuego empezara a acariciarles los brazos?

Me abracé, me rodeé el pecho con los brazos tan fuerte como pude; notar mis costillas delgadas me hacía sentir bien, el frío me hacía sentir bien. Me di cuenta de que las cosas irían bien solo si confiaba en que al final todo tendría sentido. La nieve estaba aún por llegar —aunque fueran solo indicios de ella — pero en algún momento lo haría, incluso aunque la estación ya estuviera tan avanzada. Lo cubriría todo, construiría sus extraños jardines sobre objetos ocultos, esculpiría un nuevo mundo.

En mi vida secreta, la terapia me sepulta, me envuelve hasta que se convierte en lo único que respiro, hasta que el mismo aire se convierte en ella. Solo ha pasado una semana desde mi última visita al despacho del terapeuta, y tal vez sea la primera vez en semanas que no estoy pensando en mi próxima visita. Estoy con mi familia. Está anocheciendo. Es Navidad. El fuego crepita en una esquina y en la otra hay un abeto gigantesco; un recibidor recargado de adornos me separa de unas vistas del lago medio cubierto de hielo que refleja las luces de Navidad del vecino que centellean a lo lejos.

El pasillo oscuro se abre ante mí. Mi madre sale de la cocina y se queda a mi lado. Puedo sentir la calidez del horno que irradia su piel artificialmente bronceada, el rastro de olorcito a pan de jengibre que deja tras de sí. Lleva puesto un jersey de cachemir con la enorme cara de un muñeco de nieve en el medio. La nariz de plástico del muñeco me roza el hombro cuando mi madre se gira para hablar conmigo.

—¿Qué te parece la semana que viene? ¿Te viene bien? —pregunta. No puede remediarlo. La visita al médico ha estado rondándole la cabeza (solo la suya) durante las últimas semanas. Nadie más quiere hablar del tema, en especial mi padre. Pero alguien tiene que mantenerlo todo bajo control.

Bajo la vista hasta sus zapatos. Brillantes y negros, con unos tacones de plástico transparentes que encierran a dos figuras de Papá Noel idénticas, cada uno con un pequeño montón de nieve alrededor de sus diminutas botas negras. Con cada paso, las figuras caminan con ella en el interior de dos ventiscas, atrapados en sus celdas de aislamiento. Cuando mi madre venía a recogerme del colegio, mis compañeros de clase hacían apuestas sobre la excentricidad de su atuendo. ¿Llevaría un lazo rojo? ¿Llevaría una bolsa de lunares a juego? Aquellas apuestas me llenaban de orgullo, pero también me hacían sentir vergüenza, como si una parte de mí estuviera reflejada en su

estridencia física.

—La doctora Julie quiere comprobar tus niveles de testosterona.

—Ah —respondo. No hay nada más que pueda decir.

—Será rápido. Y nos aclarará las cosas.

—Bien —contesto. Las figuras de Papá Noel se me quedan mirando mientras la nieve se acumula alrededor de sus botas.

—Acuérdate de decirles a tus profesores que el martes no irás a clase.

—Vale.

—¿Qué pasa, cielo? —Un Papá Noel se acerca a mí.

—Nada —respondo—. Todo esto es muy raro.

—Ya lo sé —me dice—. Pero terminará pronto.

Los Papás Noel me dan la espalda y se pierden otra vez en sus ventiscas particulares. Mientras mi madre se dirige de nuevo hacia la cocina, su cachemir pálido se convierte en una llama blanca que parpadea entre la luz tenue.

Me vuelvo hacia el pasillo, hacia el lago resplandeciente enmarcado por la ventana. Es un regalo tenebroso esperando a que alguien lo abra. Precioso, delicado, envuelto por todas esas luces centelleantes. A lo mejor solo me lo parece por mis bajos niveles de testosterona. A lo mejor pierdo esta preciosa imagen en cuanto la doctora Julie consiga que mis hormonas se disparen. A lo mejor, cuando visite a la doctora Julie, pierdo todos mis recuerdos más preciados, esos momentos de belleza trascendental. A lo mejor es el pequeño precio que hay que pagar para tener una vida normal. De pie, en el pasillo, intento que mis niveles de testosterona aumenten. Ojalá lograra dejar de pensar. «Mano izquierda, palma hacia abajo. No te digas a ti mismo “gira la mano izquierda”». Aprieto el puño, me clavo las uñas en el lago de la palma de la mano hasta que me cuesta respirar. Quiero darle un puñetazo a la pared, romperme los nudillos contra la madera astillada, que mane la sangre. Pero no puedo hacerlo. No puedo obligarme a sentir algo que no está en mí. Tan solo puedo sentir lo que desearía que no estuviera en mí. Me pregunto qué haré cuando ya no pueda fingir. Me pregunto si la gente se dará cuenta. Puede que la testosterona resuelva de verdad todos estos problemas, que me altere el cerebro de una forma que la meditación y las oraciones no podrían hacerlo jamás. Es posible que al final todo sea un asunto del cuerpo.

Recuerdo el sabor del pan ácimo sobre la lengua. Las palabras «Este es el

cuerpo de Cristo» resonando en el santuario. «Este pan es mi cuerpo, entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí». Recuerdo la impresión por el zumo de uva, la sangre de Cristo; el miedo a que el zumo se convirtiera en sangre en mi estómago, pese a que los bautistas no creyeran que ese tipo de cosas fueran posibles. Recuerdo una ocasión en la que sentí remordimientos por quedarme mirando a los gemelos Brewer, situados en la primera fila, mientras le daba un sorbo al zumo y escuchaba cómo un centenar de molares trituraban el pan ácimo. Las espaldas de los Brewer eran tan rectas, tan perfectamente esculpidas, que me resultó imposible no mirar; así que corrí al cuarto de baño después de la comunión y me provoqué el vómito para expulsar el cuerpo y la sangre de Cristo, por miedo a que fuera castigado por mi blasfemia si los mantenía en mi interior. Los restos flotantes de Cristo se parecían a la carne con sangre coagulada que vi más adelante en la pantalla del cine. Ahora me doy cuenta de que aquello debió ser una señal. Ahora veo que es el cuerpo quien controla el alma.

Fue el cuerpo de Cristo lo que, después de todo, hizo que sus ideas cobraran forma; la prueba de su ausencia fue el primer hecho que convenció a muchos impíos para que se convirtieran al cristianismo. Fue el cuerpo de David lo que me llevó a terapia en primer lugar. Fue la falta de contacto con el cuerpo de Chloe lo que lo había empezado todo. Si consigo aprender a reducir mi cuerpo a una hoja afilada, tal vez pueda controlar el poder del cuerpo, ese mismo poder que sentiré de nuevo al ver *La pasión*, el mismo que mi padre sabe ejercer tan bien en sus sermones. Tan solo necesito un poco de ayuda de la doctora Julie. Empiezo a tener esperanza. Siento el calor de la cocina sobre la piel, me otorga fuerza, me impulsa hacia delante.

Sigo de pie en el pasillo, observando las luces de Navidad que bailan afuera sobre el lago helado. Alguien ha puesto una canción de Nat King Cole. Recuerdo que Dominique mencionó que odia a Nat King Cole. «No tiene vida en la voz», me dijo, pero yo no estoy de acuerdo. Pienso en Charles y Dominique, que deben de pasarse la Navidad cantando en un vecindario que no se parece nada al mío. Una vez, Charles me dijo que una bala perdida había hecho un agujero en una pared de su casa, que le faltó poco para atravesarla y llegar al sofá en el que él estaba sentado. Un par de centímetros más y puede que Charles no hubiera vivido para contarme aquella historia. Pienso en su dolor, en todo lo que ha tenido que soportar, en el lugar del que ha venido y en

el que se encuentra, cantando con una voz hermosa en el teatro de la universidad. Y antes de que pueda contenerme, me siento afortunado de vivir en este momento cálido y feliz, con esta familia que, a pesar de la incomodidad con la que me han tratado desde que descubrieron mi enfermedad, a pesar de que me han tratado de la misma forma que tratarían una pieza de la vajilla de porcelana familiar que no les gusta, sigue formando parte de mí, sigue compartiendo la misma sangre caliente que circula por mis venas mientras camino con los pies descalzos por el recibidor. Ahora, el rugido de sus voces se encuentra detrás de mí; se trata de un leve ritmo de palabras indistinguibles, no las palabras de ira ni aversión ni pena ni amor que imagino que deben tener preparadas en lo más profundo de sus gargantas, así que camino despacio, con un pie delante del otro, dejo atrás la luz dorada y sigo hasta el lago resplandeciente, y juro que todo esto es demasiado hermoso para una sola vida, que debería poder dividirme en muchas versiones de mí mismo para probar los muchísimos sabores que conforman este momento, siendo consciente de que es posible que todas estas sensaciones desaparezcan cuando entre en la consulta del médico, pensando: «¿Cómo voy a poder compensar semejante regalo? ¿Cómo voy a poder devolvérselo a estas personas, al dios al que rezan y al dios al que parece que aún rezo yo?».

La perra, Daisy, pasa rozándome la pierna, jadeando. Me mira y tiene los ojos llorosos. Su confianza plena es demasiado para mí. Aparto la mirada, agradecido por la sensación que me produce tenerla a mi lado en la oscuridad con toda esa luz detrás de nosotros, como si estuviera a punto de sacarnos a flote por la ventana y elevarnos hacia el cielo nocturno sobre el lago. «¿Cómo puedo decirle que no a todo esto? —pienso—. Son muchas las personas que me han conducido hasta este momento, y siempre he confiado en ellas. ¿No es posible que en el futuro haya momentos aún mejores si vuelvo a confiar en ellas?».

Llega el martes y no voy a la cita con la doctora Julie.

—Ha surgido un imprevisto —dice mi madre. Nada más. Estoy más confundido que nunca. Me pregunto si mis padres han perdido toda esperanza, si todo esto terminará por quedar en nada. Mi madre y yo nos pasamos una semana sin hablarnos. El silencio me inquieta.

Y hasta varios meses después no me doy cuenta de lo sólido que es el pacto que hice conmigo mismo aquella noche de Navidad que pasé con mi

familia. Tan solo cuando han transcurrido varios meses, después de pasarme horas sentado en el frío banco de piedra del jardín de la facultad de humanidades, después de caminar con la cabeza en las nubes por el sendero que lleva hasta el lago y observar mi silueta oscura sobre las aguas tranquilas, con la luz de la luna detrás de mí, con mi vida académica cargada a mis espaldas, es cuando empiezo a darme cuenta de lo lejos que llegaré. Tomaré este cuerpo flacucho y lo bautizaré en el agua helada, regresaré con la ropa mojada, estaré a punto de congelarme, pero me sentiré más vivo que nunca, y, con mi cuerpo exhausto calentándose bajo el chorro ardiente de la ducha, con los ojos fijos en una gota de agua que recorre la alcachofa de la ducha, musitaré, entre el repiqueteo de mis dientes, la oración más simple del Gran Médico: «Señor, hazme puro».

Al salir de la ducha, me encontraré el teléfono y le escribiré un mensaje a mi madre que la despertará de sus sueños. «Estoy preparado», escribiré. «Doctora Julie».

Mi madre y yo estábamos sentados en el consultorio de la doctora Julie, poco menos de una semana después de ver *La pasión de Cristo* con Charles y Dominique.

—Ese cuadro está en casi todas las consultas de médicos —dijo mi madre—. Es bastante bueno. —Parecía no poder dejar de hablar.

—Ah, ¿sí?

El cuadro era una impresión de una obra fotorrealista de Rockwell: un niño pequeño que se baja los pantalones ante un médico desconocido envuelto en una bata blanca, con la luz entrando a través de una persiana bajada tras ellos. El gesto del niño parecía muy simple; formaba parte del pasado de color de rosa que Rockwell lograba capturar con tanto talento: un momento de terror justo antes de otro de alivio, especialmente cargado de sentimentalismo, ya que el dolor es una minucia, nada por lo que haya que preocuparse, la verdad. Y eso es algo que el niño aprenderá pronto, después de unas cuantas visitas más a la consulta del médico. El miedo del niño es un miedo que la mayoría de las personas superan a lo largo de la infancia, y es gracioso, de la misma manera en que los adultos encuentran la infancia graciosa, ver el miedo de ese niño como si no fuera nada, como si fuera una fase que tuviera que superar: un pinchazo y se pasa.

—¿Cuánto crees que tardará la doctora Julie? —preguntó mi madre.

—Llegará en seguida —respondí como un estúpido—. Siempre está ocupada. —No había nada más que hablar.

Era cierto que la doctora Julie parecía estar siempre ocupada —pasando hojas de informes, consultando las historias clínicas, recetando medicamentos en hojas de papel blanco cuadradas y arrancándolas del lomo al que estaban adheridas con una floritura solemne— pero siempre hacía como que no disfrutaba tanto de esa parte de su trabajo como de la compañía de sus pacientes.

—Vamos a ponernos manos a la obra, ¿vale? —dijo cuando llegó al fin, como si al entrar en el consultorio estuviera esquivando la parte técnica de su vida, antiséptica y llena de jerga; como si, al cerrar la puerta, estuviera dejando atrás todas esas tonterías necesarias para, finalmente, crujirse los nudillos, subirse las mangas, sentarse en un taburete que chirriaba e inclinarse hacia delante para mirar a los ojos de las personas que hacían que su trabajo mereciera la pena. En ese momento, no era solo una doctora propiamente dicha, sino que también era esa niña pequeña de las afueras de Salem, Arkansas, que solía madrugar por las mañanas para dar de comer a las gallinas antes de irse al colegio. Había ocasiones en las que la doctora y la niña pequeña compartían los mismos rasgos, aunque no eran frecuentes. Había estudiado en mi universidad, un hecho que me pareció especialmente importante la mañana en que al fin me decidí a unir la vida de la universidad con la de la familia.

—¿Qué os trae por aquí? —Lo preguntó como si no lo supiera, con esa cara de granjera relajada, libre de las preocupaciones del día a día. Mi madre, sentada al otro extremo de la habitación con todos sus encajes, casi no podía disimular los temblores que se habían apoderado de ella desde el momento en que había descubierto mi homosexualidad.

—No sé por dónde empezar —respondió mi madre, apretándose el bolso contra el pecho, pese a que no había otro punto de partida que no fuera la horrible verdad: la mancha secreta que había caído sobre la familia. Sabía que mi madre ya había hablado con la doctora Julie sobre mi sexualidad, que se conocían bastante bien, que la doctora Julie quería proteger a mi madre de la dura realidad de tener un hijo gay en el sur, en una comunidad estrictamente religiosa. Supe todo esto por la forma en que hablaban, por la solidaridad que

cruzaba la habitación como si fuera una corriente. Centré la mirada en la baldosa moteada bajo mis pies colgantes. Tenía la sensación de que solo con alzar la mirada me uniría a esa corriente, así que mantuve la cabeza baja.

—¿Por qué no empezamos con lo que es evidente? —preguntó la doctora Julie—. Estás preocupada por tu hijo.

Un cambio de postura. El crujido del encaje contra el encaje. A pesar de todo, mi madre había entrado aquella mañana en mi habitación y me había preguntado si estaba guapa. Se puso de pie en la puerta, como una reina envuelta en cortinas de hielo, con el encaje, amarilleado a propósito, amontonado en capas cosidas por todo el pecho y una falda con el mismo diseño bajo un cinturón alto negro. «No —pensé—, se parece más a una campanilla de invierno», a una *Galanthus*, en su belleza marchita. Incluso con su tristeza y su miedo, mi madre sabía cómo ir a la moda. Su amor por las texturas, la ropa elegante y los detalles refinados era lo que la abstraía de la situación. Se había envuelto en toda la belleza exagerada que había podido, convocando a los espíritus del periodo de angustia anterior y posterior a la guerra para que la defendieran de aquello a lo que tenía que enfrentarse bajo la luz del consultorio de la doctora. No tenía nada que ver con Dolly Parton, como daban por hecho equivocadamente muchos nortños, con ese optimismo falso y maquillado que se atribuía al sur pero que nadie reconocía en el día al día; al contrario, mi madre era feroz y resuelta, al igual que muchos sureños, si te molestabas en mirar más allá de su sonrisa y sus encajes. Era una mujer cuya situación había ido a peor a lo largo de la última década: primero al perder a sus padres, después al convertirse en la esposa de un predicador, y ahora al descubrir una mancha en la familia que debía de haber estado delante de sus narices todo ese tiempo, delante de esa pequeña nariz que había heredado de la familia de su madre. Aun así, le habían enseñado a perseverar, a reunir toda la gloria posible y esperar, desde esa gloria, a que pasara el vendaval.

—Creo que no come lo suficiente —dijo mi madre al fin—. Ha perdido casi cinco kilos desde el mes pasado.

Moví la pierna izquierda para que la sangre me llegara hasta los dedos de los pies, que ya estaban adormecidos. El papel crujió bajo mis muslos. Daba igual cómo me sentara, siempre acababa rompiendo el papel. Me dio vergüenza oír el leve sonido que produjo al rasgarse en medio del silencio que

reinaba en el consultorio; cualquier movimiento se amplificaba —bajo el papel, el plástico chirriaba—, como si parte del reconocimiento estuviera diseñado para medir la capacidad que tenías para estar completamente quieto, para permanecer tranquilo ante cualquier diagnóstico que pudieras recibir. No pude evitar sentirme como si la doctora estuviera pendiente de todos y cada uno de mis gestos amanerados, que quedarían registrados en una tabla que podría usarse para determinar el grado de mi homosexualidad.

—Sí que pareces un poco más delgado —comentó la doctora Julie, haciendo chirriar su taburete al ponerse frente a mí.

—Estoy comiendo como siempre —mentí—. Pero salgo a correr más a menudo.

Los árboles del campus sucediéndose a mi lado en la oscuridad, las farolas amarillas, una tras otra, guiándome cada una hacia su pequeño haz de luz, el lago brillando bajo la luna blanca con el azote del viento en la distancia: esa parte no era mentira. No había dejado de correr desde que mis padres me habían dicho que teníamos que plantearnos la opción de acudir a terapia. Sin embargo, no tenía sentido mentir sobre la comida, ya que todos sabíamos que tenía que dar alguna explicación a mi repentina pérdida de peso, a que la ropa ya no se pegara a mi cuerpo; mi suéter de algodón ya solo entraba en contacto con mi piel en las clavículas, los hombros y a lo largo de mis brazos delgaduchos. No estaba comiendo, y eso era evidente para todos los que estábamos en aquella habitación, era algo que se podía observar a simple vista con la misma facilidad con la que se pueden medir los reflejos con un buen golpecito en la rodilla. Pero la doctora Julie solía evitar ese tipo de introducciones formales e iba directamente al núcleo de la enfermedad.

—Estoy preocupada —dijo mi madre—. La ropa ya no le queda bien.

A menudo, cuando me daba cuenta de que había perdido un nuevo punto de contacto, lo sentía como si fuera una especie de pequeña victoria. Tenía control sobre lo rápido que perdía peso y no solo me gustaba sentir que el pasado abandonaba mi cuerpo —la grasa estrechándose, desapareciendo, como un árbol que perdía sus anillos—, sino también la sorpresa que se reflejaba en los rostros de las personas, el hecho de que ya no pudieran reconocerme con un único vistazo, que tuvieran que mirar dos veces.

—Creo que intenta torturarse a sí mismo —dijo mi madre, volviéndose hacia mí, haciendo que sus tacones repiquetearan sobre el suelo de baldosas.

Me acordé de cómo caía el gato de nueve colas sobre la espalda ensangrentada de Cristo. No, lo mío no era tortura. Era control. En cuanto la doctora Julie me ayudara a aumentar los niveles de testosterona, obtendría un control todavía mayor.

—Cielo, creo que estás intentando torturarte.

—Me parece que me hago una idea de lo que está pasando, Garrard —dijo la doctora Julie. Pronunció mi nombre como si fuera algo delicado que se había quedado atrapado en su acento de vaquera, caracterizado por arrastrar las palabras. Y sí que era muy delicado. Formaba parte de una historia familiar que se enorgullecía de los hombres cuyos nombres eran heredados, nombres que pasaban de tatarabuelos a bisabuelos, a abuelos y, finalmente, a mí. Mi madre, la doctora Julie y yo éramos conscientes de ello, de que en el caso de que fallara esta prueba de hombría, nunca añadiría otro tocayo al linaje familiar. Al contrario, se empezaría a asociar mi nombre con el momento en que la familia se había desmoronado, habría un gran espacio en blanco bajo mi nombre en el árbol familiar.

—¿Nos has oído? —preguntó la doctora Julie—. Creemos que tal vez sea mejor que hablemos tú y yo a solas.

Mi madre estaba saliendo de la habitación envuelta en el crujido de la tela. La puerta se estaba cerrando. Las luces se desdibujaban sobre las baldosas y emergían de nuevo como orbes brillantes.

—Bueno —dijo la doctora Julie con una voz demasiado alta para el silencio en que se había sumido la habitación. Todo eso también debía de ser nuevo para ella. Hablar abiertamente sobre el tema de la sexualidad no era una opción en la gran mayoría de los pueblos de Arkansas como este, ni siquiera —no, *sobre todo*— en un contexto médico, sospechaba yo. La idea de que un pecado pudiera tener una base biológica habría resultado impactante para casi todas las personas de mi congregación, pero eso era lo que muchas iglesias empezaban a sospechar a medida que llenaban sus vestíbulos con los panfletos de Love in Action. La mayoría de ellos ni siquiera leían los panfletos, pasaban junto a las cajas de plástico y ni siquiera les echaban un vistazo.

Levanté la mirada de la baldosa y me encontré con la doctora Julie a muy pocos centímetros de mí. Su rostro mostraba preocupación auténtica.

—Escúchame —empezó la doctora Julie—, sé lo que es torturarse a uno mismo. Yo misma lo he hecho.

—No es eso lo que estoy haciendo —mentí.

—Sí que lo haces —prosiguió, cruzando los brazos por delante del pecho—. Y está bien siempre y cuando solo sea una fase. Yo siempre he tenido problemas de peso, y hasta que me hicieron un baipás gástrico me daba unos buenos atracones. Si pensara que tan solo se trata de un problema de peso, no tendría ningún inconveniente en hacerte una revisión de vez en cuando para controlarlo. Pero esto no tiene nada que ver con el peso, ¿verdad?

No tenía ganas de responder a su pregunta retórica, así que permanecí en silencio.

—No, esto tiene que ver con la sexualidad. Y tu madre está preocupada por cómo afectará esto a tu futuro. Si ya te estás consumiendo, imagínate cómo estarás cuando lo descubra más gente. Así que voy a hacerte una pregunta: ¿quieres cambiar? Porque conozco a muchas personas que han aceptado esta parte de sí mismas y han conseguido tener una buena vida. Es difícil, pero lo han conseguido. Siempre hay rumores, personas que hablan a sus espaldas en cuanto se dan la vuelta, oportunidades de trabajo perdidas por venganzas personales, pero lo han conseguido, ¿es eso lo que quieres?

—Quiero cambiar —respondí—. Estoy cansado de sentirme así.

—Con el tiempo será más fácil —me dijo—. Puedes mudarte a una ciudad más grande.

—No quiero fugarme. Quiero a mi familia. —Me sentía ridículo al pronunciar aquellas palabras. Eran tan sencillas. Tan infantiles. Pero no podía evitarlo. Eran sinceras.

—Escúchame —continuó la doctora Julie, girándose hacia la puerta con el ruido de su taburete—, te voy a sacar sangre para comprobar tus niveles de testosterona, medir la cantidad de glóbulos blancos y todo eso. No espero encontrar nada extraño. La verdad es que no creo que esto sirva para nada más que para complacer a tu madre. Ella solo quiere asegurarse de que ha hecho todo lo que estaba en su mano—. Dejó que sus palabras calaran en mí durante unos segundos. Aquello era el equivalente a decir «No lo hacemos y decimos que sí»; pero sí que me haría los análisis como mera formalidad, para, unas semanas más tarde, descubrir que todo estaba perfectamente normal. No habría un diagnóstico claro—. Si alguna vez necesitas hablar con alguien, sabes que estoy aquí, ¿verdad?

—Lo sé —respondí.

—Espera mientras voy a buscar a la enfermera —dijo, y abandonó la habitación.

Saqué el teléfono, que vibraba, de los vaqueros. El papel se rasgó bajo mis muslos. Era Charles. Hacía una semana que no hablábamos. Yo había estado entrando y saliendo de la habitación para sacar mis cosas, pero me había pasado la mayor parte del tiempo en la biblioteca hasta que llegaba la medianoche.

«¿Cuándo vas a volver? ¿Estás bien? —decía su mensaje—. Has desaparecido».

Le envié una respuesta rápida para que no se preocupara, sin darle muchas vueltas a lo que estaba escribiendo.

«Estoy desaparecido —escribí—, pero mejor que nunca».

Más tarde, aquella misma mañana, cuando salí de la consulta con mi madre y con un pedazo de algodón pegado en la fosa del codo, accedí a quedarme en casa durante unos pocos días por su bien. Sabía que las semanas que estaban por venir serían más difíciles para ella que para mí.

—Vámonos al cine —me dijo—. Yo invito.

Cuando salimos de ver una comedia romántica, la nieve aún no había caído. Me pasaría el resto de la estación deseando que nevara, durante dos semanas enteras. Nos imaginaba cayendo de espaldas sobre una pila de nieve y esculpiendo alas tan anchas como nos permitieran los brazos al estirarlos antes de romperse.

LUNES, 14 DE JUNIO DE 2004

La suite del Hampton Inn en la que mi madre y yo nos quedamos durante el tiempo que estuve en LIA era amplia, pero a mí me daba la sensación de que era demasiado pequeña. Aunque estábamos en cuartos separados, la única privacidad que teníamos la proporcionaba una puerta de madera contrachapada que dividía la zona del salón del dormitorio, donde dormía mi madre. Tras mi primera semana de terapia, algunos detalles de la habitación, a los que nunca les habríamos prestado atención bajo otras circunstancias, empezaron a desarrollar propiedades intimidatorias. Por la noche, se encendía una sola lámpara en una de las esquinas de la habitación, mientras que su difunta gemela permanecía a oscuras en la esquina opuesta. La lámpara del techo estaba conectada a un ventilador y no se podía encender sin que el ajetreo intenso de las aspas creara corrientes repentinas y desagradables sobre nuestras cabezas. Bajo la luz tenue, la cadena de seguridad de la robusta puerta de metal parecía, de repente, insuficiente; era fácil imaginarse unos alicates agarrando la cadena tirante entre sus pinzas. En cualquier otro momento de nuestras vidas, nos habría parecido una habitación estupenda y segura; sin embargo, cada noche empujaba la mesa de centro hasta pegarla contra la puerta, confiando en que al menos así me diera tiempo a escuchar los rasguños contra el pequeño trozo de linóleo antes de que un intruso pudiera entrar por completo a la habitación. Al mirarme en el espejo del baño, me imaginaba cámaras escondidas, apuntando a mi cuerpo desnudo. Al ducharme, pensaba en Hitchcock y en el cuchillo resplandeciente de *Psicosis*. Pensaba en Janet Leigh largándose de la ciudad con un alijo de dinero robado en el asiento del copiloto, aparcando en el único motel que pasaba desapercibido y que le serviría de refugio provisional.

El hecho de que ni mi madre ni yo pidiéramos que nos arreglaran aquellos

pequeños problemas era bastante revelador. Aunque en aquel momento no me di cuenta, esos inconvenientes me resultaban reconfortantes. El espacio que ocupaban en mi mente era como un bastión que me protegía de los perversos intrusos que se escondían y esperaban en algún lugar más allá de mi perspectiva limitada. Podía palpar cada centímetro de la habitación en la oscuridad, me la sabía de memoria. Era *la* habitación. Cualquier objeto fuera de su sitio, cualquier mínima alteración, me advertiría sobre los cambios más drásticos que ocurrían fuera de ella. Si el progreso empezaba allí, en esa habitación, tendría la capacidad de continuar fuera de allí, *ad infinitum*. Entonces, ¿qué me impediría llevar a cabo mi plan de inmediato?

El domingo, después de medianoche, me escapé del hotel de nuevo para salir a correr por las calles de aquel barrio de las afueras. Corrí tanto y tan rápido que empecé a perder la noción del tiempo y, en esa atemporalidad, vi a la luna descender por el cielo nocturno. Me imaginé lo pequeño que debía de parecer desde allí arriba. Llegué a la conclusión de que Dios era un abusón por meterse con gente tan pequeña. ¿Por qué nos había hecho eso a nosotros, a nuestra familia?

—Que le jodan a Dios —le dije a la luna, casi esperando una vez más que me alcanzara un rayo inexplicable. Al ver que no pasaba nada, repetí cada vez más alto aquellas palabras, que hicieron eco por los barrios vacíos—. Que le jodan a Dios, que le jodan a Dios, que le jodan a Dios.

Volví a la habitación del hotel y me encogí junto a la cama plegable, con ganas de vomitar por el agotamiento y el miedo. ¿Quién era? ¿Quién era ese hombre que maldecía a Dios? Mejor aún, ¿quién era Dios? ¿Me había abandonado o es que nunca había existido siquiera?

Allí sentado, intentando respirar más tranquilo, decidí que fingiría durante toda la segunda semana, que apretaría los dientes y aparentaría que todo iba bien. La terapia me estaba convirtiendo en alguien que no reconocía, y pretendía irme de allí con el corazón más o menos intacto. El logo de LIA en el manual, aquel recorte en forma de corazón, parecía observarme cada día, amenazando con extirparme el mío, y me preocupaba que lo que me encontrara al otro lado, después de la operación, fueran T y sus miles de chaquetas.

Una cosa estaba clara: no quería pasar a la acción demasiado rápido. Sabía que, si el personal de LIA descubría mis intenciones, informarían al

momento a mis padres, y mis padres se verían obligados a proponer que me quedara más tiempo, que me internaran en el programa de tres meses, luego en el de un año, luego en el de dos años... hasta que acabara en la misma posición que mis terapeutas, atrapado en un ciclo de progreso y retroceso, sin saber nunca quién era en realidad. A su manera, el chico rubio ya me había advertido sobre aquello. A la mañana siguiente, recorriendo la lista de contactos de mi móvil, levantó la vista y dijo:

—Espero que te estés tomando tu estancia aquí en serio. Algunos piensan que es posible que no te lo estés tomando en serio. —No pude averiguar si se había percatado del número de Mark, el chico del servicio, si usaría esa información más adelante como prueba incriminatoria contra mí, pero no me importaba. El mensaje era claro: lo importante era hacer que todo pareciera exactamente igual que la semana anterior.

Y mientras Smid se hacía cargo de la clase de Autoridad y Confianza que teníamos antes del almuerzo, mientras nos hablaba de los males y los engaños de la autosuficiencia, con el sol formando un halo alrededor de su pelo rubio canoso, yo asentía con la cabeza junto a los demás, sonreía y ponía cara de circunstancias, con la expresión de alguien que escuchaba las palabras de un gran líder. Cuando nos pidieron abrir la página treinta y tres del Cuaderno de Adicciones, leí las palabras que Smid estaba leyendo en alto: «Llegamos a la firme conclusión de que la autosuficiencia nos proporcionará la seguridad y la comodidad que anhelamos. Empezamos a buscar una manera de evitar o mitigar el dolor». Fingí que la autosuficiencia solo me conduciría a un callejón sin salida, que le había cedido mi vida a la autoridad de los terapeutas y, por extensión, a un Dios que se había negado a responder a mis plegarias desde que había llegado al centro. Fingí que no confiaba en mí mismo, y mientras tanto pensaba «Que le jodan a Dios», y me lo repetía para mí mismo durante los momentos en que me parecía que las palabras de Smid podían acabar arrastrándome de nuevo a esa mentalidad de autodesprecio de la que había escapado por los pelos en la ceremonia de ordenación. Me hice pasar por devoto, pero con una pizca de lucha interna. Para conseguir inspiración, acudí a los recuerdos de mi infancia, pero sin confundir el autodesprecio que había desenterrado con el auténtico.

No podía olvidar el amor que sentía que me emanaba de algún lugar profundo del pecho al estar sobre el escenario del santuario con mi familia.

—Aprendemos a manipular —añadió Smid—. Aprendemos a ser seductores, a no dejar claras nuestras intenciones en las relaciones a propósito, como autoprotección.

Levanté la vista del cuaderno. Las palabras no parecían tan desnudas, tan insípidas, cuando las decía él.

Era más fácil mentir cuando te creías la mentira.

—Qué sobrecargado está esto —dijo mi madre esa tarde, cerrando la puerta de madera contrachapada tras ella. Entró en la parte de la suite donde dormía yo cada noche en un sofá cama. Antes de que la puerta se cerrara del todo, alcancé a ver su cama deshecha. Era bastante inusual que mi madre se dejara la cama sin hacer, y desde donde estaba sentado pude ver que ni siquiera había intentado remeter los bordes de las sábanas blancas que caían por las esquinas formando globos.

Estaba sentado en un rincón de la habitación, intentando que se me ocurriera otra transgresión pecaminosa para mi Inventario Moral. Se estaba haciendo tarde, pero quería acabar los deberes antes de pedir la cena, y, aunque aún me resultaba doloroso tener cada uno de mis pecados delante de mis narices, estaba empezando a disfrutar del simple hecho de escribir, de ponerlo todo por escrito a mano. Enlazaba las letras, en cursiva, con adornos arabescos, casi saliéndome de la página. Practiqué para que cada línea quedara perfecta. Si miraba desde arriba hacia la libreta amarilla y entornaba los ojos, las palabras se convertían en un único tapiz color grafito. Las frases estándar de LIA —«Nos vemos afectados por un sistema mundial pecaminoso, nuestra carne pecaminosa y los ataques manipuladores de Satanás»— se convirtieron en un ejercicio de caligrafía en el que envolvía con mis «s» inclinadas a las letras que le precedían en cada palabra.

Mi madre se sentó en el sofá con las manos cruzadas sobre el regazo, asintiendo con la cabeza a un monólogo interno inaudible. El lápiz de ojos parecido al khol que solía llevar se había reducido a una fina raya, y ya no lucía sus rizos definidos. Los mechones descuidados le colgaban sin vida sobre los hombros. Había dejado de ir al centro de bronceado durante las tardes interminables, antes de recogerme de LIA, pero seguía teniendo la piel más oscura que de costumbre, como si se hubiese quedado dormida en algún campo perdido y hubiera tenido que deambular hasta llegar de nuevo a la

civilización, sin molestarse siquiera en mirarse en un espejo. Parecía, al menos, diez años mayor que cuando llegamos a Memphis.

—Tu padre ha preguntado cómo estamos —dijo. Me di cuenta de que estaba agarrando un móvil rosa en una mano, de que debía de haber estado hablando con mi padre en la otra habitación—. Le he dicho que estamos bien.

—Sí.

—Aún nos quedan unos días —apuntó mientras comprobaba la hora en el teléfono, con la pantalla iluminándose en la mano. Aunque no lo hubiera dicho, sabía cómo completar la frase: «para que estés curado».

Apoyé el portaminas contra el bloc amarillo. Iba por la mitad de la tarea, pero no me salía nada nuevo. Intenté escarbar entre mis recuerdos, en busca de una fantasía sexual más larga, una con la que pudiera rellenar una página entera, pero ya las había agotado casi todas y lo que quedaba parecía incluso demasiado insignificante como para anotarlo. Todas esas ocasiones en las que, en el instituto, había seguido con los ojos las curvas definidas de la pierna de algún chico hasta el interior sombrío de los pantalones cortos de gimnasia que ocultaban ese gran misterio. Los anuncios de ropa interior con los que me encontraba en la sección de ropa de Walmart, fingiendo estar solo interesado en el corte y la caída de los calzoncillos, estrujando la tela que había tras los abdominales del modelo como si estuviera comprobando su resistencia. Era un problema al que me alegraba enfrentarme —estar relativamente libre de pecado—, pero seguía siendo un problema. Se lo había confesado a J esa misma mañana, con la esperanza de que me pudiera orientar, ya que llevaba más meses en LIA que yo, y J me confesó que para entonces ya se inventaba la mayoría de sus historias.

—Las agoté todas la primera semana —dijo. Estábamos solos en el patio, sin nadie alrededor que pudiera oírnos—. Así que pensé que podría crear historias nuevas. —El resto de los pacientes estaban apiñados cerca de la cocina, protegidos por el aire acondicionado. Empezaba a sentir cómo se me formaban las gotas de sudor en la frente, con el sol quemándome el pelo.

—¿En serio? —Mis respuestas a J eran casi siempre de pocas palabras. Me sentía estúpido al lado de su inteligencia, de su dolor. Había cosas sobre mí que quería que supiera pero que no podía decirle. Como que, en otras circunstancias, podía ser muy inteligente. Que leía buena literatura. Que algún día sería escritor. Pero nunca sabía cómo introducirlas en la conversación sin

que sonaran inoportunas y egocéntricas.

—Si me arrepiento de pecados que ni siquiera he cometido —añadió J, colocándose un largo mechón de pelo detrás de la oreja—, supongo que es posible que Dios me ascienda hasta el Paso Cinco.

Según J, costaba una infinidad llegar al Paso Cinco. Y el Paso Cinco estaba aún siete peldaños por debajo del final. En la distancia entre el paso en que se encontraba J, el Paso Cuatro —«hacer un minucioso inventario moral de nosotros mismos, sin miedos»—, y el Paso Cinco —«admitirle a nuestro Padre Celestial, a nosotros mismos y a otro ser humano la naturaleza exacta de nuestros errores»—, se extendía la inmensidad del abismo, el fuego del infierno. Una cosa era admitir la naturaleza aproximada de nuestros errores, pero ¿la naturaleza *exacta*? Casi ni éramos capaces de entender nuestros propios impulsos pecaminosos. Incluso si hubiera estado por la labor de descubrir una cura a esas alturas, desde donde yo me encontraba, en el Paso Uno, explicarle esos impulsos a otra persona con todo lujo de detalles me parecía imposible. Ni siquiera Smid había afirmado nunca haber superado todos los pasos sin tropezar de vez en cuando.

—La mayoría de nosotros aprendemos a perdonarnos por recaer —continuó J, rozándome el hombro al girarse para echar un vistazo al grupo. El contacto con él me produjo una descarga repentina que me dejó un regusto metálico bajo la lengua—. Todo forma parte del proceso. Somos conscientes de ello, lo olvidamos y avanzamos hacia el siguiente paso.

Ya me imaginaba las miradas de aversión que me dedicarían los empleados al decir: «He tenido una fantasía». «Sin describir demasiados detalles pecaminosos, ¿podrías explicar la situación?», diría uno de ellos. Sería aún peor en la sesión de terapia individual con Cosby. Me haría describir las líneas generales de mi fantasía, la manera en que dicha fantasía me había retenido bajo las garras de Satanás y que ahora me repugnaba. Mientras, el rostro de Coby se retorcería con una expresión de repulsión que yo tendría que imitar si quería convencerle de mi progreso.

Releí el ejemplo de IM del manual que estaba a mi lado, en busca de inspiración.

No necesito sexo ni nada más con lo que medicarme, aunque aún

siento el deseo de hacerlo a veces. Tengo mucho que decir y elijo compartirlo de manera apropiada. Tengo valor. Soy inteligente, gracioso, atento y fuerte. Soy masculino.

Mi madre y yo permanecemos en silencio durante varios minutos. El lápiz seguía posado sobre la página. «Masculino». La palabra parecía ambiciosa, ahí colocada al final de la frase, resumiendo todo lo que la precedía. Pero ¿no era ese el objetivo final? Masculino significaba fuerte. Masculino significaba hetero. Si tan solo pudiéramos adquirir la esencia de lo que significaba ser masculino, podríamos adquirir lo demás. Arranqué la página llena de letras en cursiva, la arrugué hasta formar una pelota y la tiré a la basura. Demasiado femenino. Lo mejor que podía hacer a esas alturas era copiarlo todo, escribirlo con una letra descuidada, parecer lo más masculino posible, tanto en papel como en persona. Empecé una nueva página. Las frases fueron más cortas; los verbos, más directos. Antes de que los terapeutas me quitaran el cuaderno, había intentado escribir imitaciones pobres de Faulkner; ahora, intentaba imitar a Chéjov, a Hemingway, a Carver. Escribí sobre mis fantasías con una frialdad que ni siquiera sabía que era posible.

Cuando le conocí, tuve pensamientos impuros. Me resultaba atractivo. Era una visión de la masculinidad que yo anhelaba porque se me había privado de ella a una edad temprana. Estaba enfadado conmigo mismo por gustarme. Sabía que me estaba equivocando. Sabía que tenía que pedirle ayuda a Dios.

Ni siquiera sabía quién era esa persona de la fantasía. Podría haber sido cualquier chico que me hubiera atraído. Podría haber sido J. Añadí unos cuantos detalles que me saqué de la manga para asegurarme de que nadie del grupo pensara que era J: «Era mucho mayor. Conducía una camioneta. Fumaba Marlboro».

Esa mañana, había sido más prudente que de costumbre; me había distanciado de J para asegurarme de que nadie notara que cada vez me atraía más. Cuando estuvimos solos en el patio, durante el descanso, con el sol calentándonos los brazos, me aseguré de dejar una distancia generosa de cemento entre nosotros. Y cuando J dijo: «Se supone que no deberíamos estar solos aquí atrás», le dije que tenía razón, caminé hasta la puerta sin dudar, la

deslicé y puse un panel de cristal entre nosotros. Regla número dos: ante la duda, no lo hagas.

Levanté la vista; la imagen residual de las palabras del manual flotaba como una pancarta roja a lo largo de la habitación oscura y mi madre tenía media cara oculta entre las sombras. Tras unos segundos, rompí el silencio al fin. Quería compartir la jerga de la terapia con ella, ponerle a prueba para ver cuál era su reacción.

—¿Papá ha sido alcohólico alguna vez? —pregunté.

Ambos miramos el reflejo del otro a través del mundo sombrío de la televisión, donde la distancia entre nosotros era aún mayor.

—¿Por qué me preguntas eso? —preguntó ella.

—Es para un proyecto —respondí—. Genogramas. Los pecados de los padres. Quiero asegurarme de que no me he equivocado en nada.

El momento decayó en otro rato de silencio. Creí que nos perderíamos en aquel oscuro mundo sombrío, sin volver a hablar jamás.

—¿Y qué pasa con los pecados de las madres? —preguntó al fin.

Debimos estar allí sentados, mirándonos a través de la televisión, durante un buen rato.

—Eso también, supongo.

—Tu padre ha tenido algunas experiencias con el alcohol, pero tu abuelo era el alcohólico de verdad. De todas formas, de eso hace ya mucho tiempo.

Pensé en mi abuelo, el padre de mi padre, el borracho. En las pocas ocasiones en que le había visitado, casi ni había podido reconocerme. E incluso cuando sí me reconocía, me llamaba por mi segundo nombre —Clayton, Clay—, como si el nombre que había heredado de mi abuelo materno fuera parte de una identidad que él no quería reconocer. Era un hombre pequeño, con brazos pequeños y una pequeña cara mustia; la cara de alguien que ya había intercambiado todas sus sonrisas por una última gota de alcohol. Costaba imaginar que aquel hombre hubiera tenido la fuerza suficiente para azotar a alguien, que hubiera conseguido transmitir miedo con esos músculos tan pequeños. Al lado de mi padre, mi abuelo parecía un enano, lo contrario a masculino; y, aun así, mi padre había conseguido de alguna manera coger aquella materia prima y crear su propia versión del hombre sureño ideal. ¿Qué me estaba perdiendo yo, entonces? ¿Dónde estaba la anomalía? Cuanto más

pensaba en ese tipo de cosas, más se derrumbaba la lógica de LIA, y quería que mi madre estuviera allí cuando eso ocurriera.

—No entiendo por qué necesitas preguntarme estas cosas —dijo mi madre. Se había levantado. Con la luz de la lámpara iluminándola de lado, las pecas de la cara y del brazo parecían las salpicaduras del pincel húmedo de un experto pintor distraído.

—Bueno —contesté, alargando las palabras—. Necesitan saber de dónde provienen todos mis deseos sexuales.

—No entiendo nada —dijo—. ¿Por qué necesitan saber tanto de nuestra familia? ¿Qué tiene que ver la familia con los deseos sexuales?

—Dicen que los traumas infantiles tienen gran parte de culpa.

—¿En qué paso está eso?

—Aún estoy en el Paso Uno.

—¿Cuánto dura cada paso?

—No tengo ni idea. Meses. Años.

—¿Años?

—Algunos de los nuevos terapeutas llevan allí más de dos años. Los más mayores llevan allí una década.

Mi madre se alisó la blusa arrugada. Se miró en el espejo que había colgado en la pared de enfrente y se arregló el pelo. Después de unos segundos, cogió las llaves de la mesa de centro. Me preguntaba si nos íbamos a ir en ese mismo instante. Me preguntaba si mi madre irrumpiría en las instalaciones y exigiría una explicación.

Antes de que el silencio nos invadiera de nuevo, dijo:

—Esta noche vamos a salir. A olvidar las normas. A comer comida de verdad.

Las normas de LIA respecto a la «zona segura» eran muy claras. En una de las paredes del recinto había un mapa con una lista de las escasas zonas de la ciudad en la que no había centros comerciales, restaurantes, salas de cine, librerías seculares ni tiendas de pornografía. Lo cierto es que todas y cada una de las áreas de la ciudad estaban prohibidas, excepto los lugares cuyos nombres incluyesen la palabra «Cristo». Nuestro hotel estaba situado justo en el centro del mapa de LIA, lo más alejado posible de las influencias pecaminosas. La idea de irnos, aunque fuera por un rato, era tentadora. Algo

que no fuera comida rancia del KFC, salsa fría y un montón de huesos mordisqueados apilados en una caja de papel. Algo que no fueran aparcamientos medio vacíos y zonas de tiendas homogéneas. Cerré el manual y el forro de plástico crujió; me imaginé el crujido del cinturón de mi abuelo y a mi padre en una esquina, con el antebrazo levantado para protegerse la cara.

—¿Alguna vez intentó defenderse? —dije—. Papá. ¿Intentó escaparse alguna vez?

Mi madre pasó por delante de mí en dirección a la puerta. Deslizó la cadena y quitó el cerrojo con un sonido cortante y hueco.

—Hay cosas que no pregunto.

Fuera, el aire estaba aún más caliente y húmedo de lo que lo recordaba, pero una ligera brisa nos siguió hasta el coche, impulsándonos hacia delante. Después de haber estado sentado bajo la luz aséptica de las instalaciones durante horas, la promesa de una cena elegante en un buen restaurante era como la promesa de maná en el desierto. Casi me esperaba que el personal de LIA nos detuviera al salir del aparcamiento del hotel, agitando los brazos como locos alrededor del coche, pero el aparcamiento permaneció vacío mientras pusimos rumbo hacia la interestatal. El rostro de mi madre no tardó en relajarse hasta mostrar una dulzura que me era familiar, de cuando solíamos ir juntos a la ciudad de compras. Y, al ir alejándonos del hotel, conseguimos liberarnos del presente para adentrarnos en un futuro alternativo que tan solo unos segundos antes había parecido imposible.

No era que mi madre hubiera perdido la fe en la terapia. Durante la hora siguiente, me preguntaría al menos media decena de veces si yo pensaba que iba a curarme. Tan solo decidimos ignorar los detalles por el momento.

—¿Adónde vamos? —pregunté, observando las líneas manchadas de hollín de la barrera acústica de la interestatal desde la ventana.

—Es una sorpresa —contestó mi madre, activando el intermitente.

Al salir de la interestatal y doblar la curva, la fachada de espejo del hotel Adam's Mark se irguió ante nosotros como un excepcional diamante reluciente en el centro de la ciudad, y mi madre dijo lo mismo que decía siempre que pasábamos por allí:

—Tu padre y yo solíamos ir allí cada Nochevieja. Era precioso por dentro. Todo era precioso.

Pero ahora no íbamos allí. Íbamos a algún otro sitio, a crear nuestros propios recuerdos.

A menudo pensaba en la vida que mis padres habían compartido antes de tenerme, sobre lo inevitable que parecía todo. Mi padre era el *quarterback*. Mi madre la animadora. Todo el pueblo aplaudía sus éxitos. Cada Nochevieja, la única noche del año en que se permitían beber, alzaban las copas de champán: un brindis por el año siguiente, el siguiente y el siguiente, hasta que, al final, debió ser mi madre la que se quedara sin copa en mano, de pie frente a sus amigos, en el último piso del hotel Adam's Mark, brindando por un nuevo nacimiento que no llegaría aquella primera vez. Y después llegué yo, el chico en quien depositaron sus sueños. Era difícil imaginarse la cantidad de amor que debieron sentir por mí, la fe que debieron depositar en Dios con total facilidad en el momento de mi nacimiento, que tuvo lugar sin complicación alguna. Era difícil imaginarse lo decepcionante que debió haber sido para ellos darse cuenta de que yo no era exactamente lo que habían esperado; una mancha en su hasta ahora perfecta unión.

Esa misma mañana había leído el testimonio de Smid que aparecía al final del manual, que indicaba que algún día todos podríamos seguir los pasos que muchos de nuestros padres habían seguido. En «Dejar la homosexualidad atrás», Smid escribió que había conocido a su segunda esposa, Vileen, trabajando en el jardín. «¡Qué romántico!», apuntó. Me la imaginé con una pamelita medio caída, un vestido de verano hasta las rodillas y sandalias que dejaban a la vista su pedicura. Debió de haber divisado los hoyuelos de Smid mientras él se ocupaba de las malas hierbas o de alguna rama desviada con la sonrisa simplona de un niño, la sonrisa que había atraído a tantos hombres hacia el estilo de vida exgay. Los aspersores automáticos siseando y arrojando arcoíris al girar. «Ella es consciente de que mi atracción por los hombres en general no ha cambiado, pero la quiero profundamente y tomo decisiones día tras día para seguir siendo fiel a nuestro matrimonio, y nunca me he arrepentido de esa decisión».

Al igual que mi padre, uno de los puntos fuertes de Smid era la conversión, justificar cualquier pronto que se apoderara de él. En su testimonio, había pasado por alto la mayor parte de su antigua vida, y tampoco la había mencionado de manera explícita en las sesiones. Resultaba difícil concebir

que había estado casado, a juzgar por la cantidad de hombres con los que decía haber estado. Antes de leer su testimonio, no tenía ni idea de lo intensa que había sido su trayectoria. «Había desarrollado una adicción a la masturbación que continuó durante mi matrimonio», escribió Smid. De la misma manera en que mi padre había considerado todo lo previo a su llamada como escombros, como forraje para el propósito mayor de Dios para su vida, Smid había atribuido cada uno de los fallos de su primer matrimonio al pecado de la adicción. Al conseguir dejar atrás el pecado, Smid había comenzado a creer que un poder divino le había elegido a él para ayudar a otros gays a superar sus adicciones y conseguir contraer matrimonios felices. Se había creído capaz de hacerlo solo por saber un par de cosas sobre las circunstancias familiares que habían contribuido a la creación de una adicción homosexual. Su historia compartía similitudes evidentes con la de mi padre: trabajar con criminales —«matones», como los llamaba él— le había llevado a ofrecer asistencia religiosa en la cárcel de nuestro pequeño pueblo de Arkansas. ¿Por qué se convertían en matones los hombres buenos? Porque procedían de circunstancias como las suyas: familias en las que el padre alcohólico había cometido algún acto terrible.

Pero ¿qué era lo que les había dado sentido a sus vidas antes de la conversión, antes de que la lógica del pecado redujese la complejidad humana a un silogismo? ¿Qué forma había tomado su fe, por limitada que fuera, durante sus largas vidas como preconversos? El cristianismo está, entre otras cosas, repleto de conversos. Pedro renunció a su ateísmo para convertirse en pescador de hombres. Saulo se convirtió en Pablo en el camino a Damasco, dejando atrás un pasado en el que la ejecución de creyentes cristianos había sido su trabajo. Pero la Biblia nunca nos muestra el corazón de un preconverso. La primera parte de la historia, arrugada en la papelera; todo lo demás son distracciones.

Y ¿quién era yo antes de Love in Action? Un chico de diecinueve años cuya segunda piel era su escritura; la tercera, su sentido del humor; y la cuarta, quinta y sexta, los diferentes tipos de sarcasmo y frivolidad que había conseguido adquirir gracias a su limitado contacto con profesores de lengua durante el primer año de universidad en una pequeña facultad de humanidades a dos horas de casa. Si se retiraban todas esas pieles, no estaría más a salvo del suicidio que T. Si se retiraban esas pieles, no había más que sufrimiento

por encajar a la perfección en el linaje de mi padre, en mi familia. Según la lógica de LIA, la única opción era convertirse, ahorcar al antiguo yo en las ramas del árbol genealógico y resurgir, parpadeante, en un amanecer Damasceno.

Mi madre y yo nos encontrábamos en el vestíbulo del hotel Peabody, cuya principal atracción turística era la bandada de patos que vivía en su fuente. Se pasaban la mitad de los días desfilando hacia la terraza, en formación, y probablemente fuera allí donde estaban entonces, ya que la fuente estaba vacía, excepto por los miles de centavos que lanzaban destellos dorados entre la luz tenue. Mi madre y yo observamos cómo ondeaba el agua sobre ellos hasta que dejaban de poder distinguirse.

—¿Quieres pedir un deseo? —me preguntó mi madre.

Pensé en coger un puñado de centavos y arrojar los deseos de aquellos extraños por encima de mi cabeza.

—La verdad es que no —dije, dándome cuenta de que, en la luz tenue del vestíbulo, todos los centavos parecían exactamente iguales. La mayoría de nosotros no conseguiríamos lo que queríamos.

En el vestíbulo reinaba la tranquilidad, pero era una tranquilidad que mi madre y yo podíamos soportar: murmullos de voces alegres entre la luz tenue de los candelabros, el agua de la fuente al caer, el eco de zapatos caros contra el mármol pulido. Añadimos nuestros propios zapatos —menos caros— al eco mientras nos dirigíamos al pequeño restaurante italiano iluminado por velas que había al fondo del vestíbulo.

—Qué agradable es todo esto —dijo mi madre. Se estaba adelantando y yo intentaba seguirle el ritmo.

El restaurante estaba casi vacío. Solo había unas cuantas parejas de mediana edad sentadas en mesas con bancos fijados a la pared. Mi madre y yo elegimos una del fondo, para poder tener buenas vistas de la sala y de la gente que había en ella. El camarero nos entregó dos cartas, sonrió y desapareció por la puerta de la cocina antes de que pudiera fijarme bien en él.

—¿Cuál crees que será su historia? —dijo mi madre, señalando con la mirada hacia una pareja sentada justo enfrente de nosotros. Brazos entrelazados sujetando las copas de vino, velas que iluminaban los gemelos del hombre, platos medio llenos; la comida parecía ser su última prioridad.

Cada pocos segundos, la mujer torcía la cabeza y sonreía.

—¿Crees que estarán teniendo una aventura?

—No sé. —Le devolví la mirada a mi madre. Volvía a estar erguida y majestuosa, idéntica a la foto del recorte de periódico que teníamos en la puerta de la nevera de casa, donde aparecía con un vestido de noche de lentejuelas en el hotel Peabody, en el estreno de *La tapadera*, de Sydney Pollack. Aquella tarde fue un regalo de mi padre por su vigésimo quinto aniversario. En el pie de la foto, habían confundido a mi madre con una extra de la película, un calificativo que le entusiasmaba. La palabra me resultaba misteriosa: alguien que no era la prioridad, pero que en cierto modo era extraordinario. Solía preguntarme si pasaría lo mismo con la gente cuyas vidas construíamos, si seríamos los «extras» de sus dramas. Resultaba reconfortante pensar que aquello por lo que estábamos pasando podía ser solo una trama secundaria de la producción de otra persona.

—La mujer tiene, por lo menos, veinte años menos —dijo mi madre.

—Veinticinco —opiné yo.

—Treinta.

Abrimos las cartas, mi madre colocó la suya al borde de la mesa y se inclinó hacia delante para ocultar nuestra conversación de la vista de los demás.

—¿Quieres que te cuente mi gran idea? —me preguntó.

—¿Qué?

—Nos vamos a hacer ricos con ella.

—¿Qué idea? —Era divertido volver a añadir un toque dramático a nuestra conversación, teñir la escena con las palabras adecuadas, sentirse como el personaje de una película. Después de haber escuchado la cruda liturgia de los numerosos intentos de suicidio, los diagnósticos de VIH y las interpretaciones hechas a medida de la Biblia, estaba listo para pasármelo bien durante un rato.

—¿Y bien? —dije. Estaba demorándolo. Eché un vistazo hacia la barra. Había varios hombres con traje, algunos con maletines de cuero colocados junto a sus zapatos recién abrillantados. Pensé en *La tapadera*. Parte del algodón usado en las escenas de huida de Tom Cruise era de la desmotadora de algodón de nuestra familia, y, aunque no habían mencionado nuestros nombres en los créditos, nos sentimos importantes de todas formas, partícipes,

al ver a Cruise aterrizar sobre una cama blanca mullida de nuestra creación. Yo me sentí inundado de una ola de orgullo familiar.

—Mi brillante idea es —alargó las palabras para darle un toque dramático—: «Esposas de pastores descontroladas».

—¿Cómo los vídeos subditos de tono de «Girls Gone Wild»? —Me imaginé a montones de mujeres de mediana edad quitándose la blusa por la cabeza, con los rizos de la permanente enredados en la tela y sacudiendo los pechos pálidos para la cámara.

—¿No sería genial? —dijo—. A tu padre le daría algo.

—Es una locura.

—No veo por qué no puedo ganar algo de dinero a costa de la obra de Dios.

Era mi madre, la mujer que en teoría debía apoyar a mi padre en todo lo que hiciera. ¿En qué estaba pensando?

—Pero eso sería blasfemia.

—¿Sí? A veces no sé distinguir entre blasfemia y diversión.

—Ay, Dios.

—Por lo visto tú también puedes ser un poco blasfemo.

El camarero regresó para atendernos, y elegimos los primeros platos que vimos, sin molestarnos siquiera en escuchar los especiales de la noche, satisfechos con cualquier cosa que nos trajera. Durante un momento, la mirada traviesa y alegre de mi madre desapareció, mientras estudiaba mi expresión, comprobando el interés que le dedicaba al atractivo camarero. Intenté no mirarle, incluso al sentir su cálida sonrisa a mi lado. Sabía que mi madre estaría atenta a las señales.

Una vez el camarero se marchó, ambos nos acercamos al centro de la mesa.

—Tu padre y yo llevamos casados demasiado tiempo como para que crea que me voy a convertir en una de esas esposas de pastores viejas —dijo—. De las que llevan faldas vaqueras espantosas, le sonrían a todo el mundo y les guiñan a las otras señoras.

Bajo una luz que parecía imitar la del Viejo Mundo, mi madre volvía a ser guapa. Su cabello rubio adquirió un brillo dorado y las venas rojas de sus ojos se desvanecieron tras una luz exterior más cálida.

No la había visto tan entusiasmada desde hacía mucho tiempo. Parecía más ella misma, y yo me empezaba a sentir más yo mismo. Quería aferrarme a ese momento: el glamur secular, el brillo de nuestros ojos. LIA me aseguraba día tras día que la pérdida de uno mismo significaba el aumento de la virtud, y el aumento de la virtud significaba que me estaba acercando a Dios y, por lo tanto, a mi verdadero yo celestial. Pero los medios que conducían a ese fin — el autodesprecio, los pensamientos suicidas y los años de intentos fallidos— podían hacerte sentir más solo y menos tú mismo que en toda tu vida. Durante el proceso de purificación, te arriesgabas a eliminar cada mínimo detalle que alguna vez te hubiera importado. Te convertías en alguien que contaba, pero no mostraba: ya no eras el extra extraordinario, sino el actor de reparto con un arpa y un halo. Fui a terapia pensando que mi sexualidad no importaba, pero descubrí que cada parte de mi personalidad estaba estrechamente conectada. Eliminar una parte perjudicaba a las demás. Recé para ser purificado, pero en cuanto sentí que el agua bautismal helada quemaba todo lo que había querido, empecé a abrirme, en su lugar, a una posibilidad anterior: al amor incondicional, la llama original que me había acercado a Dios, a mi familia y al resto del mundo. Era importante, y a la vez no; era parte de un misterio mucho mayor, y mi madre me había otorgado todo aquello en el instante en que nací.

—¡Ay, mira! —dijo mi madre. Golpeó la mesa con una mano y señaló hacia el vestíbulo con la otra.

Habían atenuado la luz del restaurante y los patos del Peabody comenzaban su marcha desde el vestíbulo hacia la terraza, dejando atrás charcos de agua clorada de la fuente a su paso. El eco de sus graznidos recorrió todo el pasillo de mármol y el restaurante, hasta entonces en calma, hasta llegar a nuestra mesa.

—Han estado haciendo eso desde que era pequeña —dijo, llenándosele la boca al hablar del pasado.

Aquella especie de patos provenía de algún lugar de los bosques de Arkansas. Alguien les había convertido. En algún momento, a lo largo de los años, aquellos patos se habían olvidado de la sensación del agua sin cloro.

AUTORRETRATO

«Es casi como que se te muera un familiar —escribe Barbara Johnson en su libro *¿Dónde renuncia una madre?*—. Pero cuando alguien muere, puedes enterrarle y seguir adelante con tu vida. Con la homosexualidad, el dolor parece que nunca va a terminar».

Mi madre y yo habíamos empezado a leer el libro de Barbara Johnson justo antes de las vacaciones de Acción de Gracias, más o menos al mismo tiempo que habíamos empezado a leer juntos *El retrato de Dorian Gay*, aunque no habíamos terminado ninguno de ellos. Había llegado marzo, dos meses antes de entrar en LIA, y parecía que nuestras vidas no estarían completas hasta que estuviéramos del todo seguros de que la terapia de conversión iba a lograr cambiarme de verdad. Habíamos puesto al mundo en espera, dejando las cosas a medias, hasta que llegara el verano.

El libro de Johnson iba circulando por los grupos de conversión, sobre todo entre familias cristianas fundamentalistas que acababan de descubrir que tenían un hijo homosexual, y se promocionaba como una historia curativa. Johnson se había enfrentado a la enfermedad de su hijo como una heroína, se había negado a dar el brazo a torcer hasta que él había admitido que era un pecado. Ninguna madre debería pasar por algo así, insinuaba el libro. Ninguna madre debería sentir el dolor que ella había sentido.

—No he podido avanzar mucho —me confesó mi madre por teléfono. Anduve hasta el sofá de la esquina del vestíbulo vacío de la residencia y me senté. Me quedé mirando la pared, blanca como la nieve. Estaba hablando por el teléfono fijo de la residencia. Tenía el aparato entre las rodillas. No le estaba prestando atención a las tareas de clase, como de costumbre. ¿De qué me servía estudiar si ni siquiera era capaz de imaginarme qué iba a pasar con mi vida? Puede que ni siquiera consiguiera tener una carrera profesional si no

era capaz de cambiar quien era. Desde luego, mis padres no iban a pagarme la educación, y, por lo que tenía entendido, las empresas no contrataban a gays.

—Ya —respondí—. Yo tampoco.

Hubo un largo silencio. Una brisa cargada de interferencias cruzó la línea. Como ocurría a menudo, me imaginé el espacio virtual que había entre nosotros como un paisaje desértico, con un único cable negro que se curvaba formando una gran S a través de la arena resplandeciente. Era un tic mental, uno de los muchos a los que recurría cuando quería que una situación me diera menos miedo. A veces, para tranquilizarme por la noche, me imaginaba que el colchón caía a toda velocidad por el hueco de un ascensor que no tenía fin, protegido hasta al caer.

—Tenemos que responder algunas preguntas más —dijo mi madre al fin. Puesto que se suponía que yo debía presentar los documentos complementarios de forma electrónica, ella había decidido rellenar la primera solicitud de LIA por mí en vez de mandármela por correo. Durante los últimos meses ya no iba a casa con tanta frecuencia. Ponía como excusa que tenía muchos deberes, pero la verdadera razón tenía más que ver con el hecho de que LIA estaba cada vez más cerca y que mi familia no podía hablar de muchos temas sin que la conversación fuera incómoda. Todo el proceso sería mucho más rápido si mi madre me ayudaba a rellenar los formularios. Había recibido unas cuantas preguntas más por correo, así que nos encontrábamos en la última etapa de la solicitud. Parecía que el proceso no iba a terminar nunca; ahora nos pedían que incluyéramos una fotografía reciente mía y que pagáramos una tasa de ochenta dólares.

Agarré el auricular con el cuello. Mi madre inspiró bruscamente.

—Preguntan que si alguna vez has tenido algún encuentro físico con otras personas.

—No —respondí con rapidez. Estaba lo de Brad, claro, el chico que formaba parte de todos los equipos de deporte con el que había tonteado en secundaria, pero no iba a pronunciarle las palabras «masturbación mutua» a mi madre; y el terapeuta con el que había hablado durante las vacaciones de Acción de Gracias y Navidad casi no había tomado notas durante las sesiones, así que era muy posible que LIA no supiera nada de Brad. Pensé en Chloe. Casi no nos besábamos, e incluso cuando lo hacíamos, la cosa era demasiado incómoda como para mantener el contacto durante mucho rato. Me acordé del

sabor extremadamente dulce de su boca, del chicle de menta que se guardaba en los recovecos de la lengua, del escalofrío de terror que me atravesaba el pecho cada vez que mi lengua se encontraba con las gomas de su aparato. ¿Por qué no se consideraba un pecado tratar a una chica tan buena como ella de una forma tan horrible?

Me alegré de que mi madre no hubiera preguntado por *querer* tener encuentros físicos con otras personas. Hacía poco que había acudido a la exposición de arte de un estudiante de último curso llamado Caleb, un chico alto de aspecto pensativo con unos vaqueros salpicados de pintura que le marcaban el culo de una forma tan perfecta que no pude evitar fijarme en él.

Le observaba mientras daba vueltas por la galería y, con una copa de champán en la mano —pese a que no me estaba permitido, pues aún no tenía los 21—, pensaba en todo lo que quería hacer con él. Me acerqué a uno de sus cuadros y me lo imaginé moviendo el pincel con sus dedos diestros, unos dedos que retiraban el exceso de pintura con una espátula que luego frotaba contra unos vaqueros rotos; esos mismos vaqueros tirados en una pila de ropa junto a la cama mientras él se adentraba en unas sábanas manchadas de pintura. Cuando pasó cerca de mí, le solté alguna estupidez sobre lo vivos que eran los colores que había utilizado.

—Gracias —me respondió con una sonrisa—. Te hace falta otra copa de champán.

—Voy bien. —Estábamos frente a un cuadro titulado *Jesús edípico*. Al igual que todos sus cuadros, se trataba de un autorretrato dramático en el que Caleb era Jesús crucificado y María parecía una doble de Tori Amos que sujetaba un cuchillo contra el costado sangrante de Jesús. No tenía ni idea de qué representaban sus cuadros en realidad, pero todos parecían muy blasfemos, como si con tan solo mirarlos fuera a echar a arder.

—Tengo mi propia botella de champán en mi habitación —dijo Caleb—. Podemos ir a cogerla si te apetece.

No le respondí, me dirigí hacia el siguiente cuadro y fingí estar muy interesado, pero me quedé pensando en lo que en realidad me quería decir con su propuesta.

—¿Con qué frecuencia cometes o has cometido pecados sexuales con otra persona? —preguntó mi madre.

Como no respondí de inmediato, añadió después:

—Hay unas casillas aquí abajo que tengo que marcar. «A diario, una vez a la semana, una vez al mes, con menos frecuencia. Si es con menos frecuencia, explíquelos, por favor».

—Con menos frecuencia —respondí. Intenté buscar dibujos en la pared desconchada de la residencia, pero lo único que veía eran desconchados aleatorios carentes de significado—. O sea, nunca.

¿Por qué ni siquiera se molestaban en pintar las paredes? Dejarlas así de feas me parecía un descuido tremendo. Te hacía pensar en cosas feas, y esos pensamientos feos lograban colarse inevitablemente en lo que quiera que estuvieras haciendo en el vestíbulo.

—Dice: «He participado en las siguientes actividades» —continuó—, y luego tiene más casillas. ¿Quieres que te las lea todas?

—Venga, va. —Sentía el auricular caliente contra mi oreja. Lo aparté un poco mientras mi madre leía la lista pero escuché las palabras, metálicas, unas palabras que jamás le había escuchado pronunciar a mi madre y que nunca he vuelto a escuchar en su boca desde aquel día: «pornografía, masturbación compulsiva, voyerismo, masturbación mutua, sexo heterosexual, sexo homosexual —las sílabas se iban manifestando en aquella habitación tan pequeña, hasta que, después de unas pocas, empecé a tapar el auricular con la palma de la mano por miedo a que Charles y Dominique, que estaban en la residencia en ese momento, pudieran escucharlas—, exhibicionismo, sadomasoquismo, bestialismo, prostitución, pedofilia, vestir atuendos masculinos o de aspecto juvenil, hacer *drag* o travestirse, tener sexo telefónico, tener sexo anónimo u otros».

Así que ahí estaba, la prueba de que yo era tan malo como David, que bien podía abusar de un niño o empezar a tener sexo con animales. Escuchar a mi madre pronunciar juntas semejantes palabras y de golpe, escuchar la expectación en su voz mientras las decía, la anticipación ante una revelación horrible: aquello era demasiado. Y pese a que una parte de nosotros debería haber sabido que esa lista era una gilipollez, que era horrible agrupar todos esos actos bajo un denominador común, no pudimos luchar contra ello. No teníamos ni la menor idea de cómo desenmarañar el desastre que era ese pecado.

Pasó abril, celebré mi decimonoveno cumpleaños con una fiesta discreta

en un restaurante mexicano con Charles, Dominique y unos pocos amigos, y llegó mayo. El año académico estaba terminando, y faltaba menos de un mes para que asistiera a Love in Action, tal y como estaba planificado.

—¿Por qué trataba Dorian a Sybil de esa manera? —me preguntó mi madre una noche por teléfono. Su voz sonaba distante—. No lo entiendo.

Sujeté el teléfono amarillo con una mano y me quedé de pie frente al ventanal del vestíbulo de la residencia, comprobando si había luz en el dormitorio de Caleb. El cable del teléfono cruzaba toda la habitación. Mi ejemplar de *El retrato de Dorian Gray* estaba tirado en el sofá que tenía detrás. Mi madre y yo nos habíamos rendido con *¿Dónde renuncia una madre?* de Barbara Johnson y lo habíamos dejado por la mitad. Ya habíamos rellenado la primera solicitud y me habían admitido; solo faltaban unos cuantos cuestionarios más. Mi madre y yo hacíamos todo lo posible para evitar el tema.

—A Dorian solo le interesaba el arte de Sybil —respondí—. No le interesaba como persona.

—Pero es que era tan buena...

—Ya, supongo. Pero entiendo que a él le pareciera un poco aburrida.

—Eso da igual. Lo único que importa es ser una buena persona.

De momento, parecía que podíamos seguir así, viviendo tan solo por y para la literatura y el uno para el otro. Por un momento, me pareció que lo único que necesitábamos era ser buenas personas. Sin embargo, el amor siempre estaba en movimiento, siempre nos empujaba hacia delante —siempre estaba en acción—, y a menudo no nos quedaba otra opción que rendirnos y dejar que nos llevara hacia donde quisiera.

Me pasé varias semanas lo más lejos de Caleb que pude. Para ir y venir de clases, tomaba el camino más largo, rodeando el patio. No obstante, en ocasiones me lo cruzaba por los pasillos, y cada vez que sucedía, me guiñaba el ojo de forma seductora. Después, una noche a principios de mayo, por motivos que no puedo recordar, algo me llevó hasta su residencia. Es posible que fuera la soledad aplastante que sentía a menudo durante aquel periodo de mi vida. Es posible que fuera el cúmulo de todas esas noches que me había pasado caminando sin rumbo por los pasillos del Walmart porque era el único sitio que no cerraba y en el que nadie hacía demasiadas preguntas. Me sentía

demasiado inquieto como para volver a mi residencia y dormir, así que trataba de poner mis ideas en orden entre los cientos de productos brillantes que había a mi alrededor mientras intentaba buscarle algún sentido a lo que se había convertido mi vida. Fuera lo que fuese lo que me llevó hasta él, el hecho es que me encontraba de pie en la habitación de Caleb mirando a Dios.

—Solo es un boceto —me dijo Caleb—. Tengo intención de hacer una serie entera.

Dios era una serie de puntos rojos y rosas sobre un lienzo blanco. Caleb pretendía pegar seis lienzos enormes para formar un Dios en forma de cubo.

—El Ojo que todo lo ve—le dije.

—¿Qué?

—Cada paso que das, este Ojo lo verá —dije, recitando los versos de una canción que solía cantar en la iglesia de nuestra familia—. Ten cuidado, cada día, con el rumbo por el que vas.

—Joder, qué miedo. —Caleb se dirigió hacia la cama plegable de la esquina de la habitación. Cogió una pipa de cristal jaspeado y desparramó algo de ceniza por el suelo. *Drogas*; al percatarme, un estremecimiento me recorrió la columna. Eso era justo sobre lo que los profesores de la escuela dominical me habían advertido. Pero cuando Caleb colocó la pipa en una mesa que había cerca, todo aquello me pareció poca cosa en comparación a lo que me había imaginado: una pequeña pipa depositada con cuidado sobre una pila de papeles arrugados, apartada para dejar lugar al pecado mayor que poco después estaría tentado a cometer sobre aquel catre. Caleb dio unas palmaditas a su lado sobre el colchón y me uní a él. Me recordé a mí mismo que todos los pecados son iguales a ojos de Dios.

—Te han jodido pero bien, ¿verdad? —dijo Caleb. Se dio cuenta de que yo estaba temblando. Sentía que mi piel estaba a punto de abrirse. «Ya ha llegado», pensé. Había llegado el momento que tanto había esperado de mudar la piel, que temblaba ante la expectación. Un movimiento ligero de Caleb, y la superficie se rompería; revelaría una versión de mí que había permanecido latente bajo la versión que había mostrado en la iglesia durante tantos años. No había nada que pudiera haberme preparado para eso. Ni Chloe, ni David ni ninguno de los libros que había leído.

—¿Te han dicho que esto está mal? —preguntó Caleb, acercándose. No podía responderle. ¿Cómo podía explicarle hasta qué punto creían mis amigos

del pueblo y mi familia que eso estaba mal? Sus ojos, cada vez más cerca, eran de un azul titilante. La pequeña habitación se había reducido al espacio que nos separaba, y yo le miraba a través de un estrecho túnel, y también desde fuera, viendo cómo nos acercábamos el uno al otro. Dios también estaba observando, y, por primera vez, me dio igual.

Caleb y yo nos besamos aquella noche, pero no nos enrollamos. No viajamos más allá de la superficie de nuestros labios. En su lugar, nos quedamos tumbados sobre el catre, envueltos en la oscuridad y escuchamos *Pagan Poetry* de Björk una y otra vez, durante horas, con los dedos entrelazados. La luz del patio interior se filtraba a través de las lamas de metal de la persiana y nos encendía las mejillas y los labios. Más tarde, un amanecer naranja logró colarse en la habitación y se deslizó por la pared de enfrente de la cama, trazando una serie de escaleras que no conducían a ningún lugar más interesante que en el que estábamos tumbados. Ya habíamos trepado tan alto como queríamos. Cuando llegó la mañana, ya me conocía cada centímetro de la habitación, cada montón de hojas de papel de dibujo, cada carboncillo extraviado, cada trazo vacilante sobre los lienzos de Dios. Daba la impresión de que la habitación había estado esperando a que yo llegara, a que la viera como era en realidad: una obra de arte.

—Nunca le había prestado tanta atención —me dijo Caleb, después de que yo cerrara los ojos y recitara de memoria una lista de los objetos que contenía la habitación—. Deberías ser poeta.

—No quiero ser poeta —le respondí. Quería ser escritor de relatos cortos. Quería historias que se expandieran, que cobraran vida propia. Aun así, había decidido apuntarme a la única clase de escritura creativa que había en todo el semestre: un seminario de poesía. Las tareas semanales me habían resultado difíciles. Normalmente me quedaba sentado delante del monitor del ordenador durante horas, mirando la pantalla en blanco hasta que una ráfaga de frustración producía los trece versos que exigía el profesor.

—En serio —dijo Caleb. Se dio la vuelta para estar mirando hacia mí. En algún momento de la noche, se había quitado los pantalones del pijama, manchados de pintura, y la sábana blanca había caído de su cintura, revelando una piel suave. La V tensa de su pelvis conducía hasta una oscuridad donde no alcanzaba la luz del sol matinal. Si no me daba la vuelta, llegaría tarde a clase

—. Tienes una mente poética.

Sentí como si sus palabras se adentraran en mí, como si se agarraran a pequeños anzuelos que no sabía que habían estado ocultos en algún rincón de mi cabeza. El cráneo me palpitaba debido a su peso. Al parecer, nadie me había dicho nunca algo tan amable, tan sincero. Nos estábamos inventando un lenguaje solo para nosotros, y era mejor que cualquiera que hubiera intentado emplear en las historias de mi Moleskine. Durante un breve instante, recordé la frustración que había sentido tantas veces en mi habitación de la residencia cuando las palabras no habían logrado atrapar la esencia de una idea. Me pregunté si Caleb había sentido lo mismo, mezclando los óleos noche tras noche, añadiendo un círculo tras otro a su retrato de Dios. Intentabas alcanzar una perfección que no existía más allá del momento presente, y cuando fracasabas —puesto que era inevitable que fracasaras—, pasabas a la siguiente obra de arte, a la siguiente etapa.

—La verdad es que no se me dan muy bien las palabras —respondí, apartando de nuevo las sábanas. Tenía que ir a clase y aún llevaba puesto el pijama de la noche anterior—. Me frustro. No consigo capturar lo que quiero capturar.

—Sigue intentándolo —respondió Caleb, poniéndose de pie—. Tienes que volverte loco. Nunca aceptes un «no» por respuesta.

Caminó hasta la esquina del dormitorio, levantó la pipa de cristal jaspeado de su escritorio y empezó a toquetear algo que tenía entre las yemas de los dedos. La luz naranja se filtró a través de la persiana y jugueteó en sus muslos, prendiéndole fuego a sus pelos rubios. Levantó el talón izquierdo y tensó la pantorrilla como una cuña afilada. ¿Cómo iba a ser capaz de captar siquiera una sola fracción de lo que sentía en ese momento? Nunca lograría ser poeta.

Le vi manosear lo que supuse que eran trozos de marihuana seca. No tenía ni idea de drogas y todo el tema me aterrorizaba. Aparté la mirada. Había algo más que me molestaba. Crucé las piernas y me incliné hacia delante con los codos sobre los muslos.

—¿No te parece un poco hipócrita? —le pregunté—. Intentas pintar a Dios al mismo tiempo que seduces a estudiantes de primero.

—¿A qué te refieres? —Empezó a introducir algo en la pipa con el extremo de madera de un pincel que tenía por ahí suelto.

Hubo un largo silencio. Estaba intentando decirle algo que realmente no

podía explicar. ¿Acaso no estaba Caleb intentando hacer lo mismo que mi padre? ¿No intentaba alcanzar a un Dios al que no podía conocer por completo? Sin embargo, su proceso parecía totalmente diferente. Para Caleb, era la inspiración, y no el sacrificio, lo que conjuraba a Dios. No parecía justo que alguien que tenía una forma de ver el mundo tan diferente pudiera siquiera referirse al Dios furioso que conocía yo. ¿Qué pasaba con todos los sacrificios que habíamos realizado mi padre y yo tan solo para parecer más puros ante los ojos de Dios? ¿Qué pasaba con todas las noches que me había pasado encogido en la cama con unas tijeras afiladas en la mano, intentando negociar con Dios? Sin embargo, ahí estaba Caleb, haciendo lo que quería con Dios, pintando un par de ojos de Dios tras otro, solo para darles el visto bueno y pasar a su siguiente proyecto. No, no me parecía justo considerar al Dios de Caleb igual al nuestro. Por primera vez en muchos meses, tuve la necesidad de defender al Dios de mi padre.

—¿No te parece que deberías ser perfecto ante los ojos de Dios para poder pintar a Dios? —le pregunté—. Es decir, ¿qué pasa con lo de ser gay?

Caleb encendió el mechero. El contenido de la cazoleta se prendió con una calada rápida y el humo se elevó formando remolinos a través de un rayo de sol.

—¿Qué es lo que te han enseñado? ¿Que Dios nos quiere a todos de brazos cruzados y rezándole todo el día? Si es así, que le den a Dios. Prefiero acabar en el infierno con todas las personas interesantes.

—¿Cómo sabes que no estás haciendo a Dios a tu imagen y semejanza?

—No lo sé. —Inhaló profundamente y aguantó el humo. Se produjo una larga pausa y después lo soltó con un suave gemido. El olor era intenso y penetrante, era como la parte más oscura del bosque que había detrás de mi casa y que durante tantas horas había explorado, como musgo en el centro de su corazón—. Pero sé que ser gay no tiene nada que ver con ello.

Las ideas que defendía Caleb eran peligrosas, tan peligrosas como lo que me había dicho la doctora Julie, tan peligrosas como el humo que invadía la habitación y daba vueltas a mi alrededor. Estaba un poco mareado por la falta de sueño, y parecía que el humo se estaba colando por las grietas de mi cerebro y se acurrucaba junto a las palabras de Caleb. Necesitaba protegerme contra todo eso. Todavía creía, al igual que mi padre, que el infierno era real. Todavía creía que sentiría el fuego trepando por mi piel durante toda la

eternidad si seguía por ese camino. Pensé en los masones huérfanos que habían vivido en la universidad, en el fuego que les había alcanzado cuando menos se lo esperaban. Si había ido a por ellos, estaba claro que vendría a por mí. Empezó a aterrarme el humo de la marihuana, el infierno que representaba, y durante un instante cargado de delirio me planteé intentar convertir a Caleb. Todavía podía transformar mi error en una oportunidad para acercarle a Dios. No era demasiado tarde para mí. Mi madre no tendría que marcar ni una sola casilla más.

—¿Estás seguro de que de verdad has buscado la respuesta en tu corazón? —le pregunté—. ¿Y si estás equivocado?

—Ay, Dios —respondió Caleb—. Los buenos siempre están locos.

—Solo te lo pregunto.

—Mi corazón no está separado del resto de mí. —Dio otra calada—. Esto es lo que soy. Todo esto. ¿Ves? —En ese momento admiraba todo su ser, la forma en que todo su cuerpo, con la espalda apoyada sobre la mesa, formaba un signo de interrogación contra el sol naranja—. ¿Por qué iba Dios a darme tantos sentimientos si no quisiera que los sintiera? ¿Por qué iba a ser tan capullo?

—Tengo que irme —respondí, levantándome. Sentía las palabras de Caleb como un zumbido en los oídos. Deseaba creerle, pero tenía miedo de lo que pasaría si lo hacía.

—¿Qué más da? Llega tarde.

A pesar de la osadía de la noche anterior, seguía siendo un estudiante mojigato. Odiaba la idea de llegar tarde a clase y que el profesor tuviera que preguntarles a mis compañeros dónde estaba. Solo éramos diez estudiantes en el seminario de poesía; seguro que mi ausencia no pasaría desapercibida.

—Quédate —insistió Caleb—. No van a enseñarte nada. Puedes escribir un poema aquí.

Pensé que jamás me marcharía de esa habitación si no lo hacía en ese momento. El humo, con sus dedos torcidos, estaba a punto de alcanzarme la garganta y trataba de atraparme.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Caleb, soltando otra calada de humo y sacudiendo la cabeza al ver cómo me retorció en mi propia piel.

No sería yo el que le convirtiera. Yo ya estaba perdido.

MIÉRCOLES, 16 DE JUNIO DE 2004

No hay fotografías de ese día. No hay fotografías de ninguno de esos días. Un año de mi vida que no está documentado, que ha desaparecido. Mi madre y yo bromeamos con que ese fue el año en que nos abdujeron los extraterrestres. Fue el año de los ladrones de cuerpos. Pero la verdad es la siguiente: incluso cuando todo aquello estaba sucediendo, sabíamos que nunca querríamos volver la vista atrás.

Sería mucho más fácil con una fotografía. Con una fotografía, podría interpretar las lagunas de mi memoria, podría ver en la sonrisa de ese chico exgag una señal del dolor que estaba sintiendo. Pero así son las cosas; solo hay fotografías del antes y del después: un niño rechoncho con un polo de Tommy Hilfiger y unos pantalones anchos seguido de un hombre del subsuelo demacrado con una camiseta de *The Legend of Zelda*. No sé si sería capaz de reconocer al chico que hay entre las dos fotos.

Las instrucciones de Smid durante mi octava mañana en Love in Action sobre cómo recuperar recuerdos reprimidos fueron las siguientes:

—Si estáis perdidos, empezad con una pequeña parte de vuestra vida. Intentad conectar esa parte de vuestra vida con la vida de vuestro padre. Encontrad el momento en que todo cambió entre vosotros dos. A veces solo se necesita un segundo para ello.

El grupo se encontraba en el semicírculo habitual, en la sala principal. El olor a café quemado y a lápices a los que les habían sacado punta acompañaba al golpeteo nervioso que producían las gomas de borrar contra las páginas de los manuales. Se escuchaba el tictac de un reloj lejano en el que nunca antes me había fijado.

—Quiero que os concentréis —dijo Smid—. Recordad un momento importante.

Yo estaba sentado enfrente de J, y él no me dirigía la mirada. Parecía que esa era la táctica que ambos habíamos adoptado sin consultarlo antes con el otro: mantener las distancias al menos durante la mitad del día, todos los días, durante el tiempo que estuviéramos en LIA. Los terapeutas sospechaban cada vez más de mí. Al llegar aquella mañana, Cosby me había llevado a su despacho para preguntarme si necesitaba contarle algo. Señaló hacia una silla que había junto a su escritorio, pero yo me quedé de pie y sacudí la cabeza, intentando parecer lo más relajado posible.

—No —le había respondido—. Estar aquí es un proceso. Hay días mejores que otros.

—¿Sigues rezando? —Las patas de gallo se le arrugaron en las comisuras de los ojos.

—A todas horas —mentí. La verdad era que llevaba dos días sin rezar, desde que mi madre y yo habíamos estado en el Peabody, momento en el que había sentido, durante un instante, lo que sería tener otra vida.

«Me gustaría que nos quedáramos aquí toda la noche», le había dicho a mi madre, observando cómo la luz tenue de una vela jugueteaba sobre el rostro autobronceado de mi madre; su extraño color caoba se convertía en oro en aquella gran sala elegante, como si fuera un truco de luz de un alquimista. «A mí también», me había contestado ella.

—Bien —dijo Cosby, acompañándome hacia la puerta del despacho. Su mano me rozó durante un instante el espacio entre los omoplatos—. Vas a tener que estar más atento que nunca. Ahora mismo, Dios me está haciendo ver algo en ti. Algo rebelde. No estoy seguro ni de que tú puedas verlo.

Bajé la mirada hacia la alfombra, hacia los mocasines negros de Cosby, con los cordones bien atados en forma de X. Era la primera vez que me fijaba en lo pequeños que eran sus pies. Ese detalle —lo pequeño que era— me proporcionó una fuerza provisional.

—Me estoy esforzando más que nunca —respondí. No era mentira.

Smid estaba de pie enfrente de mí. Tenía las manos juntas y las apretaba con fuerza.

—Cerrad los ojos si lo necesitáis —dijo—. El diablo quiere que

mantengáis reprimidos esos recuerdos. El diablo os quiere confusos. Pero no dejaremos que Satanás gane hoy.

Mantuve los ojos abiertos y observé a Smid mirar a los otros pacientes. Llevaba una camisa blanca sin una sola arruga, con un botón desabrochado. Se le veía un pequeño trozo de una camiseta blanca y, debajo de ella, la piel pálida, como la de un melocotón, del pecho. Había grietas como esta en los cimientos de la organización allá donde miraras, si sabías cómo buscarlas.

S se arrodilló y se aferró al borde de la silla acolchada. El pelo largo le ocultaba el rostro. Me pregunté si estaría recordando el momento del que nos había hablado, el día en que sus padres la habían pillado con el perro. Pero, claro, ese momento no podía explicarlo todo acerca de su naturaleza sexual desviada. Una de las muchas premisas que tenía LIA era que todos habíamos llegado hasta allí porque, de una forma u otra, habían abusado de nosotros o nos habían desatendido. «La influencia está clara —decían nuestros manuales. Estábamos todos allí por los ciclos pecaminosos de maltrato que se habían sucedido en nuestras familias—. Lo más lógico sería pensar que alguien que ha sufrido maltratos por culpa de dichos pecados jamás seguiría el mismo camino; no obstante, nos encontramos justo con lo contrario, con cadenas de pecado que se suceden en las familias a lo largo de muchas generaciones».

Intenté recordar el momento en que todo cambió entre mis padres y yo.

—¿A alguien le gustaría compartir sus recuerdos? —siguió Smid—. ¿Alguno de vosotros ha conseguido comprender algo?

Durante los primeros años de mi adolescencia, cuando trabajaba para mi padre en la desmotadora, solía caminar hasta los límites de la propiedad, al lugar en el que almacenábamos filas y filas de módulos blancos y polvorientos, esas grandes pilas de algodón rectangulares que los granjeros recogían del campo con cosechadoras enormes, y me escondía del mundo. Buscaba un módulo grande en mitad del campo, uno que midiera al menos tres metros, y abría un hueco en el algodón embalado por un lateral; hundía los dedos en la tierra, la mugre y los restos afilados de las cápsulas de algodón hasta que formaba un espacio en el centro por el que colarme. Mientras trepaba por el interior, con el algodón aún cálido del campo, con el olor a pesticida y a tierra fría inundándome las fosas nasales junto al sabor amargo del campo sobre la lengua, pensaba en las advertencias de mi padre, cuando

me decía que el algodón podía venirse abajo en cualquier momento, que me asfixiaría sin previo aviso; y, extrañamente, me sentía a salvo. Ahí estaba yo, hecho un ovillo en el centro de todo ese algodón compacto, y las paredes aún no se habían derrumbado. Escondido del mundo, en un lugar en el que nadie podría encontrarme, y el algodón no me había tragado. Con el algodón mullido en la espalda, cerraba los ojos y me dejaba llevar por el sueño; a veces me despertaba y veía cómo el azul del cielo se desvanecía hasta que estaba demasiado oscuro, y sabía que mis padres empezarían a preocuparse.

Como era de esperar, mi padre se enfadó cuando se enteró de lo de los módulos agujereados.

—Te vas a matar haciendo eso —me dijo. Pero en lo que en realidad estaba pensando, en lo que debía de estar pensando, era en el porqué. ¿Por qué quería esconderme? ¿Por qué quería poner en peligro mi vida por algo por lo que no merecía la pena correr el riesgo?

Su reacción fue explicarme todo el proceso de la fabricación de algodón en un lenguaje cuidado y sencillo.

—Algún día, todo esto será tuyo —me dijo—. Algún día lo heredarás todo.

Me habló del proceso de desmote paso a paso, haciéndome preguntas para ver si recordaba lo que me explicaba. Nunca me acordaba; el proceso de desmote no me importaba tanto como para memorizarlo, pero fingía buscar las respuestas en mi memoria para que se sintiera mejor. Me interesaba más el aspecto de las cosas que el modo en que funcionaban: la forma en que los dientes de metal presionaban el algodón, las semillas que caían en una cascada blanca en el contenedor que las recogía para usarlas después, los chorros mullidos que descendían con tanta belleza y delicadeza en medio de aquel estruendo. Mientras me iba explicando las diferentes partes del proceso, mi padre trataba de hacerse oír por encima del ruido de las máquinas y me guiaba, con su mano áspera sobre mi hombro, a través de los diferentes puestos, pidiéndole a sus empleados que añadieran algún nuevo matiz a su explicación. Yo asentía con la cabeza y fingía escucharle mientras observaba las pelusas y el polvo a través de los haces de luz que había a nuestro alrededor y olía la extraña fragancia embriagadora de los campos mecanizados que había en el aire.

El producto final, el resultado del proceso de desmote, era una bala de

algodón blanco y puro envuelto en una funda de arpillera y sujeto por varias bandas de metal. Me pareció algo hermoso. Deslicé las manos sobre la cálida superficie del algodón embalado y cerré los ojos, bloqueando todo cuanto me rodeaba: las máquinas ruidosas, el correteo de los empleados e incluso a mi padre. Cuando me tumbaba en la cama por la noche, me imaginaba que la almohada y las sábanas provenían de nuestra propia desmotadora. Era una sensación que podía llevarme a cualquier cama en la que durmiera, una que siempre conseguía consolarme cuando tenía un episodio de insomnio.

Eso fue lo que mi padre me dio: un aprecio aún más profundo por mi aislamiento, una comprensión del trabajo y el sacrificio que realizan otras personas constantemente para mi consuelo personal. El proceso de adaptación es lento. Nunca esperé que mi padre aceptara todos los cambios de mi vida de un día para otro, ni que yo hiciera lo mismo con él. Nuestros malentendidos, pese a que solían ser dañinos, no tenían nada que ver con el maltrato. Eso era algo que LIA nunca podría entender.

—¿Hay algo que quieras decir? —preguntó Smid, mirándome desde arriba. Aparté la mirada.

Aquella tarde, nos pidió que nos sentáramos en dos filas, formando dos semicírculos en el salón de actos de LIA. La luz del sol se filtraba a través de las lamas blancas de la persiana. Cada uno de nosotros estábamos inmersos en un silencio independiente. J estaba sentado a mi lado. Aquella tarde me concedí la posibilidad de sentarme a su lado. Sentía su mirada por el rabillo del ojo.

—Ha sido una semana dura —dijo Smid. Llevaba una silla de metal plegable hacia el centro del escenario del salón de actos—. Las emociones están a flor de piel. Pero es importante que nos forcemos todo lo que podamos. Necesitamos llegar al fondo de nuestra adicción.

El resto de la sesión matinal había sido complicado. T nos confesó, una vez más, los pensamientos suicidas que había tenido durante la noche anterior. Mientras él estaba de pie enfrente del grupo, confesándose, los demás le repetíamos: «Te queremos, T». Pero no lo sentía con el corazón. T me daba pena, y se lo habría dicho si se me hubiera presentado la ocasión. Pero no le quería. ¿Cómo podía querer a alguien que se comportaba como si estuviera roto todo el tiempo, alguien que exigía mi simpatía con cada nueva cicatriz,

con cada confesión, alguien a quien en realidad no conocía? Me parecía patético, y un poco egoísta, que llamara la atención para recibir amor, que pensara que Dios y las personas que te rodeaban fueran a reconocer tu valía de repente si te hacías daño y lo admitías. Esa era la moneda de cambio de LIA, el intercambio de cicatrices literales y metafóricas, y yo lo odiaba. Todo el mundo intentaba superar a los demás, retratarse de la manera más dolorida posible. Al fin y al cabo, Jesús era reconocido por sus cicatrices, y se nos estaba pidiendo que sujetáramos su cruz y que le siguiéramos. Un cinismo aún más profundo amenazaba con tomar el control de mis pensamientos.

Smid abrió la silla plegable con un movimiento rápido y las juntas de la silla chirriaron como un cuervo sobresaltado.

—Vais a enfrentaros a vuestros miedos. Tendréis la oportunidad de demostrar lo valientes que sois en realidad.

J apretó su pierna contra la mía.

—Esto es nuevo —susurró. Deslicé los ojos por su pecho hasta llegar a sus piernas, ocultas de la mirada de Smid por la silla que tenía delante de él. Observé la forma en que las juntaba y las separaba. Pensé en Betsabé, que había tentado al rey David, tomando un baño a orillas del palacio. David era un mirón que se había encaramado a lo alto del tejado. Durante los últimos días, había empezado a ver algo bello en J. Era alguien que podía entenderme. A diferencia de Chloe, Caleb o cualquiera de los terapeutas, J no me exigía nada que no fuera yo: ese mismo desastre confundido y agitado que había pegado en la superficie de mi máscara. En un momento quería salir de las instalaciones y acabar con mi terapia exgay y al siguiente quería que J me arrastrara junto a él, que me retuviera allí, que me obligara a leer los pasajes «fulminantes» una y otra vez hasta que lograra comprenderlos. Su belleza me hacía pensar que era posible que hubiera algo de verdad en el experimento exgay.

Smid colocó una segunda silla plegable frente a la primera. Se limpió las manos, se giró hacia nosotros y sonrió hasta que sus hoyuelos de Jeff Goldblum aparecieron.

—¿Quién quiere ser el primero? —preguntó.

El semicírculo se tensó. La respiración colectiva se volvió más silenciosa. Aún no sabíamos en qué consistía esa actividad, pero sí sabíamos que estaba relacionada con los maltratos de la infancia que habíamos explorado durante

la sesión matinal. En nuestros horarios ponía: «Silla de las Mentiras». Me imaginé una jeringuilla llena de suero de la verdad, o puede que un test con un polígrafo, con todos esos cables pegados al pecho. Sentí un espasmo que recorrió la pierna de J al abrirla y golpearla contra la mía. Le aparté la pierna de un empujón, con demasiada fuerza, y casi se cayó de la silla, cuyas patas se movieron contra las baldosas, haciendo ruido.

—J —dijo Smid, girándose hacia el sonido—. Parece que tienes mucho interés.

—Sí, señor —dijo J, abriéndose paso para llegar hasta el frente del salón de actos. Moví las piernas a un lado y su muslo me rozó la rodilla. Me lanzó una mirada sombría cuando pasó a mi lado.

—Quiero que te sientes aquí —dijo Smid, haciendo señas hacia la silla—. Quiero que te sientes aquí y que te imagines que tienes a tu padre sentado enfrente de ti, y que le vas a decir todo lo que siempre has querido decirle pero que nunca pudiste.

J intentó como pudo esbozar una sonrisa. Se sentó en la silla y cruzó los brazos por delante del pecho. Carraspeó y se quedó mirando fijamente el lugar en el que se suponía que estaba sentado su padre. Me di la vuelta para ver si los demás se estaban tragando todo aquello. S se mordía las uñas, y T estaba sentado a su lado con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta negra. El recepcionista rubio se encontraba en la parte trasera del salón de actos con las manos cruzadas por delante de sus pantalones azules y una mirada atenta. Me descubrió mirándole y me lanzó una mirada de «presta atención o verás». Me giré. Cosby no estaba por ninguna parte, y yo me alegraba por ello. La habitación estaba un poco más tranquila sin su mirada de militar.

—Es necesaria la confesión para poder llegar a la curación —dijo Smid, citando el manual. Se daba por hecho que debía ser una confesión pública, puesto que en LIA todo funcionaba a base de «quedarse al desnudo y ser salvado». Smid nos explicó que la Silla de las Mentiras funcionaba de forma muy sencilla: finges ver a un padre que no ves y confiesas todo lo negativo que has sentido hacia él frente a una habitación llena de gente—. No os preocupéis por cómo suena. Solo intentad ser sinceros.

Observé a J, que parecía embrujado. Un largo mechón de pelo le caía sobre la frente y no paraba de echárselo hacia atrás, como si esa acción fuera a hacer aparecer a su verdadero padre, el de carne y hueso, frente a él. Se

inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas y se llevó las manos a la barbilla; se quedó encorvado, con la postura de un chico mucho más joven. Me lo imaginé sentado así en el sofá de su salón, leyendo alguna novela de fantasía.

—¿Quieres decirle algo? —le preguntó Smid.

J volvió a apartarse el flequillo y se incorporó. Parecía vislumbrar la promesa del próximo paso, con los ojos húmedos y una mirada dulce. Ese podía ser su momento. Smid permanecía junto a él, con la vista clavada en la Silla de las Mentiras. En un instante, ambos parecieron atisbar al mismo tirano aterrador.

—Papá —comenzó J—, he memorizado cada uno de los ocho versículos «fulminantes». Me he esforzado mucho por ser un buen cristiano. He asumido la responsabilidad de mis pecados pasados y me he torturado a mí mismo para alcanzar cada uno de estos pasos.

Smid daba vueltas alrededor de las dos sillas, asintiendo con la cabeza en ambas direcciones, como si se dirigiera a ambos, padre e hijo. Lo más importante de aquello era creerse la ficción, convertir al padre en un receptáculo de dolor y miedo, en lugar de la complejidad de carne y hueso que siempre había sido cuando estabas con él.

—La persona a la que tengo más ganas de besar —prosiguió J. La habitación se quedó en silencio. Yo casi ni respiraba. Parecía hacer más y más calor en el salón de actos con cada palabra que J pronunciaba. No me atrevía a mirarle—. El sentimiento intenso y cálido que me inunda cuando esa persona está cerca. El cuestionamiento constante que proviene de una lectura personal de las Escrituras. Ahora lo entiendo. Todo esto es tentación que me envía el diablo, para confundirme, para que caiga en la adicción.

—¡Amén! —gritó T—. ¡Amén, hermano!

Oía a S moverse en la silla detrás de mí. El chico rubio de la recepción se dirigió al lado derecho del escenario, con la mirada fija en el drama invisible.

—Apuestas, alcoholismo, concubinato, abusos... Han sido todos obsequios tuyos, papá. Pero ya no. No los acepto. Los tiro al suelo y los pisoteo.

Al acabar, J se desplomó y comenzó a sollozar en el suelo. Smid corrió hacia él y le apoyó una mano en la espalda. Levantó la otra mano al aire, rezando para que Dios curase a aquel joven. Tras unos segundos, condujo a J

de vuelta a su asiento, junto a mí. Yo seguía sin mirarle. Me asustaba lo que pudiera pasar si le miraba. Tenía a mi lado a alguien dispuesto a derrumbarse frente a mí mientras yo hacía todo lo que podía para mantenerme entero. Justo después, Smid me hizo un gesto para que subiera al escenario.

—Creo que es hora de que nos muestres qué está pasando en tu interior —dijo, llevándome hacia el asiento de metal, agarrándome del codo. El asiento aún mantenía el calor de J. Intenté evitar mirar a J, que estaba de rodillas a los pies de su silla, temblando. No había forma de saber si lo que estaba sintiendo era auténtico o estaba fingiendo; e incluso ahora, una vez se han fundido los fusibles y se ha apagado la luz aséptica, no puedo estar seguro de que su conversión haya sido más real que la de cualquier otro exgay.

—¿Ves a tu padre? —me preguntó Smid, desde detrás de mí. La luz iluminaba el polvo que flotaba frente a mí, riachuelos retorciéndose donde se suponía que estaba sentado mi padre. Intenté que los riachuelos se fusionaran para convertirse en sus pantalones, su traje de negocios azul marino y su pelo canoso peinado con la raya al medio. Intenté pensar en cosas que me provocaran para conseguir enfadarme.

—Tómate tu tiempo —me dijo Smid.

El silencio era insoportable. Me quedé allí sentado varios minutos, esperando a que alguien acabara con todo aquello. Pensé en el juego de los números al que mi padre y yo solíamos jugar: cada uno pensábamos en un número del uno al cien, y después los decíamos en alto al mismo tiempo. Pensé en que casi siempre nos equivocábamos solo por un número o dos, un logro que daba la sensación de ser un milagro. Quería contarle al grupo que había cosas que nunca entendería sobre mi padre. Había cosas que nunca se podrían expresar con palabras. Pero le quería.

Al ver que nadie rompía el silencio, me levanté de la silla.

—No estoy enfadado —dije—. No entiendo por qué tengo que estar enfadado.

El chico rubio se acercó al escenario. Tenía el rostro colorado y apretaba los puños.

—Has estado ocultando lo que sientes de verdad durante toda la semana —me espetó—. Estás enfadado, pero no lo demuestras. Intentas mantener todo ese enfado oculto, pero nosotros lo vemos.

—No estoy enfadado —repetí. Estaba expuesto, de pie frente a un jurado

formado por mis compañeros. Sentía el calor del sol en la espalda—. Es más complicado que eso.

—No es complicado —respondió el chico rubio. Tenía la cara cada vez más encendida—. Tú eres el que hace que sea complicado. Lo que sientes es rabia porque tu padre no te ha aceptado. Tienes que asumirlo. Tienes que gritarle, contarle lo que sientes de verdad.

—No voy a gritar —contesté. Estaba intentando con todas mis fuerzas que no se notara lo nervioso que estaba.

—Estás temblando —dijo el chico—. Eso demuestra lo enfadado que estás. Es evidente.

No iba a llorar. No iba a dejar que me hicieran llorar. Mantuve la vista fija en la entrada del salón de actos, sin mirar hacia J ni una sola vez.

—Deberías soltarlo todo —intervino Smid. Notaba su voz muy cerca detrás de mí. Sentí que el llanto se iba a apoderar de mí, pero lo controlé, me lo tragué. Parpadeé varias veces. La habitación se volvió borrosa.

—Ni siquiera estoy seguro de que quieras cambiar —continuó el chico—. No estoy *nada* seguro de que nos hayas estado diciendo la verdad.

—Estás loco —dije—. Estáis todos completamente locos.

Di un paso hacia adelante y descubrí que tenía la fuerza necesaria para dar un segundo paso.

—Creía que era más *complicado* que eso —dijo el chico.

Creí tener la fuerza suficiente para alcanzar la puerta si conseguía seguir concentrado en cada paso.

—Tienes que querer superar el Paso Uno —afirmó Smid—. Esa es la única forma.

No miré atrás. No me giré para mirar a los demás. Mantuve la mirada fija en el letrero rojo de salida.

—Si te vas —dijo Smid—, no te curarás jamás.

Cada paso me proporcionaba más y más fuerza hasta que, sin saber cómo, acabé corriendo por el pasillo y, de repente, me encontré frente al mostrador de recepción.

—Necesito que me devuelvas mi teléfono —dije.

—No va a ser posible —contestó el recepcionista, sonriendo—. Ya conoces las reglas.

—Es una emergencia.

—¿Qué tipo de emergencia?

—Eso no importa.

Las puertas del salón de actos seguían cerradas a mis espaldas. No venía nadie a por mí todavía. El recepcionista escarbó entre un montón de teléfonos, sacó el mío y me lo entregó. Había dejado de sonreír. Marqué el número de mi madre. Respondió al primer tono.

—Mamá —dije—. Necesito tu ayuda.

Mi madre y yo permanecemos en silencio durante la mayor parte del camino a casa. Todavía no habíamos llamado a mi padre para contarle lo ocurrido, por miedo de lo que pudiera decir. No sabíamos cómo empezar a explicarlo todo porque aún no nos lo habíamos explicado el uno al otro. Pero conforme nos adentrábamos en los Ozarks de nuevo, comencé a sentir esa camisa de fuerza que tan bien conocía inmovilizándome el pecho y la espalda. Sabía que si no hacía algo seguiríamos viviendo de la misma manera que siempre habíamos vivido: una vida llena de secretos, de palabras que nos guardábamos para nosotros mismos.

—No quiero volver nunca a ese sitio —dije.

—Me han dicho que necesitarías unos meses más —contestó mi madre—. Puede que incluso años.

Yo había escuchado la conversación desde el asiento del copiloto, viendo como Cosby advertía a mi madre sobre mi conducta irresponsable a través de la ventana medio bajada. «Ni siquiera estoy seguro de que *quiera* ayuda —dijo—. Necesita al menos tres meses más. Es probable que necesite dejar la universidad durante un tiempo».

Mi madre se pasó al carril lento. Yo contemplaba la cuneta mientras avanzábamos, cubierta de hierba marrón a causa del calor y la sequía.

—¿Sabes que el único título universitario de ese hombre es el de consejero matrimonial? —dijo mi madre—. ¿Qué pinta un consejero matrimonial diciéndole a mi hijo cómo ser heterosexual?

La hierba de la cuneta se despejó y dejó al descubierto una superficie de arcilla seca roja. Era un rojo intenso, una herida sangrante.

—A la mierda —dije.

—¿Qué acabas de decir? —dijo mi madre.

Intenté asir la cubierta del airbag que tenía frente a mí, clavando las uñas por las rendijas y tirando hacia mí. Quería que el airbag se inflara, que me golpeará con la mayor fuerza posible. Me imaginé que la cubierta era el pecho de mi padre, que su corazón se hinchaba, explotaba y se desinflaba. Quería el dolor de T, la vergüenza de S, la rabia de J. Quería que se destruyeran cada uno de los nervios que se conectaban con mi piel.

Mi madre detuvo el coche en la cuneta de la autopista, levantando un rastro de polvareda tras nosotros. Empezaron a sobrepasarnos los coches a toda velocidad, pitando, realizando maniobras exageradas para redirigir su trayectoria, girando bruscamente sobre las líneas dobles amarillas.

—¿Qué te pasa?

Clavé las uñas con más fuerza aún entre las rendijas. Las lágrimas se acumulaban con cada parpadeo, pero no iba a llorar.

Al otro lado de la ventana, la arcilla roja se burlaba de mí. Las montañas querían arrojarse sobre el techo del coche. Tras varios minutos forcejeando, me acabé rindiendo. Me recosté en el asiento y cerré los ojos.

Mi madre permaneció en silencio a mi lado, con la respiración entrecortada.

—Ay, Dios mío —dijo—. ¿Te vas a suicidar?

La pregunta era muy sencilla, pero lo único que conseguí emitir fue un agudo alarido animal. Me llevé las rodillas al pecho y me apoyé contra la puerta del copiloto, apretando la mejilla contra el cristal.

—Ay, Dios mío —repitió—. Esto se acaba aquí.

Se lo tomó como un sí, la única prueba que necesitaba para convencerse a sí misma para ponerle fin a mis sesiones de terapia con Love in Action. Ella había oído un «sí», pero a mí me habían dado un regalo que nadie podría quitarme nunca. Estaba vivo, y ahora tenía la ventaja de ser consciente de ello. Estaba vivo, y eso era lo único que necesitaba.

Cuando pienso en todo lo que me ha sucedido, a veces me pregunto si fue real. A veces me pregunto si es posible que aquel centro consiguiera volverme loco después de todo; si me habré quedado en bucle, corriendo fuera de control por un pasillo abandonado, como mi tía abuela Ellen, hablando solo. Si no fuera por el manual y por la gran cantidad de terapeutas exgay con los

que he estado en contacto desde que me marché de allí, puede que aún estuviera cuestionándome mi cordura, cuestionándome si recuerdo lo que sucedió de verdad durante aquellas semanas. Y si hubiera sido por mi padre, ninguno de nosotros habríamos vuelto a hablar sobre mi experiencia exgay jamás. Si bien no hizo ninguna pregunta el día en que volví a casa desde LIA, si bien nuestras conversaciones desde entonces han estado repletas de silencios incómodos, parece haber aceptado en silencio el hecho de que la terapia exgay no habría conseguido cambiarme nunca. Durante los años posteriores a mi experiencia en LIA, siguió pagándome la universidad, sin hacer nunca demasiadas preguntas sobre lo que estaba aprendiendo en mi grado de letras. «Escritor —dijo una vez, después de haberle contado a lo que me quería dedicar—. Qué interesante, ¿no?».

Algunos días, me resulta difícil creer que llegué a vivir en un mundo que funcionaba a base de unas nociones tan extremas de autodestrucción. Pero luego pongo las noticias y leo unos cuantos artículos, y me doy cuenta de que, aunque es posible que lo que he vivido sea algo extraordinario, no es, en absoluto, un caso aislado en la historia. Tanto gente infame como gente con buenas intenciones sigue maltratando y manipulando a las minorías, y aún hay ideas perjudiciales que continúan creando tensiones políticas alrededor del mundo. Lo que no consigo entender —y puede que no sea nunca capaz de entender— es cómo llegamos todos a estar involucrados en el movimiento exgay, qué fue lo que nos llevó a cada uno de nosotros hacia las puertas dobles de Love in Action. No hay fotos que me ayuden a buscar pistas, así que las creo yo mismo.

Me imagino a Smid abandonando a su primera mujer, dejándolo todo atrás. Me imagino a J forjando una nueva identidad ante la ira de su padre. Me imagino a mi madre, me imagino su antigua vida desapareciendo mientras ella permanece junto a su marido, recién ordenado pastor; quizás pensando en el hijo que perdió en el hospital, quizás pensando en mí.

Pienso continuamente en la Silla de las Mentiras. Me imagino a mi padre en la silla. Lo veo de niño, observando cómo su padre ata a su madre a la silla del comedor y le da una paliza. Imagino cómo debió haberse encogido, acobardado de su propio padre. Décadas más tarde, aquí está, sentado en un sillón acolchado del hospital junto a la cama de mi abuelo, después de que el alcoholismo se lo haya llevado todo del cuerpo de este hombre. El único de

los hermanos que visita a este viejo moribundo.

Siempre acabo volviendo a mi padre. Me lo imagino sujetándole la mano inválida. Le imagino llorando en silencio, esperando para despedirse. Hay un misterio en todo esto, un pequeño apocalipsis en el pasado de estos hombres —algo a lo que se aferraban y que, a su vez, se negaba a dejarles ir—, y yo, al igual que los antiguos profetas, anhelo conocerlo.

EPÍLOGO

La voz de Smid surge de la oscuridad y me envuelve con sílabas delicadas y melodiosas. Estoy tumbado en la cama de mi minúsculo apartamento de Auburn, Alabama, en mi segundo año de un máster de escritura creativa, intentando desconectar de una noche de investigación sobre el teatro de la Restauración escuchando un episodio del podcast *This American Life* —la voz de Ira Glass parece un remanso de pensamiento liberal en un estado profundamente conservador—, cuando de repente, como si una mano gélida hubiera surgido del pasado para agarrarme de la garganta, la voz de Smid me arrastra de nuevo a Love in Action.

«John, ya no tienes por qué seguir viviendo así», dice la voz. Es la grabación de una de las muchas apariciones de Smid en un programa de televisión evangélico. En la entrevista, Smid cita a Dios, cuya voz le dijo en una ocasión que debía volverse heterosexual, y que solo lo conseguiría si seguía sus órdenes.

Tanteo en la oscuridad en busca de la lámpara de al lado de la cama y la enciendo. La luz me quema los ojos. Esto no puede estar pasando. No puede ser que esta vergüenza privada se haya hecho pública. Por extraño que parezca, siento la necesidad de proteger la información, como si nadie excepto yo tuviera derecho a escuchar esta clase de conversaciones. La entrevista de *This American Life* está repleta de guiños y frases que defraudan deliberadamente a un público liberal acostumbrado a bromear sobre «uno de esos sitios cristianos que aseguran que pueden curar la homosexualidad». Es el tono que usaban muchos de mis profesores, gente tan apartada de la perspectiva cristiana conservadora que no puede evitar sonar frívola, gente

que contaba con el apoyo de su familia desde la infancia.

Me quedo de pie junto a la cama, viendo puntos flotantes por todas partes, manchas naranjas y amarillas por las paredes blancas y desnudas. Los clavos indican los sitios donde antes estaban las fotos de mi antiguo novio y yo que acabo de descolgar: un recordatorio de las muchas víctimas de una larga cadena de relaciones marchitas, proposiciones aceptadas en un principio, pero rechazadas una vez las cosas se ponían demasiado serias. Nadie se va a acercarse tanto como para hacerme daño.

Pero ahora, aquí está: la voz que tanto he intentado olvidar, alcanzándome a través de las barreras que he levantado para afirmar una verdad que llega con una década de retraso para mejorar lo que, en un momento de mi vida, parecía que nunca se podría mejorar. «La transformación, para la gran mayoría de homosexuales, no implicará un cambio de su orientación sexual». Como si eso fuera suficiente —que Smid confiese la mentira tan evidente que le había vendido a mi familia y a mí— para reparar el daño que nos causó a todos. Como si eso pudiera compensar los casi diez años de confusión, inseguridad y baja autoestima que vinieron después de que mi fe se derrumbara.

Esta es la primera disculpa de muchas. Durante los próximos años, numerosos terapeutas del movimiento exgay continuarán admitiendo sus errores, posando para revistas y aceptando sin reparos oportunidades de ser entrevistados. Exodus International, la organización global bajo la que operaba Love in Action, se desintegrará, y tras ello, solo unos pocos centros exgay seguirán estando operativos; ninguno conseguirá ser tan grande o influyente como Love in Action, aunque algunos evangélicos obstinados exportarán las ideas exgay a lugares como Uganda. Esta popular historia será una de redención: el tirano convertido en reformista. Estos terapeutas del movimiento exgay escribirán hasta libros. Smid escribirá una memoria, *Ex'd Out*, la publicará a través de una imprenta con dinero de su bolsillo, y la intentará vender en sus numerosas entrevistas. En la contraportada de su autobiografía, él mismo incluirá palabras que, aunque para cuando las escriba sean en parte ciertas, harán que mi cuerpo entero tiemble de rabia:

Ya esté tratando a una persona en una sesión individual, a una familia, o pronunciándose en iglesias y seminarios alrededor del mundo, el mensaje de franqueza y honestidad de John llegará a todo

aquel que desee ser aceptado, querido y entendido.

Pasarán años antes de que pueda encontrar la fuerza para acabar las páginas de mi propia historia, antes de que pueda siquiera abordar mis recuerdos. Volveré a casa de mis padres de vez en cuando, comportándome como un extraño. En esas ocasiones, mi madre me arrastrará al infierno que mis padres habían estado viviendo durante todos aquellos años, desde que les dejé solos con la inseguridad, la duda y el miedo de haber cometido un acto imperdonable del que nunca se podrían recuperar.

—Tenéis que afrontar esto vosotros dos solos, sin intermediarios—dirá mi madre, señalando a mi padre primero y después a mí—. Me niego a seguir estando en medio.

Pero yo me opondré a su petición. Me negaré a mirar siquiera a mi padre, el hombre con el que, después de LIA, me he comunicado principalmente a través de breves correos electrónicos y respuestas de una sola frase. Saldré corriendo de la habitación, me iré a mi antiguo dormitorio y cerraré la puerta de un portazo. Me dejaré caer sobre el colchón mullido, mantendré la vista fija en el techo de goteo y recorreré las suaves sábanas de algodón con las manos; después hundiré la cara en el frescor de una cama con sábanas recién lavadas mientras mis padres siguen susurrando al otro lado de la puerta; una discusión sobre quién tiene la culpa que ha debido ir asentándose año tras año en sus conversaciones de una forma tan gradual que ha dejado de resultarles tan sorprendente como a mí. Para evadirme de esos sonidos, me levantaré y empezaré a revolver mi armario, en busca de mi colección de Grandes Libros del Mundo Occidental que compré durante mi fase de fanático de los clásicos.

Al tocar el borde dorado de las páginas, empezaré a darme cuenta de lo cerca que había estado de perder mi pasión, de perder la vida. En los años posteriores a LIA, he tenido que pasar muchísimo tiempo poniéndome al día con la gente, aprendiendo a creer en un mundo que ya no está colmado de ángeles y demonios. Cada vez que he leído un libro o me he topado con un hecho histórico que mi educación bautista me enseñó a rechazar, he tenido que luchar contra la ligera sospecha de que Satanás me estaba llevando por mal camino. En los foros y grupos de exexgays de Facebook a los que me una, veré a otros hablando sobre sus propios intentos de suicidio, y en esas confesiones reconoceré elementos tan sumamente similares a los míos que parecerá, por un

instante, como si los hubieran extraído de mi mente. Veré cómo la gente habla sobre perder a familiares y sobre las dificultades a las que se han tenido que someter año tras año cuando llegan las vacaciones de Navidad, al sentir la soledad amenazando con abrumarles una vez más.

«A veces solamente quiero morirme —me dirá uno de los miembros del grupo exexgay—, cuando pienso en lo difícil que es el simple hecho de soportar pasar un día entero intentando actuar con normalidad».

«He olvidado cómo ser yo mismo —escribirá otro—. No me acuerdo ni de cómo me comportaba antes de la terapia exgay. Cuando intento recordarlo, no dejo de pensar que puede que esté equivocado. Eso es lo que me hicieron. Me hicieron cuestionarme mi cordura».

«Ya ni siquiera hablo con mi familia —escribirá una mujer—. Aún piensan que necesito más terapia. Creo que preferirían verme muerta».

Los coros de voces crecerán año tras año, revelando décadas de dolor, familias destruidas, relaciones echadas a perder porque la gente que no pertenece al mundo exgay nunca consigue entender por lo que han pasado los pacientes. En Beyond Ex-Gay, una página web dedicada a realizar encuestas a supervivientes de las terapias exgay, los usuarios describirán con todo lujo de detalle los efectos duraderos de la terapia de conversión.

Hizo que mi sexualidad pasara de ser una parte más de mi vida al centro de ella; todo giraba en torno a la sexualidad, a mi miedo a ella y a ser descubierto.

Múltiples intentos de suicidio. Dos hospitalizaciones en psiquiátricos. Diversos médicos, en dos estados distintos, me han diagnosticado trastorno bipolar tipo II y trastorno de estrés postraumático moderado. Los terapeutas exgay me dijeron que mi «confusión sexual» era lo que causaba los síntomas de estas enfermedades.

Once años después, en ocasiones aún siento náuseas al tocar a otro hombre. Me resulta difícil (¿puede que hasta imposible?) mantener una relación sexual duradera.

Durante todos esos años me olvidé de quién era en realidad, ya que estaba demasiado ocupado intentando ser alguien que no era. Ahora todo me resulta confuso: Dios, la fe, cuál es mi sitio, hacia dónde ir. He perdido amistades. He perdido la esperanza. Estoy intentando volver a encarrilar mi vida.

Abriré el manual de LIA, leeré unas cuantas frases y sentiré la misma vergüenza que sentí entonces apoderándose de mí hasta perder la concentración. Una vez más, la voz de Smid se alzaré sobre la mía antes de tener la oportunidad de decir nada. Me enfrentaré a la duda, desconfiaré de mis propios recuerdos, pasaré horas intentando reconstruir escenas tan cargadas de emoción que me resultará imposible ubicar. Llamaré a mi madre para preguntarle por los detalles, me sentaré con ella en una mesa y grabaré sus palabras, y, casi todas las veces, uno de los dos acabará entre lágrimas. Mi madre me pedirá perdón una y otra vez. Yo intentaré consolarla, pero no lo lograré, porque todo aquello fue, en realidad, tan horrible como lo recuerdo, y porque no nos abandonará jamás. Nunca estaremos bien del todo. Nuestra familia no será nunca lo que podría haber sido.

Y Dios. Nunca recurriré a Dios en ningún momento de esta década de lucha. No porque quiera excluirle de mi vida, sino porque ya no oigo su voz. Lo que me sucedió ha hecho que me resulte imposible hablar con Dios, creer en una versión de Él que no esté cargado de autodesprecio. Los terapeutas de LIA me lo arrebataron, y por más iglesias a las que vaya, seguiré sintiendo la misma carga en el pecho. Seguiré sintiendo la punzada de un amor profundo que ya no forma parte de mi vida. Seguiré experimentando con diferentes confesiones, diferentes religiones. Seguiré buscando. E incluso aunque ya no crea en el infierno, me seguirá costando no temerle. Puede que algún día escuche su voz de nuevo. Puede que no. Es una tristeza a la que me tengo que enfrentar día tras día.

Un día, cuando creamos haber superado la mayor parte del dolor, mi madre me llamará para informarme de que un diácono de nuestra antigua iglesia se ha negado a invitar a mi padre a predicar en una ceremonia porque un hombre se ha alzado en protesta en mitad de una reunión de la iglesia, alegando que el hijo «abiertamente homosexual» de mi padre representaba un desliz espiritual en su ministerio. Mis padres me dirán que, si escribo este libro, mi padre correrá el riesgo de perder su trabajo de pastor. Los pecados

del padre. Cada paso de mi éxito se convertirá en un recordatorio de la ideología exgay. Cada paso de mi éxito se convertirá en una amenaza inmediata para el de mi padre.

Años más tarde, llamaré a mi padre una tarde para contarle que este es el libro que debo escribir, que puede que no llegue a estar bien si no lo escribo de una vez por todas, que no sabré quién soy hasta que lo acabe.

—Lo único que quiero es que seas feliz —dirá él, con la voz cargada de todo a lo que reniega—. De verdad.

Y yo le creeré.

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé, tan solo quería escribir ficción, y si no fuera por los ánimos de muchos de mis compañeros escritores del máster en bellas artes de la Universidad de Carolina del Norte en Wilmington (UNCW), no habría sido posible escribir esta memoria. Muchísimas gracias a Ana Alvarez y a todo el equipo del taller de publicación (Publishing Lab) de la UNCW, y a todos los excelentes escritores y profesores que me ayudaron a perfeccionar los dos primeros capítulos de este libro, en especial Philip Gerard y Nina de Gramont.

Hay muchos otros profesores y mentores que me han ayudado a llegar hasta aquí: Chantel Acevedo (mi mentora y querida amiga), Martha Beck, Karen Bender, Clyde Edgerton, Patricia Foster, Cristina García, Debra Gwartney, Barry Lopez (la primera persona que me animó a seguir adelante), Helen Robbins, Terrel Tebbetts (mi primer mentor), Judy Troy, Virginia Wray y muchas otras personas cuyos nombres espero que aparezcan en futuros libros.

La historia del nacimiento de este libro es tan buena como una obra de no ficción, aunque puede que algo menos creíble que la mayoría de ellas. Gracias a mi amiga Kathy Flann, me invitaron a una cena a la que también asistió la crítica y escritora Maud Newton (una mentora extraordinaria). En un determinado momento, tras un silencio largo e incómodo en mi extremo de la mesa, Maud se giró hacia mí y me preguntó por lo que estaba escribiendo.

—Yo también escribo sobre el fundamentalismo —dijo, después de haberle dado una explicación bastante enrevesada de la terapia exgay—. ¿Quieres venir a una fiesta? Mi agente me ha dicho que puedo llevar un acompañante.

Lo que vino después fue una noche de ligera borrachera (barra libre) en la que acabé presentándole mi obra de no ficción (que ni siquiera era un libro aún) a William Boggess, de The Book Group. Muchísimas gracias a William Boggess y Julie Barer, de The Book Group, quienes me ayudaron a lo largo de toda esta historia hasta el momento de la publicación, y a mi magnífica editora, Laura Perciasepe, de Riverhead, cuya edición fue totalmente acertada y cuyo entusiasmo me ayudó a seguir adelante. Gracias a Megan Lynch, la primera que apostó por el libro, a todo el equipo de Riverhead, y a Karen Mayer por su asesoría legal, que me hizo sentir afortunado de tener una abogada a mi lado.

Quiero agradecer personalmente a Elizabeth Kostova y a la Elizabeth Kostova Foundation por apoyar mi escritura en un momento en el que no tenía claro mi potencial. Gracias a todos los amigos que me han apoyado y me han ofrecido su valoración y sus opiniones durante el proceso de escritura de este libro: Hannah Dela Cruz Abrams, Trey Bagwell, John Becker, Emma Bolden, Ashley Campbell (mi primera lectora y mi mayor confidente en todo lo relacionado al arte y a la vida), Garth Greenwell, Kerry Headley, Amber Hood, Katie Jones, Gabe Moseley, Ben Thielemier, Rusty Thornsburg, Eric Tran y muchos otros.

Gracias a Ivaylo Vezekov por hacerme café mientras escribía de madrugada y por apoyarme durante uno de los momentos más difíciles de mi vida, por estar ahí cuando tuve que desenterrar recuerdos que quería olvidar. Gracias a Laurel Zmolek-Smith por intercambiar ideas conmigo al salir a correr después de trabajar y por dar siempre la cara por mí. Gracias a todos mis estudiantes del American College of Sofia y a mis amigos y familia que no han dejado de apoyarme. En especial, gracias a mi tía, Mary Waddell, por ayudarme a atravesar una época difícil.

Gracias, sobre todo, a mi madre y a mi padre, cuyo amor ha sido crucial.